¿Sueños o tal vez Realidad?



CARLOTA MANZANO

¿Sueños o tal vez Realidad?

CARLOTA MANZANO

¿Sueños o tal vez Realidad?

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

¿Sueños o tal vez realidad?

Carlota Manzano

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

¿Sueños o tal vez realidad?

Carlota Manzano

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Capítulo 1



Kora

«Dicen que los sueños se hacen realidad, pero, y si todo lo que ves en ellos te llena de pánico e incertidumbre… ¿Hasta qué punto querrías que no sucedieran cuando se repiten constantemente y sabes que no hay margen de error a ese dicho? Negarse a aceptarlos, querer borrarlos a toda costa al no querer vivirlos en primera persona en algún instante de tu vida… cuando el miedo cobra fuerza, cuando la oscuridad se apodera de una, cuando por más que grites el sonido de tu voz hace eco sin respuesta…»

—Joder. —Me desperté con la voz ahogada, sobresaltándome en la cama.

Miré alrededor en la oscuridad, desorientada, mientras notaba las gotas de sudor caer por mi frente y los ojos inundados de lágrimas.

✣ ✣ ✣

Con la cara casi recién lavada y con el pelo alborotado, así entraba en el aula para empezar el día. Me había dormido y no había escuchado el despertador. Incrédula me desperté de golpe por Martina (una de mis amigas con la que compartía piso) cuando abrió corriendo y gritando la puerta de mi habitación.

Incrédula porque siempre me ponía siete u ocho alarmas. Ni una había escuchado y todas las había apagado.

—Joder, nena. ¿Te acabas de levantar? —me preguntó intentando no reír Aroa cuando nos encontramos por los pasillos de la universidad.

—No me ha dado tiempo a nada, se nota ¿no? —Solté un bufido.

—Un poco —rio—. No pasa desapercibido precisamente. ¡Ni te has peinado!

—¿Qué dices? —Me paré girándome hacia ella—. Pues claro que me he peinado.

—Quién lo diría, ¿estás segura? A ver si te lo has imaginado. —Me adelantó riendo.

Solté otro bufido llevándome las manos al pelo, intentando arreglar como se me veía. ¿Me había peinado? Claro, pero no había puesto mucho empeño, más que nada, porque desde que salté de la cama tuve el tiempo justo para vestirme y salir pitando del piso para no llegar tarde a la primera clase.

Seguí a Aroa hacia el aula en la que nos tocaba la primera clase y me senté junto a ella cuando dio varios golpes en la mesa de su lado.

—¿No tenías otro sitio para sentarte? —La miré de reojo.

—Qué mal te sienta caerte de la cama. —Curvó los labios—. Estamos en la primera fila, para que no digan que no somos aplicadas —rio.

—Error, no me he caído, he saltado y, no lo sabes bien —respondí mientras sacaba una carpeta y preparaba todo lo que iba a necesitar en la mesa—. Si no somos aplicadas a estas alturas, da igual dónde nos coloquemos, vamos apañadas —negué.

—Venga que en cuanto acabe la clase nos vamos directas a la cafetería, tenemos una hora libre hasta la siguiente. Así dejas de quejarte por todo lo que digo. —Me dio un codazo.

—Joder, lo estoy deseando, necesito un café. —Hice un puchero—. Casi me lanzo al de Martina antes de salir por la puerta.

—Suerte que tiene ella de que no madruga tanto.

—¿Y tú, por qué no estabas en el piso? —Me giré hacia ella.

Vivíamos las tres juntas y cada mañana Aroa y yo salíamos hacia la universidad, ya que cursábamos el mismo máster.

—He dormido muy mal esta noche. —Se encogió de hombros—. Estoy despierta desde bien temprano y he ido al gimnasio. Tengo la mochila en el coche.

—Vaya voluntad. —Puse los ojos en blanco.

—Una mierda voluntad, todo sea por este culazo y estas piernas, mira cómo se me está quedando. —Se incorporó un poco poniéndome su trasero casi en la cara.

Le di una palmada fuerte haciéndola reír y volvió a sentarse orgullosa.

—A mí me ha faltado salir a correr. —Hice una mueca.

—Y más cosas —rio y se ganó otro golpe de mi mano en el brazo.

Nos quedamos calladas mirando alrededor y al reloj, viendo que toda la clase ya estaba sentada en sus asientos y la puerta no se abría con el profesor de la asignatura que nos tocaba. Jaime, así se llamaba.

—Me voy a cagar en todo como no aparezca el profesor. —Solté un bufido.

Así continuamos durante diez minutos más, tiempo en el que el murmullo de todos cada vez se fue haciendo más intenso y la indecisión por levantarse e irse fue tomando cada vez más fuerza.

—Yo me largo —soltó uno de los compañeros que teníamos cerca, levantándose.

Esa fue la primera reacción, seguida por varias más hasta que toda la clase nos pusimos de pie para salir del aula. Pero no llegamos muy lejos cuando la puerta se abrió de golpe, lo supe cuando todos se pararon en ese momento y por el ruido al cerrarse porque con todos los que tenía delante no quedaba visible.

—Por favor, siéntense —pidió una voz en alto.

Aroa y yo nos volvimos a sentar porque no habíamos dado ni un paso, solo nos habíamos levantado, mientras el resto de los compañeros volvían poco a poco a ocupar sus asientos. Fruncí el ceño al no escuchar la voz de Jaime y al haberme parecido reconocer… claro que lo hice, no tardé en comprobarlo.

—No puede ser —dije agrandando los ojos en cuanto quedó despejada la imagen de la persona que había hablado —. ¿Qué mierda hace este aquí? —susurré poniéndome rígida.

—¡Qué fuerte! —Escuché a Aroa sorprendida, pero ni me giré, solo desvié los ojos hacia delante y maldije por estar en la primera fila.

—Cállate —susurré para que no llamara la atención.

Los pasos subiendo los escalones de la tarima de madera me hicieron tragar saliva porque dentro de nada…

—Buenos días —habló el profesor captando la atención de todos, llegando a su mesa y dejando en el suelo un maletín de cuero, justo delante de nosotras a poca distancia—. Primero de todo os pido disculpas por el retraso y segundo, me presento. Mi nombre es Evan y durante un tiempo cojo el relevo del profesor Jaime de esta asignatura, de ahí mi tardanza porque me avisaron ayer a última hora, en el último momento, y nada más llegar hoy me han puesto al día de todo. Gracias por la espera, comenzamos —sonrió mirando hacia todas las filas.

Cuando estaba a punto de terminar su recorrido visual sus ojos llegaron a nosotras, rápido desvié la mirada y bajé

la cabeza hacia las hojas en blanco, moviendo un boli entre los dedos. No la levanté en ningún momento con la esperanza de que si solo veía la parte de arriba de mi pelo ni me reconocería. Un pensamiento brillante como cuando no querías de pequeña que te preguntara el profesor algo y hacías lo imposible para pasar desapercibida, y tachán, tu nombre era el primero que decía.

Tuve claro que me reconoció en cuanto Aroa me dio un codazo.

—¿Está mirando? —susurré.

—Sí —me imitó.

—¿Qué hace ahora? No se escucha nada.

—No deja de mirar. —Recibí otro codazo de ella.

—Deja de darme, leches. —Giré la cabeza hacia ella, entrecerrando los ojos.

—¿Algún problema? —Se escuchó la voz de Evan fuerte y clara en toda el aula.

—Es a ti. —Me miró de reojo Aroa.

¡Cómo si no lo supiera! Cerré los ojos unos instantes y me llené los pulmones de aire, girando hacia la tarima, hacia Evan. Sus ojos me trasmitieron algo que conocía muy bien, intensidad, pero también sorpresa, la que no se le había quitado desde que me había reconocido por lo visto.

¡Pues no era el único! Mierda de día, eso es lo que era desde que me había levantado y solo hacía poco que acababa de empezar.

—No —respondí cortante y seca.

—Eso pensaba. —Levantó una ceja cambiando el gesto, respondiéndome de la misma forma.

Nuestros ojos se retaron desde la poca distancia que nos separaba, hasta que la voz de una compañera hizo que acabara desviando su atención de mí.

—Profesor, ¿estará todo el curso con nosotros? —Se escucharon varias risillas.

—No sé responderte a esa pregunta, todo dependerá si Jaime se recupera rápido del accidente doméstico que ha sufrido —le sonrió Evan, del que no pude apartar la mirada.

—Habrá que aprovechar todos los momentos entonces. —Volvieron de fondo las risillas ante las palabras de ella.

—De eso se trata, de que aprovechéis al máximo el tiempo para que os saquéis el máster. Por eso mismo, a partir de ahora llegaré puntual, vamos a empezar —dijo dirigiéndose hacia la mesa y sentándose en la silla.

—¿Qué coño hace él aquí? Estoy flipando en colores… ¿Dan no te ha dicho nada?

Dan era mi primo. Tenía seis años más que yo, lo que no impidió por la diferencia de edad de que fuéramos uña y carne desde que yo tenía uso de razón. Me había criado con él como si fuera un hermano, ya que vivió siempre con nosotros porque mis tíos, sus padres, viajaban continuamente por trabajo y no querían desestabilizarlo. Por eso, para que tuviera una rutina asentada, siempre vivió en la casa de mis padres hasta que fue adulto y se independizó.

Y Evan, era el mejor amigo de él desde primaria y por lo visto mi profesor en ese instante. Un grano en el culo para mí desde bien pequeña, todo hay que decirlo, lo que siempre le había hecho gracia a Dan y más de una vez se había reído de mis reacciones al irle con protestas sobre él. Mandaba narices que tuviera que encontrármelo de frente y en esa situación.

—No —fue lo único que respondí fijando la mirada en Aroa.

—Si no saben con la edad que tienen, que no es poca, como comportarse en un aula, les recomiendo que salgan por la puerta y me ahorren el tener que estar llamándoles la atención a cada rato. —Alzó la voz un poco más de lo normal Evan.

—Perdona, ¿qué estás queriendo decir con lo de la edad? —Se cruzó de brazos Aroa, plantándole cara.

Le di un golpe con el pie directo al suyo, el que ignoró y no rectificó.

—Madre mía. —Dejé caer la cabeza tapándome la cara con una mano, sabiendo que le había tocado la moral con lo de la edad, bonita era ella con ese tema.

—¿Qué no has entendido? —Pasó a tutearla directamente como había hecho ella, total, había confianza pensé maldiciendo la situación—. Que yo sepa mis palabras han sido muy claras. No son alumnas de primaria ni de secundaria, están aquí porque les interesa y por eso mismo pido toda la atención y concentración dejando a un lado los cuchicheos y las actitudes infantiles. ¿He sido claro ahora? Y lo de la edad es porque la tienes, asúmelo y sigue avanzando.

—Será… —Tuvo el impulso de levantarse y la frené agarrándola del hombro y haciendo fuerza hacia abajo—. Que no me voy a callar, leches. —Se giró hacia mí.

—Por tu madre cierra la boca, joder —le pedí nerviosa buscando sus ojos.

Después de soltar varios bufidos y hacerme caso, yo solté un suspiro y me recompuse de los nervios. O esa fue mi intención…

—Quizás su compañera tenga algo que añadir… —dijo Evan y lógicamente sabía a quién se refería.

Giré la cabeza lentamente hacia él, encontrándome con su expresión… idiota, grité en mi cabeza porque me quedó claro que en ese instante se lo estaba pasando bomba por la posición que tenía. Se iba a enterar cuando no estuviera al amparo de dónde estaba y sin tantas personas mirándonos, porque sí, a esas alturas teníamos la atención de toda el aula.

—¿No ha dicho que no había que desperdiciar el tiempo? —Recosté la espalda en la silla, curvando un poco los labios—. Llevamos veinte minutos sin hacer nada, y perdone que le diga, pero no es por nuestros cuchicheos que ni se han oído, más bien es porque usted no se ha organizado bien y ha llegado con retraso y sigue retrasando el inicio de la clase. Como bien ha dicho tenemos una edad, todos —remarqué—, pero déjeme decirle porque no me conoce —sonreí de oreja a oreja al decirlo con retintín—, que no soy de callarme cuando me tocan la moral. ¿Me he sabido expresar profe? —Di varios golpes con el bolígrafo en la mesa—. Porque si no, puedo seguir intentándolo.

Hasta ahí llegó nuestro intercambio de palabras, que no de miradas… para que os hagáis una idea, tal y como me miró, me hubiera hecho desaparecer en ese mismo instante de la silla. Ja, que siguiera que la tendría por partida doble.

La culpa fue de él lógicamente, ¿a qué sí? Porque por mi parte había estado queriendo hacerme minúscula desde que lo había visto. La guerra estaba servida… y yo, ya me había puesto la armadura.

Después de soltar varios bufidos y hacerme caso, yo solté un suspiro y me recompuse de los nervios. O esa fue mi intención…

—Quizás su compañera tenga algo que añadir… —dijo Evan y lógicamente sabía a quién se refería.

Giré la cabeza lentamente hacia él, encontrándome con su expresión… idiota, grité en mi cabeza porque me quedó claro que en ese instante se lo estaba pasando bomba por la posición que tenía. Se iba a enterar cuando no estuviera al amparo de dónde estaba y sin tantas personas mirándonos, porque sí, a esas alturas teníamos la atención de toda el aula.

—¿No ha dicho que no había que desperdiciar el tiempo? —Recosté la espalda en la silla, curvando un poco los labios—. Llevamos veinte minutos sin hacer nada, y perdone que le diga, pero no es por nuestros cuchicheos que ni se han oído, más bien es porque usted no se ha organizado bien y ha llegado con retraso y sigue retrasando el inicio de la clase. Como bien ha dicho tenemos una edad, todos —remarqué—, pero déjeme decirle porque no me conoce —sonreí de oreja a oreja al decirlo con retintín—, que no soy de callarme cuando me tocan la moral. ¿Me he sabido expresar profe? —Di varios golpes con el bolígrafo en la mesa—. Porque si no, puedo seguir intentándolo.

Hasta ahí llegó nuestro intercambio de palabras, que no de miradas… para que os hagáis una idea, tal y como me miró, me hubiera hecho desaparecer en ese mismo instante de la silla. Ja, que siguiera que la tendría por partida doble.

La culpa fue de él lógicamente, ¿a qué sí? Porque por mi parte había estado queriendo hacerme minúscula desde que lo había visto. La guerra estaba servida… y yo, ya me había puesto la armadura.

Capítulo 2



—Esto es vida. —Solté un jadeo al darle el primer sorbo al café con leche.

—Llama a tu primo —dijo seria Aroa sin haber tocado el suyo.

Aún le duraba el mosqueo y tuve que reírme en ese instante al ver su expresión. La rabia que tenía era porque no había podido responderle a Evan como le hubiera gustado, dado que se había presentado como profesor y dentro del aula no teníamos otra que callar, en cierta forma, aunque nos había costado hacerlo.

Tampoco había dado posibilidad de dejar las cosas claras una vez finalizada la clase, porque al sonar el timbre no tardó en coger sus cosas y desaparecer el primero del aula.

—No pienso llamarlo ahora —negué—. Está trabajando y es una tontería.

—¿Una tontería? —Se echó hacia delante en la silla—. Tenemos de profesor a tu enemigo número uno, que una cosa te digo, ha sumado puntos y se ha colocado el primero en mi lista también, y Dan no ha sido capaz de enviarte ni un mísero mensaje avisándote.

—Te quieres tranquilizar, joder, que me quiero tomar el café relajada. —Me llevé una mano a la frente—. A lo mejor ni lo sabe.

—No puedo, se ha metido con nosotras. El que parece un crío imbécil, egocéntrico y tirano es el profe del año. —Se removió en la silla diciéndolo con ironía, a estas alturas es más que obvio—. ¿Que no lo sabe? Qué apostamos a que sí.

—Madre mía qué día. —Solté un bufido mientras me llevaba otra vez la taza a los labios, pero no llegué a hacer contacto con ella por el impulso de Aroa de retirármela para que le contestara.

—Mierda, mira cómo me has puesto —me quejé soltando la taza cabreada, separándome del pecho la camiseta empapada de café, la que había caído casi entera sobre mí.

—Ay, lo siento. —Se levantó—. Eso tiene que quemar.

—¿No me digas? —Levanté la cabeza de golpe.

—Ve al baño.

—Lo que me voy es a casa —solté cabreada levantándome.

—Aún quedan tres clases —dijo sorprendida.

—Sé reconocer todas las señales que me lanza la vida, y hoy precisamente me las ha lanzado sin descanso, paso. —Cogí el bolso grande donde tenía todos los apuntes y caminé hacia la salida.

—No te enfades conmigo, ha sido sin querer. Joder es que me ha puesto nerviosa.

Sin contestarle salí del edificio en el que estábamos y me paré en medio del césped, girando hacia ella.

—No estoy enfada, vale. Solo quiero que acabe el día y le quedan muchas horas aún. Me voy a encerrar en el piso y ya nos veremos allí.

—Pero ¡qué más da! En el piso ha empezado todo, te has dormido. Si tienen que pasarte más cosas lo harán igualmente. Joder, a ver si cuando yo vuelva te encuentro en el baño electrocutada, porque cuando se da todo así…

—Pero ¡qué dices! —me reí— Deja de pensar ya, por Dios.

—Va quédate, ya no vamos a coincidir más con ese tío hasta mañana.

—Eso dítelo a ti misma, que no veas cómo te has puesto. Y eso que soy yo la que tenía que reaccionar así. A mí más que a nadie me toca la moral haberme dado de cara con él.

—Eso estaba pensando, ¿por qué narices estás tan tranquila? Solo te he reconocido cuando le has plantado cara, por lo demás, has pasado de él durante toda la clase. —Levantó una ceja.

—¿Qué quieres que haga? —Puse los ojos en blanco—. Si nos ha tocado un tonto por profesor no entra dentro de mis posibilidades negarme a ello. Estamos en el último curso del máster, en la recta final, no puedo bajar el nivel ni el esfuerzo y ese personaje no va a hacer que me ponga a su nivel de gilipollez. Que haga su trabajo, si es que l sabe hacer, cosa que dudo, y yo haré lo que tenga que hacer, punto.

—La clase de hoy ha estado bien —me respondió sin mirarme y su reacción me dio a entender…

Cerré los ojos con fuerza. ¿He dicho ya que era una mierda de día? ¿Por qué cuando empezaba torcido cada vez se complicaba más? Joder, pensé, porque sabía que Aroa no me estaba mirando porque lo estaba haciendo hacia alguien que tenía detrás de mí.

Bajé la mirada hacia mi camiseta y me la despegué para que no se me marcara tanto el pecho, detalle tonto porque volvió a pegarse. Venga, me dije, que vas a cerrar la mañana como se merece, con otro choque con Evan. Con ese pensamiento me giré hacia él, preparada, pero me sorprendí soltando un pequeño grito de alegría dirección a Evan sí, pero mi reacción nada tuvo que ver con él, sino por mi primo Dan que estaba a su lado, con una expresión divertida esperando el momento en el que lo viera.

«Te vas a enterar», pensé automáticamente porque la imagen que me devolvía estaba clara porqué era. El muy pillo sabía perfectamente cuales serían mis reacciones al tener cara a cara a Evan sin poder lanzarle todas las bombas que quería y después de haberme escuchado…

Llevaba tiempo sin verlo, entre que yo estaba a tope estudiando para sacar la máxima nota y él llevaba una temporada que estaba agobiado por el trabajo, hacía mucho que no nos veíamos en persona porque por teléfono nos comunicábamos continuamente. Con ganas me lancé en un abrazo hacia él, ignorando al otro que tenía una cara que me hizo reír interiormente, dándome a entender que había oído alto y claro todo lo que había dicho sobre él.

—¿Qué haces aquí? Cuánto tiempo. —Apreté mi abrazo recostando la cabeza en su hombro.

—Hola cariño. —Me dio un beso en la cabeza—. Yo también tenía ganas de verte —me sonrió cuando nos separamos—. Vaya, creo que ahora no eres la única que marcas tendencia. —Señaló su camiseta manchada de café y a la mía.

Reí colgándome de su brazo, ignorando todo lo demás.

—Ha sido culpa mía. —Levantó una mano Aroa.

—Hola preciosa. —Se acercó a ella Dan, dándole dos besos.

—No me has dicho qué haces aquí.

—Bueno —carraspeó—. Quería comprobar que seguía teniendo en mi vida a mi prima favorita y a mi mejor amigo, esas cosillas normales del día a día —terminó riendo.

—Muy gracioso —reí dándole un golpe en la espalda que lo hizo inclinarse hacia delante. Y sí, fue totalmente intencionado por habérmela jugado—. Solo tienes una prima.

—Ya veo, me acabas de responder a todas mis dudas. —Soltó una carcajada él.

—¿Te pasarás por el piso a verme? O mejor aún, podemos quedar para comer o cenar algún día —sonreí queriendo alejarme cuanto antes de ahí.

—Estoy bastante liado —soltó un suspiro—, pero en cuanto tenga un poco más de libertad lo haremos. —Me hizo un guiño—. ¿Ya te vas? Es muy temprano para que hayan acabado las clases ¿no? —Frunció el ceño porque me conocía muy bien y no me saltaba ni una.

—Hoy no tengo buen día. —Me encogí de hombros—. Ya pediré los apuntes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no es nada. —Le quité importancia con un gesto de la mano—. Además, necesito cambiarme de ropa.

Me separé la camiseta al decirlo, porque noté la mirada de Evan en una zona concreta de mi cuerpo y me hirvió todo por dentro.

—Ya veo. —Ladeó la cabeza Dan.

—Pues eso, como no necesitas gafas y de visión en todos los sentidos estás perfecto, me voy. —Curvé los labios.

—Menuda excusa más tonta —habló por primera vez Evan y mejor que hubiera seguido manteniéndose en silencio.

—Aroa. —Me giré hacia ella, pero mirando alrededor como buscando algo— ¿Has escuchado algo? Me ha parecido…

—No —me respondió intentando no reír.

—Ya decía yo —asentí sonriendo—. ¿Te vienes o te quedas?

—No eres muy buena influencia para tus amistades —siguió Evan al sentirse ignorado.

Esa vez sí, esa vez giré hacia él, viéndolo con las manos en los bolsillos muy relajado él. Aunque a mí no me engañaba, estaba esperando y buscando la oportunidad para saltar con sus tonterías de siempre, provocándome.

—Qué sabrás tú, no me conoces. —Lo señalé—. No tienes ni puñetera idea de lo que soy ni no soy ¿te queda claro? Dedícate a ignorarme si me ves en tu camino y a hacer tu trabajo, así nos perderemos pronto de vista.

—Lo dudo, si empiezas a faltar a clases…

—Perdona, pero nunca falto. He venido hasta a hacer exámenes con fiebre y casi sin fuerzas. No tienes ni idea de mis calificaciones y de mi responsabilidad.

—Bueno… —Intentó interrumpirnos Dan metiéndose por medio de la conversación.

La cabeza de él y de Aroa iban de un lado al otro, siguiendo nuestras voces.

—¿Y eso me tiene que sorprender? Lo dices como si buscaras que te felicitaran cuando es tu responsabilidad —lo cortó Evan levantando una ceja—. Es tu deber, no estás con la edad que tienes para perder el tiempo, otra cosa es que lo hagas como vas a hacer ahora. Que, por cierto, ya tendrías que estar trabajando, no me extraña que lo estés retrasando tanto si te tomas tantas libertades en los estudios.

—Y otra vez con la dichosa edad, hay joderse. —Soltó un bufido Aroa—. Este se está sentenciando para que lo boicoteemos.

—Tú tranquila, amiga. Aquí las más viejas no somos nosotras, que a quien habla ya le han salido arrugas. —Curvé los labios—. Lo repite tanto porque le jode no ser estudiante y estar en el otro lado —reí contagiando a Aroa.

Mentira, una mentira como un templo la segunda parte que acababa de decir, a lo de las arrugas me refiero. Que Evan y Dan eran seis años mayores que nosotras, sí, pero eso era lo único a lo que podía echar mano porque arrugas tenían las justas y ellas los hacían más interesantes y atractivos.

¿Os he comentado que Evan era un hombre impresionante? No ¿verdad? Ese pequeñísimo detalle se me ha pasado por alto. Pues lo era para mi pesar porque se lo tenía muy creído y a mí me hervía la sangre estar al lado de él. Creo que a estas alturas ya lo habréis notado ¿no?

Y mi primo, Dan, no se quedaba atrás. Pero por él sí que podía decir que se me caía la baba al verlo, pero en el buen sentido, de cariño y admiración, sintiéndome muy orgullosa no solo por su aspecto, que eso era un mínimo detalle a mi parecer, sino por la persona que era y la unión que teníamos los dos.

—Vale ya está, tiempo muerto. —Se puso delante de nosotros Dan, haciendo un gesto con las manos como si estuviéramos en un partido de baloncesto.

A Aroa le entró la risa floja, yo lo miré cabreada, pero no con él, sino con la situación que me tocaba mucho las narices. Tenía que hacerle una visita al profesor Jaime y rogarle que volviera, eso pensé rápido, lo que no haría lógicamente.

—Anda. —Se giró hacia mí Dan intentando no reír—. Vete a casa, tú mejor que nadie sabes lo que tienes que hacer. Y ya hablaremos de mis arrugas. —Levantó una ceja.

—Tú estás perfecto para la edad que tienes. —Me acerqué dándole un beso poniéndome en modo pelota, aunque era la verdad y no solo hacia él.

Cuando nos separamos cogí de la mano a Aroa y volví a fijarme de reojo que los ojos de Evan se dirigían hacia dónde no debían. Soltando un bufido tiré de ella que se despidió a gritos de mi primo, diciéndole adiós con una mano mientras lo dejábamos atrás riendo. Al otro ni se le escuchó porque mucha gracia no le habría hecho, lo que provocó que mis labios se curvaran con un pelín de malicia.

—¿Qué vas a hacer? No tienes que acompañarme. Puedes ir a las clases y me pasas los apuntes —le sugerí a Aroa parándonos en el camino principal que daba al edificio. Lo último que quería es que se las perdiera por acompañarme.

—Si me prometes que en cuanto entres en el piso vas directa al sofá y no te mueves de ahí —sonrió.

—Que no me va a pasar nada más. —Puse los ojos en blanco.

—Aún no se han movido —susurró girando un poco hacia donde seguían Dan y Evan.

—Lo sé. —Levanté una ceja—. ¿Para qué susurras si estamos solas?

—Coño ¿cómo lo sabes si ni has mirado desde que nos hemos alejado? Yo qué sé por qué susurro —rio—, ¿para darle más emoción?

—No veo dónde ves la emoción —negué divertida—. Y lo sé porque tengo un radar incorporado con uno en concreto.

—Pues tu radar ha fallado hoy —rio.

—Porque hoy es un día de mierda —asentí segura.

—Declarado oficialmente el «día de mierda de Kora». —Se acercó sin dejar de reír, dándome un beso.

Nos despedimos hasta más tarde y se giró recorriendo el camino hacia la entrada principal. Me quedé unos minutos viendo cómo entraba en el edificio otra vez y miré de reojo hacia donde seguían Dan y Evan, los que no habían perdido detalle de la entrada de Aroa en la universidad.

Cómete esa, grité en mi cabeza hacia Evan, y se lo dejé bien claro cuando vi que su mirada se dirigía hacia mí y levanté una mano, enseñándole un dedo que se lo tuvo que aclarar desde la distancia.

Me giré sonriendo y caminando hacia el coche, satisfecha al haber visto su gesto fruncido por el pequeño detallito que le había dedicado, mientras Dan sonreía negando con la cabeza.

Adiós día cruel, dije en alto al montarme en el coche.

Adiós día cruel, dije en alto al montarme en el coche.

Capítulo 3



Evan

—Te habrás reído a gusto toda la noche, ¿no? —le pregunté a Dan con ironía.

Sin movernos vimos como el coche de Kora salía y se alejaba.

—Joder macho, no podía avisaros a ninguno de los dos —rio.

—Claro, era mucho esfuerzo decirme anoche cuando hablamos por teléfono y te conté que empezaba hoy en esta universidad, que era la misma a la que iba tu prima Kora. —Negué con la cabeza empezando a caminar por el césped.

—Lo que no entiendo es como seguís igual después de tantos años —dijo divertido.

—Es ella la que empieza —aseguré sin mirarlo.

—¿Estás seguro? —Me dio un golpe en el hombro.

—Por supuesto, se piensa que todo lo que sale por mi boca son ataques hacia ella. —Solté un bufido.

—Hombre no negarás que un poquito así es, que soy Dan y casi todo lo que has vivido lo he hecho junto a ti.

—Menos mal que lo has dejado en casi, me hubiera preocupado si hubieras estado en todos —remarqué la última palabra.

Acabamos riendo y así entramos en el edificio donde estaba la cafetería, para tomarnos un café antes de que tuviera que irse Dan. Lo de que estaba muy liado con el trabajo era verdad, bien lo sabía yo, porque éramos compañeros y por unas horas había tenido que dejarlo solo, lo que se repetiría durante todas las mañanas hasta qu milagrosamente Jaime se recuperara.

Me pilló de sorpresa cuando nuestro jefe me llamó a su despacho para decirme dónde tendría que incorporarme a la mañana siguiente. Qué me iba a imaginar mientras iba hacia él que me obligaría, sí, habéis leído bien, obligar e la palabra exacta porque en cuanto la propuesta salió de sus labios me negué en rotundo y utilizó el chantaje emocional hasta conseguirlo. Pues como decía, qué me iba a imaginar que me propondría meterme de lleno a dar clases en una universidad para sustituir a su cuñado que había tenido un accidente doméstico.

—No puedo alejarme mucho de todo esto, estamos a tope —dije en ese instante.

—Soy el primero en saberlo, pero las clases solo te tomarán algunas horas por la mañana. Vamos hombre, hazm este favor —insistió ante mi negativa del principio.

—No lo veo, de verdad que no. —Me recosté en la silla—. Sabes que cualquier otra cosa la aceptaría con los ojos cerrados.

—Evan, te pondrás al día rápido y yo te necesito en los dos lados. ¿Qué temes? No son adolescentes, sus edades poco varían de la tuya. No creo que tengas que ponerlos a raya, aunque no se te daría mal —rio.

—Solo me faltaba eso. —Puse los ojos en blanco—. En mi puñetera vida he estado al otro lado, siempre he sido estudiante. ¿Qué se supone que tengo que hacer? —Me incliné hacia delante en la mesa reposando los antebrazos en ella.

—Dar clases, solo eso. Así de sencillo. —Se encogió de hombros.

—Así de sencillo, claro. —Me froté la cara.

—Eres uno de los mejores y no te supondrá mucho calentamiento de cabeza. Solo tienes que seguir el temario po donde lo dejó Jaime. Te desenvolverás perfectamente porque es una materia que tienes por la mano.

—¿Cómo está? —me interesé porque de la impresión que me había llevado ni le había preguntado.

—Jodido, pero en casa reposando. —Negó con la cabeza—. Y va para largo. Desde hace unas horas tengo más llamadas de Charlotte que en todo un año, está histérica. —Se refirió a su hermana y mujer de Jaime.

—Estupendo, vamos que el marrón me lo comeré a saber hasta cuándo. —Solté un bufido—. Cada cosa que dices me convence más. —Me llevé una mano al pelo—. Dile de mi parte que se mejore y tu hermana será mejor que empiece a tener paciencia porque no hace ni un día que está así.

—Lo haré. —Puso los ojos en blanco—. Jaime me pidió ayuda y no he podido decirle que no, ha sido muy precipitado. Ya se ha encargado de hablar con la universidad para ponerlos al tanto y enviar tu documentación —sonrió.

—Te lo estás pasando bien, ¿verdad? —Soltó una carcajada y acabé riendo con él.

—Eras tú o Dan, y sabes que él ahora está precisamente muy liado. No es que tú no lo estés, sé de sobra que sois un equipo y vais de la mano con lo que tenéis encima ahora mismo, pero él está en la calle y no puedo sacarlo de ahí.

Podría seguir explicando la conversación que tuvimos, pero fue más de lo mismo todo, dándole vueltas al asunto hasta que acabé cediendo como ya sabéis al hacer mi aparición en el aula.

Imposible imaginarme esa mañana que en ella encontraría dos caras conocidas, sobre todo a una en concreto. De todo me había entrado por el cuerpo, dejándome descolocado los primeros minutos en cuanto hice un recorrido visual para quedarme con las caras de todos los alumnos y para mi sorpresa, localicé la de Kora y la de Aroa.

Desconcertado me quedé y me acordé de todos los antepasados de mi queridísimo amigo Dan. Precisamente la noche anterior nos habíamos llamado para que me pusiera al corriente de lo que había hecho durante el día y había terminado comentándole los nuevos cambios al no haberlo visto, y el muy gracioso se había callado cuando le dije a dónde iba y para qué.

Una gracia tremenda me hacía a mí, pero de verdad, al final le había sacado el lado bueno a la situación y tenía que reconocer que estar en un puesto en el que Kora tenía que morderse la lengua y tragar ante mi presencia me hacía partirme de la risa y regocijarme en ello. Lo que nunca sucedía de puertas para fuera porque no callaba ni debajo del agua.

Nuestros enfrentamientos eran habituales. Yo creo que, a estas alturas, con los años que teníamos ya lo habíamos cogido más por costumbre que otra cosa. La primera vez que la conocí y me la presentó Dan, fue un día que fui a su casa hacía muchos años ya a hacer un trabajo para el colegio. Por aquel entonces yo tenía doce años y hacía solo dos meses que había entrado en el mismo colegio que Dan. Poco tiempo tardamos en hacernos inseparables.

Ella tenía seis años y me hizo gracia lo pizpireta que era y como no se separaba de Dan en ningún momento, incluso teniéndole que cerrar la puerta de su habitación riendo para que nos dejara solos para poder avanzar con lo que nos traíamos entre manos. La relación que tenían los dos siempre me creó añoranza porque yo también era hijo único como Dan y Kora, pero no tenía familiares cerca, ni con tanta unión como ellos.

Fue un comienzo de lo más normal, pero conforme fueron pasando los años todo cambió. No sé en qué punto exacto lo hizo, pero las pullas, las indirectas muy directas y todo lo que os podáis imaginar para hacernos saltar, creaban chispas a nuestro alrededor cada vez que coincidíamos, y ya os digo que era bastante a menudo por la amistad que creamos Dan y yo.

Yo tenía mis motivos para hacer el cambio que hice, no es que me justifique, pero ahí lo dejo por sus provocaciones. Ella, ni puñetera idea por qué la tomó conmigo y seguía en sus trece plantándome cara.

—Bueno ¿qué? ¿Cómo ha ido tu experiencia de profesor? —me preguntó Dan sentándonos en una mesa con los

cafés.

—Lo he bordado. —Curvé los labios.

Soltó una carcajada al verme hinchado de orgullo. Joder, no era mentira, que uno no estaba habituado a esas cosas y había salido todo rodado. En mi vida me había visto en otra parecida.

—No te rías, que es verdad —negué.

—No, si no lo dudo. Solo que me ha hecho gracia cómo lo has dicho —respondió intentando no reír—. Kora cuando te ha visto se habrá quedado…

—En *shock*, sí. —Puse los ojos en blanco.

—Lo veo, lo veo —rio antes de darle un sorbo al café—. Pero después todo bien ¿no?

—Bueno, después de unas palabras un poco tensas al principio, se podría decir que sí. —Me encogí de hombros —. Nos hemos ignorado y cada uno nos hemos puesto a lo nuestro.

—Tensas —repitió divertido—. ¿No será que has abusado un poco de tu autoridad como profesor?

—Qué puedo decir, quizás, solo quizás, he tensado un poco la cuerda a propósito. —Me recosté en la silla provocándole una carcajada.

—No tenéis remedio —negó divertido—. Después dices que es ella. —Levantó una ceja.

—La mayoría de las veces sí. —Imité su gesto—. Por una vez he aprovechado la ocasión perfecta y ni ha rechistado.

—Normal —rio contagiándome—. Bueno, me tengo que ir ya. —Se levantó apurando el café.

—¿Vas a hacer lo que me contaste anoche? —Hice lo mismo y lo seguí hacia la calle.

—Sí —aseguró—. Hablamos a la noche. —Se giró hacia mí una vez fuera del edificio.

—Está bien, ten cuidado. —Nos dimos un abrazo—. A mí me queda otra clase y por hoy he acabo aquí. —Puse los ojos en blanco.

Riendo, así nos separamos cada uno cogiendo hacia una dirección diferente. Dos horas más estuve dentro de la universidad, las que se dividieron en esperar hasta la siguiente clase mientras me empapaba y refrescaba un poco el temario, una hora completa en otra aula diferente y una pequeña reunión con el director. Eso fue todo lo que

hice hasta salir por la puerta y dar el día por finalizado dirigiéndome hacia mi trabajo de verdad.

Primer día superado y a saber cuántos me quedarían teniendo que encontrarme de frente con Kora y su amiga. Sonreí conduciendo y acabé soltando una carcajada al recordar por todas las expresiones que habían pasado su cara, conteniéndose y fulminándome con la mirada, sin obviar cómo iba peinada ese día.

hice hasta salir por la puerta y dar el día por finalizado dirigiéndome hacia mi trabajo de verdad.

Primer día superado y a saber cuántos me quedarían teniendo que encontrarme de frente con Kora y su amiga. Sonreí conduciendo y acabé soltando una carcajada al recordar por todas las expresiones que habían pasado su cara, conteniéndose y fulminándome con la mirada, sin obviar cómo iba peinada ese día.

Capítulo 4



Dos años más tarde…

Kora

—Hola preciosa, aquí tienes lo que me has pedido. —Levanté la cabeza hacia Mateo que se había apoyado en mi mesa.

—Gracias —asentí sonriendo—. Ya puedes dar el día por finalizado.

—Por fin, pensaba que no corrían las horas hoy. —Soltó un bufido—. Se me ha hecho especialmente pesado.

—Me hago una idea, sí. —Bajé la mirada abriendo la carpeta que me había dado.

—¿Todo bien?

—¿Qué? —Volví a mirarlo.

—¿Que si está todo bien? Me ha parecido por tu tono…

—Una mala noche y el día se ha hecho interminable también. —Curvé un poco los labios—. Lo que quiero olvidar en cuanto me meta otra vez en la cama.

—Espero que no haya sido por nada en concreto —negué—. Está bien, pues nos vemos mañana. —Me hizo un guiño.

—Hasta mañana —respondí.

—¿Ya nos vamos? —Se dejó caer Aroa en la silla de enfrente de mi mesa.

—No —negué divertida—. Al menos a mí me queda un rato. —Levanté la carpeta.

—Déjalo, no se van a evaporar los papeles. —Soltó un bufido.

—Pues sabes qué te digo… que tienes razón. A tomar por saco ya todo por hoy.

—Así se habla. —Se levantó de golpe levantando un puño—. ¿Te apetece más tarde cenar fuera? Puedo escribirle a Martina y…

—No es buen día —negué mientras recogía y metía todo en el bolso.

—¿Me lo vas a contar? Llevas unos días rara.

—No hay mucho que contar. —Me encogí de hombros colgándome el bolso y alejándome de la mesa, seguida por ella—. No duermo casi y los días se hacen intensos, ya está.

—¿Se ha repetido lo mismo otra vez? ¿El mismo sueño? —Me frenó haciendo que la mirara.

—Sí.

—Joder, cada vez los tienes más continuos. —Frunció el gesto.

—Déjalo. —Seguí caminando directa hacia el ascensor.

Bajamos en silencio, sintiendo la mirada de Aroa puesta en mí todo el rato. Conforme el ascensor fue haciendo paradas, se fue llenando y nosotras acabamos al final del todo.

—Quizás si lo exteriorizas… —me susurró cuando faltaba solo un piso para llegar a la última planta.

—No, ya te lo conté una vez hace tiempo. No quiero verbalizarlo más —dije segura.

Y así era, bastante me atormentaba durante las noches cuando me despertaba sudando y sobresaltada, con miedo. No, no pensaba hablar de ello porque lo que necesitaba era olvidarlo y que no me siguiera a todos lados la dichosa sensación que no se iba.

—Está bien —soltó un suspiro.

Salimos del ascensor y caminamos hacia fuera del edificio.

—Mañana nos vemos en la cafetería a primera hora. —Me giré sonriendo hacia ella.

—Claro, cariño. —Se acercó a darme dos besos—. Cualquier cosa me llamas.

Asentí y cada una fue hacia una dirección. Ella, hacia la derecha directa hacia donde había dejado su moto, y yo, hacia la izquierda donde había aparcado esa mañana el coche. Eran las cinco de la tarde. Mi turno de trabajo acababa a las tres y media, pero siempre me liaba y nunca hacía el horario real.

Mientras circulaba marqué el número de mi primo Dan, pero la llamada se cortó al no responderme. Subí el volumen de la radio para acallar a mi mente y en veinte minutos estaba aparcando cerca del edificio donde vivía.

Dejé de compartir piso con mis amigas varios meses después de que acabara el máster que cursamos Aroa y yo. E que, por cierto, superamos y aprobamos con unas de las mejores medias de ese año, motivo por el que nos cogieron en el mismo trabajo, al despuntar por el nivel con el que lo finalizamos. Una gran suerte que tuvimos. Convivimos durante mucho tiempo las tres, pero llegó un punto en el que Martina empezó a viajar constantemente por trabajo, en el que Aroa se echó pareja y acabó trasladándose con él a vivir. Pareja que hoy día ya no tenía y al final optó por irse por su cuenta.

Yo me quedé desde el principio en el piso que compartimos, del que pasé a hacerme cargo sola. Me gustaba y estaba en muy buena zona donde tenía todo lo que necesitaba a mano y cerca, pero a cierta distancia del centro de la ciudad. La ubicación perfecta para que el estrés continuo de la aglomeración no acabara agobiándome.

Dejé la llave en la cerradura por la parte de dentro en cuanto entré y fui directa hacia la habitación. El piso lo reformé y adapté según creí conveniente en cuanto me quedé sola en él.

—Por fin —solté un suspiro al quitarme los zapatos de tacón, dejándome caer en la cama de espaldas.

Estaba agotada, las noches que llevaba apenas sin dormir me pesaban y la anterior no había conseguido ni cerrar los ojos. Los cerré con fuerza en ese instante por el cansancio, tapándome la cara con el brazo, pero la tranquilidad me duró poco incorporándome rápido al escuchar varios golpes fuertes en la puerta.

Me levanté para ver quién era y solté un suspiro, pero sonriendo, al comprobarlo por la mirilla.

—Hola Pedro —sonreí más al abrir.

—Kora, tienes que esconderte. —Entró corriendo, echándome hacia un lado, mirando alrededor mientras avanzaba hacia el centro del salón.

—Todo está bien. —Intenté tranquilizarlo.

—No, estás en peligro. Sé que están a punto de llegar. —Se acercó hacia mí rápido, cerrando la puerta de un portazo y cogiéndome de la mano me llevó a la parte de atrás del sofá, dándole un golpe a una mesa pequeña que quedó volcada en el suelo

Se sentó en el suelo resguardado por el respaldo y tiró de mí para que hiciera lo mismo, en tensión.

—Pedro, no hay nadie. —Intenté que lo comprendiera.

—Kora, sé de lo que hablo. —Me miró preocupado—. Están a punto de atacarnos y no te voy a dejar sola.

Lo miré con cariño, no podía hacer otra cosa. Me dejé caer contra él y pasó un brazo por encima de mis hombros, apretándome contra su cuerpo.

—¿Qué tal estaba la lasaña que te hice hace dos días? —susurré sabiendo lo que necesitaba.

—¿Eh?

—La lasaña.

—Ah, bien, muy rica. Esperando disfrutar de la siguiente —dijo asomándose hacia la puerta.

—Vale —reí flojito—. Me alegro, la verdad es que me quedó muy buena, no siempre se atina igual y mira que siempre es la misma receta.

Le di un tirón en la camiseta para que me hiciera caso, se había vuelto a ir de mi lado.

—¿Qué me decías? —Bajó la mirada hacia mí.

—Que sí, que estaba muy rica —sonreí con cariño—. Quieres que vayamos a la cocina ¿te apetece tomar algo?

—No, no podemos movernos.

Y no me dio tiempo a reaccionar cuando me empujó hacia el suelo tumbándose a mi lado mientras me cubría con su cuerpo. Solté un suspiro y ahí me quedé hasta que quince minutos después lo sentí separarse de mí, volviendo a sentarse llevándose las manos a la cabeza con la respiración alterada.

—Lo siento, lo siento —negó varias veces.

—Eh, no pasa nada. —Me arrodillé enfrente de él—. Mírame, Pedro. Estás aquí conmigo, en mi piso, los dos solos. —Le aparté las manos.

—No era mi intención Kora. —Me miró preocupado.

—Solo querías protegerme. —Ladeé la cabeza sonriendo, sentándome a su lado otra vez—. No sabes lo tranquila que vivo aquí desde que te mudaste.

—¿Lo dices en serio? La gente… —Me miró confundido y triste.

—Claro, no digo las cosas por decir. La gente puede decir misa, pero lo que te digo es una verdad como un templo. —Le hice un guiño—. Vamos a la cocina ¿te apetece beber algo?

Me levanté y me siguió, moviendo la cabeza de lado a lado para centrarse, mirando de reojo hacia la puerta principal, inseguro.

—No te preocupes, ya te he quitado mucho tiempo —soltó un suspiro parándose antes de llegar.

—¿Te estás tomando la medicación? —Me preocupé al verlo diferente que otras veces.

Era una escena que se repetía muy a menudo. La primera vez que pasó casi me da algo pensando que de verdad venía alguien a hacernos daño y nos pasamos tirados en el suelo con él vigilando la puerta más de una hora. Por ese entonces no lo conocía muy bien, solo de las palabras que nos decíamos al encontrarnos en el edificio, lo que nos llevó poco a poco a profundizar más en nuestras vidas y en nuestra relación de amistad.

Pedro tenía cincuenta y cinco años y debía tomarse una medicación para estar centrado. Por la sensación que tuve en ese instante algo me dio a entender que algo estaba fallando. Había estado en el ejército, lo que provocó el trastorno que sufría. Después de verse en el centro de varias guerras horribles, su cabeza no aguantó las impresiones, el miedo, las muertes, el ser prisionero del enemigo y todo lo que mi cabeza no podía saber, ni comprender al no haberlo vivido en primera persona. De ahí que cada dos por tres llamara a mi puerta sobresaltado, pensando que estábamos en peligro porque él realmente, su cabeza, así lo creía recreando escenas que muy a su pesar no podía borrar temiendo por nuestras vidas.

—Estoy cansado de todo —me respondió haciéndome entender todo.

—Ven. —Lo cogí de la mano y lo llevé otra vez hasta el sofá, pero esa vez sentándonos en él—. Es importante que te las tomes Pedro —le hablé en tono bajo—, no quiero que te alejen de mí.

—Eso no pasará. —Se puso rígido.

—Si no lo haces sí —dije convencida y vi la contradicción en sus ojos.

—Estoy bien Kora.

—Lo estás, no estás mal —aseguré—. Solo que, por salud, tú tienes que tomarte unas pastillas, poquita cosa, y yo tengo que hacer otras diferentes. Prométeme que te las tomaras y que no te saltarás ninguna porque si no, pasaré a tenerlas yo y a hacerte venir a mi piso para que te las tomes de mi mano. —Levanté una ceja.

—Es que cuando me las tomo me siento raro. —Se frotó la cara.

—Imagino, pero es por tu bien. —Le froté la espalda.

—Vale —soltó un suspiro—. Solo te tengo a ti.

Mis ojos se nublaron de lágrimas y lo abracé. Era cierto, después de contarme toda su historia, por él mismo supe que su familia acabó dándole de lado al no soportar sus cambios, al no reconocerlo. Pero ¿qué quería la gente? ¿Que volviera del horror más absoluto intacto? Egoístas, inhumanos, eso es lo que eran y me hervía la sangre por él. Otra cosa hubiera sido que fuera inestable y con un nivel más de peligrosidad, poniendo en riesgo su vida o la de los demás, entonces podía llegar a entender que tomaran medidas, pero tampoco abandonándolo, solo proporcionándole lo que necesitaba estando a su lado. Pero Pedro no era así, dentro de su inestabilidad era estable y no suponía ningún peligro para nadie, todo lo contrario, solo buscaba proteger a los que quería.

Por ese motivo, pasaba todos los ratos que podía junto a él. Me daba mucha pena, y no él, porque era un hombre que quitando esos episodios en los que también era encantador queriendo proteger, era muy buena persona y adorable. Pero sí me daba pena la situación que lo llevó a estar de esa manera y con lo que se encontró después, sin el apoyo ni la comprensión de los que lo tenían que respaldar y querer.

—¿Quieres venir a cenar después? —le propuse— O lo mismo te apetece que cenemos en la tuya.

—Se te ve cansada. —Me miró con cariño.

—Un poquito —acompañé a mis palabras con un gesto de los dedos—, pero nada que no solucione en cuanto me deje caer en la cama esta noche.

—Lo dejamos para mañana mejor.

—Está bien como quieras. —Me incorporé cuando lo hizo él.

Lo acompañé a la puerta y nos despedimos con dos besos y un abrazo. Apoyada en ella cuando la cerré, solté un suspiro y fui a recoger la mesa que seguía volcada. La coloqué bien y cuando iba a ir hacia la habitación, otra vez el timbre volvió a sonar.

Nada más abrir sonreí de oreja a oreja al ver a Pedro al otro lado, sosteniendo con una mano tres pastillas y en la otra una botella de agua. Se las metió en la boca mientras lo miraba y bebió.

—Me encanta. —Me recosté en el marco de la puerta.

—Quería hacerte sonreír —lo hizo él y lo imité con más ganas.

—Pues hazlo así cada día y te sonreiré igual. Tienes plan de ahora en adelante. —Le hice un guiño y acabamos los dos riendo.

Nos volvimos a despedir deseándole buenas noches y dando por hecho que hasta el día siguiente no lo volvería a ver. Cuando volví a entrar en la habitación pasé de largo de la cama porque si volvía a hacer contacto con ella no saldría de ahí y me dirigí hacia el baño.

—Pues hazlo así cada día y te sonreiré igual. Tienes plan de ahora en adelante. —Le hice un guiño y acabamos los dos riendo.

Nos volvimos a despedir deseándole buenas noches y dando por hecho que hasta el día siguiente no lo volvería a ver. Cuando volví a entrar en la habitación pasé de largo de la cama porque si volvía a hacer contacto con ella no saldría de ahí y me dirigí hacia el baño.

Capítulo 5



La ducha me relajó, lo que me dejó sin menos fuerzas aún. Sin muchas ganas de complicarme la vida para hacerme algo de cenar, me preparé una ensalada. A punto estaba de lanzarme a ella cuando me acordé de que Dan no me había devuelto la llamada.

Fui hacia la habitación donde había dejado el móvil y lo cogí volviendo a la cocina, comprobando que solo tenía varios mensajes de mis amigas en el grupo que teníamos.

Antes de meterme en él para saber qué decían, marqué otra vez su número y tuve el mismo resultado, nada.

Yo: *Buenas noches Dan. Cuando puedas, aunque sea escríbeme un mensaje con un ok ¿vale? Tengo muchas ganas de verte y contarte todos los líos que hay en la oficina. «Falcon Crest» se queda en nada con lo que hay ahí metido, jajaja… te quiero.*

Dejé el móvil al lado y empecé a cenar entrando en el grupo de mis amigas, leyendo sus mensajes mientras sonreía con la boca llena.

Yo: *Buenas noches, preciosas. Me parece todo perfecto, quedamos mañana para cenar y salir un rato. Así empezamos el fin de semana como se merece, por todo lo alto. Ah, el sábado y el domingo no contéis conmigo, jajaja… que os conozco y nos recogeremos cuando el sol esté saliendo y una ya tiene una edad.*

Lo último lo puse con toda la intención, sabiendo que Aroa no tardaría en saltar y así fue poniendo caras rojas enfadas y con comentarios que me hicieron reír y a los que contesté de la misma manera. Mi mente se fue automáticamente al recuerdo de cuando cursábamos el máster, al primer encontronazo que tuvimos con Evan como profesor.

Durante los dos años que habían pasado apenas habíamos coincidido, solo cuando yo había ido a ver a Dan a su piso o al trabajo y él estaba presente. Tengo que decir, que su presencia como profesor durante el máster se alargó casi hasta el final de él, tiempo en el que sus clases fueron de lo más entretenidas y en las que aprendimos mucho gracias a él.

Después de la primera impresión del primer día, tanto él como nosotras, supimos llevar la situación. Vamos, que pasamos los unos de los otros, centrándonos en lo que nos interesaba. Por su parte dar las clases lo mejor que sabía, por la nuestra, atendiendo y empapándonos de todo lo que nos transmitió. Solo os digo que sacamos la máxima nota en su materia.

Me levanté cuando terminé de cenar y fui directa a lavar lo poco que había ensuciado. Con el trapo entre las manos, secándomelas, el timbre de la puerta sonó y caminé hacia ella frunciendo el gesto al ser casi las diez de la noche.

—Dan —grité al ver la imagen de mi primo, lanzándome a él.

—Hola cariño. —Me abrazó fuerte.

—Estaba preocupada —dije cuando nos separamos.

—Lo siento pequeña, estoy consumido por el trabajo —se justificó entrando y cerré la puerta.

—No te preocupes, lo sé y lo entiendo. Pero como te he dicho en el mensaje, con un ok de vez en cuando tengo suficiente —sonreí abrazándolo otra vez.

—Te lo prometo. —Me levantó entre sus brazos empezando a dar vueltas, haciéndome reír.

—¿Has cenado? Te preparo algo.

—No te preocupes, es muy tarde.

—Bah, no lo es. Ven. —Lo cogí de la mano y tiré de él hacia la cocina—. Ponte cómodo, ¿qué prefieres? Yo me acabo de comer una ensalada, pero tengo cosas más decentes en la nevera y en el congelador. —Solté el trapo en la barra de la cocina y me apoyé en ella.

—Una ensalada es más que decente —rio.

—Pero si te apetece algo caliente…

—No, está perfecto así —sonrió.

—Marchando una ensalada especial de Kora. —Le hice un guiño—. Ah, no, te quedas dónde estás. —Lo señalé a ver su intención de levantarse y ayudarme.

—No seré el que te contradiga, eres la única que me intimida —rio contagiándome.

—¿Cómo va todo? ¿El trabajo bien? —le pregunté cuando lavé todo lo que iba a utilizar y lo puse encima de la encimera para poder hablar mirándole a la cara.

—Mis padres están aquí —dijo incorporándose y cogiendo varios pepinillos, llevándoselos a la boca—. Está todo bien, estresado y sin tiempo de nada, pero es lo que hay. —Se encogió de hombros.

Lo miré mientras cortaba la lechuga, pendiente de todas sus reacciones.

—Deja de mirarme y presta atención a lo que tienes entre las manos. —Levantó una ceja—. A ver si todavía cortas donde no es.

—Lo tengo controlado —sonreí de medio lado—. ¿Qué tal están tus padres? ¿No han pensado todavía en pararse un poco? Te diría que les voy a hacer una visita, pero seguro que cuando pueda ya no están otra vez.

—Que va —negó—. El día que frenen y se queden una temporada será el momento en el que nos tengamos que preocupar. —Puso los ojos en blanco—. Están perfectos, tienen más energía que tú y yo juntos.

—Bueno, para tener más que yo no hace falta mucho —solté un suspiro.

—¿Y eso? —Se apoyó en la barra.

—No duermo muy bien últimamente. —Me encogí de hombros.

—¿En el trabajo bien?

—Sí, sí… muy contenta —dije alejándome para aliñar la ensalada.

Cuando lo hice se la puse delante y fui hacia la nevera.

—¿Agua? ¿Refresco o cerveza?

—Una cerveza está bien.

Asentí y la cogí, con un refresco para mí. No tardé en sentarme a su lado mientras empezaba a cenar.

—¡Está buenísima! —Me miró sorprendido.
l

—Exagerado —reí—. Solo es lechuga y algo más.

—Pues serán las manos que la han preparado, pero está riquísima. —Me hizo un guiño y sonreí con cariño.

—Eso es el hambre que tienes.

—Y si en el trabajo está todo bien… ¿qué les pasa a las noches? —preguntó sin mirarme.

—No lo sé, he probado todas las opciones, pero no hay manera de dormir en condiciones. Llevo una temporada que no descanso.

—¿Por lo mismo de siempre? —Me miró fijando los ojos en los míos.

—Sí —solté un suspiro—. Pero no ha pasado. —Curvé un poco los labios.

—No ha pasado —repitió—, pero te persigue una y otra vez.

—No pasa nada, no tiene por qué significar nada esta vez —negué.

—¿Cuándo sería la primera vez que eso sería así? Me refiero a que lleguen hasta ti y no pase nada…

—No la ha habido todavía. —Tragué saliva—. Pero llevo mucho tiempo con el mismo sueño y mira, quizás esta es la primera que rompe la regla.

—Sigues soñándolo, peque. —Dejó de cenar, agarrándome de una mano—. Hasta que no se dan no dejas de hacerlo. ¿Cuánto tiempo llevas con el mismo? —me preguntó preocupado.

—Mucho. —Tragué saliva bajando la mirada hacia la lata de refresco.

—¿Cuánto? —insistió.

—Más de tres años. —Levanté la cabeza para encontrarme con más preocupación.

—Joder, ¿más de tres? —Se levantó nervioso—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No quería que te pusieras así —dije en tono bajo.

—¿De qué trata el sueño? —me preguntó sin parar de moverse por la cocina.

—No lo veo claro. —Tragué saliva siguiéndolo con la mirada, hasta que paró y entrecerró los ojos.

No era del todo verdad, no es que no lo viera claro, sí que cuando me despertaba tenía algunas lagunas, pero recordando lo esencial, que no era otra cosa que la situación. Lo que no quería era preocuparlo más de lo que estaba porque ya tenía bastante con todo lo que tenía encima y yo, tenía mis motivos para callarme porque…

—Kora, ¿me estás diciendo que no te acuerdas? ¿Que llevas más de tres putos años con lo mismo y no sabrías explicármelo? —Se apoyó en la barra.

—Por eso mismo no quiero pensar en ello. Sé lo que sucede, pero no veo caras y no sé identificar el lugar ni nada… además, no han sido constantes durante el tiempo que te he dicho, de un tiempo a esta parte sí, pero he tenido descansos en los que se paraban.

—Pero es que da igual que pienses o no en ello, sabes que, en algún momento, en algún punto, sucederá. Joder.

—No te pongas así. —Tragué saliva levantándome del taburete.

Lo vi debatiéndose con él mismo, hasta que soltó un suspiro y se acercó a mí, abrazándome.

—Lo siento cariño, estoy preocupado —susurró.

—Lo sé, pero ¿te imaginas que me tiro toda la vida así? ¿Con la misma pesadilla? Vamos a olvidarlo, quizás lo que pasaba siempre, ya al ser más adulta no se dé —susurré igual que él.

—Está bien. —Me apretó—. Si no identificas a nadie no sabes si tiene que ver contigo ¿no?

—Así es.

Después de ese momento tenso volvimos a ocupar los taburetes y él acabó de cenar. Para dejar de lado lo que nos había puesto en tensión, Dan me pidió que le contara la telenovela que había montada en mi oficina, como le había dado a entender en el mensaje.

Estuvimos un buen rato riendo por ello, rato en el que la preocupación no acabó de desparecer de su expresión, pero la que intentó por todos los medios no mostrar mucho.

Nos despedimos en la puerta a las once y media de la noche, entre abrazos y besos, prometiéndome que a partir de ahora me respondería, aunque fuera al final del día con algún mensaje corto si no le daba para más la situación.

Conforme y contenta, cerré la puerta y apagué la luz del salón, yendo directa hacia la habitación. Hice una parada rápida en el baño y no tardé en estar tumbada en la cama bocarriba, con la luz encendida y con los ojos abiertos de par en par a pesar del cansancio.

—Esta noche va a ser diferente, seguro que sí —susurré para mí.

Llevaba toda la vida atormentada por lo que soñaba y según palabras de Dan, se debía a un don que tenía desde que nací, porque no tardé en expresar desde bien pequeña las aventuras de las que era protagonista mientras dormía. Emocionada, como si fuera un cuento, relataba todo tal cual recordaba.

Mis padres y Dan no tardaron en darse cuenta de que todo lo que salía por mi boca al haberlo soñado, se convertía en realidad. La primera vez fue cuando me caí por las escaleras del colegio, no por mí misma, sino por un empujón que me dieron. Y así muchas más se sucedieron conforme fui creciendo, hasta que llegó a un punto en el que no solo soñaba conmigo de protagonista, sino con los que me rodeaban y con gente que no reconocía. Incluso Dan sufrió en sus propias carnes varios de ellos, aunque al contárselo puso todo de su parte para evitarlo.

De nada servía, si lo soñaba, podía desviarse un poco del camino si intentaban ponerle solución, pero acababa con el mismo final de igual manera.

Todos los de mi alrededor estaban asustados por las consecuencias que tenía cada vez que me despertaba y explicaba cómo había ido la noche. A mí me costó darme cuenta, porque por aquel entonces era demasiado pequeña para entender las situaciones y relacionarlas.

Hasta que empecé a madurar y a unir los cabos, y terminé temiéndole a la noche, a cerrar los ojos. Había rachas en que eran muy constantes esos sueños, pero en otras parecían pararse, lo que agradecía para mi tranquilidad. De las situaciones que podíamos tomarnos como anécdotas y que representaban un mal menor, pasé a las que encogían el corazón y lo tornaban todo de miedo y oscuridad.

Era verdad lo que le había dicho a Dan, el sueño que se repetía insistentemente desde hacía mucho tiempo, no conseguía verlo con claridad. Lo que sucedía sí, a quien perjudicaba no, ni siquiera podía ubicarlo en un lugar en concreto al no reconocerlo.

Tragué saliva cerrando los ojos y me giré en la cama, abrazando a la almohada con fuerza. No me gustaban las noches, les tenía pánico y daba igual el tiempo que pasara y la edad que tuviera, porque para mí, eran una sentencia para alguien y no poder ponerle remedio me atormentaba sin descanso.

Los ojos se me cerraron sin darme cuenta, demasiado tiempo sin dormir. Mi último pensamiento consciente fue que ojalá esa noche fuera diferente, que ojalá frenara todo para poder estar en paz y que no se me encogiera el corazón al despertar.

Mis padres y Dan no tardaron en darse cuenta de que todo lo que salía por mi boca al haberlo soñado, se convertía en realidad. La primera vez fue cuando me caí por las escaleras del colegio, no por mí misma, sino por un empujón que me dieron. Y así muchas más se sucedieron conforme fui creciendo, hasta que llegó a un punto en el que no solo soñaba conmigo de protagonista, sino con los que me rodeaban y con gente que no reconocía. Incluso Dan sufrió en sus propias carnes varios de ellos, aunque al contárselo puso todo de su parte para evitarlo.

De nada servía, si lo soñaba, podía desviarse un poco del camino si intentaban ponerle solución, pero acababa con el mismo final de igual manera.

Todos los de mi alrededor estaban asustados por las consecuencias que tenía cada vez que me despertaba y explicaba cómo había ido la noche. A mí me costó darme cuenta, porque por aquel entonces era demasiado pequeña para entender las situaciones y relacionarlas.

Hasta que empecé a madurar y a unir los cabos, y terminé temiéndole a la noche, a cerrar los ojos. Había rachas en que eran muy constantes esos sueños, pero en otras parecían pararse, lo que agradecía para mi tranquilidad. De las situaciones que podíamos tomarnos como anécdotas y que representaban un mal menor, pasé a las que encogían el corazón y lo tornaban todo de miedo y oscuridad.

Era verdad lo que le había dicho a Dan, el sueño que se repetía insistentemente desde hacía mucho tiempo, no conseguía verlo con claridad. Lo que sucedía sí, a quien perjudicaba no, ni siquiera podía ubicarlo en un lugar en concreto al no reconocerlo.

Tragué saliva cerrando los ojos y me giré en la cama, abrazando a la almohada con fuerza. No me gustaban las noches, les tenía pánico y daba igual el tiempo que pasara y la edad que tuviera, porque para mí, eran una sentencia para alguien y no poder ponerle remedio me atormentaba sin descanso.

Los ojos se me cerraron sin darme cuenta, demasiado tiempo sin dormir. Mi último pensamiento consciente fue que ojalá esa noche fuera diferente, que ojalá frenara todo para poder estar en paz y que no se me encogiera el corazón al despertar.

Capítulo 6



Evan

Viernes por fin. Faltaban pocas horas para poner punto final a otra semana agotadora de trabajo. Salí del baño y me dirigí hacia la cómoda, dejando la vista fija en el marco de fotos que tenía encima de ella. Sonreí al ver la imagen donde aparecía con Dan haciendo el tonto de adolescentes, con una Kora bien pequeña saltando a nuestro lado y con una gran sonrisa.

Me la regaló Dan para que confraternizara con la imagen de los tres. Esas fueron sus palabras cuando me la dio, pero lo único que buscaba era que lo hiciera hacia Kora. Negué con la cabeza y saqué la ropa para ese día.

Me guardé el móvil en el bolsillo de detrás del pantalón una vez vestido y salí de la habitación directo a por un café antes de salir de casa. Vivía solo, en una planta baja con un pequeño jardín delantero y otro trasero más grande. La heredé de mis abuelos.

Era mi remanso de paz, el único lugar en el que en cuanto traspasaba la puerta principal conseguía relajarme y era como si me aislara de lo que había fuera.

Me hice el café y salí a la terraza de delante, dirigiéndome hacia una mesa cuadrada que tenía dejando el móvil encima, sentándome en una silla. Me lo tomé con calma, viendo el ir y venir de la gente a esas horas de la mañana separado con la distancia suficiente de la acera y apartado por una valla que separaba mi jardín de la calle y de los vecinos.

Cogí el móvil y busqué las noticias con las que había amanecido el día. Estaba entretenido en la sección de deportes cuando el nombre de Dan apareció en la pantalla.

—¿Qué pasa tío? —sonreí al descolgar.

—Liado ya, yo no sé por qué cojones en esta relación de compañeros y amistad me he llevado la peor parte. Seguro que tú estás tan tranquilo en tu casa ahora mismo.

—Jajaja… siento decirte que así es. Me acabo el café y salgo, pero te recuerdo, por si se te ha olvidado ya, que el año pasado fue a la inversa durante doce meses intensos, amigo. ¿Dónde estás?

—Ya ni me acuerdo de eso, jajaja… en el coche metido.

—Claro, porque eras tú el que estabas a estas horas recostado en alguna silla de tu casa, no te jode. Ten cuidado. ¿Nos vemos a la noche para hacer algo? ¿Podrás?

—No lo sé aún. —Soltó un bufido—. Estoy en la recta final y ya sabes lo que ello supone, no puedo cometer ni un fallo ni imprudencia a partir de ahora. Por eso fui anoche a casa de Kora, para verla porque me tiraré un tiempo sin poder hacerlo. Estaba preocupada.

—Ya… ¿cómo está?

—Bien.

Su afirmación tendría haberme dado a entender lo que significaba, pero su tono de voz me hizo levantar una ceja.

—¿Qué sucede?

—No sé tío, me quedé preocupado.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el gesto echándome hacia delante en la mesa, apoyando los codos en ella.

—Los putos sueños…

—¿Sigue teniéndolos? —Me sorprendí— Llevaba tiempo sin ellos, pensaba que habían frenado con la edad…

—Una mierda, lo único que se los ha callado para no preocuparme. Anoche tenía una cara de agotada… no descansa y no sé cuánto tiempo aguantará con ese ritmo —soltó un suspiro.

—¿En plural? ¿Ha tenido varios? ¿Han sucedid…?

—Sí, no, no —me cortó respondiéndome.

—Explícamelo bien. —Me levanté recogiendo la taza y entrando dentro de casa.

Se desahogó explicándomelo todo. Según fue haciéndolo mi expresión fue cambiando, moviéndome por el salón sin poder frenar los movimientos. Después de acabar, entendía perfectamente su reacción y cómo estaba.

—Joder.

—Pues eso mismo. —Soltó un bufido.

—¿Lleva tres puñeteros años sin dormir por lo mismo?

—Según lo que me dijo, no. Por lo que se ve de un tiempo a esta parte es muy intenso, sin descanso, pero ha tenido rachas en las que no han aparecido. Yo qué sé tío, qué mierda.

—Eh, tranquilo. No te descentres ni te pongas nervioso ¿me oyes?

—Joder, es Kora, no puedo. —Soltó un bufido y la ansiedad se reflejó en sus palabras.

—¿Quieres que me acerque a ella? —Dejé caer porque él en la situación que estaba no podía hacerlo como quería

—¿Lo harías? Me quedaría muy tranquilo.

—Joder, que nos llevamos a matar cuando nos vemos, pero que le tengo mucho cariño y aprecio —reí para destensar el momento—. Por mi parte lo haré, todo puede ser que me tire a la cabeza lo primero que pille.

—Lleváis mucho tiempo sin coincidir, no creo que lo primero sea eso, quizás lo segundo sí, pero tú eres valiente macho.

Acabamos los dos riendo, imaginando la situación porque no iba muy desencaminado. O lo mismo estábamos equivocados y su reacción nos pillaba por sorpresa, no lo sabíamos.

Desde que acabó el máster en el que fui su profesor, sonreí al pensarlo, poco habíamos coincidido. Me sobraban dedos de una mano al contar las veces en las que se había dado. Y cuando lo habíamos hecho, nos habíamos saludado cordialmente y poco más, porque toda su atención era para Dan.

—Cuenta con ello y quédate tranquilo. Céntrate en lo que tienes encima, yo me ocupo de Kora, ¿vale?

—Gracias —dijo cambiando el tono de voz.

—No podré ayudarla con lo suyo, pero no la perderé de vista. Tampoco la agobiaré apareciendo delante de ella muy a menudo porque se olerá algo, olvídate del tema por completo y déjamelo a mí.

—No tienes que darme explicaciones. Sé que lo que hagas estará bien y será para no dejarla sola.

—Pues asunto arreglado y si hace falta le meto alguna pastilla en alguna bebida sin que me vea, para que caiga a plomo en la cama.

—Me gustaría ver cómo te acercas hasta ese punto —rio y yo con él.

—Tengo mis métodos, ya deberías saber que con nuestra profesión somos especialistas en pasar desapercibidos —dije intentando no reír.

—Confío en ti, cuídamela, por favor.

—Sobra decirlo —dije serio dirigiéndome hacia la habitación para coger la cartera y lo que necesitaba para salir de casa al trabajo.

Nos despedimos con sus ánimos un poco más elevados, lo que me tranquilizó. Me puse la cazadora de cuero y cogí la cartera. Mientras me la guardaba en el bolsillo interior, me paré delante de la cómoda fijando la mirada en la foto de los tres.

—Pues nada, misión «al rescate de Kora» activada. Espero que no me ataques en cuanto me veas. —Curvé los labios hablándole a la foto, fijando los ojos en su imagen.

Negando con la cabeza salí de casa hasta que volviera a pisarla por la noche. Me monté en el coche y cambié el rumbo que solía tomar siempre. Sabía perfectamente la rutina de Kora y dónde estaría a esas horas, al igual de que tuvo la suerte de entrar a trabajar junto a su amiga Aroa en el mismo lugar al poco de terminar el máster. Demasiadas conversaciones en las que salía su nombre de la boca de Dan, como era lógico.

Aparqué cerca de la cafetería a la que solía ir cada mañana antes de empezar a trabajar y paré el motor, bajándome. Caminé mirando hacia los coches estacionados por si veía el suyo, pero no hubo suerte. Seguramente lo habría dejado más alejado, pero de que estaba en la cafetería no tenía ni la más mínima duda, a no ser que estuviera indispuesta por algún motivo.

Dejé salir a una pareja y entré, mirando alrededor. No me costó localizarla, sola.

—Vale, a ver cómo cojones te presentas delante de ella —solté un suspiro y pedí una café con leche con un dulce y esperé a que me lo dieran en mano para dirigirme hacia una mesa de al lado suyo, ya que había varias libres.

Durante la espera, la miré con atención. Tenía la mirada fija hacia la cristalera que daba a la calle, su mesa estaba justo al lado. Fruncí el gesto al reconocer el tic nervioso que hacía con los dedos siempre que algo la alteraba, sin darse cuenta. Mala señal, me dije. Una camarera no tardó en llamar mi atención dejando una bandeja con mi desayuno al lado. Pagué y la cogí empezando a caminar hacia ella con decisión.

A ver si mi plan no le hacía saltar las alarmas, el que era caminar hacia la mesa que quedaba justo enfrente de ella y hacerme el sorprendido al verla, parándome un momento. Un planazo era, tomároslo con ironía, pero en ese instante antes de irme al trabajo y liarme durante bastantes horas no se me ocurrió nada mejor, porque una vez que ella entrara en el edificio de su trabajo…

—¿Kora? —Me paré a su lado agrandando los ojos, sonando sorprendido.

Le tomó unos segundos reaccionar, absorbida por sus pensamientos. Hasta que giró la cabeza hacia mí y tuvo la misma reacción de sorpresa, la suya real, la mía todo un papelón que empecé a interpretar.

—¿Evan? ¿Qué haces aquí?

—Vaya, no esperaba… tengo unos asuntos que resolver por aquí cerca y he hecho una parada obligada por el rugido de mi estómago. —Soné despreocupado e intentando que no se tomara a mal mi presencia.

—Oh, vale —me sonrió.

Ese gesto sí que me pilló por sorpresa, pero no tardé en devolvérselo.

—¿Y tú?

—Trabajo al lado de aquí, seguro que lo sabes.

—Claro, no sé ni en qué día vivo ni en qué calle estoy, joder bien empiezo la mañana. —Solté un bufido disimulando—. Primero me he despertado sobresaltado porque pensaba que me había dormido, segundo lo he hecho con la sensación de que era otro día diferente y ahora esto.

—Cuando tienes mal despertar es lo que suele pasar. —Volvió a sonreírme, ocultando sus manos debajo de la mesa para que no fuera evidente su estado de nervios, el que ya tenía antes de que me viera y nada tenía que ver con mi presencia.

Ya empezaban a preocuparme sus reacciones y su calma. No es que me quejara, pero joder, no estaba acostumbrado a tantas sonrisas dirigidas hacia mí. ¿Qué digo tantas? Desde que no era pequeña no las recibía por su parte. Me acerqué un poco más a su mesa y dejé la bandeja apoyada en ella.

—¿Tú has descansado? —dejé caer porque tenía muchas ojeras y su cara era el vivo retrato del cansancio y agotamiento, dándome a entender que había pasado otra noche sin apenas dormir o ni siquiera lo había hecho.

—Bueno, un poco. —Desvió la mirada hacia su taza de café.

—¿Esperas a alguien? ¿Puedo sentarme? Prometo que desayunaré atragantándome para no molestarte mucho —sugerí señalando hacia la silla que quedaba enfrente de ella.

Después de volver su vista a mí y tomarse unos segundos, asintió sonriendo otra vez. Con la mosca detrás de la oreja estaba ya, tengo que decirlo. Que no hubiera saltado con alguna de las suyas hacia mí me tenía totalmente

descolocado.

—Gracias —le dije ocupando la silla—. ¿Estás bien?

Sus ojos se agrandaron un poco, con los que me encontré nada más buscarlos porque había seguido todos mis movimientos poniéndome delante de ella.

—Solo estoy cansada —soltó un suspiro—. No sé si mi aspecto te ha dado a entender…

—No mujer, estás preciosa —la interrumpí y me gané como respuesta un levantamiento de ceja por su parte. Vale me dije, cambia la dirección ya—. Y no lo pregunto por eso, más que nada es que me ha sorprendido tu reacción. —Me encogí de hombros.

—¿Mi reacción? —Frunció el gesto.

Me reí desconcertándola más, ah, no iba a ser el único en estarlo.

—Normalmente saltas rápido sobre mí —dije echándole azúcar al café, sin mirarla.

—Yo no salto sobre ti, eres tú el que provocas que…

—¿Yo? —Me sorprendí señalándome.

—Sí. —Se cruzó de brazos—. Y ahora te has presentado muy calmado.

—Bueno, es que no esperaba verte, venía de lo más relajado. —Me encogí de hombros.

—Ya. —Ladeó la cabeza.

—Es la verdad —negué divertido.

—¿No será que Dan te ha pedido que me eches un vistazo? —Entrecerró los ojos echándose hacia delante hasta chocar con su pecho en la mesa—. Es mucha casualidad que anoche estuviera con él y habláramos, y ahora aparezcas precisamente aquí.

—¿Quieres quitarnos el trabajo? —reí— Porque a esas deducciones solemos llegar nosotros.

—¿Es así o no? —Apoyó los codos en la mesa.

—Como hemos empezado con buen pie hoy, que todavía me estoy preguntando cómo se ha obrado ese milagro…

—Tampoco ha sido para tanto. —Puso los ojos en blanco.

—No me negarás que es raro, raro. —Levanté una ceja.

—Vale. —Soltó un bufido haciéndome sonreír—. Un poco sí que lo ha sido, pero estoy tan agotada que no me quedan fuerzas y tú me quitas muchas energías. —Se frotó la cara.

—¿Qué yo te quito energías? Estás muy graciosa hoy. —Solté una carcajada provocando que sus labios se curvaran.

—Pues serás el único que lo diga hoy —negó con la cabeza.

—Lo digo —aseguré antes de darle un sorbo al café sin perderme ningún detalle de sus expresiones—. Vamos a ver. —Dejé la taza en el plato—. Voy a ser sincero, como te he dicho, hemos empezado con buen pie y quiero seguir así. Sí, he hablado con Dan hace un rato —puso los ojos en blanco—, pero solo me ha contado por encima que estuvo contigo anoche, poco más haciendo un resumen rápido. La llamada de rutina que nos hacemos cada mañana, ya sabes… ahora lo que me preocupa es lo de tu agotamiento. Solo hay que mirarte para saber hasta qué punto es así.

—No es nada, estoy acostumbrada. —Desvió la cabeza otra vez.

—Kora, sé que esto es un poco…

—Sí, raro, ya lo has dicho —soltó un suspiro.

—Pues eso, pero como estamos demostrando que hemos madurado en nuestra relación…

—No te creas, que puedo cambiar en cuestión de segundos. —Levantó una ceja.

—Vale, pues voy a ser rápido para aprovechar hasta que lleguen esos segundos —sonreí—. ¿Por qué estás así? Y no me des ninguna excusa, aunque no te lo creas, porque nunca me has tenido en cuenta. Vale, rectifico. —Levanté las manos al ver su expresión—. Decía que, aunque no te lo creas me preocupo por ti.

—No hace falta que lo hagas. —Se llevó la taza a los labios—. No he dormido bien, solo eso. —Bajó la mirada cuando soltó la taza, jugando con una servilleta entre los dedos.

—Tu imagen no se debe a una noche de insomnio —dejé caer mientras me llevaba el dulce a la boca sin mirarla.

Al no obtener respuesta levanté la mirada hacia ella. Sus ojos estaban brillantes y sus labios apretados. Arrugué el gesto al ver su expresión, identificándolo.

—¿Te puedo ayudar en algo? —hablé en tono bajo.

—No, es complicado, pero gracias, de verdad.

—¿Estás segura? —insistí y asintió con expresión triste, la que me puso en más en alerta.

Nos quedamos en silencio mientras yo me acababa el desayuno y ella se metía en su mundo. Cuando quise hablar otra vez vi entrando por la puerta a su amiga Aroa y supe que nuestro momento había acabado, por ahora.

—Bueno, tengo que ponerme en movimiento y ya tienes compañía —hablé captando su atención, haciéndole un guiño—. Te agradezco que me hayas dejado acompañarte —sonreí por si no tenía otra oportunidad de hacerlo delante de ella.

Se giró por mis palabras, viendo a su amiga pedir rápido en la barra y caminar hacia nosotros. Volvió la vista hacia mí.

—Coño ¿qué es esto? —pegó un pequeño grito Aroa al llegar a la mesa— ¿Estamos en otra vida paralela? ¿Por eso no estáis calvos de los tirones de pelo? —Pasó su mirada de uno a otro y retuve la carcajada que quería soltar.

—Ya ves, cada día sucede un milagro nuevo —dije metiéndome las manos en los bolsillos.

Entrecerró los ojos mirándome. Iba a responderme, pero las palabras de Kora la dejaron aún más con la boca abierta, y no fue a la única.

—Gracias, Evan. Sé por qué has venido aquí cuando te pilla en la otra punta de tu trabajo y a más de media hora de camino —me sonrió—. No tenéis que preocuparos, estoy acostumbrada a lo que me pasa. Pero igualmente, gracias. Ha sido todo un descubrimiento estar así contigo, aunque no te prometo que la próxima vez sea igual. —Ladeó los labios—. Quién sabe, lo mismo ya habré recuperado las fuerzas.

Al final acabé soltando la carcajada y Kora amplió la sonrisa al verme y al escucharme. Aroa estaba con una expresión de que no se creía lo que veía. Si ella supiera que no era la única…

Como única respuesta porque ya le había dicho demasiado por el momento, asentí sonriendo y empecé a caminar directo hacia la puerta de la cafetería. En cuanto salí, me puse las gafas de sol y fui hacia el coche. Antes de abrir la puerta levanté la mirada hacia la cafetería, hacia la mesa donde estaban Kora y Aroa sentadas, viéndolas perfectamente.

Aroa le hablaba gesticulando, Kora no la miraba, tenía girada la cabeza directa hacia mí. Nos quedamos unos segundos así, sin apartar nuestras miradas, hasta que abrí la puerta y entré dentro del coche, cortando el momento.

No tardé estar en marcha para alejarme de allí. Satisfecho por la parte de cómo había reaccionado por mi

presencia sonreí incrédulo, pero cambié el gesto preguntándome hasta qué punto había actuado así al no quedarle fuerzas para nada más.

Apreté el volante con fuerza, impotente porque ninguno podíamos ayudarla en lo que le pasaba. Y para nosotros, para Dan y para mí, sobre todo para él por la unión que tenía con Kora, se nos hacía insoportable y difícil de digerir su situación al no poderla ayudar cuando llevábamos en la sangre hacerlo con todo lo que nos dábamos de frente.

—Mierda. —Golpeé el volante cabreado y aceleré en cuanto entré en la autopista.

Tuve claro que en cuanto pudiera volvería a dejarme caer cerca de ella. Total, sus últimas palabras habían dejado claro que desde el principio había sabido cuál era el motivo de coincidir en el mismo lugar.

Negué divertido porque, aun así, me había seguido en todo sin dejármelo claro. Quería ayudarla, necesitaba ayudarla…

presencia sonreí incrédulo, pero cambié el gesto preguntándome hasta qué punto había actuado así al no quedarle fuerzas para nada más.

Apreté el volante con fuerza, impotente porque ninguno podíamos ayudarla en lo que le pasaba. Y para nosotros, para Dan y para mí, sobre todo para él por la unión que tenía con Kora, se nos hacía insoportable y difícil de digerir su situación al no poderla ayudar cuando llevábamos en la sangre hacerlo con todo lo que nos dábamos de frente.

—Mierda. —Golpeé el volante cabreado y aceleré en cuanto entré en la autopista.

Tuve claro que en cuanto pudiera volvería a dejarme caer cerca de ella. Total, sus últimas palabras habían dejado claro que desde el principio había sabido cuál era el motivo de coincidir en el mismo lugar.

Negué divertido porque, aun así, me había seguido en todo sin dejármelo claro. Quería ayudarla, necesitaba ayudarla…

Capítulo 7



Kora

—¿Me estás prestando atención? —Escuché de fondo la voz de Aroa y giré la cabeza hacia ella.

—Perdona estaba distraída —me excusé porque me había quedado haciéndome muchas preguntas mientras miraba a Evan al lado de su coche, hasta que había salido del aparcamiento y había empezado a circular.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿A qué te refieres?

—Joder, Kora. —Soltó un bufido—. Me he despertado de golpe al llegar a la cafetería. Te busco y te encuentro sentada con Evan, con Evan —remarcó—. Tu enemigo número uno, el peor hombre sobre la tierra, el más arrogante, el más creído, sobre el que siempre saltas con pullas… ¿sigo?

—No sé. —Me encogí de hombros—. Se ha dado así, quizás por una vez ha salido todo natural entre nosotros sin querer matarnos en el intento.

—Pero ¿tú te estás escuchando? Estoy flipando.

—¿Dónde está tu desayuno?

—Ahora voy a por él. Lo he pedido, pero al ver con quién estabas no he esperado a que me lo dieran.

—Anda ve, has llegado muy tarde. Vas a tener que devorarlo —negué.

—No te vas a deshacer de mí, que lo sepas. —Me señaló antes de levantarse y alejarse.

Volví a negar con la cabeza divertida por su reacción. Una reacción totalmente lógica conociendo nuestra historia y cómo empezábamos y acabábamos siempre que coincidíamos. La primera sorprendida era yo por cómo se había

dado todo, o la segunda, siendo él el primero. Ahí teníamos que estar más o menos igualados.

Pero era verdad lo que le había dicho a Aroa, se había dado natural entre nosotros y mis pocas fuerzas habían contribuido a que así fuera. Aunque también tengo que ser correcta y sincera y él no había empezado con sus palabras típicas que me ponían alterada desde el principio. A lo mejor mi imagen había tenido algo que ver con ello.

Me llevé las manos a la cara, acariciándola y recorriendo con los dedos las bolsas y ojeras que tenía debajo de los ojos. Así me encontró Aroa cuando se sentó otra vez delante de mí, en el lugar que había ocupado hasta hacía poco Evan.

—No me preguntes más ¿vale? Se ha dado, como has visto, por sorprendente que parezca. Pero es que, hoy ha sido diferente, no sé… —Desvié la mirada hacia la calle—. Supongo que me ha visto más floja y yo no he tenido fuerzas, no hay más. Aparte ya me has escuchado al final, sabes el motivo por el que ha venido hasta aquí, para comprobar que estaba bien. Lo he sabido desde el principio —me encogí de hombros—, por ese motivo, ante su preocupación y la de Dan, menos ganas he tenido de saltar encima de él. He visto sinceridad en sus ojos y sus palabras, con eso he tenido suficiente.

—¡Qué fuerte! Es que te escucho y no te reconozco en una situación con Evan de por medio. —La miré.

Se había inclinado hacia delante, como si fuera lo más interesante que pudiera escuchar en la vida. Me reí negand con la cabeza. Desde fuera parecía algo irreal, sí. La entendía perfectamente, pero como él había dicho, a veces lo milagros existen, y este día uno bien grande se había dado entre nosotros.

—Estoy cansada —solté un suspiro tapándome la cara y apoyando los codos en la mesa.

—Cariño, perdona —se preocupó Aroa—. Te lo iba a decir, pero me han podido los nervios.

—No pasa nada —sonreí apoyando la mandíbula en las manos—. Va, empieza ya que llegaremos tarde. —Señalé hacia su desayuno.

—¿Tan mal ha ido la noche? —preguntó sin dejar de mirarme mientras empezaba a comer.

—Como siempre desde hace un tiempo. —Cerré los ojos—. Noto que no me quedan muchas fuerzas.

—¿Por qué has venido a trabajar?

—¿Qué querías que hiciera? —Levanté una ceja.

—Irte directa al médico y coger la baja, ¿por ejemplo? —me reprendió.

—¿Para tener más horas libres? No, gracias. —Me eché hacia atrás recostándome en la silla.

—Esta noche olvídate de salir. —Me señaló.

—Te lo iba a decir. —Hice una mueca—. Anoche cuando contesté que sí, estaba más animada y pensaba que podría descansar algo, pero hoy…

—Estás como para mover el esqueleto, en una de esas te desmontas como el *potato* y ya la tenemos liada, eso si no te caes a plomo en cualquier sitio. —Me miró preocupada—. ¿Por qué no te piensas lo de la baja? Puedes aprovechar el tiempo para hacer deporte y cansarte más, seguro que el médico te da algo para que puedas dormir, y entre todo podrás descansar. Así no puedes continuar Kora.

—No quiero tomarme nada —aseguré—. Lo estuve haciendo durante bastantes meses y no me sirvió para nada, paso, lo único que conseguía era dejarme más chafada. Total, el resultado es el mismo. —Me encogí de hombros.

—Joder, pero algo tiene que haber que te tumbe, leches. —Soltó un bufido.

—Hasta ahora no he dado con ello. —Me encogí de hombros.

—Prométeme que te pensarás lo de la baja, lo digo muy en serio. Esta mañana he visto la gravedad de cómo estás
o por como habéis estado Evan y tú.
s

Solté una carcajada por sus palabras y expresión. Y acabé asintiendo a su petición, quizás me lo pensaba porque tenía razón, todos la tenían. Mi cuerpo llegaría un momento que diría basta y no me daría opción a continuar. Necesitaba dormir, aunque fuera a intervalos cortos y no salir de casa para aprovecharlos todo lo que pudiera, a ser posible de día, con la luz del sol.

Cuando terminó, nos levantamos y salimos de la cafetería, recorriendo los pocos metros que nos separaban del edificio donde trabajábamos. Pasamos el control policial y subimos en el ascensor hasta nuestra planta.

—Voy viniendo de vez en cuando, ¿vale? —dijo Aroa cuando llegué a mi mesa, con la intención de seguir su camino hasta la suya.

—Estaré bien —sonreí agradecida.

—Lo que tú digas, he dicho que iré viniendo y no se hable más. Por cierto, ¿sabes algo de tu primo?

—Sí —sonreí—. Anoche vino bastante tarde a hacerme una visita, cuando pudo —respondí contenta.

—Joder, si lo sé te pregunto antes. Vaya cambio te ha dado la cara —rio.

Me encogí de hombros sin dejar de sonreír y se contagió.

—Me alegro, cariño.

—Está muy liado, y algo me dice que vino tan tarde porque se tirará un tiempo sin poder aparecer otra vez —dije pensativa.

—Bueno, ya sabes cómo es el trabajo de esos dos. —Hizo referencia a Dan y a Evan.

—Ya, un poco como el nuestro, pero diferente.

—Más o menos, lo único que nosotras no pateamos las calles ni arriesgamos tanto, nos movemos entre papeles, estrategias y demás.

—Pues eso, lo que he dicho —sonreí.

Nos despedimos y cada una ocupó su puesto. El día se me hizo interminable y acabó por consumir las pocas fuerzas que me quedaban mientras intentaba por todos los medios poner mi mejor cara delante de todos los compañeros.

,

No lo conseguí mucho porque sus preguntas sobre si me encontraba bien fueron constantes al ver mi aspecto, agobiándome más si cabe, pero a las que intentaba responder con una sonrisa por la preocupación que mostraban.

Solo hicimos una parada rápida para comer en un restaurante de enfrente del edificio del trabajo, el resto de las horas se dieron entre reuniones, analizar pruebas y coordinar a otro departamento que haría el trabajo de campo en nuestra unidad.

Creo que no he mencionado a qué nos dedicábamos Aroa y yo. Trabajábamos dentro del área de inteligencia de la policía, realizando trabajo interno para combatir toda clase de crímenes organizados. Desde espionaje, a intervenciones, a seguimientos… así podría continuar. Pero nosotras lo hacíamos de puertas para dentro, como no era el caso de Dan y Evan, que lo hacían de puertas para fuera.

Nos dedicábamos a lo mismo, pero desde diferentes puntos de vista, por así decirlo. Si trabajáramos en el mismo equipo, Aroa y yo, junto a nuestros compañeros, dirigiríamos y organizaríamos todo lo que Dan y Evan tenían que hacer y hacia dónde tenían que dirigirse y cómo. De ahí que en el máster que cursamos Aroa y yo, dedicado a una especialización de esta profesión, apareciera como profesor Evan, el que era muy conocedor de la materia y si se lo proponía podía hacer el trabajo de las dos también, con los ojos cerrados. Lo único que Dan y él eran más de estar en activo, en movimiento.

Salí de la última reunión intentando coger aire. Miré el móvil y enfoqué la vista, las cinco de la tarde. Un sudor frío empezó a recorrerme todo el cuerpo conforme caminaba hasta mi mesa. Había llegado a mi límite, tragué

saliva al darme cuenta, sintiendo la inestabilidad de mi cuerpo y cómo empezaba a no ver bien, mientras escuchaba como si estuvieran muy lejos las voces de Aroa y de varios compañeros de nuestro equipo que hablaban detrás de mí.

Unos pasos más, me dije intentando centrar los ojos en mi mesa, distinguiéndola borrosa a lo lejos. Hasta que no pude dar un paso más, hasta que mi cuerpo falló y mis piernas se doblaron, hasta que me desplomé en el suelo sintiendo a mi pecho subir y bajar de manera irregular provocando que me mareara más, hasta que mis ojos se cerraron sin poder aguantar un segundo más.

Lo último que escuché distorsionado fue el grito de Aroa, nada más. Oscuridad, eso fue todo lo que me envolvió desde ese mismo instante, la misma oscuridad que siempre me perseguía en sueños y de la que quería escapar. Y allí, tirada en el suelo no pude huir de ella por más que lo intenté con todas mis fuerzas antes de perder por completo el conocimiento.

saliva al darme cuenta, sintiendo la inestabilidad de mi cuerpo y cómo empezaba a no ver bien, mientras escuchaba como si estuvieran muy lejos las voces de Aroa y de varios compañeros de nuestro equipo que hablaban detrás de mí.

Unos pasos más, me dije intentando centrar los ojos en mi mesa, distinguiéndola borrosa a lo lejos. Hasta que no pude dar un paso más, hasta que mi cuerpo falló y mis piernas se doblaron, hasta que me desplomé en el suelo sintiendo a mi pecho subir y bajar de manera irregular provocando que me mareara más, hasta que mis ojos se cerraron sin poder aguantar un segundo más.

Lo último que escuché distorsionado fue el grito de Aroa, nada más. Oscuridad, eso fue todo lo que me envolvió desde ese mismo instante, la misma oscuridad que siempre me perseguía en sueños y de la que quería escapar. Y allí, tirada en el suelo no pude huir de ella por más que lo intenté con todas mis fuerzas antes de perder por completo el conocimiento.

Capítulo 8



Evan

—¿Tenéis controlada la posición de Dan? —pregunté nada más abrir la puerta de la sala habilitada para el seguimiento.

—Sí —respondió Rayan y caminé hacia él.

Me apoyé en su mesa mirando hacia la pantalla. La luz parpadeante que lo identificaba estaba activa y en movimiento. Fruncí el ceño y me acerqué más.

—¿Dónde está exactamente? —Giré la cabeza hacia él.

—Espera que amplío la imagen para que te ubiques.

Lo hizo y en mi expresión se reflejó la contradicción porque era la zona que había pensado desde el principio.

—¡Qué cojones! ¿Por qué no se me ha avisado de esto? —dije en alto señalando la pantalla, captando la atención de los cuatro compañeros que estaban en la sala.

—¿Qué sucede? —preguntó Cameron extrañado.

—Pensaba que estabas al tanto. —Me miró preocupado Rayan que era el encargado de monitorizar a Dan, el resto estaban con otros temas.

—No, no lo estoy. Se ha desviado de la ruta establecida. —Apreté la mandíbula.

—Me pongo en contacto con él. —Descolgó el teléfono Rayan.

—No. —Corté su intención tapando el teléfono—. Sabes de sobra que ahora mismo es una imprudencia llamarlo, joder.

—¿Y cómo procedemos? —Me miró esperando saber hacia dónde tirar.

—Yo me encargo.

Volví a mirar hacia la pantalla, así estuve unos minutos viendo como la luz de su posición seguía moviéndose, cada vez saliendo más del área en la que operaba. Intenté pensar como él, imaginando cientos de situaciones, hasta…

—Si no se ha puesto en contacto conmigo es buena señal —respondí serio—. Envíame el enlace de su ubicación al móvil, no le quitaré la vista de encima. —Miré a Rayan.

—Yo tampoco lo haré. Pensé que estabas avisado, lo siento —respondió serio.

—Ante cualquier mínima duda de algo que salga de lo normal y que no os cuadre, llamadme, no lo deis por hecho —asentí ante la confirmación de todos.

Salí de allí en el mismo momento en el que recibí el mensaje de Rayan y abrí el enlace, dejando la misma imagen del ordenador abierta en la pantalla de mi móvil.

—¿A dónde cojones vas? —pregunté en alto y para mí mientras llegaba a mi mesa y entraba en un programa de enlaces codificados en el ordenador para enviarle uno, acompañándolo con un mensaje de texto.

Anónimo: *Ahorra en tu factura de móvil. Tienes disponible una oferta durante el día de hoy, no pierdas la oportunidad y pulsa el enlace ahora mismo para seguir informándote de todas las ventajas y novedades que disponemos para ti, no te arrepentirás. ¿A qué estás esperando?*

Le di a enviar y me recosté en la silla alternando la mirada entre el móvil y la pantalla del ordenador. Cuando viera ese mensaje sabría que era yo. Teníamos varias estrategias para comunicarnos por si las cosas se salían de control y esa era una de ellas. Lo único que tenía que hacer era entrar en el enlace codificado que acompañaba al texto, el que solo daba la opción de entrar en él una única vez y después dejaba de funcionar. Solo nosotros sabíamos descifrarlo y acceder a otra pantalla emergente tecleando una palabra clave que teníamos asignada para casos urgentes y, automáticamente, se abría una conversación interna que nadie podía ver ni detectar porque se borraba al salir de la aplicación.

Esperé impaciente, golpeando con los dedos sobre la mesa, hasta que en la pantalla del ordenador se activó la ventanilla emergente que solo duraba activa cinco minutos si no interactuábamos en ella.

Dan: *Tío, estoy bien. Solo que se ha complicado un poco la cosa y he tenido que modificar el área de la misión. Calculo que en menos de veinte minutos estaré ubicado otra vez y en posición.*

Evan: *Joder, menos mal. Ante cualquier mínima cosa dame la voz de alarma ¿me oyes? No apures. Ten cuidado, a la noche me cuentas.*

Una vez apareció leído mi mensaje y el tiempo pasó, la pantalla emergente desapareció de la pantalla del ordenador sin dejar rastro. Solté un suspiro y volví a recostarme en la silla llevándome las manos a la cabeza. Marqué el número de Rayan para informarle de que acababa de comunicarme con Dan y con esa tranquilidad me levanté y fui directo a por un café porque me había bajado todo de golpe en un momento.

Dándole el primer sorbo salí de la sala donde me lo había hecho y volví a mi mesa. Estaba comprobando la luz de seguimiento de Dan en mi móvil, que cambió de dirección empezando a retroceder acorde con lo que me había dicho, cuando el teléfono interno sonó.

—¿Sí?

, —Evan, tienes una llamada de una chica.

—¿De quién? —Me extrañé porque no era habitual que las recibiera desde la centralita.

—Me ha dicho que se llama Aroa y que es amiga de Kora.

—Pásamela —le pedí rápido, poniéndome rígido y a la espera.

—¿Evan?

—Sí, soy yo; Aroa ¿qué pasa?

En tensión esperé a que me contestara porque ni sabía mi número, por ese motivo no me había llamado al móvil, ni mucho menos tenía contacto con ella más allá de las veces que la había visto junto a Kora. ¿Una llamada a mi trabajo? ¿Qué preguntara por mí? Demasiado raro e inesperado, por ese motivo pensé automáticamente que algo le había pasado a Kora.

—Perdona que te moleste, pero es que sé por Kora que Dan está muy liado y sé de sobra cómo va eso, no quería entorpecer nada al llamarlo.

—No te preocupes. ¿Qué ha pasado? —insistí levantándome— ¿Desde dónde me llamas?

—Desde el teléfono de Kora, tiene tu número memorizado. Estoy en el hospital.

Correcto, lo tenía memorizado. Fue el mismo Dan el que se lo grabó ante las protestas de ella hacía ya tiempo por lo bien que nos llevábamos, para quedarse tranquilo por si tenía que contactar conmigo en algún momento. Algo que nunca había recurrido.

—¿En qué hospital? ¿Se trata de Kora?

—En el Hospital General. Sí, ha perdido el conocimiento en el trabajo —dijo con voz aguda y con evidentes síntomas de nerviosismo—. No sabía a quién avisar, no podía llamar a Dan y el padre de Kora cogió vacaciones hace poco y están de viaje los dos.

—Has hecho bien, voy para allí —dije cortando la llamada.

Cogí la cazadora de cuero y el móvil y salí de la oficina rápido, informando antes a mi equipo de que tenía que salir un momento, pidiéndoles que estuvieran pendientes de los movimientos de Dan y ante cualquier cosa me avisaran. Por mi parte tampoco lo perdería mucho de vista desde mi móvil, pero por si acaso.

Me bajé del coche nada más estacionar en el aparcamiento del hospital. Veinte minutos había tardado en llegar. Entré directo a la sala de espera de urgencias, donde supuse que estaría Aroa y así fue cuando la localicé sentada en una silla, esperando.

En cuanto me vio se puso de pie conforme me acercaba a ella.

—¿Se sabe algo? —pregunté.

—Todavía nada —soltó un suspiro frotándose las manos—. ¿Has avisado a Dan?

—No es una posibilidad hacerlo ahora mismo, será lo primero que haga en cuanto pueda —aseguré y asintió comprendiéndolo perfectamente ya que sabía de lo que hablaba.

Volvió a sentarse y ocupé la silla de al lado, mirando alrededor.

—¿Qué ha pasado exactamente hasta llegar a este momento? —Quise saber sin mirarla.

—Lleva una temporada que no está bien —susurró y asentí—. Creo que ya ha sobrepasado su límite. Esta mañana, bueno tú mismo la has visto, tenía mala cara y pocas fuerzas. Ha intentado disimularlo durante todo el día, pero no hemos parado, solo lo justo para comer y ha terminado por quitarle las pocas energías que le quedaban. Sobre las cinco hemos salido de una reunión que se ha alargado mucho y se ha desplomado delante de mí y de varios compañeros, ha perdido el conocimiento y no ha vuelto a abrir los ojos. La ambulancia no ha tardado en llegar y he venido con ella dentro. Poco más sé.

—¿Tú sabes lo que sueña? —Fui al grano, no estaba para disimular y ella debía intuir y saber que por Dan estaba al tanto de lo que atormentaba a Kora.

—No —soltó un suspiro—. Bueno…

—¿Qué? —Me giré hacia ella al callarse, viéndola pensativa.

—Perdona, he respondido que no muy rápido, es que hace tanto tiempo ya. —Se frotó la cara.

—Cuéntamelo —exigí.

Pero no le dio tiempo a responderme cuando una enfermera salió preguntando por los familiares de Kora. Nos levantamos y nos dirigimos hacia ella.

—Buenas tardes —nos habló una doctora que estaba al lado de la enfermera—. ¿Son familiares?

—Más o menos, yo soy su amiga y él amigo de su primo.

—Somos los más próximos a ella que pueden estar en este momento aquí, ¿cómo está? —pregunté y la doctora asintió.

—Está estable, tiene los niveles muy descompensados. Le hemos suministrado vitaminas y todo lo necesario, adormeciéndola un poco, pero no tardaremos en sedarla del todo para que descanse. Si queréis verla y hablar con ella, ahora es el momento antes de subirla a una habitación porque la mantendremos dormida mínimo durante veinticuatro horas. Ha podido explicarnos su situación y debemos tomar medidas, no puede continuar así porque si no colapsará del todo y los daños serán peores.

Asentimos los dos y la doctora nos pidió que esperásemos a que volviera la enfermera que había salido al principio, la que se había alejado un momento. En pocos minutos estábamos recorriendo la zona de urgencias guiados por ella, hasta que se paró al lado de una puerta, abriéndonosla y comentándonos que teníamos de tiempo hasta que alguna de sus compañeras entrase para suministrarle la sedación.

Entramos, y Aroa cerró tras de sí mientras yo me ponía al pie de la cama. Le habían puesto una vía en el dorso de la mano y tenía los ojos cerrados, sus ojeras eran más pronunciadas y eso ya era mucho decir porque ya las tenía a máximo por la mañana cuando la vi. La miré con atención y preocupado, sin moverme, recorriendo toda su figura encima de la cama.

—Eh —habló Aroa acercándose a ella, cuando los párpados de Kora se entreabrieron—. Cariño, qué susto me has dado.

—Lo siento —susurró.

—¿Te han dicho que te van a sedar durante veinticuatro horas mínimo? —hablé captando su atención, provocando que me buscara con los ojos cuando asintió.

—Evan ¿qué haces aquí? —Su voz sonó débil.

—Lo he llamado yo, no sabía con quién contactar. Tus padres no están, los de Dan, eso ya es un tema imposible, y tu primo durante el día ya sabes… —Se encogió de hombros Aroa.

—Lo sé —le sonrió Kora, mirándola—. Gracias.

—Piensa que mi presencia es como si fuera la de Dan. —Me encogí de hombros.

Volvió a mirarme, cerrando los ojos unos segundos soltando un pequeño suspiro.

—Bueno, todo lo que te he dicho y, además, como esta mañana habéis acortado distancias y estabais de lo más tranquilos y amigables… —siguió Aroa.

Kora entreabrió los ojos y levantó una ceja hacia ella, provocando que mis labios se curvaran.

—Ves pensando que te vas a tomar unos días libres cuando salgas de aquí —hablé.

—No quiero ni puedo. —Hizo una mueca Kora.

—No se trata de lo que quieras o puedas, se trata de lo que debes hacer por tu salud. ¿Quieres caer más enferma? Si yo no soy convincente, Dan lo será. La doctora nos ha dejado claro que, si tu cuerpo no descansa, los daños serán irreparables —exageré más de la cuenta para que le entrara en la cabeza.

Callé de golpe el comentario que quiso decir sobre ello Aroa, con una mirada. Acabó asintiendo, entendiendo porqué lo había dicho.

—No le comentes nada por ahora a Dan, por favor. Se va a preocupar y no puede… —me pidió.

—Tengo que decírselo, pero sabré cuándo y cómo hacerlo para que te quedes tranquila y a él no le afecte —aseguré.

—Está bien. —Hizo una mueca.

—¿Vas a ser una niña buena? No es el momento para que seas caprichosa —solté levantando una ceja para ver cómo reaccionaba.

Necesitaba picarla de cualquier forma porque me sentía removido por dentro al verla tan decaída, no la reconocía.

—¿Perdona? —Lo hizo al instante al no esperar que diera ese giro en el que cambié el tono de voz y la forma de hacerlo.

Podría decir que era lo que esperaba, pero no lo fue, ni mucho menos a lo que me tenía acostumbrado. Aun así, se alteró removiéndose un poco encima de la cama.

—Me refiero a que tienes que obedecer a la primera, aunque sea una vez en tu vida —aclaré sin cambiar, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón tejano.

—Yo siempre obedezco y, ni soy una niña que no entiende las cosas ni soy caprichosa. —Soltó un bufido retándome con la mirada.

—¿Estás segura? Porque podría decir todas las veces que…

—¿Has comido lengua hoy? —Entrecerró los ojos—. A ver si tengo suerte y te la muerdes… —Las últimas palabras fueron casi un susurro.

—No, solo el desayuno que has visto esta mañana. —Curvé los labios haciendo esfuerzos por no reír.

—No me regañes ni me digas lo que tengo que hacer, no eres Dan.

—Correcto, soy Evan y puedo hacerlo igualmente. No vas a ser tú la que me digas cómo tengo que actuar. —Levanté las dos cejas.

—Coño, ¿qué poco os ha durado la tregua? —soltó Aroa pasando la mirada de uno a otro.

El sonido de su móvil dejó en el aire las siguientes palabras de Kora e hizo que la mirásemos los dos.

—Uy, que no lo he puesto en silencio —dijo cortando el sonido—. Son los chicos. —Miró a Kora.

—Habla con ellos, tranquila.

—Pero es que si salgo a lo mejor cuando vuelva ya estás dormida.

—Pues mañana nos vemos, no pasa nada —sonrió Kora al ver su indecisión.

—La dejo en tus manos, la quiero de una pieza cuando vuelva. —Me señaló Aroa antes de inclinarse hacia Kora y despedirse con varios besos y un abrazo.

Yo me quedé donde estaba viendo la escena, divertido con la situación.

—¿Cómo estás? —pregunté después de unos minutos en silencio, poniéndome a su lado cuando nos quedamos solos.

Dejé apartado lo de provocarla, necesitaba llegar hasta ella y si seguía diciéndole cosas se pondría cada vez más a la defensiva y no conseguiría nada.

—Muy cansada —dijo entre dientes mirándome de reojo, apartando la mirada rápido.

—Y, aun así, no quieres que te duerman —aseguré al ver sus reacciones, sobre todo el tic que había vuelto a aparecer y que siempre hacía con los dedos cuando los nervios podían con ella.

—No. —Giró la cabeza hacia mí—. No sé lo que pasará y si no puedo despertarme por mí misma…

La miré con atención al cambiar por completo su expresión. Sus ojos estaban brillantes y húmedos. No pude apartar la vista de ella y me apoyé en la cama para que me sintiera más cerca.

—Todo irá bien —intenté tranquilizarla hablando suave.

—No lo sabes, no lo sé ni yo —negó varias veces.

—¿Qué te asusta tanto? —pregunté casi en un susurro— ¿Qué es lo que te atormenta hasta el punto de llevarte a una cama de hospital, Kora?

—Las imágenes que veo en sueños —tragó saliva—, y que no puedo evitar tener. Si pudiera controlarlo… pero no puedo.

—¿Lo has hablado con alguien más que no sea de tu círculo? —Negó con la cabeza—. Pues empieza a pensar en ello o acabará contigo. —Apreté la mandíbula.

—No, pensarán cualquier cosa de mí y nada bueno.

—Eso no lo sabes.

—Da igual, nadie me entenderá, lo sé. —Cerró los ojos.

—Yo lo hago —respondí serio, provocando que volviera a abrirlos de golpe—. Dan, tus padres, tus amigos… todos lo hacemos. Pide ayuda, estaremos contigo.

—No sabes lo que dices. Todos los que has nombrado, incluyéndote a ti, tienen motivos de sobras para creerme, pero el resto, sé que no lo hará. Suena…

—Como lo que es, ni más ni menos. Y a lo mejor te sorprenderías, quizás descubras que no eres a la única person a la que le sucede.

—¿Qué has hecho con el antiguo Evan? ¿Lo has metido inconsciente debajo de la cama? ¿O es que eres bipolar? —Levantó una ceja haciéndome reír.

—El antiguo y este que está delante de ti es exactamente el mismo. —Levanté una ceja—. Y hace un rato he sido muy suave al dirigirme a ti, solo te he remarcado la verdad —ignoré que lo había hecho a propósito.

—¿La verdad? ¿Suave? Ha faltado poco para que te vinieras arriba. —Soltó un bufido—. Antes de hoy no me hablabas como ahora, quitando que has patinado un poco hace un momento. —Entrecerró los ojos.

—¿De qué manera estoy haciéndolo? —pregunté divertido.

—Como una persona normal —respondió y acabé soltando una carcajada.

—Que yo sepa soy de lo más normal. Tengo una cabeza con todo en su sitio. —Me la fui tocando al ver el inicio de una sonrisa en sus labios—: dos brazos, dos manos, un pecho y espalda, dos piernas, un culo, una...

—Vale, ya, ya… lo he pillado. —Puso los ojos en blanco haciéndome sonreír—. ¿Por qué?

—Me has cortado en el mejor momento. —Le hice un guiño y me sorprendí sin mostrarlo al ver el rubor cubrir su cara—. Porque no me dabas una mínima oportunidad. —Volví a reír para que se relajara y lo hizo poco a poco—. ¿Y ¿cómo se supone que hablo cuando supuestamente patino? A ver, ilumíname.

—¿Una mínima oportunidad? Eso no te lo crees ni tú, te gusta picarme en cuanto me ves. —Soltó un bufido y empezó a imitarme hablando, con gestos incluidos, provocando que soltara otra carcajada.

—Bueno —carraspeé—, confieso que sí, que me gusta hacerte saltar.

Se quedó con la boca abierta al abrirse la puerta, sin llegar a pronunciar ninguna respuesta para reprochármelo. No tuve duda de que era su intención por la expresión que puso. Soltó un bufido al haber perdido la oportunidad y mi labios se curvaron más.

Una enfermera entró con una bolsa de medicación entre las manos, saludándonos e informándonos de lo que iba a hacer. Me aparté para dejarla trabajar yendo hacia el lado contrario de la cama. Fijé la mirada en Kora, la que no apartaba la suya del catéter que manipulaba en ese instante la enfermera. El miedo era más que palpable en su expresión y reaccioné agarrándole la mano, la que quedaba a mi lado, para frenar el movimiento de sus dedos.

Ni se dio cuenta de mi gesto. Hice presión contra la de ella varias veces, hasta que giró la cabeza hacia mí.

—Todo va a ir bien. Vas a descansar —aseguré para que intentara relajarse.

—No quiero dormir —respondió casi en un susurro después de que la enfermera volviera a dejarnos solos.

—Me voy a quedar a tu lado hasta que cierres los ojos y me digan que tengo que salir ¿vale? No pienso irme durante el tiempo que estés dormida —Acerqué una silla que había al lado sin soltar su mano y me senté.

—Vale. —Cerró los ojos con fuerza con la cabeza girada hacia mí y volvió a abrirlos buscando los míos—. Gracias, Evan.

—¿Te acuerdas de cuando eras una mocosa? El día que…

Empecé a hablar de los recuerdos en los que ella era una niña y Dan y yo la teníamos encima constantemente. Sus ojos empezaron a entrecerrarse con síntomas de que la medicación empezaba a hacer efecto, pero con una sonrisa en sus labios conforme seguí hablando. No paré de hacerlo, saltando de una anécdota a otra, hasta que sus párpados se cerraron por completo y su mano perdió fuerza al haber estado apretando la mía por el pánico que sentía.

Me levanté de la silla acercándome a ella, acomodándole la cabeza que había quedado girada de mala manera. Sonreí al ver que, incluso dormida, sus labios se mantenían un poco curvados, como si sonriera en sueños.

De verdad que quería que fuera así, de verdad que necesitaba que las pesadillas que la perseguían y atormentaban dejaran de hacerlo. Me incliné hacia ella, acariciándole la frente y el pelo.

—¿Puedes oírme desde donde estás? Seguro que sí, concéntrate en mi voz, no dejes de escucharla —susurré a pocos centímetros de ella—. Vas a estar bien, vas a descansar y a tu mente no va a llegar absolutamente nada, manteniendo a raya a tu subconsciente o lo que quiera que sea lo que provoca lo que te pasa. No me voy a separar de ti, aquí fuera te protejo yo, dentro de ti, solo tú puedes afrontar y plantar cara a lo que te llega. Eres muy fuerte Kora, lo has demostrado muchas veces y por eso, vas a poder con ello y tener un sueño relajado y placentero para recuperarte pronto. Descansa preciosa.

Cuando dejé de hablar miré cada detalle de su cara. Estaba tan cerca… tragué saliva incorporándome de golpe al escuchar abrirse la puerta. Aroa entró junto con la misma enfermera que le había puesto la medicación a Kora y nos comentó que se la llevaba a la planta de arriba, a una habitación.

Asentí a sus palabras y salí de allí sin mirar atrás después de esperar a que la imagen de Kora desapareciera empujada por la enfermera. No me paré a responderle a Aroa al preguntarme si me quedaría más tiempo, no estaba en ese momento para prestar atención a nadie ni a nada, solo me urgía hacer frente a lo que mi cabeza no dejaba de gritarme.

En mi camino miré la ubicación de Dan, quedándome tranquilo al ver que ya estaba situado en el perímetro de siempre.

Solté varios bufidos, agobiado por todo, antes de que sintiera el aire de la calle al salir del hospital. Me recosté en la pared, apartándome de la vista de la gente que entraba y salía.

—¡¡Joder!! —Me tapé la cara frotándomela.

Impotencia, rabia y… un sentimiento de protección como nunca había sentido se apoderó de mí en ese mismo instante.

—¿Cómo mierda se soluciona algo que no tienes ni puta idea de cómo alcanzar ni ver? —maldije echando la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared y cerrando los ojos.

Si al menos tuviera algo a lo que aferrarme, pero ni eso tenía, porque Aroa no pudo contarme nada cuando estuvo a punto de responderme. Pero ¿qué más daba lo que me dijera? Joder, que eran unos puñeteros sueños, intangibles, y por lo que me había contado Dan, sin poder identificar a quién afectaba ni dónde sucedía, lo nunca había sido así.

Si me viera en esa situación, siendo yo el que soñara con ello y sabiendo las repercusiones, ya habría perdido la cabeza por completo, temiendo el momento en el que el sueño que se repetía constantemente, se hiciera realidad.

Solté varios bufidos, agobiado por todo, antes de que sintiera el aire de la calle al salir del hospital. Me recosté en la pared, apartándome de la vista de la gente que entraba y salía.

—¡¡Joder!! —Me tapé la cara frotándomela.

Impotencia, rabia y… un sentimiento de protección como nunca había sentido se apoderó de mí en ese mismo instante.

—¿Cómo mierda se soluciona algo que no tienes ni puta idea de cómo alcanzar ni ver? —maldije echando la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared y cerrando los ojos.

Si al menos tuviera algo a lo que aferrarme, pero ni eso tenía, porque Aroa no pudo contarme nada cuando estuvo a punto de responderme. Pero ¿qué más daba lo que me dijera? Joder, que eran unos puñeteros sueños, intangibles, y por lo que me había contado Dan, sin poder identificar a quién afectaba ni dónde sucedía, lo nunca había sido así.

Si me viera en esa situación, siendo yo el que soñara con ello y sabiendo las repercusiones, ya habría perdido la cabeza por completo, temiendo el momento en el que el sueño que se repetía constantemente, se hiciera realidad.

Capítulo 9



Kora

Nada. Mi cuerpo se puso rígido esperando el momento en el que a mi mente llegara alguna imagen. Nada. Me sentía relajada, tranquila, descansada… aún no había abierto los ojos, tomándome mi tiempo para analizar cómo me sentía porque hacía tanto que no tenía esa sensación…

Nada, me repetí por tercera vez y noté cómo algo mojado resbalaba por mi cara, lágrimas, pero de felicidad y de paz al ser consciente de que había dormido muchísimas horas y lo único que recordaba… tragué saliva porque ese recuerdo sí que lo había tenido muy presente durante las horas que había dormido.

La voz de Evan. Me quedé dormida con ella y me había acompañado sin dejarme sola, la misma que estaba escuchando en ese momento cerca de mí, hablando con alguien más. ¿Cómo podía ser?

—Kora, cariño —me habló Aroa y abrí los ojos despacio, viéndola a mi lado—. ¿Estás bien? —Me miró preocupada, imaginaba que por las lágrimas.

—Sí —respondí con voz adormilada.

—¿Estás segura? —Me limpió las lágrimas.

—No he soñado. —De nada sirvió que me apartara las lágrimas porque mis ojos empezaron a soltar más, pero sonriendo emocionada.

—No sabes cómo me alegro, cariño. —Me acarició el pelo.

Desvié la mirada de ella que me miraba entre asombrada y contenta, buscando a Evan, el que vi acercarse lentamente con una sonrisa en los labios, poniéndose al otro lado de la cama.

—No te has ido —susurré sin apartar los ojos de él.

—Te dije que no me separaría de ti. —Se encogió de hombros.

—Gracias, por todo —remarqué con un nudo en la garganta por lo había supuesto para mí el que me hubiera acompañado sin él saberlo durante todas las horas que me habían dormido.

—Voy a llamar a tus padres. —Carraspeó Aroa—. Les prometí que en cuanto despertaras los avisaría —me sonri al mirarla.

—Diles que más tarde hablo con ellos —asentí agradecida.

—Creo que lo harás en persona. Tu madre estaba histérica al estar tan lejos. La intención de los dos es coger el vuelo más rápido que encuentren para regresar. Puede que sea hoy mismo.

—Diles que ni se les ocurra y que más tarde seré yo la que se lo diga. Yo estoy bien, de verdad. Que no anulen su vacaciones, solo necesitaba dormir y lo he hecho —le pedí.

—Lo intentaré, si tu madre me deja hablar con tu padre que es el único que puede entrar en razón porque desde que los avisé de lo que te había sucedido, cada vez que los he llamado tu madre lo ha dejado con la palabra en la boca y le ha quitado el móvil —rio.

Sonreí ante su explicación y la seguí con la mirada mientras se dirigía hacia la puerta y desaparecía, dejándome sola con Evan, al que volví a mirar.

—Ya empiezas a ser tú otra vez. —Se apoyó en la cama cruzando los brazos.

—Tengo una sensación que…

—¿Qué?

—Que hacía muchísimo que no sentía —sonreí contagiándolo.

—Me alegro mucho, Kora —asintió—. Bienvenida al mundo real de cualquier persona que duerme más de ocho horas, sobre todo de los fines de semana. —Me hizo un guiño.

—Tu voz… —Tragué saliva.

—¿Qué le pasa a mi voz? —Frunció el ceño—. ¿He vuelto a cambiar el tono? —Empezó a imitarme como lo había hecho yo hacia él antes de dormirme hacía ya no sabía cuántas horas.

—No, así no. No es eso —reí.

—¿Entonces?

—La he escuchado…

—¿A qué te refieres? —Ladeó la cabeza.

—Me dormí escuchándote y no sé cómo, pero la he seguido escuchando como un susurro mientras dormía y no he tenido ningún sueño. —Lo miré emocionada.

Me miró sonriendo por mis palabras y asintió conforme por ello. Seguí su movimiento cuando se giró más hacia mí, pasando un brazo por encima de mi cuerpo y dejando la mano apoyada al otro lado de la cama.

—¿Me estas queriendo decir algo? —susurró y no supe qué responder al sentirme contrariada por su cercanía y por cómo nos estábamos tratando las últimas horas.

Enfrentarme a él lo tenía más que asumido y controlado, tener una conversación normal me había costado adaptarme y relajarme al desconfiar por si saltaba de repente con algo, pero tenerlo de esa manera, a tan corta distancia, susurrándome… me removí entre las sábanas provocando que sonriera más, pero su gesto cambió y su rostro se cubrió de seriedad.

—Yo…

—Voy a tener que grabarte mi voz para que cuando te metas en la cama me escuches a tu lado, no estaría mal si el resultado es el mismo ¿qué te parece? —Se inclinó más hacia mí, fijando sus ojos en los míos.

—Pues —carraspeé intentando centrarme— te diría que sí, que si se va a dar de la misma manera ni me lo pensaría en pedírtelo.

—¿Y cómo me lo pedirías? Mira que soy un hombre muy ocupado y… —hizo una pasa— no estoy acostumbrado a tener esa intimidad con mujeres, me refiero, a dormir en una misma cama. —Curvó los labios.

—¿Qué intimidad? —Agrandé los ojos—. Estarías muy lejos —reí nerviosa.

—Puede que sí, puede que no…

—¿Qué quiere decir eso? —Fruncí el gesto.

—¿Sigues dormida? —preguntó intentando no reír.

—Creo que sí, porque esto es lo más irreal que he vivido consciente. —Solté un bufido, nerviosa.

—Estás muy despierta diría yo. —Levantó una ceja—. Si lo quieres, lo tienes, así de simple —sonrió.

—¿Lo harías por mí?

—No soy como la imagen que te has creado de mí, Kora. Soy lo que viste ayer y ahora mismo —aseguró—. Pero hay algo importante que tendría que saber antes de grabar audios con mi dulce voz. —Se quedó pensativo.

—¿El qué? —susurré.

—¿Roncas? Es un dato muy importante, a ver si el que no voy a dormir soy yo a partir de ese momento.

Acabó soltando una carcajada por la cara que se me quedó, carcajada que me contagió.

—Eso es un dato que no pienso decirte, ¡ni que fueras a escucharme! —negué divertida.

—Pues no sé por qué, si vamos a empezar a intimar de esa manera…

—Pero qué dices —reí—. ¿Lo he hecho aquí?

—Ese es un dato que no puedo decirte —casi respondió lo mismo que yo, inclinándose un poco más hacia mí—. Y no es que no lo sepa, porque he estado cerca de ti como te he dicho, no me he movido de esa silla. —La señaló con la cabeza.

—¿No has ido a trabajar? —Me quedé embelesada mirando sus ojos.

Negó con la cabeza y me supo mal que, por mi culpa, sabiendo lo ocupado que estaba hubiera dejado de lado todo. Intenté hablar, pero no llegué a pronunciar ninguna palabra al ponerme uno de sus dedos encima de mis labios para impedírmelo.

—No lo digas, no pensaba moverme de aquí —aseguró serio—. Fuera lo tengo todo controlado y me mantienen informado. No sabes cómo ha valido la pena al ver cómo te has despertado.

—Gracias —susurré como pude al seguir teniendo su dedo en mis labios.

Ante mi sorpresa me los acarició antes de retirarlo. Fue una caricia rápida, casi inexistente, pero real. Se incorporó quedando sentado en el filo de la cama y nos quedamos en silencio sin dejar de mirarnos. Después de cómo se había dado todo entre nosotros, me pareció que los dos teníamos mucho que asumir y procesar, dándole forma a cómo nos habíamos empezado a tratar.

Costaba asimilarlo. Dejar de lado toda una vida de peleas y piques en cuanto nos teníamos delante no era fácil porque el instinto me hacía estar en alerta, al menos a mí. Me sentía muy desconcertada por la manera en la que se

estaba acercando, tan normal, no, más que eso… tenía una sensación muy agradable y no sabía si el motivo de su comportamiento era por cómo me había visto y en cuanto me recuperara todo cambiaría.

—¿Has hablado con Dan? —dije cortando el silencio y el momento— ¿Sabe lo que me ha pasado?

—Anoche hablé con él —asintió—. Teníamos que tratar varios temas de trabajo y se lo conté.

—¿Y…?

—Te lo puedes imaginar —sonrió—. Eres su pequeña —se encogió de hombros—, pero no te preocupes, lo calmé al momento.

—Vamos que le dijiste alguna de las tuyas. —Negué con la cabeza.

Asintió y rio, haciéndome sonreír.

—Surtió efecto. Se quedó tranquilo, sobre todo al decirle que te estaba viendo dormir y sonreías, y que no me iba a separar de ti hasta que estuvieras bien.

—¿Estaba sonriendo mientras dormía? —Agrandé los ojos.

Asintió varias veces curvando los labios, mirándome de una manera…

—Me dijo que te diera muchos besos y abrazos.

—Ya, seguro —reí.

—Es verdad. —Me imitó.

—¿Él está bien? —Lo miré preocupada.

—Sí, liado, pero bien —aseguró.

—Vale —solté un suspiro.

La entrada de Aroa nos interrumpió y lo dejó con la palabra en la boca. Se levantó despacio de la cama, separándose de mí, pero Aroa no perdió detalle de otro acercamiento entre nosotros por la sonrisa con la que llegó a mi lado.

—Hecho, están avisados. A partir de ahora te los dejo a ti —comentó refiriéndose a mis padres y asentí.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media de la tarde —respondió Evan.

—Vaya, he dormido más de veinticuatro horas. —Me sorprendí.

—Ya ves, estarías muy a gusto —sonrió de medio lado Evan, y supe que su comentario y expresión se debían a lo que habíamos hablado antes de que apareciera Aroa.

—No voy a decir que no. —Lo miré de reojo provocando que soltara una carcajada.

—Esto es digno de ver, de verdad os lo digo. Es que sigo alucinado con vosotros —soltó Aroa mirándonos a los dos.

Acabamos los tres riendo, yo ya no sabía, al menos por mi parte, si por los nervios, por la situación o por lo que era, pero ¡qué más daba el motivo! Increíble, pero tan cierto como que cuando entró una enfermera a la habitación todavía seguíamos riendo.

Después de avisarme que la doctora pasaría enseguida, se fue despidiéndose de nosotros.

—Si te dan el alta te llevo a casa, a las dos —nos dijo Evan.

—No hace falta, ya has perdido mucho tiempo por mi culpa. Podemos coger un taxi.

Levantó una ceja y por la expresión que puso supe que de nada serviría lo que le dijera. Solté un suspiro y acabé asintiendo cuando la doctora apareció.

—Buenas tardes. —Se acercó a mi lado mientras le respondíamos, lo que provocó que Evan se pusiera más cerca de mí, al lado de la cabecera de la cama para dejarle sitio—. ¿Qué tal ha ido Kora?

—Muy bien —sonreí—, aunque aún me siento un poco cansada.

Hice todo lo posible para no desviar la atención de ella, pero el movimiento que hizo Evan, apoyando el brazo por encima de mi cabeza en la cama y dejando su mano cerca de mi cara me lo puso muy difícil.

—Es normal, has acumulado mucho durante un intervalo de tiempo muy largo, pero ha sido un buen comienzo —asintió sonriendo, conforme—. Te doy la posibilidad de quedarte una noche más aquí o darte el alta, como tú decidas. Te hemos hecho otra analítica durante la noche, por control, para comprobar si algún nivel había variado, pero es demasiado pronto para ello. Más que nada ha sido para vigilar que no se hubieran alterado más los baremos y se hubieran desplomado. Todo está igual, pero no dudo de que si descansas te recuperarás en nada.

—Doctora —la interrumpió Aroa—, ¿le podrá hacer una receta del sedante con el que la han dormido? Por si necesito enchufárselo.

Lo dijo tan seria… acabamos todos riendo menos ella que nos miró sin entender dónde estaba la gracia.

—No, esa medicación no puedo recetarla —negó la doctora—. Lo que sí voy a darte antes de que te vayas es una caja de pastillas, quiero que te tomes una cada noche, una hora antes de irte a dormir. Dejaré la receta crónica en tu historial para cuando se te acaben. —Me miró.

»Aparte te voy a dar la baja durante una semana, como mínimo. Descansa, relájate, dedícate tiempo, busca cualquier actividad que te canse para que cuando llegue la noche te facilite el sueño. Después de ese tiempo, quiero que vayas a tu médico de cabecera y le informes de cómo has pasado los días y sobre todo las noches ¿de acuerdo?

»Y según lo valoren, te ampliaran la bajo o no. En los papeles del alta que te dé cuando salgas, hoy o mañana, pediré que te vuelvan a hacer otra analítica pasado ese tiempo. Con varios días de por medio no se verá un gran avance, pero sí lo suficiente para que los porcentajes empiecen a subir, aunque muy poco.

»Con la medicación y las vitaminas que te hemos suministrado y con lo que tú hagas de ahora en adelante se tiene que empezar a reflejar, tú misma lo notarás —asentí haciendo una mueca— Es importante, es tu salud.

—Lo sé —solté un suspiro—. Prefiero irme ya a casa —le respondí a la opción que me había dado.

—Como quieras, espero que descanses tanto como aquí —me sonrió—. Por mi parte ya está, en cuanto salga preparo el alta. Enseguida vendrá una enfermera para quitarte el catéter y te entregará la documentación. Ya mismo eres libre. —Me hizo un guiño.

Asentí y se lo agradecimos los tres. La enfermera no tardó en aparecer y durante todo el tiempo que estuvo trabajando, Evan no se apartó de mí, ni modificó la postura que tenía. Me incorporé de la cama cuando acabó, quedándome sentada. Él salió de la habitación al ver mi intención de vestirme y lo hice rápido acompañada de Aroa, queriendo salir cuanto antes de allí.

Como ya me había anticipado Evan, nos llevó a nuestras casas, dejándome a mí la última. Cuando paró el coche me desabroché el cinturón y miré hacia arriba, hacia mi piso.

—Irá bien —habló y me giré hacia él.

—Sí, claro. —Intenté sonar convencida.

—No tapes cómo te sientes en ningún momento, no delante de mí —me pidió serio.

Solté un suspiro al haber sido pillada porque durante el recorrido en lo único que había podido pensar es que eran casi las nueve y media de la noche y tendría que afrontar meterme en la cama sola. Sola me refiero a sin tener a alguien al lado haciéndome compañía, no es que contemplara la posibilidad de… me quité automáticamente ese

pensamiento que había pasado fugaz por mi cabeza.

—Es normal que tengas dudas y te dé miedo —volvió a hablar.

—Ya, no pasa nada, estoy acostumbrada. —Me mordí el labio inferior, indecisa.

Me sobresalté al sentir su contacto. No me esperé que llevara sus dedos a mi labio e hiciera que lo soltara, quedándose ahí sin apartarse.

—Si sucede cualquier cosa, llámame ¿de acuerdo? —susurró.

—Vale —también susurré.

—¿A qué hora te meterás en la cama? —me preguntó buscando mis ojos.

—Uff, no lo sé. Con lo que he dormido no sé ni si tendré sueño. —Puse una mueca.

—Bueno, mañana no tienes que madrugar. —Me hizo un guiño soltando mi labio del que hasta ese momento no había perdido el contacto.

—Gracias, Evan —sonreí.

—No hay de qué. —Me devolvió el gesto recostándose en el asiento—. Mañana sabrás de mí, para saber cómo ha ido.

—Vale, buenas noches —dije abriendo la puerta y saliendo.

Me despedí de él otra vez desde fuera, con un gesto de la mano que me devolvió y me giré caminando hacia el portal de mi bloque.

Todo está bien, más que bien, me dije abriendo la puerta de casa y cerrando tras de mí. Encendí las luces y fui directa hacia la habitación. Necesitaba darme una ducha y eso mismo hice sin perder tiempo. Agradecí la sensación con la que salí de ella y me sorprendí al sentirme agotada otra vez porque pensaba que esa noche la pasaría en vela.

Con el pijama puesto fui hacia la cocina sin ganas de pararme a preparar algo de cena y abrí la caja de pastillas que me había dejado la enfermera antes de irse.

—A ver qué efecto haces —dije en alto antes de tomármela porque no tenía muchas esperanzas de que notara nada, era lo que solía suceder.

Estaba apagando las luces, iba por el pasillo de vuelta a la habitación, cuando golpearon varias veces la puerta principal. Extrañada me giré y fui a mirar por la mirilla, sin encontrar a nadie al otro lado.

Abrí con la cadena de seguridad puesta y tuve el mismo resultado, hasta que después de mirar hacia todos los lados, bajé los ojos hacia el suelo viendo un objeto con una nota en la que ponía mi nombre.

—¿Qué es esto? —dije para mí abriendo la puerta del todo y cogiendo como una especie de grabadora. Volví a mirar, pero no había ni rastro de nadie.

Con ella en la mano, mirándola atentamente, cerré con llave y caminé hacia el centro del salón dándole al *play.*

—¡No puede ser! —Solté un jadeo al escuchar la voz de Evan salir de ese aparato en el que marcaba digitalmente que la grabación que había dentro duraba más de veinticinco minutos.

Sí, había tenido el detalle desde que me había dejado de grabarse para mí. Se me nublaron los ojos de lágrimas y apreté la grabadora contra el pecho emocionada.

Con su voz de fondo y mientras sonreía por todo lo que iba escuchando, así llegué a la habitación. Con un timbre de voz tranquilo y relajado me contaba más anécdotas de cuando éramos pequeños. Me metí en la cama sin poder dejar de sonreír, girando hacia el lado en el que dejé la grabadora activada.

Otra noche en la que me dormí con una sonrisa y por primera vez desde hacía mucho tiempo, no temí que los ojos se me cerraran… no sabía si me despertaría en algún momento de la noche sobresaltada o por la mañana asustada, pero fue un cambio que pensaba probar noche tras noche, esperando y rogando que su voz fuera un bálsamo en m oscuridad.

Estaba apagando las luces, iba por el pasillo de vuelta a la habitación, cuando golpearon varias veces la puerta principal. Extrañada me giré y fui a mirar por la mirilla, sin encontrar a nadie al otro lado.

Abrí con la cadena de seguridad puesta y tuve el mismo resultado, hasta que después de mirar hacia todos los lados, bajé los ojos hacia el suelo viendo un objeto con una nota en la que ponía mi nombre.

—¿Qué es esto? —dije para mí abriendo la puerta del todo y cogiendo como una especie de grabadora. Volví a mirar, pero no había ni rastro de nadie.

Con ella en la mano, mirándola atentamente, cerré con llave y caminé hacia el centro del salón dándole al *play.*

—¡No puede ser! —Solté un jadeo al escuchar la voz de Evan salir de ese aparato en el que marcaba digitalmente que la grabación que había dentro duraba más de veinticinco minutos.

Sí, había tenido el detalle desde que me había dejado de grabarse para mí. Se me nublaron los ojos de lágrimas y apreté la grabadora contra el pecho emocionada.

Con su voz de fondo y mientras sonreía por todo lo que iba escuchando, así llegué a la habitación. Con un timbre de voz tranquilo y relajado me contaba más anécdotas de cuando éramos pequeños. Me metí en la cama sin poder dejar de sonreír, girando hacia el lado en el que dejé la grabadora activada.

Otra noche en la que me dormí con una sonrisa y por primera vez desde hacía mucho tiempo, no temí que los ojos se me cerraran… no sabía si me despertaría en algún momento de la noche sobresaltada o por la mañana asustada, pero fue un cambio que pensaba probar noche tras noche, esperando y rogando que su voz fuera un bálsamo en mi oscuridad.

Capítulo 10



Evan

Me paré con la respiración sofocada, haciendo una pausa. Me había despertado a las seis de la mañana y nada más levantarme de la cama me había vestido con la ropa de deporte y había salido a correr. Era mi rutina habitual y de lunes a viernes la cumplía a rajatabla dando comienzo a los días de trabajo.

Cerré los ojos y levanté la cabeza hacia arriba, dejando caer directamente en mi cara las finas gotas de lluvia que caían. Había amanecido para hacerse el remolón entre las sábanas, pero tenía tanto en la cabeza que ni me lo pens para salir a correr e intentar despejarme.

Saqué el móvil y comprobé que eran casi las siete y media, llevaba más de una hora a un ritmo fuerte y había llegado el momento de volver a casa para darme una ducha y vestirme para dar comienzo al día, no sin antes pararme a tomar un café relajado.

Con esa intención recorrí al trote las pocas calles que me separaban de mi casa, a la que entré empapado porque en el último tramo la tormenta que tenía sobre mi cabeza había empezado a descargar con fuerza.

En cuanto me metí debajo del agua caliente de la ducha dejé salir un suspiro al sentir el contraste de temperatura sobre mi cuerpo. Dejé la vista fija delante de mí mientras el vapor me rodeaba.

Me sentía raro, tenía unas sensaciones recorriéndome el cuerpo a las que no estaba acostumbrado. Siempre tenía el control de mí mismo o al menos lo intentaba. Curvé los labios ante el recuerdo de Kora y lo que hice para que pudiera pasar la noche de la mejor forma posible.

No tenía ni puñetera idea si el motivo por el que no había soñado mientras estuvo sedada tuvo algo que ver con mi voz como me dio a entender, o por el simple hecho de que la medicación que le pusieron era fuerte y junto con la sedación anularon su cabeza durante las horas que duró.

Me traía sin cuidado, lo único que me importó cuando abrió los ojos fue el resultado que mejor no habría podido salir. Aunque tengo que reconocer que, el pensamiento de que nada tuvo que ver la mediación me proporcionaba

un estado de satisfacción que aún estaba intentando asimilar.

Por ese motivo no me lo pensé al grabarme y llamar a su puerta, dejando la grabadora en el suelo. Lo tuve claro antes de salir del hospital y así lo hice, y con más motivo actué al ver su indecisión e incomodidad por afrontar otra noche sola antes de despedirnos en el coche. Si ella encontraba, por muy poco que fuera, algo de tranquilidad y paz aferrándose a ello, lo tendría de mi parte.

Nada más verla desaparecer por su portal fui a mi casa, cogí lo que necesitaba y me recosté en la cama activando la grabación. Cuando abrió la puerta porque la vi, aunque ella no lo hiciera, sonreí al ver su cabeza asomarse sin desbloquearla y cuando abrió del todo extrañada, su imagen en pijama con una expresión de no entender lo que tenía delante me removió por dentro, haciéndome fruncir el ceño.

No estaba acostumbrado a los cambios que mi cuerpo estaba dando y como ya he dicho, tenía que asimilar muchas cosas e intentar centrarme. Sabía de sobra cómo necesitaba hacerlo, otra cosa es que debiera hacerlo. Sacudí la cabeza en la ducha, salpicando gotas de agua sin apartarme del chorro.

Activándome, dejé mis pensamientos apartados y me enjaboné. No tardé en salir y enrollarme una toalla en la cintura yendo directo hacia la cómoda. Me quedé con un cajón abierto, fijando la mirada en el marco de fotos con la imagen de los tres.

Era como si hubiera traído de vuelta, más insistentes y fuertes todos los recuerdos de cuando todavía no nos llevábamos a matar Kora y yo. Entre lo que conté en el hospital para intentar que se durmiera relajada, y lo que le grabé… todo eran anécdotas, momentos divertidos y entrañables.

Y para ser sincero, no es que lo echara de menos siendo adultos porque no se había dado, sin contar los últimos momentos, pero sí que me gustaría volver a tener esa normalidad que una vez tuvimos... el poder tener una conversación tranquila con ella, el poder encontrarnos en algún lugar y no estar a la defensiva… aunque no voy a mentir, me encantaba y me divertía a partes iguales como no os podéis imaginar ver sus reacciones cuando la picaba, a pesar de que no lo exteriorizaba y de cara hacia ella me mantuviera hermético y en mi papel de sabelotodo enfrentándonos.

Negué con la cabeza y cogí la ropa que necesitaba cerrando el cajón. Me vestí y salí hacia la cocina para prepararme el café, con el que salí a la terraza delantera directo hacia la mesa que quedaba tapada por un techado y estaba seca.

Cogí el móvil mientras le daba el primer sorbo, buscando las noticias como hacía cada mañana para estar al tanto. Las ocho de la mañana y automáticamente pensé en si Kora estaría despierta para hacerme presente de alguna manera. Me sentía impaciente por saber cómo había pasado la noche, pero retuve mi impulso de llamarla o escribirle y solté el móvil para evitar tentaciones, dejando la vista fija hacia delante.

Ese día poca gente caminaba por la calle debido a la lluvia que no había aflojado y parecía que no tenía intención de hacerlo. Algún paraguas vi conforme dejé los minutos pasar, pero poco más.

Estaba apurando el café para ponerme en marcha cuando mi móvil sonó encima de la mesa y sonreí al ver que era Dan.

—¿Qué pasa tío? —dije nada más descolgar.

—Hasta los cojones ¿te aclararía lo que me pasa? —Soltó un bufido que me hizo reír.

—¿Con ganas de acabar la misión? —Me recosté en la silla.

—Muy gracioso, ¿a ti que te parece?

—Pues ya sabes, métete caña, está en tus manos —respondí intentando no reír.

—Claro, como si yo tuviera el poder de decidir eso. Si nos dejaran elegir a los dos en un día daríamos por finalizadas todas las misiones. —Soltó otro bufido y acabó riendo, contagiándome.

—Ya verás como dentro de poco entramos en acción y cuando te des cuenta estás en otra.

—Eso, tú anímame, eres único —se quejó.

—Que puedo decir, están los que valen y después los que lo intentan —solté divertido.

—Seguramente hoy me ponga en contacto con Kora o me pase a verla un momento, necesito hablar con ella.

—Ningún problema, tú sabes cómo y cuándo hacerlo —dije conforme—. Pero quédate tranquilo, está bien.

—Ya, me lo dijiste anoche, pero ya sabes…

Lo sabía, claro que sí, porque a mí me pasaría exactamente lo mismo y actuaría de la misma manera. Necesitaba verlo por él mismo, aunque confiara a ciegas en mí. Era lo más lógico.

—Yo la llamaré hoy para ver cómo está —comenté con la vista fija en la taza de café mientras la movía con una mano.

Esperé el tiempo que necesitó. Lo conocía demasiado bien y sabía de sobra que su silencio era porque estaba asimilando mis palabras y la situación. Si fuera el único, pensé y negué con la cabeza respetando su silencio, hasta que volvió a hablar.

—Tienes muchas cosas que contarme por lo que veo.

—Tampoco tantas, no te creas —reí—. Estás al día de casi todo. ¿No me has comido la cabeza millones de veces para tener un acertamiento con Kora sin tener que acabar en un hospital ninguno de los dos? Pues ya lo tienes.

—Ese casi es el que me interesa y mira que hemos tenido misiones, pero esta va a acabar la primera de mi lista si eso sucede —rio—. Ya verás que todavía voy a tener que agradecer el haber desaparecido esta vez para que hayáis acortado distancias —dijo divertido—. ¿Hasta qué punto las has acortado? Que nos conocemos…

Solté una carcajada antes de responderle.

—A veces las cosas no suceden cuando se quiere y sí cuando se dan por sí mismas. Joder, macho, ¿qué opinión tienes de mí?

—La mejor, ya lo sabes. Era broma —reímos—. Pero no me has contestado.

—Y no lo haré ahora mismo, ¿te vale mi respuesta? —Me levanté recogiendo la taza y entrando en casa.

—Ya lo has hecho —dijo asombrado.

—No he hecho una mierda. —Solté un bufido.

—La verdad es que no pensaba que esta conversación se volviera tan interesante —rio.

—¿No tienes nada que hacer? —pregunté intentando cambiar de tema.

—Eso, tú dame más motivos para que mi mente vuele.

—¿Se presenta tranquilo hoy? —Quise saber dejando la taza en el fregadero y caminando hacia la habitación.

—Como cada día.

—Salgo para el trabajo ya —comenté mientras conectaba el altavoz y me ponía la cazadora de cuero.

—Tengo que dejarte. —Cortó la llamada al instante.

Fruncí el ceño y cogí el móvil extrañado. Entré en el enlace que me envió Rayan y localicé su ubicación moviéndose, quedándome tranquilo al comprobar que estaba en la zona segura. Sin darle mayor importancia me lo guardé y salí de casa accediendo al *parking* directamente.

No era el único que estaba deseando que la misión en la que estábamos metidos diera fin, él más que nadie, era consciente de ello porque me había visto en su piel muchas veces. Pocos días, eso era lo que faltaba para que nos la quitáramos de encima.

Con esa convicción conduje mientras intentaba dejar la mente en blanco, agotando los últimos momentos de calma por el ritmo frenético que tenía casi encima.

Desarticular el contrabando de armas internacional, al menos en un caso en concreto, porque por desgracia se movía por muchas manos diferentes. Al menos, en el caso que trabajábamos nosotros teníamos a quién dar caza poniéndole nombre al máximo responsable de las operaciones, las que habíamos conseguido desestabilizar poco a poco y esperábamos dar la estocada final, eso nos traíamos entre manos.

Una de las tantas mierdas que circulaban a nuestro alrededor y Dan estaba metido de lleno dentro del núcleo principal de Rowan, como se llamaba el responsable de muchas muertes debido a lo que llevaba a cabo y muchas otras, que nada tenían que ver con el tráfico de armas, de lo que se vanagloriaba con su gente de confianza, donde incluía a Dan, sin saber que era su sentencia.

ɔ

Con esa convicción conduje mientras intentaba dejar la mente en blanco, agotando los últimos momentos de calma por el ritmo frenético que tenía casi encima.

Desarticular el contrabando de armas internacional, al menos en un caso en concreto, porque por desgracia se movía por muchas manos diferentes. Al menos, en el caso que trabajábamos nosotros teníamos a quién dar caza poniéndole nombre al máximo responsable de las operaciones, las que habíamos conseguido desestabilizar poco a poco y esperábamos dar la estocada final, eso nos traíamos entre manos.

Una de las tantas mierdas que circulaban a nuestro alrededor y Dan estaba metido de lleno dentro del núcleo principal de Rowan, como se llamaba el responsable de muchas muertes debido a lo que llevaba a cabo y muchas otras, que nada tenían que ver con el tráfico de armas, de lo que se vanagloriaba con su gente de confianza, donde incluía a Dan, sin saber que era su sentencia.

Capítulo 11



Kora

Me levanté de la cama como si me hubieran puesto a cámara lenta, parpadeando varias veces.

—Oh, joder, no recuerdo nada —dije sorprendida.

Me giré y busqué la grabadora entre las sábanas. Durante la noche había quedado enterrada. En cuanto di con ella hasta le di un beso, emocionada. No sabía si habría aportado en que mi noche se diera como una normal de cualquier persona, en la que había descansado y me sentía con fuerzas renovadas.

Con una sensación que ya ni recordaba, me levanté casi de un salto y después de una rápida visita al baño, salí cantarina hacia la cocina. Me preparé un buen desayuno y fui hacia el sofá para tomármelo cómoda. No pensaba quitarme el pijama en todo el día.

—Mmm… joder, qué satisfacción. —Solté un jadeo al ser consciente de mi estado anímico y de mis fuerzas, mientras le daba un bocado a la tostada.

Hasta el apetito me había vuelto y no tuve bastante con lo que me preparé que acabé abriendo el armario prohibido con una sonrisa de oreja a oreja por todo lo que vi en él. Dulces, bastantes dulces. Cogí uno de chocolate y salí de la cocina comiéndomelo mientras iba a buscar mi móvil para ver si Aroa me había escrito.

En el viaje hasta su casa la noche anterior, en el coche de Evan, le pedí que me mantuviera informada del trabajo. Pensando que ya me habría dado el primer parte a esas horas porque eran cerca de las diez de la mañana, por increíble que fuera para mí, lo encendí. No recibí nada y fui yo la que le escribió emocionada queriendo gritar a los cuatro vientos de cómo me sentía.

Yo: *Hola Aroita, ¿Qué tal la mañana? Hoy hace un día precioso, que digo precioso, es maravilloso. Está lloviendo, estoy en casa, ¡¡he dormidooo toda la nocheee sin soñar nadaaa!! ¿Qué te parece? Ya, increíble, imagino que se te quedara la misma cara que a mí, jajaja… tendré el móvil al lado, cualquier cosa de trabajo escríbeme cuando quieras como te dije anoche. ¿Has entregado mi baja?*

Dejé el móvil en la cama y cambié de planes en ese instante. Ya tendría tiempo de estar en pijama durante toda la tarde porque una idea me vino a la mente y antes de cambiarme para salir, fui hacia la cocina y me puse a prepara un bizcocho de limón que me salía riquísimo.

En cuanto tuve lista la masa y lo metí en el horno, volví hacia la habitación, esa vez sí para quitarme el pijama. Me puse unos tejanos pitillos negros, un jersey de color azul de manga larga que dejaba un hombro un poco al aire, con unos botines del mismo color que el tejano. Me miré en el espejo para ver mi aspecto y salí corriendo hacia el baño al ver los pelos que llevaba.

Me lo recogí en un moño mal hecho porque con la lluvia los tendría electrizados durante todo el tiempo que estuviera fuera. Conforme, me lancé un beso a través del espejo del baño y salí hacia la habitación riéndome de m misma. Se nota que estaba feliz, ¿verdad? Vaya cambio, pensé mientras me ponía una chaqueta y cogía el paraguas dejándolo en la puerta de entrada.

Antes ni me quería mirar por la imagen que veía, al recordarme constantemente el motivo que lo provocaba. Las ojeras no habían desaparecido del todo, pero el cambio era más que evidente y si las noches se sucedían como las dos que habían pasado…

—Ojalá. —suspiré mientras me agachaba para comprobar el bizcocho en el horno.

Calculando que le quedaba media hora, me preparé otro café y me fui hacia el salón, parándome frente a la cristalera del balcón viendo cómo la lluvia caía con intensidad, relajándome mientras escuchaba el sonido que hacía al hacer contacto con las superficies. En ello estaba cuando el timbre de la puerta sonó y me dirigí a ver quién era dejando la taza en la mesa que tenía frente al sofá.

—¡¡Martina!! ¡¡Pedro!! —exclamé al verlos a los dos sonrientes nada más abrir.

Hacía bastante tiempo que no veía a Martina. Su trabajo la había tenido viajando de un lado para el otro y me abracé a ella ilusionada al verla.

—Cariño, llegué a noche. —Me apretó contra ella—. Aroa me ha tenido al corriente de todo durante estos últimos días, menudo susto. —Se separó preocupada.

—Me estoy recuperando ya —sonreí—. Pedro. —Me giré hacia él dándole otro abrazo.

—Estaba preocupado, me pasé para nuestra cita las dos noches pasadas y no te encontré —me sonrió cuando nos separamos.

—Ven, te lo voy a explicar. —Tiré de él entrando, llevándolo al sofá junto a Martina que iba sonriendo al verme.

Sí, quien me conocía sabía diferenciar perfectamente el cambio tan grande que había dado en poco tiempo. Les expliqué lo que me había pasado, ante la cara de preocupación de Pedro que le pilló por sorpresa, porque Martina estaba informada, como bien me había dicho.

—¿Ya estás bien? —me preguntó él, agarrándome de una mano.

—Sí —asentí—, por ahora así es —sonreí—. Has cumplido con la finalidad de nuestras citas, ¿no? —Levanté una ceja haciéndolo reír.

—Como un buen niño —asintió.

—Uy ¿de qué citas habláis? ¿Algo que tengáis que contarme aquí en confianza? ¿Algo pícaro y caliente? —Se inclinó hacia nosotros Martina, frotándose las manos.

—No mujer. —Agrandó los ojos Pedro descomponiéndose, haciéndonos reír.

Mis amigas sabían de sobra la situación de Pedro y la relación que tenía con él, al que también le tenían un gran cariño.

—¡¡Oh, mierda!! —Me levanté de golpe del sofá y corrí hacia la cocina.

Se me había olvidado por completo que tenía el bizcocho en el horno y eso que había impregnado todo el piso y más rico no podía oler.

—Por los pelos ¿eh? —rio Martina en el centro de la cocina, seguida por Pedro.

—Ya te digo, un poco más y acaba en la basura. —Hice una mueca poniéndome los guantes para sacar el molde.

—Menuda pinta tiene. —Se acercó Pedro.

—¿A qué sí? Esta mañana me he levantado inspirada —sonreí—. ¿Quieres llevarte un trozo? —Me giré hacia él.

—¿Inspirada por lo bonita que es la vida o por algo más en particular? —Tosió Martina interrumpiéndonos y la miré de reojo.

—Tenía hambre —me justifiqué encogiéndome de hombros, sin dar más explicaciones—. Y aparte, quería llevarle el bizcocho a alguien como regalo de agradecimiento.

—Ya, ya… —respondió sonriendo de medio lado, dándole un pellizco al bizcocho.

—Ah, no. Si quieres coges cuando haya separado las porciones, del que deje para mí. Que lo vas a destrozar. —L

di un golpe en la mano cuando volvió a llevarse otro trozo a la boca, devolviéndome un puchero—. ¿Te lo preparo? —Miré a Pedro que asintió sonriendo— Perfecto. —Di una palmada y esperé quince minutos para desmoldarlo.

Metí el trozo grande de Pedro en un táper sin cerrarlo porque todavía estaba muy caliente y lo dejé en la encimera después con el resto me aparté un trocito para mí y el resto lo preparé de la misma manera, en un táper abierto metiéndolo dentro de una bolsa sin cerrar para que respirara hasta que perdiera el calor.

—Gracias, Kora. —Me abrazó Pedro—. ¿Esta noche estarás?

—Sí, te espero. —Le hice un guiño—. Ven más pronto y preparo algo de cena ¿qué te parece?

—Cariño, el descansar te ha sentado de maravilla —soltó riendo Martina.

Asentí contenta y acompañé a Pedro hasta la puerta despidiéndonos hasta más tarde.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —Me giré hacia Martina.

—Nada de nada, soy toda tuya para que hagas conmigo lo que quieras. —Me hizo un guiño provocándome una carcajada.

—Si quieres podemos salir y comer fuera. Ya sé que el día no acompaña, pero… me apetece que me dé el aire. Yo igualmente iba a salir. —Señalé con la cabeza hacia la cocina, recordándole el bizcocho que había guardado.

—Me ha quedado claro. —Ladeó la cabeza—. Más que el aire nos dará el agua de lleno —rio—. ¿Cuándo me vas a contar cómo se ha dado el cambio que me contó pasmada Aroa? —Levantó una ceja.

—Tenemos todo el día si quieres, aunque tampoco tengo mucho que explicar porque ni yo lo entiendo. —Me encogí de hombros—. Vamos a algún sitio que estemos a cubierto y ya está —sonreí perdiéndome por el pasillo para coger el bolso de la habitación.

Salí con él colgado y cogí la bolsa en una mano y el paraguas en la otra.

—¿No traes paraguas? —Miré de reojo a Martina porque ni me había dado cuenta por la emoción de verla al principio.

—Soy una mujer a la que le van las emociones fuertes —rio—. Lo he dejado en el coche, he aparcado justo en frente.

Abrí el mío y salimos resguardadas, metiéndonos en su coche rápido.

—Menudo día para entregar encargos. —Dejó caer Martina—. ¿Primera parada? —preguntó como si no lo supiera ya.

—La comisaría de Dan y Evan —respondí mirando a través de la ventanilla.

Al ver que no me respondió ninguna de las suyas giré hacia ella, encontrándomela con una sonrisa de oreja a oreja.

—Se lo merece, no sabes lo que ha hecho por mí en estos días —me justifiqué, no sé por qué, pero tuve la necesidad y así lo hice.

—Cariño, no he dicho ni mu.

—Ni falta que hace. —Puse los ojos en blanco haciéndola reír.

—Venga, no se hable más, primera parada: la comisaria de los dos tíos más *buenorros* que he visto en mi vida —dijo animada.

Sonreí y bajé la mirada hacia la bolsa, abriéndola un poco para que el vapor del bizcocho saliera y no lo humedeciera. Volví a desviar la mirada hacia la ventanilla y sonreí casi sin darme cuenta. ¿El motivo? No sabía cómo se tomaría Evan que apareciera con su bizcocho favorito delante de él en su lugar de trabajo. Al menos era lo que siempre me había dicho Dan cada vez que lo preparaba y se llevaba un buen trozo para él, el que me hacía cortar más grande diciéndome que si no ni lo cataría en cuanto Evan le pusiera los ojos encima. Por lo visto «le encantaba y como ese no había probado ninguno», según palabras de mi primo claro. Estaba por ver si cuando me viera con el bizcocho me lo tiraría a la cabeza o me lo comía yo de golpe si él reaccionaba mal.

Ni idea si cada una de esas veces Dan había exagerado, pero algo me decía que una parte de verdad había escondida en sus palabras. De ahí a que me hubiera animado a prepararlo para hacer lo que iba a hacer. Me había ayudado tanto que tuve la necesidad de tener con él este detalle. Tragué saliva recostando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos mientras Martina subía un poco el volumen de la música y me dejaba metida en mi mundo.

—¿Por qué no subes? —Me giré hacia ella ante su negativa después de aparcar.

—No, mejor me quedó aquí —me sonrió.

—¿Seguro? —Esperé y asintió convencida—. Como quieras, no tardaré.

—Tarda todo el tiempo que necesites, voy a aprovechar para responder varios correos de trabajo —me gritó con la puerta abierta, mientras yo abría el paraguas—. Tú sabes cariño, tarda —dijo alargando la última palabra—, todo lo que el cuerpo te pida de marcha.

Solté una carcajada en cuanto su voz se aisló dejándola encerrada dentro del coche. Con una sonrisa llegué a la entrada principal de la comisaria y entré preguntando por Evan, ya que sabía que Dan no estaría.

Me quedé en un lateral al haberme informado una chica que había detrás del mostrador de que aparecería enseguida, apartada del movimiento de las personas que entraban y salían. Si me había parecido una buena idea lo del bizcocho, en ese instante me pareció la tontería más grande del universo.

Solté una carcajada en cuanto su voz se aisló dejándola encerrada dentro del coche. Con una sonrisa llegué a la entrada principal de la comisaria y entré preguntando por Evan, ya que sabía que Dan no estaría.

Me quedé en un lateral al haberme informado una chica que había detrás del mostrador de que aparecería enseguida, apartada del movimiento de las personas que entraban y salían. Si me había parecido una buena idea lo del bizcocho, en ese instante me pareció la tontería más grande del universo.

Capítulo 12



Me removí nerviosa. Joder, ¿qué estaba haciendo? Buena pregunta… cerré bien la bolsa y la sujeté contra el pecho.

—¿Kora? —Escuché su voz y me giré hacia él—. ¿Qué haces aquí? ¿Está todo bien? —dijo con el gesto fruncido

—Eh, sí, todo está perfecto —asentí para darle más énfasis a mis palabras.

—¿Seguro? —Volví a asentir—. Entonces, ¿qué te trae por aquí? —preguntó metiendo las manos en los bolsillos del tejano.

Intenté no hacer un recorrido por su cuerpo, ni admirar cómo de bien le quedaba la ropa que llevaba puesta. El bizcocho Kora, me grité en la cabeza para reaccionar porque se había quedado esperando mi respuesta, como era lógico.

—Bueno, es que… —Carraspeé.

—Ven. —Me sorprendió cogiéndome de un brazo, haciendo que agarrara la bolsa con el otro.

Tiró de mí mientras su mano resbalaba hacia abajo, cogiéndome de la mano y caminé casi detrás de él sin dejar de mirar ese contacto entre nosotros. Joder, céntrate, me dije. En ello estaba no os penséis, pero me habían empezado a temblar las piernas y faena tenía para llegar hasta dónde me estaba llevando en ese instante, sin tropezar.

Se paró frente a una puerta y abrió comprobando si estaba vacía. Conforme porque lo estaba, entró encendiendo la luz, dándome paso mientras me señalaba una de las sillas que había cerca. Sin hablar caminé hacia ella y me dejé caer ante su atenta mirada, apoyado en la puerta cerrada.

—¿Eso que huelo es lo que pienso? —Levantó una ceja.

—Me ha delatado ¿no? —reí nerviosa.

—Es un poco difícil de ocultar al olfato, sí —sonrió—. Sabes que Dan no está…

—No es para él —dije demasiado rápido e intenté rectificar al ver su expresión, la que no supe descifrar. Me miraba… y yo qué sabía cómo lo hacía—. Bueno sí, si quieres le puedes dejar algo, claro. Lo he traído para ti —aclaré con palabras mientras bajaba la mirada hacia la bolsa—. No sé, esta mañana me he levantado tan bien… —Levanté la cabeza de golpe encontrándome con su mirada—. No he soñado nada —se me humedecieron los ojos — y me dormí escuchando ya sabes el qué… —Hice un gesto con la mano.

—¿El qué? —Quiso que lo dijera sin moverse de la posición que tenía contra la puerta.

—Tu grabación… —respondí en tono bajo— Gracias.

—No fue nada —sonrió al fin y solté un suspiro que lo hizo ampliar la sonrisa.

. —Sí que lo fue, no sé si influye en cómo se están dando las noches, pero fue importante para mí —dije convencida y avergonzada.

—Y has querido agradecérmelo. —Se impulsó y empezó a acercarse.

—Sí, me he animado a prepararlo. Me ha parecido una gran idea antes, no sé.

—¿Y ahora no? —Levantó una ceja poniéndose a mi lado, sentándose en el filo de la mesa cruzando los brazos.

—Sí claro, pero una vez aquí me ha parecido un poco raro. —Moví la cabeza.

—Bueno, no es algo a lo que estemos acostumbrados, es normal —me sonrió—. Pero, sí.

—Sí ¿qué? —Lo miré directamente sin darle más vueltas a los ojos porque ya empezaba a marearme de todos los lugares que había mirado en esa sala para no hacer contacto directo con él.

—Que ha sido una gran idea. —Me hizo un guiño.

Sonriendo y sin dejarme responder, me quitó la bolsa de las manos y la abrió, sacando el táper.

—Joder, ¡qué pinta!

—La verdad es que hoy me ha quedado muy bien —sonreí al ver cómo se lo acercaba y lo olía.

—Y no dudo de que en cuanto lo pruebe estará mejor. Gracias, Kora.

—No me las des, yo…

—¿Qué quieres que te dé? —Levantó una ceja.

—¿Cómo?

—No quieres que te dé las gracias, pero algo tengo que darte por este detalle. Tú eliges.

Sus ojos desprendían tanta intensidad… y me sorprendí al pensar una respuesta rápida para ese «tú eliges». La virgen, me dije e intenté disimular como pude la reacción de mi cuerpo, porque entre el olor del bizcocho, el de la colonia de él y la situación se me estaban fundiendo las neuronas.

—Ya has hecho bastante. —Me incorporé nerviosa—. El detalle de anoche fue… —solté un suspiro.

—Y por lo que has dicho te ayudó. —Descruzó los brazos agarrando con las manos el filo de la mesa.

—Sí —dije emocionada—. También me tomé la pastilla. Me he despertado a las diez como nueva. —Me salió un gran sonrisa.

—Me alegra escuchar eso —asintió serio.

—Bueno, me voy. Solo he venido a traértelo, no quiero molestarte más que estarás muy liado.

—No lo haces y me viene genial para hacer un descanso —respondió igual de serio.

—Todavía está caliente.

—¿El qué está caliente? —Levantó una ceja bajando el tono de voz.

—El bizcocho —aclaré cuando se incorporó y se quedó a poca distancia de mí.

—Una lástima. —Me puse rígida al sentir su voz en mi oído porque se había inclinado hacia delante.

—¿El qué? —susurré desconcertada.

—Que solo el bizcocho esté caliente. —Me dio un beso en la mejilla y se apartó lentamente, buscando mis ojos— Gracias por pensar en mí.

—Evan. —Lo llamé cuando abrió la puerta para salir, con la bosa en una mano.

—¿Sí?

—¿Esto va a ser así a partir de ahora? —Al ver su expresión seguí hablando—. Me refiero a nosotros, quiero decir. —Tosí varias veces buscando una luz que me iluminara las ideas porque ni me llegaban.

—Sé lo que quieres decir. —Curvó los labios—. ¿Quieres que cambie? —Se cruzó de brazos debajo del marco de la puerta.

—No —respondí rápido y segura de lo que decía.

—Pues entonces, sí, se podría decir que esto a partir de ahora se dará de alguna manera así. —Salió apartándose de la puerta e indicándome que saliera.

—¿Qué quiere decir eso? —Fruncí el gesto mientras caminaba hacia él.

—Quiere decir, —me paró apoyando un brazo en el marco, cortándome el paso— que espero que se dé con algun modificación entre nosotros.

a

—No entiendo… —Me perdí en sus ojos y en su cercanía.

—No hace falta que lo hagas, ya te darás cuenta cuando llegue el momento. —Me hizo un guiño apartándose, dejándome pensativa sin saber qué pensar.

Sonriendo por mi expresión, se giró y empezó a recorrer el mismo camino que nos había llevado hasta la sala. Llegamos a la entrada y nos despedimos sin tener ningún acercamiento más. Alejándome de él, cuando estaba cerca de la salida, me giré al escuchar mi nombre.

—Ten por seguro que en la sala de la que acabamos de salir, no solo el bizcocho estaba caliente y echaba humo. Recuerda que tienes que elegir, espero que lo hagas bien. No se me va a olvidar.

Con esas palabras y otro guiño de ojo me quedé como una tonta sin moverme y sin que me diera tiempo a reaccionar, viendo cómo se metía una mano en el bolsillo con cara de satisfacción y se alejaba rápido de mí.

Dándole vueltas a la cabeza, así entré dentro del coche asustando a Martina de lo rápido que lo hice, al no esperarme ya que no me había visto acercarme al estar liada con el móvil.

—Joder —eso fue lo que dijo con un pequeño grito.

—Hecho, vámonos —dije mirando hacia el frente.

—Uy, ahí dentro entre vosotros ha pasado algo más que la entrega del bizcocho.

—No sé de qué hablas, el único que ha sido el protagonista y se ha llevado todo el mérito has sido el bizcocho.

Arranca. —Solté un bufido agobiándome más.

Sus siguientes palabras quedaron interrumpidas por el sonido de mi móvil. Lo saqué del bolso y sonreí al ver quién era.

—¡¡Brian!! —dije en alto y contenta para que Martina supiera quién estaba al otro lado, motivo por el que soltó un grito mientras empezaba a circular— Eso que has escuchado es la alegría de Martina por ti. La tengo a mi lado y me acaba de dejar sorda —reí y la risa de él se escuchó a través de la línea.

—Hola preciosas. —Nos saludó y se lo retransmití en directo a Martina.

—¡Cuánto tiempo! Te echaba de menos —sonreí.

aBrian era amigo nuestro, pero se podría decir que más mío. No es que tuviera un baremo para saberlo, porque amistad de las tres era igual de sincera y real hacia él, pero conmigo tenía una unión especial por los años que hacía que nos conocíamos y la confianza que teníamos, no se podía comparar con la que tenía con Martina y Aroa a pesar de que era mucha.

—Acabas de hincharme como un pavo por eso —rio contagiándome—. Ya estoy de vuelta y con la intención de no moverme de aquí en una larga temporada. Creo que he llegado a mi límite de viajecitos por el momento, a no ser que algún avión me suelte y caiga en una isla paradisíaca para no salir de ella.

—Esa sería una caída perfecta —negué—. No sabes cómo me alegro, ya tocaba.

—A esa conclusión he llegado, sí. ¿Cómo va todo?

—Tengo algunas cosas que contarte —sonreí mirando por la ventanilla.

—¿Quedamos esta noche y me pones al día?

—Esta noche ya he quedado. —Hice una mueca.

—¿Ya me estás sustituyendo? Joder, pensaba que me tendrías más en cuenta cuando regresara —dijo divertido.

—Nada de eso, bueno… —Me callé porque me vino a la mente un nombre que borré al instante.

—Ese bueno, puede desencadenar en muchas cosas.

—¿Quedamos mañana para desayunar? No trabajo, ya te contaré el porqué.

—Eso sí que me ha preocupado —respondió serio.

—Tranquilo, solo necesitaba descansar y me he tomado unos días libres. O si quieres puedes venir a mi piso para cenar esta noche, he invitado a Pedro, mi vecino —le expliqué porque sabía perfectamente quién era.

—Venga me has convencido, me apunto —se animó.

—Perfecto, le gustará volver a verte.

—¿Y las dos locas no se animan? —Se refirió a Aroa y Martina.

—Pon el altavoz —me pidió Martina moviendo una mano, al haberlo escuchado—. Aquí la loca número dos al habla y cuando te coja por banda te vas a enterar, te fuiste debiéndote varias y las tengo todas acumuladas —rio contagiándonos.

—A ver si cuando me tengas delante sueltas lo mismo, estoy deseando verlo.

—Eso no lo verás en la vida —reí porque sabía que por poco que tardaran en verse, Martina haría todo lo posible por no ganarse una colleja o varias por parte de él.

Nos despedimos quedando para las nueve en mi piso y colgué sonriendo.

—Ha vuelto —dije girándome hacia Martina.

—Sí, cariño. Ya era hora de que ese loco frenara.

—Dijo una loca a otro loco —reí—. Porque te recuerdo que sois tal para cual, a lo de viajar por trabajo me refiero —aclaré, pero quedó más que clara mi intención.

Me miró de reojo sin responder y más reí mientras me guardaba el móvil.

—¿No te apuntas esta noche? Sé que tienes ganas de verlo…

—No, he dejado la maleta en medio del salón nada más entrar en casa. Quería verte y comprobar que estabas bien antes de liarme. —Se encogió de hombros.

—La maleta no se va a mover de ahí.

—Ni Brian tampoco de aquí, al menos eso es lo que ha dicho.

—Como quieras —no insistí más.

Martina condujo hasta un centro comercial en el que no tardamos en estar recorriéndolo, parándonos en todas las tiendas que nos gustaban. Aproveché para llamar a Aroa preguntándole cómo iba en el trabajo y después de tres o cuatro gritos por su parte diciéndome que me olvidara hasta que volviera, acabé contándole la visita de Martina y dónde estábamos, con todo lo que había pasado hasta ese momento.

—Joder, el hijo prodigo ha vuelto —rio refiriéndose a Brian—. Pero eso no es lo importante, a mí cuéntame al detalle lo del bizcocho. ¿Habéis acabado rebozados en él? Lo veo, una batalla campal, bizcocho para un lado y para el otro.

—¿Qué dices? —reí al escucharla desvariar.

—¿Qué digo? Eso sería lo más normal hasta hace, bueno ya lo sabes.

—Ya, pero parece que todo está cambiando.

—Ajá, y de qué manera, ¿verdad? Ya hablaremos con calma porque necesito saber muchas, pero que muchas cosas. Aunque ya te digo que está subiendo puntos y me tiene casi, casi a favor de él. Tengo que reconocer que el tío me está ganando por momentos últimamente. Mientras que no saque lo de la edad, vamos bien. —Acabamos riendo.

Después de su negativa para acercarse a comer con nosotras porque estaba muy liada, nos despedimos. Matamos el tiempo comprando, bueno Martina con la excusa de que necesitaba renovar varias cosas, yo me dediqué a seguirla y a ayudarla a llevar las bolsas entre risas. Comimos allí mismo, dentro del centro comercial porque el día seguía igual y después de ello me llevó de vuelta a casa. Nos despedimos hasta los próximos días ya que por el momento no tenía que salir de viaje, tal y como me remarcó diciéndome que como mínimo estaría una semana sin hacerlo.

Estaba acabando de preparar la cena cuando el timbre de la puerta sonó y caminé hacia ella contenta y con ganas de ver a quién estaría al otro lado. Solo podía ser una persona, Brian, porque Pedro me había dicho hacía poco que se retrasaría media hora más.

Abrí la puerta de golpe y solté un grito al verlo sonreír, con los brazos abiertos. Feliz me lancé a él riendo, saltando encima mientras me cogía en brazos soltando una carcajada.

—Qué ganas tenía de verte. —Me apretó contra él—. Déjame mirarte bien.

—Yo también, te he echado mucho de menos —respondí apartándome para que me viera, sonriendo.

Pero la sonrisa se me borró al llevar la vista hacia el frente, detrás de Brian. Serio, distante, cambiando la expresión corporal de las últimas veces que habíamos estado juntos, así me encontré a Evan que no apartaba los ojos de nosotros.

Capítulo 13



Evan

A mala hora había decidido ir a hacerle una visita a Kora, ese fue el pensamiento que me repetí sin poder apartar la vista de la imagen de un tío cogiéndola en brazos.

—Suéltame —susurró ella sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué? —le dijo el chico al no saber a qué se refería. Ni me había visto al quedar a su espalda.

—Bájame —repitió.

Sin ganas de permanecer más tiempo delante de ella, giré y empecé a bajar las escaleras con calma para salir del edificio. Un golpe de realidad, eso es lo que había sido al encontrármelo de frente, lo suficiente para quitarme las gilipolleces que rondaban mi cabeza aniquilándolo todo en cuestión de segundos.

Solo había ido con la intención de ver que estaba bien y para saber cómo tenía los ánimos para afrontar otra noche, pero por lo visto había sido una idiotez por mi parte preocuparme ni suponer nada, porque me había quedado claro por sus risas y por su manera de recibir a quién fuera, que más feliz no podía estar en ese instante.

Escuché gritar mi nombre, pero no me paré hasta que llegué al portal y me giré antes de salir para enfrentar a Kora que bajaba corriendo las escaleras.

—Evan. —Llegó sofocada junto a mí.

—¿Qué? —Me mantuve cortante.

—¿Has venido a verme? —preguntó nerviosa.

—No, he venido a hacer una ronda de seguimiento a todo el edificio. ¿A ti que te parece? —Levanté una ceja y la dejé cortada, volviendo a mi actitud antigua, la que había mantenido hasta hacía poco tiempo.

—¿Por qué te has ido? —habló con tono suave, sin querer empezar una batalla.

Lo supe porque tiempo atrás no hubiera tardado ni dudado en saltar sobre mí, plantándome cara. Conocía perfectamente cada reacción que tenía.

—No quería molestar. Solo me he acercado para saber si estabas bien. Ya lo he comprobado y me voy.

—No tienes que irte —dijo dando un paso hacia delante, indecisa—. Brian ha llegado hoy de viaje, por trabajo no está mucho tiempo aquí. Es Brian ¿no te acuerdas? No puede ser que no lo hagas.

—¿Tu amigo? —Levanté una ceja y asintió.

Gilipollas me grité a mí mismo por la reacción que había tenido frente a una situación que me había pillado por sorpresa, descolocándome. Claro que sabía perfectamente quién era él, llevaba media vida al lado de Kora y en más de una ocasión habíamos coincidido todos. Joder, pero al quedar de espaldas hacia mí no lo había reconocido

Bueno, siendo realista tampoco lo había mirado mucho, solo me había centrado en la cara de felicidad de Kora y en cómo se había lanzado a él riendo, abrazándolo con ganas.

—No lo he reconocido —dije sin cambiar el tono de voz, aunque relajé un poco mi postura de cara a ella—. Igualmente me voy, te quedas en buena compañía.

—¿No quieres quedarte a cenar? —habló cuando ya tenía el pomo de la puerta en la mano— A eso ha venido Brian y en nada bajará mi vecino Pedro también, primero había quedado con él esta mañana.

—No hace falta que lo hagas, no te veas en la obligación. Todo está bien Kora, de verdad. Estoy cansado y…

—No lo digo por obligación —me cortó—. Lo digo porque me gustaría mucho que estuvieras presente y que no te fueras. No me esperaba tu visita.

a

Giré un poco la cabeza hacia ella, sin mover el cuerpo y lo que vi en sus ojos me hizo reaccionar dándole la espalda al portal y volviéndola a tener de frente.

—¿Estás segura? No te veas en un compromiso. Estoy siendo muy sincero —insistí porque no quería caridad.

—Digo lo que siento. ¿Cuándo me has visto insistirte en algo? —Levantó una ceja y sonreí al distinguir su expresión, una que conocía muy bien.

—¿Estás a punto de enfadarte? —dije divertido.

—Si subes, no; si cruzas la puerta, sí. —Se cruzó de brazos.

—Ya veo. —Carraspeé intentando no reír, acercándome a ella—. No sé si irme para ver tu reacción, creo que hasta la echo de menos —dije para picarla.

Levantó una ceja automáticamente y curvé los labios.

—Por favor, no te vayas. —Ante mi sorpresa reaccionó contrariándome y acabé asintiendo, serio.

Una sonrisa preciosa apareció en sus labios, los que me quedé mirando por unos segundos, hasta que se giró empezando a subir las escaleras y al ver que no la seguía, me metió prisa para que lo hiciera.

Negué con la cabeza y lo hice, sin perderme ningún detalle de su imagen en pijama. Sonreí al ver los ositos que lo adornaban, haciéndola más entrañable. No sabía lo que había llegado a pensar por mi reacción o lo que estaría pensado si es que lo hacía, pero yo no podía dejar de repetirme que la había cagado y a lo grande.

¡Qué más daba ya! No había podido evitar el impulso que me había hecho reaccionar de esa manera. Aunque el resultado del encuentro que había visto fuera otro, no hubiera cambiado mi forma de actuar con ella porque la culpa era solo mía y de lo que empezaba a sentir, o más bien, de lo que había empezado a destapar. Sí, a estas alturas creo que esa parte ya ha quedado clara y me jodía, al hacerme ser inestable y tener unas emociones a las que no me gusta ponerle nombre, porque no tenía ni puñetera idea de qué esperar de todo ello.

Llegamos a la puerta que estaba entreabierta y entramos dentro de su piso. Nada más hacerlo Brian, al que reconocí perfectamente de frente, se levantó del sofá sonriendo y acercándose a nosotros.

—Joder, Evan, cuánto tiempo. —Me ofreció una mano y se la cogí.

—Mucho, sí —sonreí mirando de reojo a Kora que estaba a nuestro lado sin perder detalle—. Tanto que ni te he reconocido.

—Bueno, es que me he puesto más guapo. —Curvó los labios y acabó riendo, haciéndome sonreír.

La aparición del vecino de Kora no se hizo esperar. Los miré desde el sofá sonriendo. Sabía la historia que había detrás de Pedro, por Dan, y siempre se me había hinchado el pecho de orgullo al saber el lugar que ocupaba en la vida de Kora. No tardó en presentarnos porque en persona no lo conocía.

Al final lo que pensé que sería un mal final de día se convirtió en una velada agradable, dónde las risas fueron las protagonistas alternadas con conversaciones más serias cuando Kora puso al día a Brian de lo que le había pasado el que cambió el gesto nada más empezar a contárselo.

En definitiva, el resumen fue bueno, y con una sensación tranquila y agradable nos despedimos de Pedro. No se

me pasó el detalle de verlo de refilón delante de Kora tomándose alguna medicación, lo que me hizo sonreír en es instante al comprobar lo a rajatabla que lo llevaba, y me alegré por ello.

—Bueno chicos, la compañía es muy grata, pero uno que también se va —habló Brian apurando la copa de vino mientras se levantaba.

—Yo también —dije convencido imitándolo.

—Puedes quedarte un momento, Evan. —Me pilló de sorpresa la petición de Kora.

La miré por unos segundos para saber si empezaba a venirse abajo y estaba nerviosa, pero solo distinguí nerviosismo. Acabé asintiendo hacia ella.

Me despedí de Brian y volví a sentarme en el sofá mientras Kora lo acompañaba hasta la puerta. Aproveché para mirar el móvil y me extrañó no tener a esa hora la llamada de rigor de Dan. Entré en el enlace de su ubicación y sonreí al ver que estaba parado en la dirección del piso que le servía de tapadera.

Tranquilo porque seguramente había llegado tarde y había caído en la cama en plancha, no sería la primera vez, bloqueé el móvil y lo dejé en la mesa de enfrente del sofá, levantando la mirada hacia Kora que estaba a mi lado y ni me había dado cuenta.

—¿Se trata de Dan? —preguntó intranquila— Sé que cada noche y cada mañana habláis y no te ha llamado, bueno, no sé si lo ha hecho antes de que llegaras aquí. —Se frotó las manos.

—Sí, estaba comprobando que todo estuviera bien. —Me incorporé quedando frente a ella—. No te preocupes, está en el apartamento. Mañana a primera hora hablaré con él.

—Vale —soltó un suspiro relajándose.

—¿Para qué querías que me quedara? ¿Sucede algo? —La miré con atención.

—Sí, bueno, no.

—¿En qué quedamos? —Levanté una ceja.

—Pónmelo fácil hombre. —Soltó un bufido.

—Pero si no sé por dónde quieres ir, ¿cómo te lo voy a facilitar? —Acabé riendo al verla nerviosa sin saber cómo decir lo que quería decir.

—Ya sé lo que quiero, lo que elijo —habló cortándome la risa y haciendo que la mirara serio por el significado de

esus palabras.

La vi acercarse a mí, no perdí de vista ninguno de sus movimientos hasta que quedó a pocos centímetros. Levantó la cabeza buscando mis ojos mientras apoyaba la palma de sus manos en mi pecho, por encima del jersey.

—¿Y qué elijes para sustituir a las gracias de esta mañana? —susurré.

—No sé ni lo que estoy haciendo, se me ha ido la cabeza por completo —suspiró sin apartar los ojos de los míos —. La culpa es tuya, es lo único que tengo claro.

—¿Mía? Si me estoy portando muy bien. —Intenté no reír y no tardé en cambiar la expresión, acorde a lo que quería transmitirle—. No lo pienses. Te he dicho que elijas, está en tu mano lo que quieras —volví a susurrar obligándome a mantener las manos dentro de los bolsillos porque si las dejaba libres…

—Quiero un beso. —Se atrevió a soltarlo y curvé los labios al escucharla.

Le di lo que quería inclinándome hacia delante, un beso, pero en la frente, lo que provocó que pusiera los ojos en blanco negando con la cabeza. El siguiente fue en la mejilla y obtuve un bufido como reacción. El tercero fue en la punta de la nariz mientras intentaba no reír al ver su expresión nerviosa y contrariada, sin atreverse a lanzarse ella.

—Joder, me has dado todos los besos que se pueden dar en la cara ¿en serio? —Puso morros.

—No te creas, quedan muchos más —sonreí—. Sería más fácil si me dijeras dónde exactamente quieres que te bese, vamos digo yo. —Levanté una ceja.

Fue acabar de proponerlo y ni decir ni mierda, me cogió de la cara con las dos manos, poniéndose de puntillas y juntó sus labios con los míos. Me recorrió de todo por el cuerpo en ese instante, en el que no dudé en sacar las manos y rodearla con los brazos, pegándola a mí, empezando a imitar sus movimientos.

Por un tiempo ya no hubo más palabras, ni las quería. Lo único que busqué fue saciar la necesidad que fue creciendo dentro de mí al sentir por primera vez un contacto, el que en la vida imaginé que podría llegar a darse.

La levanté en el aire profundizando el beso, haciéndome paso hacia el interior de su boca, con mi lengua desesperada siguiendo su ritmo. El roce constante de la suya, buscándome mientras nuestros labios ser besaban con intensidad… me perdí en ese instante mientras que llevaba mis manos a sus piernas, para que me rodeara la cadera con ellas. Una vez sentí su sujeción, las dirigí hacia su trasero, apretándolo con ganas, las mismas que sentía recorrer por mi cuerpo.

Soltó un jadeo al sentirlas a través de la fina tela del pijama, demasiado cerca de su zona íntima, donde hice presión para que fuera aún más consciente de lo cerca que estaban sin llegar a dónde ella necesitaba en ese

momento.

—Dónde va a parar, mucho mejor que un gracias —soltó un suspiro cuando se separó.

La vi morderse el labio inferior y se lo solté con mis labios, buscando esa vez yo otra vez su contacto. La abracé fuerte para que fuera muy consciente de lo que había provocado, haciendo presión contra mí en una sola dirección.

—Estoy de acuerdo —respondí mordisqueándole los labios—. ¿Qué ha significado esto?

—Que me he cobrado lo que me debías.

Dejé de acariciarla con los labios y separé la cabeza para mirar su expresión. Tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos.

—¿Estás segura? ¿Solo quieres esto? —susurré.

—¿Quieres quedarte esta noche? —Me imitó.

—¿Para quedarme en el sofá o para hacer la cucharita en la cama? —Levanté una ceja, divertido.

—En el sofá no —respondió rápido—, quiero decir, que si te pido que te quedes es para tenerte cerca. —Se ruborizó.

—Al final creo que vas a abusar de mí, con eso de que puede que mi voz te calme.

—No quiero que me hables. —Puso los ojos en blanco.

—¿Tengo que estar callado todo el rato? —Agrandé los ojos—. Está bien, me ha quedado claro. En la cama, la cucharita y callado.

—Te lo estás diciendo todo tú —negó soltando un bufido.

—Dime lo que quieres —susurré dándole un apretón, encajándola encima de mi miembro.

Me miró mordiéndose el labio, tomándose unos segundos para hacerlo.

—Quiero pasar la noche contigo, lo quiero todo. —Tragó saliva—. Quiero sentirte de todas las formas posibles que imagines y quieras.

—¿De todas las que imagine y quiera? —pregunté con voz ronca—. Créeme que una noche no da para todo ello.

—Entonces, ¿te quedas? —insistió.

—Pensaba que no llegaría a escuchar eso nunca. —Curvé los labios empezando a caminar hacia la habitación sin soltarla, apagando todas las luces a nuestro paso—. Este es el acercamiento al que me refería esta mañana. —La apoyé contra la pared de la habitación levantando mi pelvis hacia arriba, provocando que soltara un jadeo.

—Entonces, ¿te quedas? —insistió.

—Pensaba que no llegaría a escuchar eso nunca. —Curvé los labios empezando a caminar hacia la habitación sin soltarla, apagando todas las luces a nuestro paso—. Este es el acercamiento al que me refería esta mañana. —La apoyé contra la pared de la habitación levantando mi pelvis hacia arriba, provocando que soltara un jadeo.

Capítulo 14



Kora

Ay la virgen, todo me daba vueltas. ¿Cómo había sucedido lo que estaba sucediendo, porque lo estaba haciendo verdad? Un lío ¿no? Eso mismo era lo que estaba deseando, liarme con él y a la mierda todo lo demás. Neutralicé toda mi lógica por mucho que me sorprendiera de cómo estaba reaccionando mi cuerpo, solo necesitaba dejarme llevar y era lo que pensaba hacer.

No sabía cómo había pasado, pero… ahí estábamos. Yo abrazada y subida a él mientras sentía su cuerpo y su calor aprisionándome contra la pared, clavándome su excitación. Me removí ayudada por el apoyo que tenía detrás, haciéndole apretar la mandíbula.

Cuando lo había visto mirándonos a Brian a mí, su expresión, una sensación que no me había gustado nada me había hecho reaccionar de la manera que lo había hecho. No quería perderlo, no quería perder lo que había empezado a cambiar entre nosotros y llegados al punto en el que estábamos en este instante, menos que nunca. Po ese motivo intenté convencerlo de que no se fuera porque para mí era tan importante como poder dormir por las noches y amanecer con la sensación de paz que llevaba sintiendo durante varias de ellas.

—¿Impaciente? —Curvó los labios.

—Mucho —solté un suspiro diciendo la verdad, ¿para qué iba a decir lo contrario?

—Pues vamos a ponerle remedio ahora mismo. —Se acercó buscando mis labios, besándome mientras aflojaba su agarre y me dejaba resbalar rozando su cuerpo.

Con los pies tocando el suelo perdí el contacto con sus labios sintiendo cómo llevaba las manos a mi cintura, retirándome la parte de arriba del pijama, acariciándome con las yemas de los dedos la cintura.

La parte de arriba no tardó en hacerla desaparecer, dejándome desnuda ante sus ojos, los que se intensificaron observando esa nueva parte de mi cuerpo que acababa de conocer. Volvió a besarme con intensidad, haciéndome retroceder hasta chocar con la pared otra vez, aprisionándome entre su cuerpo y ella.

Solté un suspiro que acalló con su boca al sentir el roce de sus manos en mis pechos. Roces que se intensificaron con la necesidad que iba creciendo en nosotros. Con sus manos sosteniéndolos y frotando los pezones excitados, dejó mis labios para hacer un recorrido hacia abajo, acariciando, lamiendo y besando desde mi cuello hasta llegar a lo que no había soltado todavía, lo que no tardó en hacer en cuanto su boca sustituyó a una de sus manos y así hizo con los dos, mordisqueándome y succionando, provocando que me removiera contra la pared al sentir cómo mi excitación aumentaba.

Cuando probó mis pechos a conciencia provocándome varios jadeos, se deslizó hacia abajo sin perder el contacto con mi piel mientras sus manos retiraban la goma del pantalón del pijama y lo bajaba con la ropa interior incluida dejándome expuesta ante él.

Tragué saliva nerviosa, viéndolo arrodillado y quedando a la altura exacta de la otra parte que acababa de descubrir. Levantó los ojos hacia mí, buscando los míos y lo que me transmitió… fuego; tanto, que me quemé en ese mismo instante y más lo hice cuando una de sus manos separó una de mis piernas para hacerse hueco y su lengua y labios se perdieron entre ellas.

Solté un jadeo al primer contacto que hizo con mi clítoris, apoyando las manos en la pared, sin tener la sujeción suficiente en ese instante.

—Evan —jadeé y acabé agarrándome de sus hombros.

Ni se molestó en contestar, su única respuesta fue acelerar los movimientos y abrirme más las piernas que a esas alturas me temblaban, llevando una de ellas sobre su hombro, dejándome más expuesta y a su merced.

r

Cerré los ojos con fuerza echando la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo arrastraba toda mi humedad de punta a punta, sin dejarse ningún rincón por recorrer. Desesperada, así estaba cuando atrapó mi clítoris entre sus labios y succionó fuerte, apresándolo.

Continuó hasta que un orgasmo intenso me atravesó, provocando que soltara varios jadeos repitiendo su nombre. Con una expresión que podía intimidar a cualquiera por la seriedad que mostró, se incorporó pasando varios de sus dedos por sus labios, arrastrando mis fluidos mientras se los llevaba a la boca sin dejar de mirarme.

ı

Casi sin darme cuenta, mientras me recuperaba, se desprendió de toda la ropa y se quedó desnudo delante de mí. Mis ojos recorrieron toda su anatomía y tragué saliva ante el espectáculo que era. Fibra y músculos por cada parte de su cuerpo, eso es lo que vi ante mis ojos deleitándome con ello.

Me recreé en todo lo que me enseñaba como no dejaba de hacer él conmigo, pero mis ojos se quedaron fijos en su miembro duro y erecto que apuntaba hacia arriba. Me mordí el labio y empecé a hacer el tic nervioso que me salía siempre sin darme cuenta, moviendo los dedos y picando con ellos en la pared.

Al sentir su carraspeó, levanté la mirada hacia la suya que estaba fija en el movimiento de mi mano. Desvió los ojos al encuentro de los míos y curvó los labios acortando la distancia que nos separaba, cogiéndome de la cintura y levantándome en el aire. Le rodeé la cintura con las piernas, quedando en la misma posición con la que habíamos entrado en la habitación.

—¿Lo quieres? —susurró apretando la mandíbula, mientras me separaba más las piernas haciendo presión con las manos en ellas, dejando que su erección resbalara por mi humedad, poniéndome al límite.

—Sí —jadeé al sentir su glande posicionarse y entrar un poco dentro de mí, lo que no duró mucho porque retrocedió. Así estuvo unos segundos, tentándome, resbalando en mis fluidos centrándose en mi clítoris, hasta que volvió a la posición y entró dentro de mí de un solo movimiento fuerte, provocándome un jadeo por el placer del movimiento y al no esperarme que llegara.

—Espero que, si sueñas con algo a partir de ahora, sea tan bueno como esto. —Salió y entró de la misma manera, duro y fuerte una única vez acompañando a sus palabras.

Me aferré a él al sentirme desmadejada entre sus brazos en cuanto empezó a moverse y a coger un ritmo frenético Nuestros labios se encontraron a medio camino desesperados, necesitando expresar todas las sensaciones que sentíamos. Sin descanso y sin aflojar, me llevó al límite. De mi pecho salió un jadeo final con su nombre mientras mi cuerpo se tensaba y hacía presión sobre el suyo, apretando el agarre de mis piernas y con todo lo que pude al llegar a un segundo orgasmo intenso que me dejó laxa entre sus brazos.

—Esto no ha hecho más que empezar —me susurró lamiéndome el cuello—. Esta noche vas a dormir en la gloria —susurró.

Solté un pequeño grito de la impresión, al dejarme caer de golpe encima de la cama, bocarriba y perdiendo su contacto. Sin darme tiempo a decir nada más, me arrastró sobre la colcha y entró dentro de mí de la misma manera que la primera vez, provocando que me removiera inquieta al sentir otra vez su calor dentro de mí.

—Eso es lo que quiero —respondí mordiéndome el labio al ver su cuerpo en movimiento en cuanto empezó otra vez el baile entre nosotros.

—Todo tuyo, preciosa —susurró apretando la mandíbula y saliendo de mí otra vez, girándome rápido.

Mirándolo por encima del hombro me puse de rodillas para quedar en la posición perfecta y volvió a perderse en mi interior sin descanso mientras me aferraba a la colcha y me apretaba contra él.

—Mierda. —Soltó un jadeo inclinándose hacia mí y levantando mi cuerpo hacia arriba, girándome la cara y besándome con desesperación.

No sé cómo lo hizo, pero me vi subida a él que estaba encima de la cama. No sabía cómo, sentado sobre sus

gemelos mientras movía mi cuerpo a su antojo y una de sus manos me frotaba el clítoris igualando la intensidad. Desesperada, así acabé al tener el tercer orgasmo mientras su boca acallaba mi necesidad y él se dejaba ir al poco tiempo saliendo de mí.

Caí en la cama desplomada, con los ojos entrecerrados y sin fuerzas. Lo suficiente para ver su pecho subir y bajar desacompasado mientras seguía mirándome con intensidad.

—Arriba. —Me giró dándome una palmada en el trasero.

—¿Qué? —Lo miré extrañada.

—He puesto perdida la colcha. —Se encogió de hombros y miré hacia donde lo hacía él—. No esperaba… la próxima vez estaré preparado. —Me hizo un guiño.

—¿Habrá más veces? —Me hice la remolona.

—¿Acaso lo dudas? —Levantó una ceja y pegué un grito al sentir mi cuerpo deslizarse, despertándome del todo.

Me llevó hasta el filo de la cama y cargó conmigo sobre su hombro, riendo, directo hacia el baño. Fue otro momento para el recuerdo, el sentir y el ver cómo me mimó dentro de la ducha que nos dimos juntos, lo mismo que le devolví. Mientras me secaba desapareció del baño y cuando entré en la habitación la colcha ya había desparecido de encima de la cama y había puesto una manta fina para sustituirla.

Con una sonrisa, pero cansada, me dirigí hacia el armario sin dejar de mirarlo. Estaba metido dentro de las sábanas y siguió todos mis pasos cuando fui hacia él para coger un pijama limpio. Llevé las manos a la toalla y deshice por donde quedaba anudada, dejándola caer por mi cuerpo hasta tocar el suelo.

—Kora —me advirtió.

—¿Sí, Evan? —sonreí al ver su expresión.

—¿No has tenido bastante? —Levantó una ceja.

—No —dije convencida y solté una carcajada mientras abría un cajón y sacaba el pijama.

Me lo puse despacio a propósito, al ver la intensidad que trasmitían sus ojos al no apartarlos de mí.

—No te has puesto ropa interior. —Carraspeó al meterme junto a él en la cama.

Levanté una ceja y pegué un pequeño tirón de la sábana y de la manta dejando al descubierto su cuerpo desnudo y su miembro que había vuelto a levantarse dándome la bienvenida.

—Lo dice quien está como llegó al mundo —reí volviendo a taparlo.

—Menos tiempo perdido cuando vuelva a saltar sobre ti. Ven aquí. —Me arrastró y me dejó apoyada sobre su pecho, rodeándome con el brazo—. Descansa.

—Igualmente —susurré cerrando los ojos, a gusto y feliz al estar así con él.

Apagó la luz y nos quedamos en silencio. No supe cuánto tiempo pasó, pero acabé abriendo los ojos en la oscuridad al llegar a mí una sensación extraña. Parpadeé varias veces y me pregunté si me había dormido en algún momento porque ni eso tuve claro. El silencio me envolvió y el calor de Evan me reconfortó, pero aun así…

—¿No puedes dormir? —Escuché su voz adormilada.

—¿Te he despertado? —Apoyé la cabeza en su pecho, mirándolo a la cara.

No tardó en encender la luz, bajando la intensidad hasta dejarla con una intensidad tenue.

—¿Lo dices porque pareces una culebrilla moviéndote? Ni me he dado cuenta casi. —Curvó los labios.

—No me he movido tanto —sonreí.

—Ahora desde que eres consciente, pero antes de despertarte… estás inquieta —aseguró.

—No sé qué me pasa, tengo una sensación… —solté un suspiro.

—¿Qué sensación? ¿Has soñado con algo?

—No, al menos no lo recuerdo, pero ha sido como si temiera algo, no lo sé. —Volví a apoyar la cara en su pecho, sintiendo el ritmo de su corazón.

Ese sonido consiguió relajarme un poco, eso y que me apretó contra él fuerte.

—No va a pasar nada, estás aquí conmigo, en la cama. No pienses en nada más, concéntrate en el sonido de tu respiración y en el movimiento de tu pecho al hacerlo. Cierra los ojos.

Hice lo que me pidió al instante, necesitando hacer cualquier cosa para quitarme de encima lo que estaba sintiendo. Y surtió efecto, tanto que no tardé en dejarme vencer por el sueño, sintiendo como me besaba en la cabeza.

La oscuridad me rodeó, pero por primera vez dentro de ella estaba segura y a salvo, sin sentir el pánico que

siempre la acompañaba.

1

siempre la acompañaba.

Capítulo 15



Evan

Me mantuve despierto otra vez hasta que sentí su cuerpo relajarse y su respiración ralentizarse. Alargué la mano y bajé más la intensidad de la luz, dejándola en el punto en el que se podía apreciar lo que había alrededor, pero que no molestaba para dormir.

No quería que si volvía a despertarse pudiera sentir miedo, al menos que cuando abriera los ojos supiera dónde se encontraba. No había sido consciente de la tensión de su cuerpo antes de abrir los ojos, para mí fue más que evidente al haber estado pendiente de ella. Y sí, se había removido, pero no tanto como le había dado a entender para hacerla sonreír. Había sido intermitentemente, como si en esos instantes sintiera algo que la inquietara en sueños, perturbándola.

Yo solo había conseguido adormecerme, sin llegar a caer del todo. Había tenido tiempo de sobra para recrearme en mis pensamientos, para analizar lo que había provocado que se diera entre nosotros todo de esa manera y lo qu había sucedido dentro de su piso. Ni girar la cabeza hacia la pared había querido a pesar de que no veía nada y ya hablar de la cama era… uf, difícil cuando estaba sobre ella y con Kora apoyada encima de mí. Sobre la última parte intenté pensar lo menos posible porque era inevitable que mi miembro ante esos recuerdos saltara contento activándose de golpe.

Bajé la mirada hacia Kora, sintiéndola relajada y en paz. Sonreí y cerré los ojos, satisfecho y deseando que cuand fuera de día se despertara diciéndome que todo estaba bien. Eso si la veía despierta, porque tenía que salir de su piso temprano ya que no había previsto nada y tenía que pasar por mi casa para cambiarme de ropa antes de ir a trabajar.

¿Quién me iba a decir que mi visita nocturna acabaría con nosotros revolcados en la cama? Ni, aunque me lo hubieran dicho lo hubiera dado por hecho.

El pitido de la alarma de mi móvil sonó a las siete de la mañana, más tarde de lo habitual porque ese día no pensaba salir a correr. La apagué rápido para no despertarla y sonreí con expresión adormilada porque al final había conseguido dormir las últimas horas. Tenía medio cuerpo encima de mí, rodeándome y aferrándose con el brazo y la pierna que no hacían contacto con la sábana.

La separé con cuidado y me arrastré despacio, parándome cada vez que se removía al faltarle el apoyo que había tenido durante toda la noche. Me quedé en cuclillas una vez pisé el suelo, mirando de cerca y de frente su expresión. En ella no había nada que indicara que lo estaba pasando mal, su cara y su cuerpo estaban relajados. Amplié la sonrisa cuando acabó abrazando a la almohada en vez de a mí.

Satisfecho, me incorporé cogiendo la ropa y entrando en el baño para vestirme sin hacer ruido. De la misma manera, en silencio, salí de la habitación y me dirigí hacia la salida dejándole un mensaje enviado al móvil para que cuando se despertara lo viera, con la tranquilidad de que no sonaría en ese momento al tenerlo apagado.

Yo: *Buenos días, bella durmiente. Me he resistido para darte un beso que te despertaría al instante, no te digo dónde, eso corre de tu cuenta como anoche, aunque yo lo tengo muy claro. Duermes tan plácidamente que ya me lo cobraré en otro momento con intereses. Estoy saliendo ahora por tu puerta, directo a mi casa para cambiarme de ropa e ir a trabajar. Escríbeme cuando te despiertes y me cuentas, lo estaré esperando.*

Salí cerrando despacio y bajé las escaleras con calma porque tenía tiempo de sobra para tomarme mi café relajado en el porche delantero. Quince minutos tardé en estar entrando en mi casa, desprendiéndome de la ropa y metiéndome en la ducha a pesar de que lo hice antes de acostarme.

Cuando salí me vestí y lo dejé todo preparado para cuando saliera hacia el trabajo. Me preparé el café y como cada mañana me lo tomé al aire libre. El tiempo estaba inestable, la tormenta del día anterior parecía que no quería irse como comprobé mirando hacia las nubes que cubrían el cielo de gris.

La temperatura se había desplomado y sentí un pequeño escalofrío cuando le di el primer sorbo al café. Quedaban quince minutos para las ocho y me extrañó no volver a tener noticias de Dan. Antes de llamarlo yo, entré en el enlace de su ubicación, comprobando que seguía dónde anoche.

No os penséis que ese detalle tenía que tranquilizarme, no. En ese instante, siendo la hora que era, provocó todo lo contrario en mí haciendo que soltara la taza y me levantara de la silla. Por la noche me quedé conforme porque era tarde y ya haría tiempo que estaba a cubierto en el piso, pero por la mañana se activaba mucho más pronto de la hora que era en ese momento.

Marqué su número y me llevé el móvil a la oreja, escuchando los tonos hasta que se cortó. No era su teléfono personal, era uno que tenía durante todo el tiempo que llevaba en la misión, al que solo llamaba yo de su vida real. Fruncí el gesto bajando el móvil y mirando cómo de la pantalla desapareció su nombre al no haberlo cogido.

Tenía mi número grabado con otra identidad y el que no podían vincular porque hacíamos que el rastro de la llamada pasara por todas las estaciones base de telefonía para que fuera imposible de rastrear.

Hice un segundo intento teniendo el mismo resultado que acabó cabreándome y poniéndome en alerta. Entré en casa olvidándome de la taza y corrí hacia la habitación para ponerme la cazadora de cuero y coger todo lo que necesitaba. Con las llaves en una mano y el móvil en la otra subí al coche sin perder tiempo.

Casi cuarenta minutos después, en los que había pasado todo lo inimaginable por mi cabeza, apagué el motor cerca del portal del piso que utilizaba Dan desde hacía una buena temporada. Volví a entrar en el enlace y la señal volvió a mostrarse dentro del piso.

—¿Qué cojones significa? —Miré hacia el portal apretando la mandíbula.

Salí del coche y perdí el tiempo dando los pasos de seguridad necesarios, comprobando que la zona era segura antes de colarme en el edificio sin que nadie me viera. Subí las escaleras hacia la cuarta planta atento a todos los sonidos de mi alrededor. En mi camino me encontré con una mujer bajando con dos niños cargados con mochilas, y varias personas más con evidentes síntomas de sueño directos a empezar otro día de trabajo.

Llegué a la planta y pasé de largo, rastreándola entera, subiendo una más para ver si tenía que preocuparme por algo. Al final llegué a la sexta viendo que todo estaba en calma y bien. Volví a bajar con la seguridad de que no había nadie, al menos fuera.

Llamé a la puerta número dos y esperé impaciente a que Dan apareciera al otro lado, lo que no sucedió después de volver a llamar insistentemente. Le di la espalda a la puerta y me apoyé en la pared disimulando, a pesar de que lo había comprobado a conciencia no quería cometer ninguna imprudencia por si estaban vigilando desde cualquier otro ángulo.

Y lo sentí, un movimiento que captó mi atención a pesar de que no aparté los ojos del móvil que había sacado para parecer que estaba esperando tan tranquilo. El sonido de una mirilla llegó hasta mis oídos alto y claro, a pesar de que había sido casi imperceptible.

Me llevé el móvil al oído y hablé bastante alto, como si hubiera alguien al otro lado cuando en realidad lo tenía bloqueado.

—Nena, ¿dónde estás? Joder, la primera vez que vengo a verte a tu piso y ni rastro. Es temprano ¿ya has salido de casa? Me dijiste ayer por la tarde que hoy no trabajabas y que me pasara a primera hora, que íbamos a celebrar nuestra primera vez —hice una pausa—. ¿Cómo qué no? He llamado varias veces a tu puerta y no me has abierto. —Dejé pasar unos segundos como si estuvieran respondiéndome—. No me fastidies, joder, ¿me he equivocado de letra de portal? —Solté una carcajada—. Eso por no enviarme la dirección exacta por mensaje como te pedí en la cafetería. Lo siento, preciosa. Salgo ahora mismo de aquí, al menos no he despertado a nadie en la puerta que he llamado. Ve preparándote para mí que en nada estoy ahí —dije las últimas palabras empezando a bajar los primeros escalones.

Miré de reojo hacia la puerta en la que había escuchado el ruido y agudicé el oído distinguiendo el mismo movimiento a la inversa. Apreté la mandíbula cagándome en todo y bajé transmitiendo una tranquilidad que no sentía.

Salí del portal y entré en el bloque de al lado por si me observaban ya que unos pequeños balcones daban hacia la

calle y sabiendo cuál era el de Dan, tuve claro que de dónde había escuchado los movimientos también quedaba a la vista.

En cuanto estuve a cubierto empecé a dar vueltas sintiéndome enjaulado.

—¿Qué cojones está pasando, Dan? —susurré al aire sintiendo una fuerte presión en el pecho porque la situación no me gustaba una mierda.

Me tomé el tiempo necesario escondido debajo del hueco de las escaleras para que si pasaban por la calle no me vieran, ya que la entrada era de cristal. Pasada casi una hora, salí del edificio tan campante, directo hacia el coche para hacer la llamada que necesitaba porque no me había querido arriesgar a que nadie me oyera, no me fiaba de nada.

Arranqué y salí poniéndome en circulación como si me fuera de allí. Una mierda me iba a ir, hasta que no accediera al piso de Dan y supiera por qué cojones su teléfono estaba dentro y él no, no pararía. No quise pensar en la posibilidad de que sí estuviera dentro y…

—¡Que no, joder! —grité dándole un golpe al volante, desesperado por el pensamiento que había pasado por mi cabeza.

Aparqué a seis calles y antes de salir llamé a Cameron, un miembro de nuestro equipo.

—¿Qué pasa tío? ¿Por qué no estás aquí todavía? —me respondió.

—Tenemos un puto problema muy grave —solté y fue suficiente el tono de voz que utilicé para que saltaran todas las alarmas, por si no le había quedado claro con mis palabras.

—¿De qué mierda se trata? —Escuché moviéndose a Cameron mientras llamaba a gritos a Rayan y al resto, activando el altavoz.

Les expliqué lo que había sucedido ante las preguntas preocupadas que empezaron a soltar.

—Activar el protocolo, pero no hagáis ningún movimiento todavía hasta que volváis a hablar conmigo. Voy a entrar en el piso de Dan como sea, pero por algún otro acceso.

—Tío, ¿tú crees…? —habló Rayan.

—Yo no pienso nada ni vosotros tampoco. Activar el puto protocolo, cuando acabe os vuelvo a llamar.

—¿Cómo lo vas a hacer? —preguntó Leo.

—Accederé por el exterior, pero no por la parte principal. Lo que se me ocurra y sea más rápido.

—Joder, macho —soltó Cameron—. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo, hablamos.

Corté la llamada sin ganas de perder más tiempo, que demasiado había dejado pasar ya y comprobé el arma, guardándola para salir. Antes de dirigirme hacia el bloque abrí el maletero cogiendo varias cosas que podía necesitar y me las metí en los bolsillos de la cazadora. Empecé a caminar con pasos rápidos de vuelta, sintiendo recorrer muchas cosas por mi cuerpo y ninguna buena.

s

—Accederé por el exterior, pero no por la parte principal. Lo que se me ocurra y sea más rápido.

—Joder, macho —soltó Cameron—. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo, hablamos.

Corté la llamada sin ganas de perder más tiempo, que demasiado había dejado pasar ya y comprobé el arma, guardándola para salir. Antes de dirigirme hacia el bloque abrí el maletero cogiendo varias cosas que podía necesitar y me las metí en los bolsillos de la cazadora. Empecé a caminar con pasos rápidos de vuelta, sintiendo recorrer muchas cosas por mi cuerpo y ninguna buena.

Capítulo 16



Me colé en el edificio tomando las mismas precauciones que al principio. Esa vez subí en el ascensor directo a la quinta planta, una más arriba que la de Dan y me paré al lado de cada puerta escuchando si había movimiento dentro. Al no distinguir nada fui directo al piso que quedaba justo arriba del suyo y miré unos segundos alrededor Cuando comprobé que todo seguía bien, saqué lo que necesitaba para abrir la cerradura.

En cuanto se desbloqueó me colé observando con atención todo lo que llegó a mí. El olor a café fue lo primero que distinguí mientras hacia un recorrido rápido por el piso, para comprobar que no había nadie al que pudiera darle un infarto si me pillaba dentro de su vivienda. Vacío, con esa confirmación me dirigí hacia una habitación que tenía una puerta pequeña que daba a un balcón minúsculo. Quedaba en un lateral del edificio, apartado de la vista, perfecto para lo que pensaba hacer. Salí dejando la puerta entornada y asomándome, mirando hacia abajo, calculando todos los movimientos y pasos que tenía que dar hasta dejarme caer en el de Dan.

—Manda cojones. —Solté un bufido negando con la cabeza.

Agarrándome al muro del balcón, me senté en él por el extremo de la pared que quedaba en la parte más escondida. Miré bien la situación y no pensé si podría conseguirlo o no, simplemente me dejé llevar porque necesitaba acceder como fuera al piso de Dan. Fijé los ojos en unos tubos verticales de bastante grosor que recorrían todo el largo del edificio y me ayudé poniendo un pie en ellos, directamente en las sujeciones que los mantenían unidos. Apreté los dientes al sentir mi cuerpo suspendido, con un pie en los tubos y las manos en el poyete del balcón, esperando a estabilizarme y sentirme seguro hasta dar el siguiente paso. El que no tardé en dar agarrándome como pude a varios pequeños salientes que había.

La distancia no era muy grande, pero por el esfuerzo que realicé y la tensión que me provocó, cuando tanteé con un pie, con la pierna estirada al máximo, y toqué el apoyo que estaba esperando, solté un suspiro al saber que acababa de llegar.

En cuanto mi cuerpo quedó dentro del pequeño balcón, pegué la espalda en la pared después de asegurarme que no había nadie al otro lado de la puerta y saqué el arma volviéndola a comprobar, poniéndome en posición para entrar. Después de esperar unos minutos por si escuchaba algún movimiento, agradecí que la ventana que quedaba cerca estuviera medio abierta porque la puerta tenía el cierre echado y tendría que romper el cristal para poder entrar. Opté por colarme por la ventana para pasar desapercibido, total, ¿qué más daba dejar mi cuerpo al aire un

poco más? Ya no me venía de eso y tenía la seguridad de al menos esa vez, poder apoyar los pies en algo estable como el muro del balcón, ya que la ventana estaba desplazada a pocos centímetros de él.

Volví a subirme al muro guardando el arma y me incliné apoyando una mano en el poyete de la ventana, mirando hacia el interior. Nada, la habitación estaba vacía y con esa seguridad desplacé el cristal de la corredera despacio para tener el suficiente hueco para pasar mi cuerpo por ella.

Silencio, eso es lo único que escuché en cuanto estuve dentro. En alerta y sacando otra vez la pistola, miré con atención la habitación. Esa precisamente estaba vacía, lo único que Dan tenía habitable era donde dormía y el salón, en el resto no había nada, y la cocina y el baño estaban con lo mínimo de origen.

Me asomé por la puerta y miré hacia el pasillo. El puto silencio seguía martirizándome. Salí con el arma en alto y empecé a recorrer todo el piso. Su cama estaba hecha, lo que me dio a entender que, o había salido muy temprano y la había hecho, o ni siquiera volvió el día anterior. No me paré mucho tiempo y continué con mi inspección, hasta que llegué al salón, viendo la cocina al lado.

En todo el puto piso no había nadie. Me guardé el arma y volví a su habitación. No tenía ni puñetera idea de qué estaba pasando, lo único que quería para empezar era encontrar su móvil para poderlo llevar a la central y que entraran en él comprobando sus últimos movimientos. Llamé para ver si sonaba, pero después de varios tonos se cortó sin escuchar nada a mi alrededor, jodiéndome porque estuviera en silencio.

Deshice la cama, nervioso, abrí los pocos cajones que había, miré a conciencia el armario pequeño que decoraba la habitación, comprobando que su ropa estaba en su lugar. Lo mismo hice en el baño con las cosas que utilizaba en su día a día. Llegué al salón y removí todo el sofá que era el único mueble que había, con un televisor enfrente apoyado en una tabla. Nada, me llevé las manos a la cabeza cuando entré en la cocina, intentando controlar los putos nervios.

La falta de olor a café llamó mi atención y me dirigí hacia la cafetera. Por mucho que hubiera salido pronto del piso el olor a esas horas todavía se mantendría envolviendo esa parte, eso si había estado ahí, porque si no volvió el día anterior.... Toqué la cafetera no sé por qué, era imposible que pudiera sentirla caliente por el tiempo que hacía.

Comprobé la basura, el cubo estaba vacío y sin bolsa.

—¿Dónde cojones está el puñetero móvil? —me pregunté a mí mismo apoyándome en la encimera, con el cuerpo descompuesto.

Me tomé un tiempo en silencio y me impulsé yendo hacia la puerta de la entrada, asomándome por la mirilla para comprobar que todo estaba despejado fuera.

—¿Dónde estás Dan? ¿Dónde has escondido el móvil? —Me dejé caer en el sofá, cerrando los ojos intentando encontrar una puñetera lógica y centrarme porque los nervios me estaban pasando factura.

Desbloqueé mi móvil justo en el momento en el que un mensaje de Kora me llegó, el que le había pedido que me enviara al despertar. Lo solté unos segundos llevándome las manos a la cara, frotándomela, intentando encontrar fuerzas y no venirme abajo. Cuando los abrí ignoré su mensaje dejándolo sin abrir hasta más tarde porque no sabí qué cojones decirle y mucho menos cómo, y ya no hablemos de escribirle como si no pasara nada.

Entré otra vez en el enlace de la ubicación, la señal seguía activa y justo donde estaba yo en ese instante. Me levanté y volví a mirar otra vez todo el piso. Me paré a hacer la cama por si alguien había estado ahí y la había visto, al igual que dejé todo en su lugar por si aparecían en otro momento por el piso.

Sin nada por segunda vez, la impaciencia y los nervios empezaron a sobrepasarme aún más, sintiendo un nudo en el pecho que me impedía respirar bien. En medio del salón, miré hacia la cocina y me dirigí hacia ella otra vez, quedándome parado en el marco de la puerta mientras hacía un recorrido por cada rincón.

Me pregunté dónde cojones lo escondería yo si no quisiera que lo encontraran o, al menos, para complicar que lo hicieran. Había comprobado hasta la nevera y el congelador para descartarlos, no me quedaba nada por abrir dentro de ese piso. Negué con la cabeza hasta que mi cabeza giró hacia el horno, a pesar de que también lo había revisado. Me quedé mirándolo fijamente mientras mis pies se acercaban a él. Me agaché y lo observé sin abrirlo, hasta que lo hice otra vez y saqué varias bandejas, viendo que no había nada una vez estuvo vacío. Arrodillado delante de él tenía la mosca detrás de la oreja a falta de muy poco de sacarlo de su sitio. Retuve la intención de hacerlo en ese instante y volví a hacer una llamada al teléfono de Dan. Y lo vi, una luz iluminó el horno al activarse la llamada. Me agaché rápido mirando dentro. El móvil estaba enganchado en la parte de arriba, apoyad en el grill.

Lo cogí y me levanté rápido, desbloqueándolo ya que sabía cómo acceder a él. Lo primero que apareció en la pantalla fueron mis llamadas perdidas con un nombre de mujer. Entré en la aplicación de mensajes viendo que estaba vacía y fui directo a la de llamadas. Las últimas entrantes y salientes habían quedado fijadas a la doce del mediodía del día anterior. Apreté la mandíbula, demasiadas horas…

Guardándome dentro de un bolsillo interno de la cazadora lo que me había costado tanto encontrar, fui hacia el baño y cogí una papelera de metal de bastante tamaño, volviendo al salón haciéndome con hojas, papel de cocina y todo lo que me pudiera servir para lo que iba a hacer.

Lo metí todo dentro hasta llenarla entera y fui en busca de una escalera que había en una habitación. Con todo en el salón, posicioné la escalera justo debajo de uno de los detectores de humo para incendios y puse la papelera en el nivel más alto, prendiendo varias cerillas que había cogido de la cocina, dejándolas caer en el interior.

No tardé en ver la primera llamarada y oler a quemado, por lo que me fui hacia la puerta principal y me asomé po la mirilla porque no tardaría en… efectivamente el pitido de seguridad empezó a sonar en todo el edificio y me quedé observando hacia afuera. Las puertas de los otros pisos no tardaron en abrirse y de ellos varias personas salieron corriendo, directos hacia la escalera que quedaba justo enfrente de la puerta de Dan.

Apreté la mandíbula al reconocer a dos de los tipos con los que se tenía que mezclar Dan en la misión y que tenían peso dentro de la organización. Gracias a las fotografías que había ido sacando teníamos todos los datos que necesitábamos en el expediente del caso que estábamos a nada de cerrar, implicando a todos los responsables. Los aseguí con la mirada maldiciéndolos y sentenciándolos personalmente, sin saber qué había pasado con Dan.

Cuando la planta quedó despejada y las puertas cerradas, con la ayuda de un cubo volqué agua dentro de la papelera apagando al instante el fuego. Con cuidado bajé la papelera que se había enfriado por el agua fría y la dejé en el suelo, recogiendo todo para que no quedara señal de lo que había hecho.

Agarré la papelera en mi camino hacia la puerta y abrí, ni la puñetera llave estaba echada, maldije otra vez mientras miraba hacia dentro para asegurarme de que todo quedaba bien y sin indicios de que alguien había entrado. Conforme, cerré y bajé las escaleras rápido, encontrándome en mi camino, por delante de mí, a los últimos en salir del edificio.

La señal acústica se mantenía activa, lo que no duraría mucho tiempo al dejar de detectar humo. En el acceso al portal pude comprobar el jaleo que se había formado fuera, pasando de largo y desviándome para ir hacia el último lugar que necesitaba comprobar y sería mi vía de escape.

Accedí a la puerta que daba al aparcamiento. En cuanto estuve en él, apreté la mandíbula al ver el coche de Dan. Me dirigí hacia su plaza, no sin antes deshacerme del contenido de la papelera en mi camino, vaciándolo en varios contenedores pequeños que quedaban alejados. Una vez junto al coche me incliné observando el interior, el que no me dio ningún dato. Mirando alrededor saqué de la cazadora un gancho que había cogido de mi coche y lo abrí, metiéndome dentro y dejando la puñetera papelera fuera.

—¿Qué te ha pasado Dan? —Tragué saliva necesitando que todo fuera una puta pesadilla.

Miré la guantera, miré cada rincón y hueco… después de unos minutos descargando mi rabia contra el volante no me quedaba otra que salir desanimado. Hice un último intento sin querer darme por vencido y al pasar la mano por debajo del asiento del conductor, profundizando mucho donde estaba sentado, encontré algo pegado con varias cintas adhesivas. Lo palpé y lo despegué, viendo que era otro móvil y no era el personal de Dan.

Solté un suspiro rogando que en él hubiera algo importante y busqué en un escondite pequeño las llaves que necesitaba, cogiéndolas y saliendo del coche, bloqueando el cierre antes de cerrar la puerta fuerte. Con más de lo que esperaba, pero sin Dan, cogí la papelera y caminé con rabia hacia el fondo del aparcamiento, donde había aparcada una moto que pusimos al inicio de la misión por si en algún momento Dan tenía que utilizarla como alternativa para huir y, para mi desesperación, allí estaba. Había tenido una mínima esperanza de que la hubiera utilizado porque tenía una segunda llave en el piso y no la había visto por ningún lado, eso me hubiera alentado, pero no.

La moto parecía abandonada, pero así lo habíamos querido para que pareciera que llevaba muchísimo tiempo sin usarse. Me puse el casco y antes de montarme descargué toda mi rabia contra la papelera, la que no tardó en ceder por los golpes que le di contra la pared y contra todo lo que encontré a mi paso, incluidos mis pies.

Reducida al mínimo tamaño de lo que era, la guardé encajándola en el portaequipaje de la moto y me monté. El motor rugió acelerándola sin moverme de mi posición. Lo veía todo rojo por la rabia que empezaba a superarme y no podía permitir que sucediera, no hasta dar con Dan. No descansaría hasta saber qué cojones había sucedido dando respuestas a todas mis preguntas, las que esperaba que no me volvieran loco porque si llegaba a ese punto en el que no quería ni pensar, arrasaría con todo yendo directo a la boca del lobo.

Aceleré, derrapé y salí a la calle esquivando la barrera de protección del *parking,* esquivando la puerta principal metiéndome por el lateral por donde se accedía andando. En la calle me bajé la visera y miré hacia el portal, justo en el mismo momento en el que las personas empezaban a entrar, incluyendo a los desgraciados que estaban implicados en lo que le había sucedido a Dan.

Me incorporé al tráfico y me perdí entre las calles hasta llegar a donde había dejado mi coche, con la seguridad de que esos tipos no se irían todavía de ahí. Me desprendí de la papelera en un contenedor que quedaba cerca y dejé la moto aparcada con la intención de irla a buscar en otro momento. Me subí al coche y activé el manos libres, llamando a nuestro equipo mientras empezaba a circular.

Les informé de todo para que empezaran a preparar nuestros siguientes movimientos, como mandaba el protocolo informándoles de que estaba de camino. Se quedaron más descompuestos de lo que estaban al principio. Por cada palabra que escuché de ellos la sangre me hirvió, hasta que los frené alzando la voz para que se centraran.

No era momento de venirse abajo, todo lo contrario, era el momento de empezar a movernos y de joder a los responsables, y, sobre todo, de encontrar a Dan con vida porque si ello no sucedía acabaría con conmigo y sobre todo con Kora.

Reducida al mínimo tamaño de lo que era, la guardé encajándola en el portaequipaje de la moto y me monté. El motor rugió acelerándola sin moverme de mi posición. Lo veía todo rojo por la rabia que empezaba a superarme y no podía permitir que sucediera, no hasta dar con Dan. No descansaría hasta saber qué cojones había sucedido dando respuestas a todas mis preguntas, las que esperaba que no me volvieran loco porque si llegaba a ese punto en el que no quería ni pensar, arrasaría con todo yendo directo a la boca del lobo.

Aceleré, derrapé y salí a la calle esquivando la barrera de protección del *parking,* esquivando la puerta principal metiéndome por el lateral por donde se accedía andando. En la calle me bajé la visera y miré hacia el portal, justo en el mismo momento en el que las personas empezaban a entrar, incluyendo a los desgraciados que estaban implicados en lo que le había sucedido a Dan.

Me incorporé al tráfico y me perdí entre las calles hasta llegar a donde había dejado mi coche, con la seguridad de que esos tipos no se irían todavía de ahí. Me desprendí de la papelera en un contenedor que quedaba cerca y dejé la moto aparcada con la intención de irla a buscar en otro momento. Me subí al coche y activé el manos libres, llamando a nuestro equipo mientras empezaba a circular.

Les informé de todo para que empezaran a preparar nuestros siguientes movimientos, como mandaba el protocolo, informándoles de que estaba de camino. Se quedaron más descompuestos de lo que estaban al principio. Por cada palabra que escuché de ellos la sangre me hirvió, hasta que los frené alzando la voz para que se centraran.

No era momento de venirse abajo, todo lo contrario, era el momento de empezar a movernos y de joder a los responsables, y, sobre todo, de encontrar a Dan con vida porque si ello no sucedía acabaría con conmigo y sobre todo con Kora.

Capítulo 17



Kora

Le di un sorbo al café con una sonrisa tonta y dejé la taza en la pequeña mesa que tenía en el balcón para abrocharme la cremallera de la chaqueta que me había puesto para salir. Esa mañana me había apetecido salir al aire libre, pero la temperatura había refrescado bastante y nada más poner un pie fuera, había vuelto rápida hacia la habitación a por algo de abrigo.

Hacía media hora que me había despertado y al estirarme en la cama fui consciente de que Evan no estaba a mi lado. Ni me había enterado de que me había dejado sola. Normal, con lo temprano que se levantaba y lo tarde que había abierto yo los ojos no me extrañó.

Mientas esperaba que la cafetera se calentara encendí el móvil y la segunda sonrisa del día apareció en mi cara al sonarme y ver que era un mensaje de Evan. La primera había sido nada más abrir los ojos, haciéndome la remolona en la cama por la sensación con la que había amanecido. Ni rastro de sueños, ni rastro de recuerdos llenos de miedo y de incertidumbre.

No tenía ni idea de lo que provocaba que fuera así, quizás, me dije dándole al botón para que saliera el café, esa etapa ya había pasado y me esperaba una racha de buena suerte. No quise pensar mucho en ello para no llamar a la mala suerte, con las sensaciones que tenía era más que suficiente para sentirme feliz.

Fui hacia la nevera a por la leche y vi la caja de pastillas para dormir encima del mármol, dándome cuenta de que la noche anterior ni me acordé de tomármela.

—¡Qué más da! No las he necesitado —dije contenta por la situación mientras acababa de preparar el café.

En cuanto estuve en el balcón y me senté, lo dejé enfriar un poco y abrí el mensaje de Evan para leerlo. Tercera sonrisa de día, no lo pude evitar al releer varias veces sus palabras y responderle, dejando el móvil a un lado porque daba por hecho que estaría liado.

Casi una hora estuve fuera, sin ganas de entrar. Ya había pasado a la segunda fase por no levantarme a por algo

que me abrigara más y estaba encogida en la silla con las piernas arriba, abrazándomelas. Miré de reojo el móvil con ganas de llamar o escribir a Dan, pero sabía que no podía hacerlo. Solté un suspiro y apoyé la barbilla en las rodillas dejando la vista ida hacia delante.

El cielo estaba cubierto por completo por nubes grises y por la intensidad del color que tenían, no tardaría en empezar a llover otra vez. Sin pensar en nada, me relajé con la mente en blanco mientras los minutos pasaban. Hasta que el móvil me sobresaltó y volví a sonreír al ver el nombre de Brian en la pantalla.

—Buenos días —respondí nada más descolgar.

—Hola preciosa —dijo cantarín.

—¿Y esa felicidad? —reí.

—Ya ves, estoy así desde anoche, cuando decidí un planazo para nosotros dos. Yo no trabajo, tú tampoco por recomendación médica y… nos vamos a ir a pasar unos días por ahí perdidos ¿qué te parece? Piénsatelo bien ante de contestar y no me chafes los planes, anda.

—¿Irnos? ¿A dónde? —Me intrigó.

—Así me gusta, veo que te ha parecido una buena idea. Había pensado en ir a la casa que tienen mis padres en la sierra y desconectar de todo. Está a tres horas de aquí.

—Suena muy bien —sonreí.

—Pero… —dijo conociendo perfectamente los cambios de mis tonos de voz.

—Es que… —Me paré pensando en cómo decirlo, pero no hizo falta.
a

—Déjame que lo adivine —me cortó divertido—. Anoche me fui y Evan se quedó.

—Ajá.

—Y entonces prendió la mecha de la pasión entre los dos ¿me equivoco?

—¿Qué has desayunado esta mañana? —reí por cómo lo había dicho—. Tanta finura y romanticismo me ha dejado loca. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amigo?

—Por eso mismo pequeña, porque soy tu mejor amigo y te conozco desde que te limpiabas los mocos en la ropa.

—¡Yo no he hecho eso nunca! —Solté una carcajada.

—Y sigues esquivando responderme, más puntos para mí, aunque no hace falta que me lo confirmes, lo sé.

—A ver listillo ¿y por qué estás tan seguro de que tu deducción es cierta? Que es Evan…

—Por eso mismo, vuelves a darme la razón sin darte cuenta —rio.

—¿Qué quiere decir eso? —Fruncí el gesto.

—Que sé lo que significa para ti desde que tenías las hormonas revolucionadas y salían disparadas, pongamos esa temporada como inicio, aunque viene de mucho antes.

—Pero ¡qué dices! —reí.

—Ajá —me imitó—. Kora me da evasivas, Kora está misteriosa, Kora se piensa que no lo sé y lo que ella no sabe por lo visto, es que lo supe desde el primer momento.

—Hoy estás sembrado —negué divertida—. ¿Y cuál se supone que fue el primer momento?

—Cuando reaccionaste mal con doce años delante de él, dejándolo desconcertado al no esperárselo porque antes de ese instante, los dos junto a tu primo erais uña y carne. A partir de ahí se armó la marimorena entre vosotros. ¿Te acuerdas? Claro que sí, ¡cómo lo vas a olvidar!

»Evan tenía dieciocho años y se presentó en tu casa con Helen de la mano, de sopetón y sin dar a conocer que estaba con nadie antes. Por cierto, sin contarte a ti, la chica era digna de ver, que se lo digan a mis hormonas —ric —. Tu cara fue un poema que solo yo supe descifrar porque hiciste todo lo posible para disimular. Ay, amiga, pero no pudiste hacia mí.

»Esa fue la primera vez y como esa puedo nombrar un montón a partir de ese instante, porque antes lo tenías en un pedestal al no relacionarlo con nadie. Y no es que el pobre cayera por algo con peso de ahí, solamente por la edad que tenía y sin querer admitir lo que sentía, tapándolo por respeto a Dan y por la poca edad que tenías tú por aquel entonces, hizo su vida.

Asombrada me había quedado al escucharlo y pensativa, muy pensativa. ¿Cómo era posible que él se hubiera dad cuenta y yo no? Mierda, no podía ser que desde… ¿o sí? Ay la virgen, tragué saliva tomándome unos minutos en silencio en los que Brian no abrió la boca, esperando a que lo asumiera.

—Eso no fue así… —susurré mirando hacia la nada— si reaccioné mal es porque me sentí apartada de golpe. Ese día habíamos quedado los tres, Dan, Evan y yo íbamos a pasar el día juntos en un parque de atracciones. Entradas que él mismo me regaló por mi cumpleaños porque me hacía mucha ilusión. Que no se acordara y que ni siquiera lo hiciera cuando me enfadé y lo dejé parado por mi reacción, me dolió mucho.

—Puede… —respondió, pero supe que no pensaba lo mismo.

—Lo digo en serio, a partir de ahí me daba rabia estar cerca de él.

—Pequeña, puede que esa sea la versión a la que te has querido aferrar siempre para no admitir la realidad. O simplemente no lo supiste ver y te quedaste anclada en tu rechazo hacia él por el motivo equivocado. Joder, que eras una niña todavía, pero tu corazón ya sabía lo que quería, aunque no tuvieras la madurez suficiente para afrontarlo.

—Madre mía, menuda charla me estás dando —negué con la cabeza—. Se te olvida todas las veces que saltó él sobre mí sin ni siquiera abrir la boca.

—La realidad. Es mi deber como buen y mejor amigo tuyo abrirte los ojos ya que anoche abriste más que eso. —Soltó una carcajada y acabé contagiándome de él a pesar de que me había puesto nerviosa—. No puedo negar lo último, si es que sois tal para cual y ni no la sabéis.

—De esto último solo me niego a eso de la realidad, el resto no tengo nada que objetar —reí admitiéndolo—. Y fue… —solté un suspiro—. Un momento. —Me puse rígida al recordar algo que había dicho.

—Ya te he dicho que no necesitaba confirmación —rio—, pero se agradece, soy una máquina. ¿Qué pasa?

—Has dicho algo que… —Acaricié el filo de la taza.

—He dicho muchas cosas en poco tiempo —dijo divertido.

—Ni que lo digas, te has quedado a gusto. Pero me refiero a cuando has dicho que, él no quería admitir lo que sentía, tapándolo por respeto a Dan y por la poca edad que yo tenía por aquel entonces y por eso hizo su vida —susurré.

—Bueno, si no te diste cuenta de lo que te pasaba a ti, tampoco estabas en condiciones de hacerlo con lo que le pasaba a él. Pero cuatro ojos ven más que dos, y estoy seguro de que seis incluyendo a tu primo.

—¿Qué dices? ¿Insinúas que Dan puede pensar lo mismo? —pregunté con voz ahogada.

—Anda, ábreme que estoy arriba en tu puerta, el portal estaba abierto —rio por mi reacción.

Pegué un salto de la silla y fui corriendo a abrirle para que siguiera hablando, necesitando saber de su boca todo lo que había insinuado, bueno más que insinuar había sido muy claro.

Me abrazó mientas protestaba y le echaba en cara todo lo que me había dicho mientras entraba en el piso riendo.

—¿No te animas a desconectar tres o cuatro días? O un poco más si alargas la baja —insistió cuando nos

sentamos en el sofá con dos cafés.

—No quiero alargarla. —Hice una mueca—. Hay mucho trabajo, Aroa va hasta arriba cubriéndome y yo estoy bien ahora. Ayer cerraron un caso y ya hay otro encima de la mesa que no se presenta fácil. —Intenté sonreír.

—Esa expresión no me ha gustado. —Levantó una ceja.

—Es que no quiero decirlo mucho en voz alta, lo de que estoy bien. Ya sabes. —Me encogí de hombros—. Basta para que lo diga para…

—Está bien. —Tiró de mi mano haciendo que me recostara en su hombro.

—A lo mejor me apunto. Se lo comentaré a Evan, no porque espere su aprobación, nada de eso, pero no sé… después de lo que sucedió anoche me lo pide el cuerpo, comentárselo digo. —Me encogí de hombros.

—Lo entiendo. —Me dio un beso en la cabeza y nos quedamos en silencio.

Me hizo compañía casi todo el día. Tuvimos la intención de ir a comer fuera, pero al final empezó a llover y pedimos la comida para que nos la trajeran al piso. Relajados y tranquilos lo hicimos sustituyendo la mesa y las sillas por el sofá, de donde nos movimos poco viendo varias películas.

Durante toda la tarde estuve pendiente del móvil sin mostrarlo, sin poder dejar de observarlo de reojo. A cierta hora me extrañó que no tuviera noticias de Evan, pero lo achaqué a que estaría liado, aunque ese pensamiento no me convenciera mucho.

Eran las ocho cuando Brian me dijo que se iba y que, si me decidía a irme con él, porque por su parte lo iba a hacer igualmente, que se lo dijera al día siguiente para comprar más provisiones.

—Vale, mañana te lo confirmo —sonreí apoyándome en el marco de la puerta.

—Hazlo —dijo acercándose y dándome un beso en la frente.

—Tranquilo que te llamaré.

—A mí no, me refiero a que hagas ya lo que has querido hacer durante toda la tarde. Descuelga el teléfono y llama a Evan. —Levantó una ceja—. No, no —me cortó cuando fui a responder—, ya te he dicho y dejado claro que a mí no me puedes ocultar nada —sonrió de medio lado.

—No sabes lo que iba a decir.

—Por si acaso —rio y lo hice con él—. Me voy ya, espero que descanses igual de bien esta noche. Mañana

hablamos y me cuentas.

Nos abrazamos y se fue. Entré en la cocina para tomarme la pastilla para dormir y volví a sentarme en el sofá, soltando un suspiro mientras miraba el móvil que estaba en la mesa pequeña de enfrente. Preocupada y sin saber qué pensar, llamé a Evan. Solo con su tono de voz sabría si tenía que olvidarme de él y quitarme de golpe los pájaros que sobrevolaban mi cabeza o por el contario… tragué saliva impaciente, escuchando los tonos sonar hasta que la llamada se cortó.

—Pues nada. —Hice una mueca recostándome en el sofá.

Sin intención de cenar nada porque no había dejado de comer durante toda la tarde un menú muy variado delante del televisor, abracé un cojín y busqué otra película para ver. Al final no encontré ninguna que me convenciera y puse una serie que solía ver. No pude evitar, en soledad, pensar en todo lo que me había dicho Brian, poniéndole nombre a la primera vez que me enfadé y me enfrenté a Evan, dando comienzo a un historial que no tenía desperdicio entre los dos, y no solo por mi parte.

Poco a poco me fui adormilando con mis amigas en mente, pensando que al día siguiente les escribiría. Eso y con Evan, al que no pude dejar apartado en ningún momento sintiendo una sensación extraña mientras notaba que los ojos se me cerraban del todo y el sonido de la televisión quedaba cada vez más lejana.

a

hablamos y me cuentas.

Nos abrazamos y se fue. Entré en la cocina para tomarme la pastilla para dormir y volví a sentarme en el sofá, soltando un suspiro mientras miraba el móvil que estaba en la mesa pequeña de enfrente. Preocupada y sin saber qué pensar, llamé a Evan. Solo con su tono de voz sabría si tenía que olvidarme de él y quitarme de golpe los pájaros que sobrevolaban mi cabeza o por el contario… tragué saliva impaciente, escuchando los tonos sonar hasta que la llamada se cortó.

—Pues nada. —Hice una mueca recostándome en el sofá.

Sin intención de cenar nada porque no había dejado de comer durante toda la tarde un menú muy variado delante del televisor, abracé un cojín y busqué otra película para ver. Al final no encontré ninguna que me convenciera y puse una serie que solía ver. No pude evitar, en soledad, pensar en todo lo que me había dicho Brian, poniéndole nombre a la primera vez que me enfadé y me enfrenté a Evan, dando comienzo a un historial que no tenía desperdicio entre los dos, y no solo por mi parte.

Poco a poco me fui adormilando con mis amigas en mente, pensando que al día siguiente les escribiría. Eso y con Evan, al que no pude dejar apartado en ningún momento sintiendo una sensación extraña mientras notaba que los ojos se me cerraban del todo y el sonido de la televisión quedaba cada vez más lejana.

Capítulo 18



Evan

Paré el coche en el último lugar en el que estuvo Dan el día anterior, al menos el último que habíamos podido rastrear. Me bajé y caminé mirando alrededor, tomándome mi tiempo para recorrerlo con calma fijándome en cad detalle y en las personas con las que me crucé. No sabía lo que buscaba, al igual que en los diez lugares que había ido hasta ese momento, pero había tenido la necesidad de rastrearlos sabiendo que pocas horas antes él había estado en ellos.

Solté un suspiro apoyándome en una barandilla que me separaba del río, dejando la vista vagar por el agua. No podía frenar en mi intento desesperado de encontrar algo, por mínimo que fuera. Me negaba a volver a casa sin ningún puto resultado y aunque me jodiera, tuve que admitir en ese instante que así sería después de pasarme todo el puñetero día de arriba para abajo sin obtener nada. Los ojos se me humedecieron y apreté la mandíbula al sentir la ansiedad y el miedo recorrer todo mi cuerpo.

En el móvil de Dan no habíamos encontrado nada, en el otro que localicé oculto en su coche, los chicos estaban descifrándolo porque todo estaba codificado y el programa que utilizaban no podía ir más rápido de lo que lo hacía.

No tenía una puta mierda y la presión del pecho cada vez iba a más viendo las horas pasar, temiéndome lo peor. Me agarré a la barandilla con fuerza, poniendo los nudillos blancos por la intensidad con la que la presioné y solté un grito de rabia sabiendo perfectamente que estaba solo en ese lugar.

Eran los únicos momentos en los que, en soledad, dejaba salir mis emociones, el resto del tiempo mantenía el tipo sin querer perder el norte para estar centrado en la búsqueda. Eso era lo principal en ese instante, el resto de la misión podía alargarse durante un poco más porque teníamos lo necesario y el tiempo suficiente para desarticular la organización que teníamos en el punto de mira.

Y con todo lo que tenía encima, también estaba Kora. Cerré los ojos con fuerza porque no había sido capaz de responderle al puto mensaje de la mañana, ni descolgar la llamada que me había hecho hacía poco mientras circulaba hacia el lugar en el que estaba.

¿Cómo me plantaba delante de ella diciéndole lo que había pasado? La tristeza se apoderó más de mí porque sabía cómo reaccionaría. Había querido alargar en el tiempo ese momento, pero sabía y era consciente que no lo podía demorar mucho más. No era justo, a pesar de saber que la destrozaría.

Solo quería protegerla, protegerlos incluyendo a Dan y por ninguno de ellos podía hacer una puta mierda. Me incliné hacia delante, separándome un poco de la barandilla mientras sin perder el contacto con ella dejaba caer la cabeza hacia abajo, con la respiración desacompasada.

El día en la oficina había sido para olvidar y cuando no lo había soportado más, empecé a recorrer las calles yendo a todos los lugares que habían quedado memorizados en la ruta que hizo Dan el día anterior, hasta que se perdió su señal y apareció en su apartamento.

Miré la hora, las ocho y media de la tarde, la noche estaba tan cerca… el no saber si Dan estaba en apuros me mataba, el dejar a Kora sola durante la noche me perturbaba temiendo que algo cambiara la racha que llevaba… pero no podía dejar de ir de un lado al otro, sin poder mantenerme quieto durante mucho tiempo debido a la ansiedad que ya había sobrepasado todos los límites.

Volví a dejar la vista perdida en el agua y cerré los ojos tomando una gran bocanada de aire. Sin querer, pero sin tener otra opción porque ya lo había revisado todo, volví al coche y me quedé unos minutos dentro sin moverme, en silencio. Todo me pesaba y dejé caer la cabeza hacia atrás maldiciendo cómo se había complicado todo.

Por la profesión que teníamos éramos muy conscientes de lo que había y a lo que nos podíamos enfrentar. No era la primera vez que nos habíamos visto en apuros, sin ir más lejos el año anterior fui yo el que lo viví en primera persona al ser el que estaba infiltrado, pasando por varios momentos críticos, desapareciendo también. Lo preferí un millón de veces antes que estar en el lado que me había tocado esta vez, ciego, sin respuestas y sin saber hacia dónde tirar, teniéndome que meter en casa al acabar la noche como si no pasara nada y esperando a un nuevo día.

—¿Cómo lo soportaste Dan? —dije en alto refiriéndome a mí en aquella época.

Arranqué sintiéndome agotado por todas las emociones que sentía. Con lo poco que había dormido estando pendiente de Kora y después con lo que me había explotado en la cara y el trajín que no había cesado en ningún momento…

Cincuenta minutos después estaba entrando por la puerta de mi casa, dándole vueltas a cómo ponerme delante de Kora y ser sincero, porque si algo tenía claro es que no podía ocultárselo ni retrasarlo más. Nunca me lo perdonaría si lo hiciera, ni yo lo haría conmigo mismo. No era una opción y acabé con un dolor intenso de cabeza buscado la mejor forma para hacerlo. ¡Cómo si hubiera alguna!

—Me cago en todo. —Golpeé la baldosa de la ducha con rabia mientras el agua caía por mi cabeza.

Nada más entrar, lo primero que había hecho fue meterme en el baño necesitando aflojar un poco las sensaciones que sentía. Algo que no conseguí e incluso empeoré al no poder dejar de pensar, atormentándome cada vez más.

Cansado de todo y hasta de mí mismo, salí del baño enrollándome una toalla en la cintura y me senté en la cama cogiendo el móvil. Le di varias vueltas entre las manos y me tomé mi tiempo, hasta que viendo la hora que era, casi las diez, dejé de lado llamar a Kora por si ya estaba descansando y entré en la aplicación de mensajes para no seguir ignorándola. Ni mucho menos lo había hecho, pero ella no podía saberlo.

Yo: *Buenas noches, preciosa. Primero de todo perdona por haber estado desaparecido durante todo el día. Ha sido una mierda bien grande todo y hace poco que he entrado por la puerta de casa. Estoy agotado, pero con muchas ganas de verte. Si te va bien me paso mañana sobre las diez. Antes te llamaré y si lo tienes apagado lo dejamos para más tarde sin problema, pero de mañana no pasa. Descansa mucho, espero que sueñes conmigo.* —Borré la última parte que nombraba los sueños y rectifiqué para que no pensara en ellos siquiera—. *Descansa mucho, te echo de menos.*

Lo releí varias veces y le di a enviar. Hecho, me dije cerrando los ojos. Viendo que no lo leía, me levanté de la cama y me dirigí hacia la cómoda para coger un pantalón de deporte y una camiseta. Los ojos se me humedecieron al fijar la vista en el cuadro que me regaló Dan. Lo cogí y volví a sentarme en la cama sin dejar de observarlo.

Si todo fuera tan sencillo como cuando teníamos esa edad… solté un suspiro y me levanté de golpe al escuchar un ruido fuera de la habitación. Fue sutil, un pequeño choque con algo, pero lo suficiente para escucharlo sin problema en el silencio de la noche.

Cogí del cajón de la mesita de noche el arma sin perder de vista la puerta que estaba abierta y caminé rápido hacia ella y en silencio al ir descalzo. Apoyado en la pared, agudizando el oído, esperé unos segundos y me giré rápido encañonando el arma hacia el pasillo, llevándome un susto de muerte al ver quién estaba frente de mí.

No tardé mucho en reaccionar corriendo, lanzándome hacia él, justo unos parpadeos para intentar ver bien sin llegar a creérmelo.

—¡¡Dan!! —dije en alto con voz ahogada al verlo doblado delante de mis ojos.

Llegué hasta él justo en el momento en el que su cuerpo perdió las fuerzas y se desplomó, sin llegar a tocar el suelo porque lo cogí al vuelo. Con él en brazos entré en mi habitación, dejándolo tumbado en la cama. Miré su cuerpo y apreté la mandíbula. Los golpes eran más que evidentes, los hematomas ya habían empezado a cambiar de color. Maldije interiormente, pero di gracias por tenerlo conmigo.

Hasta que fijé la mirada en mis manos y las vi rojas, levantando la cabeza de golpe moviendo su cuerpo rápido, separándole la espalda de la colcha que se había cubierto de sangre.

—¡¡Mierda!! —dije desesperado al ver dos heridas de bala a poca distancia cada una— Dan ¡despierta! Escúchame, tío, abre los ojos. —Con voz preocupada moví su cabeza un poco, esperando a que reaccionara, pero

no lo hizo, no abrió los ojos para mí con el cuerpo inerte a merced de mis movimientos.

Apreté los puños y pensé en la única persona que podía ayudarlo en una situación así y que no tardaría en llamar. La posibilidad de llevarlo a un hospital normal estaba descartada, así actuábamos siempre en casos de gravedad para no implicar a nadie y no correr riesgos innecesarios. Sabíamos a quién nos enfrentábamos en todo momento, al igual de que tenían ojos y oídos en los lugares que menos te podías imaginar.

Antes de hacer la llamada palpé todo su cuerpo a conciencia, buscando algún dispositivo de rastreo. Y lo encontré minúsculo y escondido en la hebilla del cinturón.

Me importó una mierda que supieran de mi casa, la podía dejar por una temporada tranquilamente, ello no me suponía nada, pero no que esa jodida cosa siguiera cerca del cuerpo de Dan. Me puse unas deportivas y cogí el móvil guardándomelo para tener las manos libres. Le quité el cinturón y con él entre las manos me dirigí hacia la parte principal y delantera de la casa. Comprobé las cerraduras y cerré la de la corredera de la cocina que Dan había abierto para entrar. Me dirigí a activar el sistema de seguridad, a falta de la confirmación desde mi móvil cuando estuviera en el exterior para que todo quedara cerrado a cal y canto y con la máxima protección. No imaginéis que era un sistema de seguridad de las típicas alarmas, con las que si alguien entraba sin desconectarla saltaba y se activaba el pitido característico que os imagináis, no.

Si alguien pisaba dentro de la casa desde algún ángulo, no sería una alarma la que saltara, más bien varios dispositivos de impacto y letales preparados para atacar a quien fuera, situados en puntos estratégicos y de seguimiento al no quedarse estáticos porque se movían por infrarrojos percibiendo el calor corporal en movimiento.

Lógicamente no era lo que utilizaba habitualmente, en el día a día me sobraba con una alarma habitual, pero debido a todo lo que nos rodeaba hacía ya tiempo que Dan y yo optamos por invertir en seguridad, avisando a todos nuestros conocidos y familiares para que no se atrevieran a entrar por su cuenta si nosotros no estábamos dentro y no nos avisaban antes.

Me dirigí rápido hacia la parte trasera, por la que salí cerrando, pero bloqueando el cierre para que cuando volviera pudiera entrar sin problema ya que cedería solo. Nada más saltar el muro que rodeaba toda la terraza, accedí en el móvil al último paso para que la seguridad se activara y estuviera preparada por si aparecía alguien que no era bienvenido. Dan no se movería de la cama y si llegaba a despertarse sabía de sobra cómo actuar sin moverse al no verme. Antes de ponerme en movimiento inspeccioné durante un tiempo los alrededores, escondido, pero sin nada que me alertara, salí a la carrera.

Entré en todas las parcelas vecinas, desde la que estaba a mi lado hasta la más lejana, llegando hasta las puertas y dejando que el localizador hiciera su trabajo.

Recorrí muchas calles en los dos sentidos, acercándome a las puertas de todas las casas por las que pasé, para volverlos locos cuando lo rastrearan y no supieran hacia dónde ir ni a cuál señalar porque el rastreador que tenía en la mano, lo identifiqué y sabía que dejaría un rastro de la ruta que había hecho, marcando todos los puntos por

los que había pasado, aunque dejara de funcionar. Si le habían dado una paliza y le habían disparado, era señal de que de alguna manera lo habían descubierto y no tenía ni puta idea de cómo había podido suceder, ya que Dan era un experto como yo en ocultarse en una misión, y de tomar todas las precauciones inimaginables. Di por hecho que el localizador se lo habían colocado al estar inconsciente en algún momento y malherido, y, al volver a la consciencia en el estado en el que estaba solo pensó en ponerse a salvo al no estar lúcido. Esa explicación la tenía clara porque si no él mismo habría pensado en ello y lo habría detectado deshaciéndose de él.

,

los que había pasado, aunque dejara de funcionar. Si le habían dado una paliza y le habían disparado, era señal de que de alguna manera lo habían descubierto y no tenía ni puta idea de cómo había podido suceder, ya que Dan era un experto como yo en ocultarse en una misión, y de tomar todas las precauciones inimaginables. Di por hecho que el localizador se lo habían colocado al estar inconsciente en algún momento y malherido, y, al volver a la consciencia en el estado en el que estaba solo pensó en ponerse a salvo al no estar lúcido. Esa explicación la tenía clara porque si no él mismo habría pensado en ello y lo habría detectado deshaciéndose de él.

Capítulo 19



Perdí la cuenta de todas las calles por las que pasé y ya no decir de las casas a las que acerqué el localizador para que no relacionaran mi dirección. En un punto en el que las viviendas se acababan y una gran zona verde rodeada por árboles empezaba, me desvié adentrándome en ella. Me alejé todo lo que pude, llegando a un pequeño riachuelo. Seguí el curso del agua hasta llegar a donde desembocaba en el río, a gran distancia de mi casa. Dándome por satisfecho, con la ayuda de una piedra destrocé el localizador siendo la última señal que retransmitiría y quedaría marcada. Lancé el cinturón al río, lejos, viendo cómo lo arrastraba la corriente, hundiéndose poco a poco hasta que lo perdí de vista. A saber, dónde acabaría.

Volví sobre mis pasos más rápido de lo que me había alejado, localizando en el móvil a quien necesitaba llamar. Al tercer tono descolgó.

—¿Evan? —preguntó serio Leroy.

Sabía de sobra que una llamada mía y más a esas horas solo podía significar una cosa, ya que no era la primera vez que la recibía.

—Te necesito —dije sofocado, intensificando la carrera.

—¿Tú? —Lo escuché moverse.

—No, Dan —dije con un nudo en la garganta.

—Voy para el centro médico, estaré allí cuando llegues —aseguró y colgó.

Con rabia me guardé el móvil en el bolsillo mientras mis piernas forzaban al máximo la carrera hasta mi casa. Una vez en la calle, me desvié recorriendo la distancia por la parte trasera hacia donde daban las terrazas. Delante de la mía, desconecté el sistema de seguridad para poder entrar y salté el muro, accediendo al interior sin problema.

Comprobando que dentro todo seguía igual, me dirigí hacia una cristalera del salón y observé la calle, escondido mientras dejaba pasar unos minutos quedándome conforme de que no había ningún problema fuera. Sin nada por

lo que preocuparme por el momento, fui rápido hacia mi habitación, no sin antes activar otra vez el sistema de seguridad para dejarlo en funcionamiento cuando saliera de allí.

Apreté la mandíbula acercándome a Dan, al volver a ver su cuerpo tal y como lo había dejado. Sin tiempo que perder, cargué con él y accedí al *parking* desde la puerta de acceso que quedaba apartada en un rincón del salón.

Una vez la puerta basculante se cerró, parado en enfrente, en la acera, activé el último paso del sistema de seguridad. Volé, literalmente, recorriendo la distancia hasta el centro médico donde sabía que Leroy ya me estaba esperando.

Leroy era médico, cirujano en varias especialidades para ser más exacto. Trabajaba por horas en un hospital, en días alternos, y el resto del tiempo lo hacía en una clínica propia, bastante grande y de prestigio. Éramos amigos desde hacía muchos años, los tres, y no eran pocas las veces que habíamos tenido que recurrir a él para salvarnos la vida a alguno de los dos, con la tranquilidad y el anonimato que necesitábamos en esos momentos.

A simple vista era un centro médico común, en el que no se llevaban a cabo intervenciones ni nada que pasara de las consultas médicas rutinarias. Si accedías a él nada podía hacerte imaginar que dentro, escondidos en una zona de seguridad y con acceso limitado solo para el personal de su máxima confianza, tenía varios quirófanos preparados al detalle para ocasiones de urgencia. Aparte de eso, disponía de todo lo necesario para las posibles dificultades que pudieran surgir durante las intervenciones y para que, quien fuera pudiera recuperarse. Al paciente solo tenían acceso una enfermera que era la mujer de Leroy y él mismo, protegiendo la privacidad y seguridad, ya que la mayoría de las veces, por no decir todas, eran pacientes del círculo de Dan y mío.

En cuanto llegué, accedí por la parte trasera al ver a Emma, la mujer de Leroy, indicándome que entrara mientras sujetaba la puerta a la que solo ellos tenían acceso. Cuando paré el coche dentro, me giré hacia el asiento trasero para mirar a Dan. Sin tiempo que perder porque no sabía cuánto llevaba así y dando por hecho que habría dado muchas vueltas hasta llegar a mi casa por precaución, salí del coche rápido y ni me paré a saludar a Emma, abriendo una de las puertas traseras y arrastrando el cuerpo de Dan. Cargué otra vez con él mientras Emma caminaba delante de mí, mirándome de reojo preocupada al ver su aspecto.

Leroy nos cortó el paso en cuanto accedimos a un pasillo, apareciendo delante de nosotros con una camilla, donde tumbé a Dan con ayuda de él y no tardaron en desaparecer corriendo, dejándome con las manos vacías.

Me las miré otra vez cubiertas de sangre y cerré los puños con toda la rabia que sentía y la impotencia. Me dejé caer al suelo, sin fuerzas mientras apoyaba la cabeza en la pared y cerraba los ojos. Varias lágrimas resbalaron por mis mejillas y dejé que la pena, el dolor y todas las sensaciones que me atormentaban salieran de esa forma mientras mi pecho subía y bajaba y mi respiración se entrecortaba.

Seis horas estuve sin saber nada, horas en las que pasó de todo por mi cabeza perdiendo la cordura por instantes. A las seis y media de la mañana vi la figura de Leroy caminar hacia mí que seguía donde me había dejado caer sin tener fuerzas para moverme.

—Evan.

—¿Cómo está? —pregunté levantándome rápido cuando llegó a mi lado.

—Acompáñame, vamos a mi despacho para que estés cómodo. Tío, mira que tengo sillones y sillas cómodas y tienes que utilizar el suelo. —Intentó hacer una gracia, pero ni ganas tuve de responderle.

Me apretó el hombro y caminamos en silencio, hasta que abrió la puerta de su despacho y me dio paso. Fijé la mirada en Emma que estaba sentada en una silla y que no tardó en levantarse para venir hacia mí y darme un abrazo, el que correspondí.

—Siéntate —me pidió Leroy caminando hacia la silla de su escritorio.

—¿Con quién se ha quedado Dan? —Tragué saliva mirándolos a los dos porque si Emma no estaba con él…

—Tranquilo, Abbie se ha quedado con él.

Solté el aire que había retenido al escuchar su contestación, al saber que Dan seguía respirando. Me llevé una mano al pecho, frotándomelo, intentando minimizar la presión que sentía.

—Está en buenas manos —habló tranquilo Leroy sin perderse ni un detalle de mis gestos.

—Lo sé —sonreí un poco sentándome al lado de Emma, quedando enfrente de Leroy.

Abbie era la hija de ambos y era enfermera.

—Llegó ayer de viaje. Cuando he recibido tu llamada estábamos cenando y no ha dudado en acompañarnos —sonrió.

—Gracias por todo. —Los miré.

—Déjate de tonterías. —Soltó un bufido y esa vez sí que mis labios se curvaron.

—¿Cómo está? —Apreté los puños apoyados en las piernas.

—Grave —respondió serio Leroy—, pero fuera de peligro por el momento. Es de una pasta dura, igual que tú, saldrá de esta.

Asentí nervioso y desvié la mirada dejándola fija en la pared.

—Evan. —Me llamó Emma—. Va a salir de esta —repitió las palabras de su marido al ver mi reacción,

agarrándome de una mano.

La miré parpadeando varias veces y asentí agradecido, pero sin poder expresar ningún gesto hacia ella mientras dejaba que su mano acariciara la mía.

—Los daños son varios —habló Leroy captando mi atención—. Tiene una mano, muñeca y antebrazo rotos, del mismo lado. —Apreté la mandíbula—. He extraído las balas, pero estaban alojadas en una zona complicada dañando varios órganos. Las contusiones recorren todo su cuerpo y tenía varias hemorragias internas, la más preocupante ha sido la intracraneal. Ha tenido que sentirse muy confundido y aturdido al hacer un sobreesfuerzo inhumano para llegar hasta ti.

»Eso contándolo por encima y muy sutilmente porque su cuerpo empezó a fallar. No quiero entrar ahora en muchos detalles —habló en tono bajo al ver mi expresión corporal—, solo tienes que saber que hemos hecho todo lo posible para que sobreviva, ahora ya solo depende de él que lo haga.

—Lo sé, gracias —susurré.

—Imagino que quieres quedarte junto a él —asentí—. No sé para que lo digo —negó sonriendo.

—Podéis iros a descansar. —Los miré.

—De eso nada —respondió rápido Emma.

—Buena cosa le has dicho —rio Leroy levantándose—. En eso estaba pensando ella, en abandonar a un paciente. Yo tampoco lo voy a hacer, es algo que no entra en nuestros planes por su estado, impensable. —Me apretó un hombro al llegar a mi lado—. Pueden surgir complicaciones y las primeras setenta y dos horas son vitales, no me voy a mover de su lado. Pasado mañana tengo turno en el hospital, pero estoy a tiempo para que me sustituyan.

Asentí agradecido y emocionado. Me levanté y lo abracé siendo correspondido con fuerza.

—Todo va a ir bien, no puede ser de otra manera, ¿me oyes? Si ha tenido los cojones bien puestos para huir como estaba y aguantar sin ser localizado, créeme que superará todo lo demás a lo que se enfrenta.

Apreté más el abrazo sin responderle, cerrando los ojos con fuerza mientras varias lágrimas se escapaban de mis ojos.

—Ven —dijo cuando nos separamos—. No puedes estar a su lado, está aislado, pero te quedarás en la sala contigua viéndolo a través de un cristal. Ahora entre Emma y yo llevamos una camilla allí para que descanses.

—Puedo hacerlo yo —le dije siguiéndolo cuando empezó a caminar hacia la puerta.

—Apáñatelas con la de atrás —rio sin pararse, señalando a Emma.

Me paré y me giré hacia ella que estaba en posición esperando a que lo intentara. Con las manos en las caderas y con una expresión de que ni lo intentara. Negué con la cabeza curvando un poco los labios y sonrió al instante, adelantándonos satisfecha porque se había salido con la suya sin ni siquiera tener que hablar.

No tardé en estar dentro de la sala, mirando a través del cristal el cuerpo de Dan conectado a cables y tubos, con los ojos cerrados y parte de su cuerpo inmovilizado. Apoyé una mano en el cristal y cerré los ojos hablándole en mi mente, rogándole que no me dejara solo, retándolo para ver si tenía las agallas suficientes para hacerlo porque lo perseguiría allá a dónde fuera.

Vi a Abbie entrar y ponerse junto a Dan, la que desvió la mirada hacia mí levantando una mano como saludo, el que correspondí. Concentrado en todo lo que le hacía, la puerta de la sala donde estaba se abrió dando paso a Leroy y Emma, arrastrando una camilla que dejaron en el centro.

—Descansa lo que puedas, también necesitas descansar. Tienes una cara… —me habló Emma poniéndose a mi lado e inclinándose, dándome un beso en la mejilla antes de dejar la vista fija en cómo su hija atendía a Dan.

—No sé si podré. —Me la froté con las manos.

—Claro que lo harás. Tu cuerpo lo necesita y en cuanto hagas contacto con algo ni te darás cuenta. —Se puso a nuestro lado Leroy.

—La echáis de menos —aseguré mirándolos a los dos que no apartaban la vista de Abbie.

—Mucho —soltó un suspiro Emma—, pero somos sus padres y solo nos queda acompañarla en todas las decisiones que tome si la hacen feliz.

—Así es —continuó Leroy—. Ha decidido hacer su vida en el extranjero y estamos muy orgullosos de todo lo que está consiguiendo y del futuro que se está labrando. Nunca deja de actualizarse y ahora está empezando a estudiar varias especialidades más. —Se encogió de hombros.

—Algún día la tendréis trabajando aquí con vosotros —aseguré.

—Quién sabe —sonrió Leroy y miré a Emma que tenía una expresión de añoranza.

Se despidieron diciéndome que estarían a dos habitaciones de distancia y que entrarían a ver a Dan cada cierto tiempo para comprobar que todo seguía bien. En cuanto me dejaron solo caminé hacia la camilla y me senté en ella, quitándome las deportivas y dejándome caer de lado, sin perder de vista a Dan.

Todo saldrá bien, pensé mientras mis párpados se cerraban por sí solos, sin poderlos contener.

e

Capítulo 20



Kora

Un grito desgarrado me despertó, el mío. Parpadeé mirando alrededor, comprobando que seguía en el sofá donde me había dormido. Me llevé una mano al pecho intentando controlar la respiración. Mis ojos se nublaron y me levanté despacio sintiendo el inicio de un ataque de ansiedad.

La pastilla que me tomé antes de dormir no había hecho una mierda esa noche. Llegué al cuarto de baño y me lavé la cara con agua fría, para quitarme el sudor y aligerar un poco la sensación tan desagradable con la que me había despertado.

Frente al espejo me miré y no pude evitar las lágrimas que empezaron a salir de mis ojos. Había vuelto, la misma pesadilla de siempre. Un escalofrío me hizo abrazarme la cintura y salir hacia la habitación directa a coger la grabadora.

Se había convertido en un remanso de paz para mí y en ese instante necesitaba escuchar la voz de Evan para quitarme los pensamientos malos que estaba teniendo. Entré y me puse una sudadera por encima antes de cogerla. Con ella en la mano salí hacia el salón, sentándome en el sofá.

Me acurruqué abrazándome las piernas, dejando los ojos fijos en la televisión que todavía estaba encendida con apenas sonido, tal y como la había dejado. No quería cerrar los ojos, el miedo que sentía en ese momento…

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron dando un pequeño bote y miré hacia ella preguntándome quién sería a esas horas. Miré hacia la corredera del balcón y solo vi oscuridad, comprobando que era muy de noche. Sin moverme dejé pasar los minutos, hasta que escuché mi nombre de una voz inconfundible que me hizo levantarme e ir a abrir.

—Pedro —dije al abrir.

—Kora ¿estás bien? —preguntó preocupado, apartándome despacio y entrando mientras miraba alrededor buscando algo.

—Sí —susurré y fue cuando se giró hacia mí cuando vio mi cara porque hasta ese momento no lo había hecho al querer asegurarse.

—¿Qué te ha pasado? —Tiró de mi mano cerrando la puerta.

—Lo de siempre. —Intenté sonreír mientras me dejaba llevar por él hacia el sofá.

—Otra vez, pensaba…

—Ya, y yo. —Tragué saliva volviendo a acurrucarme—. ¿Qué haces despierto? Tiene que ser muy tarde. —Quise saber apoyando la cabeza en las rodillas y girando la cabeza hacia él.

—Son las cuatro de la madrugada. Llevo un rato despierto, mala noche —soltó un suspiro—. He escuchado un grito fuerte y me he asustado, solo podía salir de aquí.

Lo miré con cariño e intenté sonreír agradecida.

—Gracias. ¿Tú estás bien? Por eso de la mala noche.

—Efectos de las pastillas. —Soltó otro suspiro—. No te preocupes —me pidió al ver la mueca que puse—, no puedo hacer nada más y no siempre me pasa. —Se encogió de hombros—. Hoy hasta lo agradezco porque si no, no me hubiera enterado de tu grito.

—Estoy bien —susurré—. Estamos apañados.

—¿Quieres que me quede un poco? —Me frotó la espalda.

—¿Me harías el favor?

—¿Qué favor? Anda no digas tonterías, ven aquí —sonrió tirando de mi mano.

Me rodeó con un brazo cuando caí de lado hacia él, en la posición en la que estaba acurrucada. Solté un suspiro, motivo por el que me abrazó más fuerte haciéndome sentir protegida.

—Duerme un poco. ¿Por qué no vas a la cama? Yo puedo quedarme en el sofá —susurró.

—No quiero —respondí tajante.

—¿Dormir o estar sola?

—Ninguna de las dos —susurré.

—Estoy contigo, no voy a dejar que te pase nada. —Provocó que mis labios se curvaran—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Ese aparato. —Señaló hacia la mesa donde había dejado la grabadora para abrirle la puerta.

—Una grabadora —confirmé—. Dentro hay algo que me relaja.

—¿Quieres ponerlo? A mí no me importa, no creo que me duerma.

—No, gracias —dije queriendo reservarla para mi intimidad—. Tendrías que intentar dormir.

—¿Tú vas a poder?

—No lo sé —solté un suspiro.

—Pues eso, yo tampoco. Si veo que cierras los ojos, lo haré yo —aseguró.

—Nos tumbamos para cada lado y lo intentamos. —Me separé mirándolo.

Me sabía mal que por mi culpa ni siquiera pudiera cerrar los ojos durante unas horas. Asintió y me levanté para coger una manta grande para cubrirnos. Cuando volví al salón regulé la luz dejándola muy tenue y apagué la televisión. Después de él descalzarse no tardamos en estar cada uno apoyado en un reposabrazos del sofá, con varios cojines y tapados. Era muy grande y ancho, más que de sobra para los dos.

—Ya he cerrado los ojos —dije al cabo de unos minutos.

—Ya lo he visto, por eso te estoy hablando con los míos cerrados —respondió.

Reí un poco, contagiándolo.

—Buenas noches, Pedro. No sabes cómo te agradezco que estés siempre pendiente de mí.

—Buenas noches, Kora. Descansa, estoy aquí contigo y no me voy a ir. Las gracias te las tengo que dar yo a ti por aceptarme a pesar de…

—Ni lo digas ¿vale? Eso no es nada y quien no lo sepa ver, el problema grave lo tienen ellos.

Apreté los párpados después de escuchar su gracias emocionado. Sus palabras de «*descansa, estoy aquí contigo y*

no me voy a ir» me hicieron recordar a Evan y a su protección, añorando que no estuviera ahí conmigo. No quise abrir los ojos para ver si tenía alguna llamada perdida en el móvil o algún mensaje suyo de cuando hubiera dado por finalizado el día, a pesar de las ganas que tenía. Mi móvil estaba en silencio, normalmente lo apagaba, pero al haberme quedado dormida muy pronto viendo la televisión ni me había dado tiempo a hacerlo. No quería moverme en ese instante por las sensaciones que todavía no había conseguido quitarme.

Solté un suspiro siendo consciente de la oscuridad al tener los ojos cerrados e intenté calmarme para relajarme. La presencia de Pedro me ayudó y sin darme cuenta, dejando pasar los minutos, dejé de ser consciente de la realidad quedándome dormida profundamente.

Parpadeé varias veces al abrir los ojos, sintiendo la claridad del día. Me incorporé despacio y sonreí al ver a Pedro doblado de una manera un tanto… bueno dejémoslo en rara y que en cuanto se despertara empezaría a quejarse.

No había vuelto a soñar y con esa sensación y con el recuerdo de la pesadilla que había tenido antes de que apareciera Pedro, me levanté despacio y fui al baño apagando la luz en mi camino.

Estaba aseándome cuando escuché un ruido fuerte y salí hacia el salón.

—¿Estás bien? —pregunté agrandando los ojos al ver a Pedro tirado en el suelo.

—Oh, joder, menudo despertar —respondió quejándose mientras se frotaba el hombro y la cadera—. Uno ya no tiene edad para estas aventuras —negó y se levantó riendo, contagiándome.

—Ni tú ni nadie, menudo porrazo te has dado —negué divertida al ver la mesa desplazada y todo lo que había encima del sofá por el suelo—. ¿Café?

—No estaría mal. —Soltó un bufido—. Me duele todo el cuerpo.

—Acabo y los hago —sonreí por sus palabras, si se hubiera visto como había dormido…

—Acaba tranquila, ya los hago yo. —Pasó por mi lado hacia la cocina y lo paré para darle un beso en la mejilla.

Cantarín mientras decía que eso sí que era un buen despertar, me fui hacia el cuarto de baño otra vez, esa vez riendo.

Pedro se fue después de desayunar y yo volví a quedarme sola. Me hice otro café y me abrigué para salir a tomármelo en el balcón, cogiendo el móvil. Respiré una bocanada grande de aire nada más salir y me senté.

Cuando desbloqueé el móvil vi que estaba al mínimo de batería, con un mensaje de Evan esperando a ser abierto. Con ganas de saber de él lo abrí y curvé los labios al leerlo. Eran las ocho y media y me decidí a llamarlo directamente, para confirmarle que no había problema en que se pasara a la hora que me había dicho. Necesitaba

escuchar su voz, pero no llegué a marcar su número al saltarme una llamada de Aroa.

—Eh, ¿qué tal? —dije al descolgar.

—Bien, cariño. ¿Cómo estás tú? Te echo de menos, el trabajo no es lo mismo sin tenerte al lado —se quejó soltando un suspiro.

—¿Seguro? —Fruncí el gesto al escuchar el tono de su voz.

—No te quiero agobiar, es por algo del trabajo. Olvídalo, cuando vuelvas te lo comerás de lleno, pero por ahora no.

—¿Qué pasa? ¿El nuevo caso se ha complicado? —Quise saber pensativa.

—El puñetero caso es una mierda lo mires por dónde lo mires, pero vamos a dejarlo apartado ¿vale? A ver, cuéntame algo que no sepa.

—Pues poca cosa puedo contarte —reí porque estaba al día de todo, bueno menos de lo que me había sucedido es noche y de la visita de Brian.

—Joder, yo que tenía la esperanza de que tuvieras algo jugoso que contarme.

—Bueno —rectifiqué porque caí en la cuenta de que tampoco sabía lo que había sucedido con Evan.

—Uy, uy… ese tonito. Soy toda oídos.

Después de reír un rato, le expliqué lo que había sucedido entre nosotros, teniéndola que frenar por todo lo que fu diciendo al reaccionar. Aproveché para comentarle que el día anterior lo había pasado con Brian y su propuesta y terminé por lo que me había sucedido durante la noche y la visita de Pedro que acababa de irse.

—Madre mía, pues para no tener nada que contarme me has dejado muerta, chica —rio, haciéndome sonreír.

—¿Qué te parece? —dije mientras le daba un sorbo al café y me levantaba al escuchar el pitido del aviso de que l batería no duraría mucho más.

—A ver, por partes porque una de las cosas que me has contado me ha dejado flipando, de la otra me alegro y la última me ha preocupado.

—Tómate tu tiempo —dije divertida sentándome encima de la cama después de poner el teléfono a cargar—. Oye ¿tienes tiempo ahora?

—Sí, he hecho una pausa porque yo lo valgo y porque estoy hasta los ovarios.

—Me parece perfecto —sonreí.

—Estoy flipando con lo de Evan, es que… joder, con el historial que tenéis y encima me lo sueltas así, tan tranquila, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Cómo quieres que lo haga? —reí.

—Joder, no sé, algo como… «hay tía, menuda bomba tengo que contarte. Me he acostado con Evan y me ha puesto mirando para todos los lados. Sí, sí, muerta te has quedado ¿verdad? Yo estoy igual, todavía no entiendo cómo de estar matándonos hemos pasado a estar con él dentro de mí en otras batallas muy diferentes. Alucinante, tía» —habló de carrerilla haciéndome reír por el tono con el que lo dijo.

—Yo no hablo así. —Me acomodé en la cama apoyando la espalda en el cabecero.

—Yo qué sé, por decirlo de alguna manera, pero ¿a qué me has entendido?

a

—Como un libro abierto —dije haciéndola reír.

—A ver, ahora en serio…

—Ah ¿que hasta ahora era en broma?

—Cállate leches, que me despistas —rio—. Entonces, ¿se acabaron las batallas dialécticas y los choques entre vosotros? Mira que pensé que el chico te había dado una tregua por cómo estabas últimamente, pero después de

eesto… no te ha dado una tregua, te ha dado bien duro. Qué fuerte, qué fuerteee…

—Deja de exagerar —negué sonriendo.

—Exagerar dice —rio—. Te recuerdo que en muchos de vuestros enfrentamientos he estado presente y no veas, en más de uno he tenido que hacerme invisible o salir por patas.

a

—No tienes remedio —reímos—. Pero sí, no lo puedo negar. Oye, pero los cambios se dan, no sé. No puedo deci nada más porque me quedé descolocada, fui yo la que…

—Eso es otra bien gorda. Increíble que fueras tú la que te lanzaras a comértelo la primera vez. Es que si me lo cuentan en la calle en mi vida hubiera imaginado que se referían a ti.

',

—Jolín, cómo lo estás poniendo. —Solté un bufido.

—Te he hecho reír —dijo más calmada.

—Sí —sonreí acariciando la sábana.

—Voy a por la segunda parte. ¿Vas a irte con Brian? La idea es genial y a ti te encanta esa zona. Te vendría perfecto para aislarte y volver con más fuerzas. Créeme, las vas a necesitar.

—No sé —dije distraída.

—No quieres alejarte de Evan porque solo has pasado una noche con él y quieres más, que te dé de todo con todo lo que pueda ofrecer ¿no?

—No es eso —reí.

—¿Y entonces?

—Me siento insegura con lo que me está pasando, no sé explicarlo —susurré.

—Cariño, es normal y más tras de esta noche después de haber tenido una tregua de descanso. Por eso te repito que te vendrá bien cambiar de aires. Quién sabe, lo mismo el de la montaña te trae cosas nuevas.

—Creo que tengo clara la respuesta desde que me lo dijo Brian.

—Lo sé —comentó haciéndome sonreír—. Pues ya estás tardando en llamarlo para confirmárselo, que ese es capaz de no comprar más provisiones y dejarte en ayunas hasta que vuelvas.

Nos tomamos un rato para reírnos, en los que no dejó de decir todas las tonterías que se le pasaron por la cabeza para que no dejara de hacerlo, hasta que se puso seria y supe hacia dónde dirigiría la conversación.

—Kora, ¿se ha repetido lo mismo?

—Sí —solté un suspiro cerrando los ojos y frotándome la cara con una mano—. Sabes que nunca cambia hasta que…

—Joder, ¿te tomaste la pastilla?

—Sí, pero esta noche no me ha hecho nada. —Hice un puchero.

—Bueno, quizás no lo ha hecho nunca —dijo pensativa.

—¿Qué quieres decir? Las otras noches…

—Las otras noches estuviste acompañada de alguna manera por Evan.

—¿Tú crees que…?

—No lo sé, cariño. Pero la verdad, da que pensar —soltó un suspiro—. Si al final vas a conseguir que sea su megafan, como si lo viera.

—Ya lo eres —reí.

—Ya te digo, ese portento de hombre, ahí empotrándote, me muero, me muero —dijo y me la imaginé abanicándose, lo que me confirmó con palabras y acabamos riendo las dos.

—Gracias por este rato, lo necesitaba —susurré porque sabía que se había esmerado en hacer que me olvidara de todo.

—A mí no me las des. Cuando vuelvas al trabajo me traes una caja de dulces y me das un superabrazo. Eso sí, me los como yo sola —reímos.

—Cuéntame algo del trabajo.

Después de soltar un suspiro y tomarse unos minutos en los que insistí porque no quería calentarme la cabeza hasta que no me incorporara, empezó a explicarme como estaba yendo. La verdad, solo necesité prestar atención a su tono de voz para saber que lo que tenía encima o teníamos porque yo no tardaría en estar junto a ella, no pintaba nada bien.

Colgamos cuando me avisó de que habían ido a buscarla para que corroborara una información, despidiéndonos hasta dentro de poco. Miré la hora, faltaba media hora para las diez. Evan no me había llamado como me había dicho que haría por mensaje antes de pasarse, pero aun así me fui directa a la ducha.

Renovada y con un poco más de ánimos, salí y me vestí. Me puse una falda peto vaquera conjuntada con un jersey que quedaba perfecto y dejé para más tarde ponerme las medias, con la intención de salir y aprovechar el día. Fui directa al móvil comprobando que pasaba de la hora y me extrañó no saber nada de él todavía.

Decidida marqué su número, saliendo hacia el salón. La llamada se cortó sin que respondiera y sin darle vueltas empecé a recoger el salón de la noche improvisada que habíamos pasado en él.

Capítulo 21



Evan

—Evan. —Escuché de fondo y me removí, sintiendo unas manos que me frenaron.

Abrí los ojos, desorientado, incorporándome al momento al ver a Leroy al lado.

—¿Qué sucede? ¿Dan está bien? —Me sobresalté.

—No te muevas mucho en esta camilla que vas al suelo en un parpadeo —sonrió dejándome claro porqué había sentido sus manos—. Tranquilo, se mantiene igual.

—Vale —solté un suspiro—. ¿Qué hora es? —Fijé la mirada hacia Dan.

—Las diez y media. No he querido entrar antes, tenías que descansar.

—Tengo que llamar al trabajo. —Me froté la cara—. Mierda. —Reaccioné sacando el móvil, viendo una llamada perdida de Kora y varias de mi equipo. Lo tenía en silencio.

Los chicos estarían atacados de los nervios y por el mensaje que le había enviado yo la noche anterior a Kora…

—Joder, llego tarde. —Me levanté de un salto—. Tengo que salir un momento. Infórmame si cambia algo —le pedí a Leroy quedando frente a él.

—Vete tranquilo —me apretó el hombro—, pero deberías descansar más, darte un respiro. Estás soportando mucha tensión y en algún momento…

—Ahora no puedo —negué.

—Está bien, no sé ni para qué lo intento. —Puso los ojos en blanco—. Dan se mantiene estable y en cierta forma es bueno y favorable.

Asentí y volví a mirarlo a través del cristal.

—Tengo que hacer varias cosas importantes, pero antes quiero pasar por casa para cambiarme. —Me llevé las manos a la cabeza frotándome el pelo.

—Tómate el tiempo que necesites, no nos vamos a mover —dijo haciéndome un guiño y sonreí.

Me despedí de él hasta que volviera y salí. Conduje hacia la primera parada que haría, que no era otra que mi casa Cuando estuve delante, aparqué el coche en la calle, mirando alrededor. Todo parecía seguir en calma y entré en l aplicación de seguridad comprobando las cámaras. Nada, todo seguía como lo dejé y sin rastro de haberse liado dentro.

Solté un suspiro y desactivé la alarma. Salí del coche y fui directo hacia la entrada. En cuanto abrí miré cada rincón y fui directo hacia mi habitación, necesitaba darme una ducha como el comer, que por cierto no lo había hecho desde hacía muchas horas.

Cuando entré en la habitación me paré al ver la sangre de la colcha. Con rabia la quité haciendo una bola con ella y llevándola a la lavadora, dejándola allí. Ya me encargaría en otro momento cuando volviera. Era demasiado tarde y quería estar de vuelta en el centro médico en cuanto acabara de hablar con Kora.

Quince minutos estuve con el agua cayendo sobre mi cabeza, sin ganas ni fuerzas para moverme mientras pensab en mis siguientes movimientos. Me estaba costando demasiado activarme, pensé mientras me preparaba y me vestía. Me paré a hacerme un café, al menos para echarme algo al estómago y aproveché mientras se hacía para llamar al equipo, el que estaba preocupado tal y como imaginé, al no saber nada de mí por las horas que eran, hablando nerviosos.

Después de unos minutos tranquilizándolos, se quedaron sin creerse lo que había pasado con Dan. A pesar de la gravedad que les expliqué, en cierta forma, reaccionaron contentos por saber que ya estaba a salvo. Solo faltaba s lucha para dejar de estar fuera de peligro.

Con una de las cosas importantes hechas, y remarcándoles antes de colgar que fueran preparándolo todo porque e unos días daríamos el paso final, me despedí hasta que volviéramos a hablar.

Me tomé el café tranquilo, pero esa vez sin hacerlo en el porche. Me quedé mirando a través de la ventana hacia mi coche y a todo lo que lo rodeaba, en alerta porque no me fiaba. Cuando terminé le envié un mensaje a Kora, diciéndole que lo sentía, que me había dormido y que iba para su casa. Si le extrañó o no al leerlo, en cuanto los dos vistos se pusieron en azul, no lo sé.

Decirle que me había dormido ya sonaba raro de por sí, más que nada porque madrugaba mucho y estando en la recta final de un caso, con Dan infiltrado, era para levantar sospechas. Pero quedaba poco para que supiera la

verdad, me dije mientras volvía a montarme en el coche dejando atrás todo cerrado y protegido, saliendo directo hacia su casa.

Estaba aparcando cuando me extrañó recibir una llamada de Rayan.

—¿Sí? —respondí antes de salir del coche.

—Tío, hay algo raro —fue su respuesta.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el gesto sin saber por dónde saldría.

—Joder, es que no lo sé… tengo desencriptada una parte de la información y he estado comprobándola y enlazándolo todo. Aún hay muchos flecos sueltos, hasta que no tenga acceso a todo… —se refirió al móvil que encontré escondido en el coche de Dan.

—Habla claro, Rayan —le pedí.

—Necesito que lo veas por ti mismo, a ver si coincides conmigo.

—En una hora y media más o menos estoy ahí.

Después de varios comentarios más, colgamos. Me quedé dentro del coche analizando sus palabras y su reacción. ¿Qué mierda podía ser? Ese pensamiento empezó a taladrarme la puñetera cabeza. Me incliné y miré hacia arriba, hacia el balcón de Kora.

Me puse las gafas de sol y salí mirando alrededor a cada paso que di sin que se notara por las gafas, escamado cor todo. Pasé de largo su portal y me entretuve haciendo un reconocimiento de la zona para evitar problemas. Todo en calma, como siempre y con esa convicción me decidí a darle encuentro.

Entré en el bloque cuando salía una mujer y subí los escalones de dos en dos hasta llegar a la puerta, donde llamé.

No tardó en abrirme. Su imagen fue un bálsamo para tranquilizarme mientras me quitaba las gafas de sol despacio, sin dejar de observarla y mirando hacia dentro para cerciorarme de que todo estaba en orden. No pude evitarlo y di gracias a que no se dio cuenta.

—Evan —me sonrió.

—Hola preciosa. —Di un paso hacia delante haciendo que caminara hacia atrás, cerrando la puerta de golpe.

La cogí y la atraje hacia mí para hacer lo que necesitaba y había deseado durante mucho tiempo, besarla. Un beso intenso, que me correspondió, fue todo lo que necesité para respirar más tranquilo y sonreír porque cuando

perdimos el contacto sus mejillas estaban sonrojadas.

—Perdona que haya estado desconectado, ayer fue un día para olvidar —me excusé.

—No pasa nada, lo entiendo. —Le quitó importancia con un gesto de una mano—. ¿Un café?

Asentí y se dirigió hacia la cocina, hasta que se paró de golpe al interpretar mis palabras, girándose hacia mí preocupada.

—Has dicho para olvidar y tu cara… —asentí— ¿Cómo está Dan? —Me miró con la suplica en la mirada.

—Vamos a por esos cafés, ahora te cuento —dije pasando por su lado y cogiéndola de la mano.

Los preparamos en silencio, sin ella dejar de mirarme de reojo. Una vez hechos, fuimos al salón y nos sentamos en el sofá.

—¿Cómo has dormido? —Me giré hacia ella.

Por la expresión que vi en su cara no hizo falta tener una respuesta por su parte. Apreté la mandíbula sabiendo que habían vuelto, que los putos sueños repetitivos volvían a perseguirla, lo que me confirmó con palabras.

—Dime qué ves en ellos —le pedí girándome y acomodándome en el sofá, quedando de cara a ella.

—Es que… es muy confuso todo. —Se frotó la cara.

—Sé que ya tienes bastante con enfrentarte a ello durante las noches como para hacerlo por el día también. Pero necesito que me expliques, de la forma y en el orden que sea y quieras, todo Kora.

—Está bien, lo voy a intentar. Pero sobre lo de Dan…

—Después, te lo prometo —la corté.

Me miró durante unos segundos, intentando descifrar algo en mí. No sé si llegó a alguna conclusión, por mi parte no pensaba esconder nada, lo que viera acabaría entendiéndolo en cuanto fuera mi turno para hablar.

—En los sueños… está todo oscuro, eso es lo primero que llega a mí. Siento una respiración alterada, jadeos de pánico y movimientos porque la imagen no está parada, como si alguien corriera huyendo de algo con desesperación. No lo sé… —Movió la cabeza con la mirada ida, como si estuviera dentro de ese sueño en ese instante.

»Las sensaciones que me trasmite son… miedo y pánico, son tan reales que encogen el corazón. Aparte de sentir que a quien sea le falta el aire, como si algo le impidiera poder respirar y estuviera llegando su final. Después de

eso veo sangre, mucha sangre. No sé explicarlo mejor porque solo distingo todo cubierto de rojo, el suelo, lo de alrededor… el enfoque se vuelve difuso y no puedo poner una cara a nada porque no me da para eso, en otros…

—¿Qué? —Desvió la mirada hacia mí, parpadeando varias veces como si se diera cuenta de que estaba a su lado.

—En otros siempre he visto imágenes de las personas afectadas, de todas. Pero en este no y no lo entiendo. Me persigue desde hace muchos años, pero nada cambia, todo se repite.

—En qué lugar sucede ¿lo sabes diferenciar? Cualquier mínimo detalle es importante. —Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las piernas.

—Tampoco lo sé. —Hizo un puchero—. Por eso me lo he callado, no puedo saber nada. —Se llevó las manos a la cabeza nerviosa.

n

—Eh, tranquila. —Me incorporé tirando de ella y dejándola sentada encima de mis piernas.

Fijé los ojos en los suyos, acariciándole el pelo y las mejillas. Gestos que la relajaron y cerró los ojos soltando un suspiro.

e

—Si fuera una persona normal —susurró sin abrirlos—, no me impresionaría tanto, pero siendo yo, sabiendo lo que significa cada vez que un sueño llega hasta mí… no puedo soportarlo sabiendo que en algún momento se hará realidad y me siento desesperada sin saber cuándo será y quién lo sufrirá.

Le retiré varias lágrimas que resbalaron por sus mejillas y la acerqué a mí, uniendo nuestros labios. La acaricié con ellos sin dejar de mirarla, lamiéndoselos y apresándoselos entre los míos en un intento de tranquilizarla. Mientras lo hacía la agarré de las manos para frenar su tic nervioso con los dedos, los que llevaba un rato moviendo sin descanso y ni se había dado cuenta.

—Estamos aquí, no va a pasar nada ahora —susurré.

Como respuesta se acurrucó y se abrazó a mi pecho. La apreté contra mí y me recosté en el respaldo cogiendo una posición cómoda, mientras me contaba cómo se había dado esa noche y la aparición de Pedro, lo que me reconfortó pensando que al menos gracias a él había podido encontrar un poco de descanso.

—¿Qué más distingues en ellos? En la primera parte dices que alguien corre de algo, piensa, no temas porque solo es recordarlo. Métete en él y concéntrate en esa imagen y en la de rojo. ¿Ves algo más? —susurré sin movernos.

Se tomó un tiempo para contestar. Su cuerpo se puso rígido y apreté mis brazos para que sintiera, por si se había vuelto a ir de mi lado, que estaba ahí con ella.

r

—Está muy oscuro… —susurró.

—¿Qué percibes?

—No lo sé —dijo en tono alto—. Todo son sensaciones, no puedo ver nada con claridad. —Escondió la cabeza en mi cuello.

Puse mi mano en ella y empecé a acariciarle el pelo. Su cuerpo se fue relajando poco a poco al sentir nuestra unión.

—Ya está, ya lo intentaremos en otro momento. —Le di un beso en la cabeza y asintió—. Sé que te destroza hacerlo, pero necesitaría que trabajaras en ello.

—¿Qué quieres decir? —susurró.

—Con la luz del día, en el lugar que tú te sientas más cómoda y te reconforte… necesito que intentes acceder al sueño siendo consciente. No hay prisa cuando lo hagas, da igual si te pones y no puedes sacar nada en claro, pero hazlo poco a poco. Con un papel delante y un lápiz deja que tu mano dibuje o haga lo que sale de tu cabeza, está aquí. —Llevé un dedo a su frente—. Quizás, de esa manera, te sorprendas al verlo cuando acabes.

—¿Crees que eso servirá? Si no puedo verlo con claridad…

—No lo sé, lo mismo acabas dibujando una casita, árboles, un sol y pájaros como te gustaba dibujar de pequeña —dije sonriendo al percibir que ella se reía casi en silencio.

—Ahora ha llegado mi turno —habló después de unos segundos en los que había estado dándole vueltas a mis palabras.

Se acomodó sobre mis piernas para mirarme a la cara y la expresión me cambió, sabiéndola distinguir.

—¿Cómo está mi primo, Evan? —susurró— ¿Por qué te has dormido?

—Dan desapareció ayer —empecé a decir.

—¿Cómo? —Se sobresaltó agrandando los ojos—. ¿Qué quieres decir? ¿No sabéis dónde está? —Se removió nerviosa.

—Ahora te lo explico todo, pero quédate tranquila. Si me he dormido es porque he estado toda la noche pendiente de él, ahora está a salvo.

Al notar su nerviosismo y sus ojos húmedos, no tardé en empezar a contarle cómo se había dado todo. Desde que me extrañó no recibir su llamada nocturna cuando fui a su casa y pasamos la noche juntos, enlazándolo con todo

lo que vino después, al detalle.

—Kora…

—¿Sí?

—¿Has pensado que lo que soñabas puede haberse hecho realidad ya? —pregunté pensativo.

—No. —Se puso rígida—. Cuando pasan en la realidad y es cuando dejo de soñarlos —aseguró.

—No sé, he pensado que quizás por lo que ha tenido que pasar Dan…

—¿Tú crees que puede ser? —Agrandó los ojos.

—No tengo ni idea, hasta que él no despierte y nos explique lo que ha vivido no lo sabremos, aunque, tienes razón —solté un suspiro—. A Dan le sucedió ayer, no sabemos la hora y tú, has soñado otra vez esta noche. No cuadra.

—No lo hace —dijo pensativa—. Pero, quizás por la unión que tengo con él…

—No pienses más, ya lo sabremos. Relájate, Dan está vivo, estable. —Le froté los brazos al sentirla temblar.

—Necesito verlo. —Buscó mis ojos suplicándome que la llevara junto a él.

Asentí y la atraje hacia mí para abrazarla e intentar reconfortarnos a los dos. Así nos quedamos un rato en silencio hasta que su móvil sonó con un mensaje. Lo cogió y pude ver que se trataba de Brian.

—¿No le contestas? —pregunté al ver que lo leía y lo dejaba a un lado.

—Ya lo haré. No pienso irme.

—¿Irte? —Fruncí el gesto porque no entendí a qué se refería, momento en el que se dio cuenta de que no sabía a qué se debía su respuesta.

—Ayer pasamos el día juntos, vino a verme —suspiró—. Me pidió que me fuera con él unos días a una casa que tienen sus padres en la sierra, a unas tres horas de aquí. Pensaba ir porque me gusta mucho, con la intención de intentar desconectar… pero ya no, después de lo de Dan…

—Vas a ir —solté serio, tajante y decidido.

Capítulo 22



Kora

Fruncí el gesto ante sus palabras y su tono, preparándome por si tenía que cambiar radicalmente mi actitud y volver a como era en el pasado.

—No, no pienso hacerlo —dije convencida.

Levantó una ceja al saber diferenciar perfectamente mi tono de voz.

—¿En serio? ¿Quieres que volvamos a lo mismo de siempre? —Curvó los labios.

—No sé a qué te refieres —respondí desviado la mirada, intentando levantarme.

Después darle varios golpes en las manos para que dejara de sujetarme al impedírmelo, acabó riendo y yo sacando humo por todos lados.

—Que me sueltes —me quejé.

—No tengo intención de hacerlo —rio más—. Ya veo, está de regreso la niña caprichosa y repelente.

—¿Perdona? —Lo miré atravesándolo con la mirada—. Retira ahora mismo eso si no quieres que…

—¿Qué? —Curvó los labios—. ¿A caso no es verdad?

—Una mierda para ti como el sofá de grande —dije casi gritando mientras conseguía girar el cuerpo y poner los pies en el suelo, haciendo fuerza hacia delante, pero sus puñeteros brazos que en otros momentos me reconfortaban, en ese instante los hubiera querido hacer desaparecer al no aflojar su agarre.

Soltó una carcajada al ver mi reacción y al escuchar mis quejas y por qué no decirlo, insultos, sí, empecé a sobrepasar la línea entre nosotros como hacía ya unos días que no se daba.

—¿A dónde te piensas que vas? —dijo casi en un susurro cuando me rodeó solo con brazo pegándose a mi espalda.

Más me cabreé al sentir su otro brazo moviéndose hacia abajo.

—Ni se te ocurra —siseé al notar la palma de su mano en mi pierna, deslizándose por ella y recorriéndola hacia arriba.

—¿No quieres que hagamos manitas? —dijo divertido.

—Sí, pero no ahí, directamente en la cama ¿te gusta la idea? —Solté un bufido al no poderme mover.

Otra carcajada me puso más alterada, pero no pude evitar morderme el labio en cuanto su mano subió la falda de mi pichi dejándola en la cadera al levantarme un poco y empezó a acariciar el borde de mi braga. ¿A quién quería engañar? A él, por supuesto, porque a mí misma imposible. Era muy consciente de la humedad que había empezado a notar en una parte muy concreta de mi cuerpo y las ganas de abrir las piernas para facilitarle el acceso podían conmigo. ¿Lo hice? No, hasta que no cambiara su comportamiento…

—No me toques —siseé o jadeé, no lo tuve claro al sentir cómo se coló por debajo de la braga y llegó a mi clítoris.

—¿En serio quieres que deje de hacer esto? —Lo apresó entre sus dedos y empezó a frotármelo.

, Esa vez sí que solté un jadeo claro, mordiéndome el labio más fuerte.

—Me encanta esta nueva forma de callarte de golpe —susurró lamiéndome el cuello desde atrás.

—No lo has hecho —jadeé cuando sus dedos se empaparon de mis fluidos arrastrándolos y acariciándome por todo lo que encontró a su paso.

Me removí inquieta en cuanto sentí el calor en mi interior. Con un movimiento rápido se echó hacia atrás llevándome con él y me bajó las bragas de golpe, dejándome expuesta mientras con sus piernas hacía fuerza en las mías dejándomelas abiertas.

—Joder. —Me sobresalté porque ni me había dado tiempo a reaccionar.

—En eso precisamente estoy pensando, sí —rio mientras su dedo entraba y salía de mí, sin descuidar el clítoris.

—No me vas a convencer para que me vaya. —Solté un jadeo al sentir presión sobre él como respuesta a mis palabras.

—¿Qué apostamos? —dijo separando la mano de mí y llevándola a mis labios, recorriendo con sus dedos todo el contorno.

Más me excité al sentir mi propia humedad en ellos, lo que no tardó en degustar él al girarme la cara hacia el lado y apoderarse de mi boca en un beso caliente e intenso, mientras con el brazo con el que me tenía sujeta hacia presión con mi cuerpo hacia abajo, aprisionando a su miembro, provocándose él mismo un gruñido por el placer contenido.

—Vas a irte, vas a desconectar de todo. Créeme que lo harás. —Lamió mis labios insistentemente—. No pienso dejar de llevarte de un orgasmo a otro hasta que entres en razón.

—¿Esa es tu manera ahora de enfrentarme a mí? —dije jadeando al volver a sentir su mano en mi zona íntima mientras abría más mis piernas hasta la máxima apertura que mi elasticidad daba de sí.

—Te gusta ¿eh? —Me mordió los labios y se apoderó de ellos otra vez.

Me deshice en sus brazos y en sus manos mientras su lengua buscaba la mía desesperada y sus movimientos en la parte baja tomaron intensidad desesperándome cada vez más y llevándome al límite.

—Mira tu reflejo en el televisor —me pidió con voz ronca mientras él lo hacía.

Agrandé los ojos al ver la imagen reflejada en él. Se apreciaba todo al detalle, dándole una visión perfecta de mi cuerpo abierto y dispuesto para él, incluso la humedad brillaba y se distinguía.

—Me gusta, sí —dije intentando moverme desesperada, pero no pude hacerlo al apretar su agarre—. Evan…

—Me encanta lo que estoy viendo en la televisión. —Me mordió el hombro subiendo su pelvis contra mí.

Me removí encima de él, clavándome su excitación, provocando que apretara los dientes y acelerara todos sus movimientos. Sabiendo que ya no tenía intención de escaparme, soltó el agarre de mi cintura y desabrochó el peto por arriba, dejándolo caer mientras su mano levantaba mi camiseta y bajaba el sujetador dejando al aire mis pechos, los que no tardó en acariciar y pellizcar provocando que cada vez más perdiera la cordura mientras la intensidad de su otra mano no aflojaba.

Cuando sintió que estaba a punto de explotar se alejó de mis pechos y llevó esa mano hacia abajo, abriéndome los labios para dar una mejor visión delante del televisor, mientras, aflojó sus movimientos con la otra, arrastrando la humedad, pero sin darme lo que tanto necesitaba en ese instante.

—Mírate… estás tan mojada que se ve perfectamente en el reflejo —dijo con voz ronca—. La visión perfecta. —Abrió más mis labios provocando que me removiera inquieta porque mi cuerpo me pedía con ansias el orgasmo

que había frenado.

—Acaba lo que has empezado —solté un suspiro.

—No, hasta que no me digas lo que quiero oír —respondió entre dientes—. Puedo tenerte todo el día así, me importa una mierda no salir de aquí.

—No lo dices en serio. —Solté un bufido.

—¿Desde cuándo voy de farol? —Soltó una carcajada y se calló de golpe al llevar una mano por debajo de mí y agarrarle fuerte el contorno del miembro.

—Puedo hacer que cambies rápido de opinión —sonreí al sentir su jadeo sobre mi cuello, mientras su pelvis subía para hacer más presión contra mi mano.

—No lo creo —siseó siguiendo con lo que había dejado de lado.

En cuanto sus dedos empezaron a resbalar otra vez rápido por mi zona íntima, se centró en los puntos que me dejaron sin coherencia mientras me recostaba hacia atrás, sobre su pecho y me dejaba ir con un orgasmo intenso.

—Perfecta la imagen —susurró girándome la cabeza, besándome con intensidad.

No me dio tiempo a responder ni a recomponerme cuando me vi apoyada con las manos y las rodillas en el sofá, escuchando la cremallera de su pantalón. Soltamos un jadeo intenso al sentirnos, en cuanto entró en mí de un fuerte movimiento, agarrándome de la cadera y haciendo presión con mi cuerpo hacia atrás.

—¿Te lo has pensado mejor? —siseó saliendo despacio y entrando de golpe otra vez.

—Acaba y te lo diré. —Me incliné hacia delante dejando caer la cabeza en el sofá.

—Eres demasiado lista —rio.

—No, si te parece. —Solté un bufido que más lo hizo reír.

—Da igual, no voy a parar hasta que me des la razón. Mejor para mí.

Ni pude contestarle en cuanto empezó a entrar y salir fuerte y duro, intensificando los movimientos. Me agarré como pude al sofá y lo acompañé, sintiendo como manejaba mi cuerpo a su antojo. No sé el tiempo que pasó mientras miraba nuestro reflejo en el televisor a petición suya, viendo cómo se perdía en mi interior, lo que me excitó más y me llevó otra vez al borde del orgasmo, dejándome llevar en tensión. Varios minutos después lo hizo él, cayendo unos segundos hacia delante, rodeándome la cadera y pegándose a mí con nuestras respiraciones

desacompasadas.

Se incorporó y tiró de mí intercambiando las posiciones. Nos quedamos tumbados y abrazados, con mi cuerpo encima del suyo mientras volvía a entrar en mí sin intención de moverse de ahí. Solté un suspiro de satisfacción al sentirlo deslizarse, sintiéndome llena otra vez y completa.

—No es un capricho —susurró dándome un beso en la cabeza—. Si te lo he pedido…

—No lo has hecho, me lo has impuesto —lo interrumpí provocando que sonriera.

—Eso es según tu punto de vista —dijo acariciándome la espalda.

—Una leche, eso es desde el punto de cualquier que te hubiera oído —sonreí al escuchar su risa, mientras llevaba una mano por debajo de su jersey y acariciaba su piel.

—Bueno —carraspeó—, como sea. Decía, que no es un capricho. Si quiero que te vayas es porque sé que te irá bien y conseguirás desconectar.

—Pero es que no quiero dejar a Dan solo. —Tragué saliva.

—Lo sé, pero no puedes hacer nada por él, yo tampoco. La batalla que está librando es solo suya, cariño.

—¿Me has dicho cariño? —Apoyé la barbilla en su pecho divertida porque hasta ese momento nunca se había referido a mí de esa manera.

—¿Yo he dicho eso? —Se hizo el sorprendido.

—Sí. —Moví la cabeza sonriendo.

—Estás haciendo que pierda facultades. ¿Ese es tu plan macabro? —Levantó una ceja siguiendo la broma.

—No, mi plan es otro —reímos.

Perdí su contacto por la parte baja cuando me agarró de los brazos y me deslizó hacia arriba, juntando nuestros labios.

—Quiero que estés bien, y sabes que Dan te diría lo mismo que yo —susurró rozándomelos sin separarse, mirándome fijamente a los ojos.

—Y si le pasa algo malo y no estoy. —Se me humedecieron los ojos.

—Si pasa algo te llamaré rápido e iré volando a por ti. Confía en mí —me pidió abrazándome fuerte.

—¿Seguro que está bien? —susurré.

—Todo lo bien que puede estar ahora mismo, sí —solté un suspiro ante sus palabras y acabé asintiendo sobre su pecho—. ¿Me has dado la razón? Así, sin hablar, ni gritar, ni nada —preguntó divertido.

—Eso parece, por lo visto no soy la única que tiene un plan macabro —susurré sonriendo.

Acabó riendo y me aferré a él cerrando los ojos. Después de unos minutos nos levantamos y él se fue hacia el baño mientras yo hacía una parada en mi habitación, para poco tiempo después entrar yo para acabar de recomponerme.

—Si pasa algo te llamaré rápido e iré volando a por ti. Confía en mí —me pidió abrazándome fuerte.

—¿Seguro que está bien? —susurré.

—Todo lo bien que puede estar ahora mismo, sí —solté un suspiro ante sus palabras y acabé asintiendo sobre su pecho—. ¿Me has dado la razón? Así, sin hablar, ni gritar, ni nada —preguntó divertido.

—Eso parece, por lo visto no soy la única que tiene un plan macabro —susurré sonriendo.

Acabó riendo y me aferré a él cerrando los ojos. Después de unos minutos nos levantamos y él se fue hacia el baño mientras yo hacía una parada en mi habitación, para poco tiempo después entrar yo para acabar de recomponerme.

Capítulo 23



Evan

—¿Preparada? —le susurré a Kora desde atrás.

Acabábamos de llegar a la puerta de la sala donde yo había descansado. Leroy nos había recibido junto a Emma, momento en el que los había presentado, bueno más concretamente a la mujer de Leroy porque a él ya lo conocía Kora de alguna vez que nos había visto a Dan y a mí con él, aunque en aquellos momentos no supiera a qué se dedicaba porque no se había dado para que saliera en las pequeñas conversaciones cuando habían coincidido.

—Sí —respondió decidida.

Asentí y abrí dándole paso. Entramos quedándonos delante del cristal y no tardó en reaccionar.

—Dan. —Lo llamó emocionada acercándose todo lo que pudo a él, apoyando las manos en el cristal.

—Ya has escuchado a Leroy, parece que su cuerpo está reaccionando favorablemente. —Me puse a su espalda.

—Eso ha dicho —dijo con la voz entrecortada—. Se va a recuperar ¿verdad?

—No lo dudo, no puede hacer otra cosa. Solo necesita tiempo —aseguré sin querer pensar en otra posibilidad.

—¿No podemos estar más cerca? —susurró.

—Hasta que no nos lo digan no, hace muy pocas horas…

Asintió pegándose más al cristal y di varios pasos hacia atrás para darle la intimidad y el tiempo que necesitaba, mientras yo también dejaba la vista fija hacia delante, hacia el cuerpo de Dan. Toqué la camilla y me senté en ella en silencio. Eso fue lo que nos envolvió durante mucho rato, silencio solo interrumpido por los sonidos de las máquinas a las que Dan estaba conectado.

—Evan…

—¿Sí?

—¿Hay algo más por lo que tengamos que preocuparnos? —Se giró hacia mí con los ojos rojos.

—Estoy en ello, en cuanto te deje en casa tengo que ir a la central. Igualmente yo estoy tomando todas las precauciones necesarias hasta saber a qué atenerme.

—Por eso quieres que me vaya y has insistido tanto —dijo.

Asentí. Esa era la realidad, la que le hizo comprender mi comportamiento y exigencia.

—Podrías haber empezado por ahí. —Ladeó la cabeza.

—¿Y perderme todo lo demás? —Levanté una ceja curvando los labios.

—Vamos que en ningún momento has dudado de que diría que sí, y aun así… —dijo caminando hacia mí, hasta quedarse entre mis piernas.

—Aun así, he hecho lo que me moría de ganas por hacer. —La cogí de la nuca y la acerqué a mí, uniendo nuestro labios.

—Está bien —puso una mueca—, me iré con Brian —me confirmó otra vez, con la diferencia de la decisión que vi en sus ojos, sin dudas—. Tú has sido más sutil, si Dan hubiera estado en tu lugar ya haría rato que me habría metido dentro del coche de Brian ignorando mis protestas —sonrió triste.

—Bueno, es que las aspiraciones de tu primo no son iguales que las mías —sonreí.

—No, por Dios. —Agrandó los ojos haciéndome reír.

—Confírmaselo, a ver cuándo tiene pensado irse, cuanto antes mejor.

Sin responderme sacó el móvil y se sentó en la camilla junto a mí, entrando en la conversación de Brian.

—Hecho. —Buscó mis ojos—. No tardara… oh, pues sí que estaba esperando mi respuesta —rio cuando sonó un mensaje, haciéndome sonreír.

,

—¿Cuándo? —pregunté.

—Quiere salir después de comer —soltó un suspiro mirado hacia Dan.

—Perfecto. —Me bajé de la camilla haciendo que me mirara.

—¿Ya nos vamos? —preguntó triste.

—Me voy yo, tú quédate aquí hasta que vuelva a por ti. Ahora aviso a Leroy.

—Gracias, iba a pedírtelo.

—No hace falta que lo hubieras hecho, ese ha sido mi pensamiento desde que hemos llegado. —Me acerqué a darle un beso en la frente—. Quédate con él todo este tiempo, yo calculo que volveré aquí dentro de un par de horas. ¿Te dará tiempo a prepararlo todo para irte?

—Sí, ahora le escribo a Brian para que pase a por mí un poco más tarde. Tampoco me llevaré mucho para tres o cuatro días. Ropa cómoda y cosas de aseo, de lo demás se encarga él. —Se encogió de hombros.

—Perfecto entonces —sonreí agarrándola de la barbilla y levantándole la cabeza hacia mí—. Aprovecha el tiempo que estés aquí.

Asintió y buscó mis labios, los que recibí con ganas apretándola contra mí. Cuando nos separamos me despedí y salí dejándola sola en la sala. Fui en busca de Leroy comentándole que Kora se quedaba sola y que yo tenía que salir unas horas y con sus palabras de que no me preocupara, que ahora Emma iría a ver si necesitaba algo, me fui conforme y tranquilo de saber que los dos estaban en buenas manos.

Veinticinco minutos después estaba subiendo las escaleras de la comisaria, sin ganas de meterme dentro del ascensor. Accedí a la planta en la que trabajaba y fui directo hacia mi mesa, comprobando por encima si me habían dejado alguna documentación importante.

Corroborando que la tenía despejada, me dirigí hacia la sala donde estarían los chicos. En cuanto abrí la puerta se levantaron de golpe y se acercaron a mí rápido. No tardé en verme rodeado por ellos, abrazado por muchos brazos, hasta que en tono de broma les dije que dejaran de manosearme, que ya tenían para varios meses.

—A ver, empezad —les pedí dejándome caer en una de las mesas, cruzando los brazos y mirándolos a los tres.

—Después de hablar contigo les he pedido que vieran lo mismo que yo —empezó Rayan.

—¿Y? —pregunté después de asentir.

—No sé, tío. —Hizo una mueca Cameron.

—Rayan también ha dicho esas mismas palabras. —Levanté una ceja—. ¿Qué es lo que no sabéis pero que os

hace tener esas caras?

—Míralo tú —habló Leo.

Me impulsé y fui hacia el ordenador de Rayan, el que accedió al programa que estaba desencriptando la información del móvil del coche de Dan, el que vi al lado del teclado conectado por un cable al ordenador.

Fijé la mirada en la pantalla, empezando a leer lo que ya era legible.

—¡Qué cojones…! —Reaccioné cuando me quedé a medias de poder seguir obteniendo información porque el programa seguía descifrándola.

—Así hemos reaccionado todos —habló Rayan.

—Hay varios equipos dentro de esa organización. Y a por los que vamos están informados de todo, tío. Han jugado con Dan desde el principio, por la parte que nos toca, vete a saber qué han hecho con los demás. Sabían perfectamente quién era desde el principio —dijo Cameron.

—No puede ser. —Me levanté de golpe empezando a dar vueltas por la sala, nervioso y rígido.

—Tampoco lo entendemos, la tapadera era más que segura —confirmó Leo y me paré mirándolos a los tres.

—Es que es imposible que lo sepan todo desde el principio. Joder, que Dan y yo preparamos personalmente su tapadera. Y no me entra en la puta cabeza esa posibilidad. En la vida lo hubiera dejado entrar dentro sin tenerlo todo bien cerrado —solté nervioso y tajante.

—Lo sabemos de sobra, no hace falta que nos lo digas —confirmó Rayan—. Llevamos muchos años con lo mismo y nos va la vida en ello como para dejar algo al azar. A ver si la mierda esta se descifra entera, es desesperante.

Asentí mirando hacia el ordenador, procurando unir todas las piezas en mi cabeza e intentando centrarme, porque si lo que habíamos leído todos era verdad, Dan había estado desprotegido desde minuto uno.

—Me importa una mierda lo que haya ahí dentro, empezad a prepararlo todo. Pasado mañana es la operación importante y estaremos ahí para cerrar el caso y acabar con todo y con todos. —Remarqué la última palabra con rabia.

Les di la espalda y caminé hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —Quiso saber Cameron.

—A ver al jefe y a saber por qué cojones no estábamos informados de que no éramos los únicos dentro de la misión. Necesito respuestas. —A mis últimas palabras las acompañó un portazo.

Cada vez más alterado caminé por los pasillos hasta llegar. Llamé a la puerta y Esteban no tardó en darme paso, mi jefe.

—Evan. —Se levantó de la silla nada más verme y cerré—. Me ha extrañado tu ausencia desde bien temprano aquí ¿cómo estás? ¿Se sabe algo de Dan? —preguntó preocupado.

Me tomé unos minutos para hablar mientras me dirigía hacia el ventanal que quedaba a su derecha. Los chicos, por petición mía, habían mantenido la boca cerrada y él no estaba al tanto de nada.

—He estado ocupado. Dan está conmigo.

—¿Cómo? ¿Has dado con él? —Lo sentí a mi espalda y me giré.

—No, él ha dado conmigo —respondí observándolo.

—Joder ¿dónde está? ¿Está bien?

—A salvo —fue todo lo que dije y me miró extrañado.

—¿Qué sucede?

—No sé, dímelo tú. —Di un paso hacia delante—. Nos jugamos la puta vida en todos los casos y lo mínimo que pedimos es estar informados de todo, de todo Esteban. —Remarqué.

—No te estoy entiendo muchacho. —Frunció el gesto—. Sé lo que os jugáis y Dan y tú…

—Ya, de los mejores —reproduje las palabras que siempre repetía, metiéndome las manos en los bolsillos intentando tranquilizarme.

—Sí, de eso no hay duda, pero iba a decir que sois como de mi familia.

—¿Y por qué no nos dijiste dónde nos metíamos?

—La operación ha estado clara desde el principio. Sé que estás muy afectado con todo lo que ha sucedido Evan, pero…

—Estoy afectado, sí, pero eso no impide que piense y analice la situación al completo, Esteban. ¿Por qué cojones no se nos informó de que Dan no era el único policía infiltrado en la misión? Podría haber estado respaldado,

podría haber encontrado ayuda de alguien sin verse solo y desamparado. —Apreté la mandíbula.

—¿Cómo…? —Se sorprendió—. ¡Qué más da el cómo! —soltó un suspiro— No podía decirlo, fueron órdenes de arriba, Evan.

—¿Y desde cuando haces caso a esas órdenes? —Levanté una ceja—. Porque te recuerdo que te las has pasado por el forro de los cojones siempre que lo has visto oportuno y te ha convenido.

—Esta vez ha sido diferente, la orden venía de la agencia internacional. No es un caso a nivel estatal, como bien sabes. Nos reunieron a los responsables de varias comisarias para asegurarse de que mantendríamos la información en secreto. Pero ello no implicaba ningún riego para Dan, todo lo contrario.

Apreté la mandíbula y le di la espalda, cabreado con todo.

—Lo siento, Evan. Si hubiera sabido que…

—Esa es otra —solté con rabia—. Tengo pruebas de que en la organización sabían desde el minuto uno la identidad de Dan.

—No puede ser —soltó un jadeo.

—Ha estado desde el principio en el punto de mira. —Me giré fulminándolo con la mirada.

—Hijo. —Reaccionó con la cara descompuesta.

Lo miré detenidamente, buscando algo que me indicara si tenía que ir contra él o no. Ya no me fiaba de nadie porque si tenían la información que había dentro de ese puñetero móvil, no sabía de que quién había salido. Mi cabeza me decía una cosa, mi corazón intentaba comprender y buscar algo a lo que aferrarse, recordándome todos los años que llevábamos junto a Esteban y lo que nos unía a él.

Acabé soltando un suspiro al verlo realmente afectado, mientras retrocedía hacia su mesa y se dejaba caer en la silla, pensativo.

—Pasado mañana vamos a actuar —dije intentando sonar más tranquilo.

Asintió porque era una fecha que teníamos clara desde hacía mucho tiempo.

—¿La información ha cambiado?

—Que yo sepa no y Dan no puede hablar ahora mismo. Igualmente, si sucede algo de improviso, lo tenemos controlado. No me preocupa.

Me miró más preocupado al escuchar mis palabras sobre Dan y le expliqué cómo llegó hasta mí. Los ojos se le humedecieron y la rabia cubrió su rostro. Interiormente me desplomé dando gracias por lo que significaba, porque si Esteban nos hubiera fallado…

Salí de su despacho diciéndole que ya lo mantendría informado y fui en busca de los chicos, quedándome un rato con ellos mientras repasábamos todos los pasos que daríamos dentro de poco, para que no hubiera margen de error.

Conforme con todo, me despedí de ellos también, mirando antes de irme si el programa había descifrado más datos, pero la pantalla aún mostraba palabras sueltas.

Conduje hasta el centro médico para recoger a Kora y nos despedimos de Leroy y Emma, saludando a Abbie y presentándosela a Kora ya que entraba en ese instante de haber ido a descansar a casa.

—Prométeme que me escribirás y me llamarás —me pidió Kora de pie al lado de la puerta.

Acabábamos de entrar a su piso, la había acompañado para quedarme tranquilo.

—Lo haré —sonreí acariciándole la cara—. Por la parte de Dan, tienes el número de teléfono de Emma. —Remarqué para que la llamara siempre que lo necesitara porque así se lo había pedido la mujer de Leroy.

—Sí, son muy amables —sonrió.

—Son amigos. —Me encogí de hombros haciéndola asentir—. Descansa, desconecta de todo y no te separes de Brian durante las noches.

—¿Quieres que me pegue a él para dormir? —sonrió pícara.

—Como me entere… —solté haciéndola reír—, ya sabes a lo que me refiero. —Carraspeé—. Si te sientes acompañada quizás…

—Lo sé, era para picarte —sonrió.

—Para picarme ¿eh? —Curvé los labios—. Te libras porque tengo que ponerme en movimiento, sino…

—Una pena —rio contagiándome mientras le daba una palmada en el trasero.

—Acuérdate de llevarte las pastillas.

—Ya me lo has dicho muchas veces. —Puso los ojos en blanco.

—Y ya verás como te las dejas —negué divertido.

La atraje hacia mí y la besé con ganas, con las mismas que acumularía tantos días sin verla.

Me costó alejarme de ella, pero en ese instante era lo mejor, por la paz que me provocaba. Bajando las escaleras busqué el número al que quería llamar y pulsé el botón.

—Brian, tengo que contarte algo por encima —dije cuando descolgó.

Tenía su teléfono desde siempre, al igual que era recíproco. Otra cosa es que nunca hubiéramos necesitado hablarnos. Pero esa vez sí, esa vez le informé de lo que estaba sucediendo, hasta dónde pude contar. Necesitaba que fuera con mil ojos y no se separara de Kora en ningún momento, pidiéndole que me fuera informando de cómo iba.

Su reacción al principio, al descolgar, fue de sorpresa, después de preocupación y por último de decisión cuando me confirmó que ahora más que antes era lo mejor que podían hacer, alejarse.

—Y ya verás como te las dejas —negué divertido.

La atraje hacia mí y la besé con ganas, con las mismas que acumularía tantos días sin verla.

Me costó alejarme de ella, pero en ese instante era lo mejor, por la paz que me provocaba. Bajando las escaleras busqué el número al que quería llamar y pulsé el botón.

—Brian, tengo que contarte algo por encima —dije cuando descolgó.

Tenía su teléfono desde siempre, al igual que era recíproco. Otra cosa es que nunca hubiéramos necesitado hablarnos. Pero esa vez sí, esa vez le informé de lo que estaba sucediendo, hasta dónde pude contar. Necesitaba que fuera con mil ojos y no se separara de Kora en ningún momento, pidiéndole que me fuera informando de cómo iba.

Su reacción al principio, al descolgar, fue de sorpresa, después de preocupación y por último de decisión cuando me confirmó que ahora más que antes era lo mejor que podían hacer, alejarse.

Capítulo 24



Kora

—Respira, esto es vida —me pidió Brian abriendo las ventanillas del coche.

Llevábamos dos horas de trayecto, faltaba una para llegar a la casa. Reí al verlo sacar la cabeza por la ventanilla.

—Como estés mucho tiempo se te congelan las pestañas —negué divertida cerrando la mía.

Y es que si donde vivíamos hacía frío, una vez que nos alejamos de la ciudad y nos adentramos de lleno en las montañas la temperatura se desplomó.

—Vale la pena peque —rio cerrando rápido cuando le dio un escalofrío—. ¿Has olido? —Me miró de reojo.

—No me ha dado tiempo —reí.

—Espera que abro la tuya.

—Estate quieto. —Le di un golpe en el brazo—. Tengo varios días para hacerlo en la casa, jolín que se me ha puesto el bello de punta y solo han sido unos segundos.

—Mira que eres exagerada —negó divertido—. Con razón la mochila pesaba más que yo cuando la he cogido.

—Hombre, tráeme en verano y la cosa cambia ¿qué quieres?

—Pasarlo bien ¿lo estás haciendo? —Giró la cabeza hacia mí.

—Ya sabes que sí —sonreí—. Pero mira hacia la carretera que aquí solo hay curvas.

—Si te mareas avísame con tiempo ¿eh?

—Solo me pasa si voy detrás —reí por la mueca que puso de asco.

A pesar de llevar el maletero a tope de comida, paró en el pueblo antes de desviarse por el camino de tierra que nos llevaría hasta la casa, en plena naturaleza.

—¿Te has olvidado de algo? —pregunté estirándome cuando nos bajamos.

—Sí, de lo más importante, condones —dijo mirándome de reojo y soltó una carcajada al ver mi expresión.

—No tienes remedio. —Acabé riendo con él mientras pasaba un brazo sobre mis hombros y empezábamos a caminar.

—Voy a comprar los dulces que nos encantan a los dos de esa tienda. —Señaló una que estaba a pocos metros.

—Oh, es verdad. —Se me iluminaron los ojos—. Ya ni me acordaba.

—Eso es, relámete, no es para menos —rio.

—Cuando volvamos tienes que hacer la misma parada para llevarme para casa. Compraré para mí, para Evan, para Dan y para Aroa, que a ella le debo una caja y se morirá cuando vea cuales son —sonreí al recordar nuestra última conversación.

—Eso está hecho —confirmó abriendo la puerta de la tienda—. La próxima vez podemos venir todos, será divertido.

—Estaría muy bien. Podríamos habérselo dicho a Martina. —Caí porque con todo lo que tenía encima ni se me había pasado por la cabeza. Aroa quedaba descartada por el trabajo.

—La próxima sí…

Me paré a su lado mientras cogía una caja y empezaba a llenarla con los dulces que más nos gustaban. Ladeé la cabeza un poco porque de la manera que me había respondido y el tono de voz que había utilizado…

—¿Cuándo lo vas a aceptar? —Dejé caer.

—¿Aceptar el qué? —preguntó sin mirarme.

—Que sois tal para cual de cabezotas. —Puse los ojos en blanco porque sabía perfectamente a qué me estaba refiriendo.

—Yo no soy cabezota, peque. —Se incorporó y me metió una pasta en la boca sin darme tiempo a reaccionar

porque no me lo esperaba.

—¿Qué haces? —dije sorprendida sin que se me entendiera mucho al tener la boca llena.

—Nicolai. —Llamó en alto al hombre de la tienda—. Tenlo en cuenta para cuando lo peses. —Me giró enseñándole lo que estaba intentando masticar.

—Yo acabo contigo —dije cuando puede tragar una parte, viendo al hombre de detrás del mostrador riendo y a Brian intentando no hacerlo.

—Me gustará verte intentándolo. —Me hizo un guiño y se giró para seguir llenando la caja de dulces.

Con varias de ellas llenas a tope, nos volvimos a montar en el coche y recorrimos la distancia que nos separaba de la casa.

—Nunca me canso de verla —solté un suspiro cuando paró frente a ella.

—Es una pasada ¿verdad?

—Sí. —Me giré hacia él sonriendo.

—Venga, vamos a la peor parte, a descargar el coche. —Puso los ojos en blanco haciéndome reír.

Antes de salir le envié un mensaje a Evan, diciéndole que acabábamos de llegar. Pocos segundos tardó en entrarme un mensaje con su respuesta, pidiéndome que me lo pasara bien y que me olvidara de todo durante unos días, que me echaría de menos y comentándome que Dan seguía sin abrir los ojos, pero que Leroy le había dicho que cada vez había más esperanzas porque su cuerpo estaba reaccionando bien. Le volví a escribir respondiéndole que lo haría, dándole las gracias y terminando con un «yo también te echo de menos» acompañado con varios corazones. Y así sería porque desde que me despedí de él cuando se fue de mi piso ya había empezado a echarlo en falta.

Mochilas, cajas, bolsas con la compra… cuando lo tuvimos todo organizado nos dejamos caer en el sofá soltando un suspiro sincronizado. Nos miramos y soltamos una carcajada a la vez.

—¿Arriba o abajo? —me preguntó levantándose al cabo de unos minutos.

—¿El qué? —pregunté con los ojos cerrados.

—¿Cómo que el qué? —Quiso saber con voz de sorpresa y abrí un ojo al no entenderlo—. ¿En qué está pensado esa cabeza? —Soltó una carcajada cuando abrí el otro ojo y los agrandé porque yo no iba por donde lo estaba insinuando él.

—El mal pensado eres tú. —Solté un bufido—. Joder, que no sabía a qué te estabas refiriendo.

—Ya, ya… no sé qué pensar ¿eh? —dijo intentando no reír siguiendo con la broma porque lo sabía de sobra.

—¿Tú dónde te vas a poner? —dije cuando nos paramos al inicio de un pequeño pasillo y de las escaleras.

—Según la ocasión, no tengo preferencias en estar abajo o arriba —soltó y acabamos los dos riendo.

—Es que… —Miré hacia las escaleras porque si él decidía quedarse abajo.

La casa era muy grande y preciosa, eso ha quedado claro por nuestros comentarios. En la planta baja, nada más que entrabas por la puerta accedías a un salón muy acogedor con chimenea, con la cocina al lado derecho combinando a la perfección con la decoración rústica. Hacia el fondo te encontrabas un pasillo junto al inicio de las escaleras que llevaban a la planta de arriba. El pasillo de abajo daba a un baño, a tres habitaciones equipadas para dormir y otra de juegos, donde había en un rincón una especie de cine, en la otra parte un billar e incluso una zona de lectura, como os imagináis esa habitación triplicaba el tamaño de las de dormir.

Subiendo las escaleras toda la planta superior se componía por dos cuartos de baño más y por cinco habitaciones dobles y completas.

Podía parecer inmensa, pero era tan acogedora que reconfortaba, aunque más de la mitad no la utilizáramos al ser solo dos. Eso era el interior, en el exterior por la parte delantera tenía un porche precioso sin límite porque se entremezclaba con la naturaleza sin tener final y por la parte trasera tenía una terraza de suelo de piedra que daba directamente a la hierba, donde había una piscina en la que, si no recordaba mal, me había metido solo dos veces porque para hacerlo costaba ya que hasta en verano, según a qué horas, tenías que ser muy valiente para disfrutar de ella.

—No me voy a separar de ti —aclaró al ver mi indecisión.

Lo miré con cariño, me devolvió un guiño y me pidió que eligiera.

—¿Nos quedamos aquí abajo? Estaremos más calentitos.

—Eso seguro —rio—. Costará en tan pocos días que el calor llegue a la parte de arriba. Ahora encenderé la chimenea.

—Decidido. —Empecé a caminar hacia la primera habitación—. Oh, joder ¿esto qué es? —dije nada más abrir la puerta.

—Joder. —Se sorprendió igual que yo Brian, y eso que era la casa de sus padres.

—¿Qué fiestas montan aquí tus padres? —Lo miré de reojo.

—Estoy flipando, les gusta el sado —dijo con los ojos abiertos sin terminar de creerse lo que estaba viendo.

Desvió la mirada hacia mí y soltamos una carcajada que retumbó en toda la planta.

—¿No te ha avisado tu madre? —pregunté intentando tranquilizarme.

—No, la verdad es que no he hablado con ella. He llamado esta mañana a mi padre para decirle que iba a venir contigo. —Se encogió de hombros mientras me hacía a un lado y entraba.

Miró cada detalle, acercándose a cada cosa como si fuera algo de otro planeta, más que nada por la sorpresa inesperada que se había llevado, no porque no reconociera las cosas. Entré siguiéndolo y di varias vueltas alrededor. La habitación no tenía desperdicio.

Su móvil sonó y lo sacó del bolsillo, enseñándome la pantalla intentando no reír.

—Ahí la tienes —reí al ver el nombre de su madre—. Tu padre se lo habrá dicho ya. —Me doblé de la risa.

—Joder, ¿y cómo hablo ahora con ella? Se me va a notar, mierda. —Soltó un bufido—. Hazlo tú. —Me acercó el móvil y se me cortó todo de golpe.

—Ah, no. —Levanté las manos—. Son tus padres y la habitación del placer, del pecado y vete a saber de qué más de ellos.

—Dios, estoy viendo a mi madre en esa cruz. —La miró de reojo y volví a reír tapándome la cara porque también la vi.

—Quién lo iba a decir ¿eh? —dije intentando calmarme al dejar de sonar la llamada.

—Yo en la vida, eso lo tenemos claro los dos —negó riendo—. Voy a ello. —Carraspeó devolviéndole la llamada y me senté en un artilugio al que no sabía darle nombre.

—Peque, yo que tú no me sentaba ahí —dijo conteniendo la risa—. Ya sabes, por eso de los fluidos y vete a saber qué más hay ahí pegado. —Soltó una carcajada cortando la llamada al ver mi expresión.

—Joder. —Pegué un salto con cara de asco, acercándome a él.

—Anda, vamos a las habitaciones si es que no las han convertido en algo como esto —rio tirando de mí, cerrando la puerta y cogiendo las mochilas de donde las había soltado por la impresión.

—Sí, a ver si esta solo es un juego de niños y con las demás nos da un telele —negué divertida.

Llegamos a la siguiente puerta y la abrió con cuidado y despacio, sin saber qué se escondía detrás, haciéndome reír otra vez.

—Toda tuya. —Puso los ojos en blanco abriéndola del todo—. Estoy en la de al lado. —La señaló con la cabeza —. Dejo la mochila y llamo a mi madre, a ver por dónde sale y qué me invento, paso de decirle que he visto dónd mi padre le da duro por todos lados.

—A lo mejor es al revés —reí—. Quién sabe si tu madre es la que le da a tu padre y llevaba la fusta.

—Oh, joder, no me hagas imaginar más. —Soltó un bufido dejándome sola y me senté en la cama riendo mientras digería lo que habíamos descubierto.

Sonriendo me levanté más calmada y dejé la mochila encima de la cama. La abrí y guardé la ropa en una cómoda grande que había al lado. La habitación era preciosa, rústica, ambientada perfectamente con el exterior, con una cristalera que daba a un pequeño balcón. La cama era enorme y en ella me tumbé esperando a que Brian volviera a aparecer.

Diez minutos más tarde se asomaba a la puerta, sonriendo al verme.

—¿Qué te ha dicho? —Me incorporé expectante.

—Palabras textuales: «*Hijo, tu padre me acaba de decir que hoy ibas a la casa de la sierra. ¿Ya has llegado?»*, le he contestado que acababa de aparcar en la puerta. —Me miró de reojo y reímos nerviosos—. Su contestación: «*No entres en la primera habitación de la planta baja, está a medio reformar y tiene polvo, utilizad la que querái menos esa»*.

—Le habrá entrado de todo por el cuerpo cuando se lo ha dicho tu padre —negué divertida

—Pero ¡qué más da! Si no hubiera sido hoy, la habría visto las próximas veces —negó poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, lo mismo tienen pendiente poner una cerradura de seguridad —reí al ver su expresión—. Y tú te has adelantado en venir.

—Joder, mis padres tienen una doble vida y me acabo de enterar a mis años. —Soltó un bufido.

—Nunca es tarde. —Me miró de reojo y se lanzó hacia mí haciéndome cosquillas.

Acabamos los dos revolcados por la cama riendo sin poder parar.

e

s

a

s

s

Acabamos los dos revolcados por la cama riendo sin poder parar.

Capítulo 25



Después de recomponernos, salimos para buscar la leña a un pequeño cobertizo que había en un lateral de la casa y volvimos a entrar. Me senté en el sofá mientras él encendía la chimenea y cuando terminó fuimos a la cocina a servirnos dos copas de vino, las que empezamos a disfrutar alumbrados por el fuego.

—Te has ido. —Escuché su voz lejana porque tenía razón, por unos instantes mi mente se había trasladado a otro lugar.

Lo miré sonriendo un poco y le expliqué lo que le había sucedido a Dan porque hasta ese momento no había tenido fuerzas para hacerlo. Se preocupó al instante y me abrazó fuerte, animándome, quedándonos en esa posición sentados en el sofá. Pero, lo conocía tan bien…

—No te has sorprendido mucho —susurré antes de darle un sorbo al vino.

—Ya lo sabía —soltó un suspiro que hizo que levantara la cabeza y lo mirara.

—¿Cómo…? Evan. —Acabé deduciéndolo, y asintió.

—Lo siento mucho, peque. —Me acarició el pelo—. Pero todo va a ir bien.

—Eso espero. —Bajé la mirada hacia la copa.

—Eh. —Me cogió de la barbilla levantándome la cabeza—. Va a ser así, no pienses en negativo ¿vale? Y no te enfades con Evan por decírmelo. Me ha llamado cuando ha salido de tu casa, solo para que estuviera más pendiente de ti y remarcándome que no me separara durante las noches de ti. Estaba preocupado.

—No me he enfadado —sonreí.

—Ese hombre te quiere y mucho.

Lo miré sin saber qué responder.

—Y tú también a él —siguió—. Ya sabes lo que te dije.

—Ya —negué sonriendo—. ¿Cómo no me di cuenta? De más joven, vale, porque no tenía la edad suficiente, pero ¿de más mayor?

—A veces, nos acostumbramos a situaciones porque nos va bien hacerlo. Es como si tu interior lo tuviera muy claro y se sintiera seguro actuando de una manera en concreto, para no sufrir ni cambiar nada. Rechaza la posibilidad que es muy real, negándote a verlo, para seguir igual porque de esa forma entiende que estás protegida. Es un sistema de defensa para no sufrir. Te acomodas en esa posición y evitas los cambios para seguir con vuestros choques, piques y demás… porque es lo que conoces, es tu zona de confort.

—Viéndolo así —dije pensativa.

—No hay otra manera de mirarlo. —Se encogió de hombros dándole un sorbo al vino.

—¿Tú crees que Dan lo sabe? —Me ruboricé por todo lo que le había llegado a decir de Evan.

—Desde el primer momento —respondió divertido, sonriendo.

—Oh, joder. Lo he puesto verde y de todos los colores durante tantos años delante de él. —Solté un bufido.

—Se habrá divertido de lo lindo. —Soltó una carcajada, contagiándome.

—¿Por qué no me habrá dicho nada? Tú lo hiciste.

—Yo lo hice cuando tú fuiste consciente y lo aceptaste. Hasta que no me contaste que habíais intimado mantuve la boca cerrada, como hizo Dan. No queríamos meternos en algo que solo tenía que ser vuestro porque menudos erais los dos en pleno apogeo. —Puso los ojos en blanco.

—No, si lo entiendo, pero me extraña. —Arrugué la nariz.

—Anda, vamos a preparar la cena ¿qué te apetece? —Se levantó sin soltar la copa.

—Algo rápido, hoy estoy muy cansada, no tardaré en irme a la cama. —Lo seguí con la mía también.

Las dejamos encima de la barra y nos pusimos delante de la vitrocerámica y del horno, como si esperásemos a que nos hablaran.

—Aquí no se puede pedir *pizza* ¿no? —solté.

Nos miramos y acabamos riendo por las pocas ganas que teníamos de movernos y de hacer nada.

—No, pero he comprado ya hechas. Lo sé, pienso en todo y soy el mejor, dilo sin vergüenza —me animó a hacerlo.

Lo hice y lo ayudé entre risas a meter las *pizzas* en el horno. No tardamos en estar cenando, con la chimenea de fondo y una conversación relajada.

—¿Eso es lo que te pasa con Martina? —dije cuando estábamos terminando de cenar.

Levantó la cabeza de golpe, tomándose su tiempo para responder.

—¿A qué te refieres?

—A que, si te pasa lo mismo con Martina que lo que me pasaba a mí con Evan, que no quería verlo —aclaré.

—No es eso, peque —soltó un suspiro—. No sé ni cómo explicarlo —negó dejando la vista fija en el fuego.

—Entonces no entiendo porque no lo intentas con ella. —Dejé caer.

—Porque no es de ella de quien estoy enamorado. —Me miró de golpe y agrandé los ojos porque pensaba…

—¿Qué me estás contando? —Me incliné hacia delante con los ojos abiertos de par en par, provocando que riera a pesar de la tensión que reflejaba—. ¿Estás enamorado de otra?

—Ajá.

—¿Y no es de Martina?

—Ajá.

—Coño, ¿y de quién? —Esperé impaciente por el rumbo que había dado, o más bien por el rumbo que yo pensaba que había tenido desde hacía tiempo porque él parecía tenerlo muy claro.

—La conoces demasiado bien —sonrió, pero fue una sonrisa triste mientras se llevaba la copa a los labios.

Me costó, no es que hubiera bebido tanto para no tener mis neuronas activas al máximo, pero es que no me hubiera imaginado nunca que…

—¿De Aroa? —dije con un pequeño grito.

—Premio para la señorita, te has ganado una noche a mi lado. —Me hizo un guiño—. Cuidado no me metas manc que no respondo de mí, avisada quedas —rio al ver que no salía del asombro.

—Pero ¿cómo puede ser? En ningún momento has dado indicios de nada. ¿A qué esperas? ¿A que ella sea adivina y lo descubra? Joder, qué mala amiga soy, tú supiste lo mío desde adolescente y yo ni me he dado cuenta. —Puse morros.

—No es eso, solo que sabes que llevo muchos años viajando constantemente. ¿Cuánto estaba en casa? ¿Dos días al mes? Y no vuelvas a decir que eres mala amiga porque te doy una colleja que echas hasta la primera papilla. —Levantó una ceja—. Es solo que yo sé disimular, tú no. —Se encogió de hombros.

—Pero…

—Déjalo, peque. No tengo muchas posibilidades —dijo moviendo la copa.

—Pero ¡qué dices! ¿Y ya está? Peque, no tengo muchas posibilidades —lo imité haciéndolo reír—. Si la quieres, tienes que decírselo, ser sincero.

—No quiero que salga mal, es mi amiga y tuya mucho más —negó pensativo.

—¿Y si sale bien? ¿Por qué siempre pensamos en lo negativo? Joder. —Solté un bufido—. Eres el tío perfecto, eres buen amigo, buena persona, estás cañón, eres bromista y siempre estás haciendo que los demás se diviertan a tu lado, proteges y quieres a los que quieres.

—Gracias —sonrió negando con la cabeza porque no le gustaba cuando recibía halagos.

—Y no es solo mi pensamiento —dije provocando que me mirara a los ojos—. Sí, Aroa piensa eso y mucho más también —le aclaré al ver la interrogación en su mirada—. El mucho más se lo dejo para ella que yo no puedo verte con los mismos ojos —reí recordando muchas de nuestras conversaciones.

—Vaya, no lo esperaba. —Curvó los labios.

—Pues ya puedes hacer algo machote. —Me eché hacia atrás en la silla retándolo y acabamos riendo los dos—. Aunque no es la única que lo piensa.

—Estás equivocada —dijo cantarín.

—¿En qué? —Fruncí el gesto.

—En que Martina quiere tener algo conmigo —me aclaró riendo al ver la expresión que puse, haciendo una o perfecta con los labios.

—¿Cómo que no? Joder, no salgo de un alucine y me meto en otro.

—Piensa cuándo se pone realmente nerviosa Martina, cuándo no para de hablar o se queda mucho tiempo en silencio frenada por los nervios, según la situación, cuándo ríe sin motivo y hasta de una mosca que ve…

Hice lo que me pidió y volví a agrandar los ojos porque por lo visto yo no me enteraba de una mierda. ¿De qué me iba a enterar? Si me había costado años hacerlo conmigo misma. ¡La virgen!

—¿Lo estás insinuando enserio? —dije sin creérmelo.

—No lo insinúo, lo aseguro. —Me hizo un guiño levantándose de la mesa.

—Menuda cupido soy, no doy una —me quejé negando y soltando un bufido provocando que soltara una carcajada.

Anonadada, así recogí la mesa junto a él. Suerte que no había mucho que recoger porque no coordinaba por todo lo que acababa de descubrir. Dejamos de hablar del tema porque bastante tenía para asimilar y nos pusimos a ver una película acurrucados en el sofá. Cuando finalizó, al menos yo, estaba adormilada, motivo por el que dimos el día por terminado mientras Brian echaba la leña suficiente en la chimenea para que aguantara durante toda la noche, dejándola protegida para que no saltara ninguna chispa fuera.

Nos despedimos en la puerta de mi habitación hasta el día siguiente. En cuanto cerré solté un suspiro caminando hacia la mochila de la que saqué la grabadora dejándola en la mesita de noche, la que no me podía faltar. Me tomé la pastilla con un poco de agua que llevaba en el bolso deportivo y me quité la ropa rápido porque la chimenea llevaba poco tiempo calentando y la temperatura en la habitación aún era bastante fresca.

Con el pijama calentito puesto, me metí debajo del nórdico y me quedé con la luz encendida mirando hacia el techo de madera. No tenía intención de apagarla. Intenté dejar la mente en blanco y cuando iba a activar la grabadora para escuchar la voz de Evan, no llegué a hacerlo al abrirse la puerta.

—¿Quieres dormir con un hombre sexy? Ah, palabras tuyas no mías. —Entró decidido Brian y reí al ver el pijama de renos que llevaba.

—Yo no he dicho eso exactamente —dije divertida viendo cómo cerraba la puerta y se acostaba a mi lado.

—Has dicho cañón, son sinónimos ¿no? Qué tiquismiquis está la niña. —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué haces con ese pijama? Es de Navidad —sonreí con la cabeza apoyada en la almohada, girada hacia él.

—Se me ha olvidado echar uno mío y no iba a aparecer aquí en ropa interior ni con todo colgando —rio

contagiándome—. Es de la ropa que deja aquí mi padre. —Se encogió de hombros.

—Ni que fuera la primera vez, lo de la ropa interior —aclaré al ver su expresión pícara—. Aunque mejor, no quiero que cojas una pulmonía. Se ve muy calentito.

—Demasiado —soltó un bufido—, pero es lo que hay. Ven. —Tiró de mí haciendo que me apoyara sobre su hombro, rodeándome con el brazo.

—Gracias —susurré abrazándolo.

—No he tenido en ningún momento intención de dejarte pasar la noche sola. —Me dio un beso en la cabeza.

Me apreté a él emocionada, sintiéndome protegida. Tenía tanta suerte de tener a los amigos que tenía, a Evan y a Dan, a mi lado.

—Te he echado mucho de menos mientras viajabas —susurré.

—Lo sé peque, porque yo también te he echado mucho de menos.

Sonreí con cariño, con una sensación tan reconfortante…

—Pero eso ya se acabó, ya lo he notificado a la empresa —dijo decidido.

—No sabes cómo me alegro. ¿Y bien?

—No les queda otra. —Se encogió de hombros—. Yo creo que mi jefe está enamorado de mí, me ha puesto todo tan fácil poniéndome un despacho… ni diez minutos tardó en decirme que ya tenía colgada en él una placa con m nombre.

Nos miramos y soltamos una carcajada, así continuamos un rato, hasta que nos relajamos y me dejé vencer por el sueño mientras hablábamos flojito de cualquier tema que saliera.

contagiándome—. Es de la ropa que deja aquí mi padre. —Se encogió de hombros.

—Ni que fuera la primera vez, lo de la ropa interior —aclaré al ver su expresión pícara—. Aunque mejor, no quiero que cojas una pulmonía. Se ve muy calentito.

—Demasiado —soltó un bufido—, pero es lo que hay. Ven. —Tiró de mí haciendo que me apoyara sobre su hombro, rodeándome con el brazo.

—Gracias —susurré abrazándolo.

—No he tenido en ningún momento intención de dejarte pasar la noche sola. —Me dio un beso en la cabeza.

Me apreté a él emocionada, sintiéndome protegida. Tenía tanta suerte de tener a los amigos que tenía, a Evan y a Dan, a mi lado.

—Te he echado mucho de menos mientras viajabas —susurré.

—Lo sé peque, porque yo también te he echado mucho de menos.

Sonreí con cariño, con una sensación tan reconfortante…

—Pero eso ya se acabó, ya lo he notificado a la empresa —dijo decidido.

—No sabes cómo me alegro. ¿Y bien?

—No les queda otra. —Se encogió de hombros—. Yo creo que mi jefe está enamorado de mí, me ha puesto todo tan fácil poniéndome un despacho… ni diez minutos tardó en decirme que ya tenía colgada en él una placa con mi nombre.

Nos miramos y soltamos una carcajada, así continuamos un rato, hasta que nos relajamos y me dejé vencer por el sueño mientras hablábamos flojito de cualquier tema que saliera.

Capítulo 26



Los días en la casa de la sierra los disfrutamos. Por los mensajes y llamadas que intercambiábamos Evan y yo, y mis llamadas a Emma, supe que Dan cada vez iba a mejor, a pasos lentos, pero así era. Lo que me tranquilizó y me hizo disfrutar de esa escapada sin temerme lo peor.

He dicho los días, sí, porque las noches fueron otro tema aparte, las tres que pasamos allí no hubo ni una en la que no soñara, a pesar de estar acompañada de Brian en todo momento, el que me arropaba preocupado cuando sucedía, intentando reconfortarme. Ese detalle me lo callé hacia Evan todas las veces que hablamos, no quise preocuparlo y esquivé el tema cuando me preguntaba, y con Aroa y Martina me pasó lo mismo, actuando de la misma manera, solo hablando en plan de broma, ni siquiera les conté lo que le había sucedido a Dan, dejándolo para cuando estuviera en casa.

Solo Brian lo supo porque lo vivió a mi lado, el que amanecía cada mañana preocupado viendo aparecer otra vez mis ojeras. Pero intenté por todos los medios con la luz del día dejar la oscuridad de la noche apartada, por él, por los dos y por el lugar en el que estábamos.

—¿Cómo estás? —Se apoyó en el marco de la puerta.

Estaba metiendo toda la ropa en la mochila, en cuanto lo hiciera dejaríamos todo cargado en el coche y después de comer, nos montaríamos en él para regresar a casa. Eran las once de la mañana y según palabras de Brian no teníamos prisa y podíamos tomarnos el día con calma para disfrutar de los últimos momentos e incluso, hacernos los remolones en el sofá después de comer para descansar un rato, calculando que sobre las ocho o un poco antes estaríamos abriendo las puertas de nuestras casas, lo que me pareció una idea perfecta. Ya había hablado con Evan, al que estaba deseando ver y según me dijo, no era la única que tenía ganas. Cuando nos viéramos a mi llegada me llevaría a ver a Dan.

Por el momento lo estábamos dejando todo preparado para salir e ir a desayunar al pueblo y así aprovechar para cargarnos con los dulces que le comenté cuando llegamos.

—Mejor —sonreí queriendo que me viera bien.

—Cada vez las tienes más marcadas. —Hizo una mueca acercándose a mí, refiriéndose a mis ojeras—. ¿Por qué no alargas la baja peque?

—No, Aroa lleva un ritmo en el trabajo que no aguantará mucho más, tengo que volver. Lo mío va a seguir así. —Me encogí de hombros.

Me miró preocupado, pero no insistió más, aceptando que tenía razón. Fuimos al pueblo y desayunamos en una cafetería preciosa de montaña, con mucho encanto. Después de tomarnos nuestro tiempo disfrutando de lo que no rodeaba, entramos a comprar los dulces. Yo me llevé varias cajas y Brian también se llevó otras tantas. Nos despedimos de Nicolai, el dueño de la tienda, hasta la próxima vez, porque ya no pararíamos allí cuando nos fuéramos, y salimos cargados y riendo porque apenas nos veíamos las caras tapadas por las cajas mientras volvíamos hacia coche.

El día lo pasamos como os he dicho, aparte de dar un paseo relajado por la montaña cuando llegamos del pueblo, lo que nos abrió más el apetito. Apuramos al máximo el tiempo y cuando nos espabilamos de una pequeña siesta en el sofá, salimos de casa de sus padres dejándolo todo como lo encontramos. Nos montamos en el coche menos cargados que cuando llegamos porque las existencias que había llevado Brian se habían quedado a la mitad y no tardó en arrancar y emprender la marcha hasta mi casa, despidiéndonos del lugar y comentando que no tardaríamos en volver.

—Tengo que echar gasolina —me dijo antes de señalizar y desviarse de la carretera principal.

Llevábamos dos horas de camino, aún nos faltaba una.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado cuando paró para repostar, al ver que no le respondía, se había girado hacia mí.

—Nada. —Lo miré sonriendo con el móvil en la mano—. Es solo que he llamado esta mañana a Aroa y aún no me ha devuelto la llamada.

—Bueno, sabes que está muy ocupada…

—Sí —negué y me bajé junto a él—. Voy a comprar algo para el camino.

—Pero ¡si llevamos de todo en el maletero! —rio mientras le hacía una señal a la chica que estaba dentro de la gasolinera para que pudiera llenar el depósito.

—Nada de lo que me apetece ahora mismo. —Le saqué la lengua y entré.

Poco tardé en estar de vuelta, montándome de nuevo en el coche, mientras Brian acababa de repostar. Cuando lo hizo entró dentro a pagar. Me entretuve con el móvil y aproveché para enviarle un mensaje a Aroa, diciéndole que

estábamos a una hora de llegar y que acabábamos de repostar en la gasolinera de siempre, la que conocía perfectamente ya que ese camino lo habíamos hecho varias veces con ella y siempre parábamos en la misma.

Cuando fui consciente del tiempo que llevaba Brian dentro levanté la mirada hacia el frente, buscando con los ojo encontrarlo, pero no lo hice. Me bajé del coche abrochándome la chaqueta y caminé accediendo al interior.

—Hola, mi amigo ha entrado —le hablé a la chica de detrás del mostrador, señalando hacia el coche, pero ni falta shacia porque lo sabía de sobra.

—Sí, ha pagado y ha ido al baño. —Señaló hacia un pequeño pasillo a la derecha.

—Vale, pues aprovecho yo también. Gracias.

Caminé hacia allí y me quedé recostada en la pared de enfrente de las puertas, porque las dos estaban cerradas y la de mujeres el pomo no cedió cuando lo intenté. Al poco salió una mujer, pero antes de entrar miré la de hombres, extrañada porque Brian estuviera tanto tiempo dentro.

—Brian. —Lo llamé en alto, acercándome.

No obtuve respuesta y puse la oreja para ver si escuchaba algo, silencio. Miré el pomo y lo agarré para ver si había pensado que estaba ocupado y no era así. Aunque si él no estaba dentro como me había indicado la chica…

—Voy a intentar entrar, por si no has cerrado —volví a hablar en alto, avisándolo.

El pomo cedió y abrí de golpe encontrándome el baño vacío. Fruncí el gesto y salí rápido hacia fuera, sin pararme pero en el mostrador en ese instante no había nadie. Parada en medio de la gasolinera, en el exterior, miré hacia el coche que estaba vacío y como lo había dejado al bajarme.

Miré alrededor sin entender nada. No había ningún lugar más dónde mirar. Rodeé todos los laterales de la gasolinera cada vez más preocupada por su ausencia. Nunca me hubiera dejado sola, eso era impensable y no tenía lógica. Si lo había hecho habría sido…

Tragué saliva y me paré por la parte de atrás atenta a todo lo que me rodeaba. Nada, la desesperación y la ansiedad empezaron a aparecer sin saber qué hacer porque por los nervios ni me había acordado de que seguía teniendo el móvil en la mano.

Cuando reaccioné marqué su número de teléfono, fue en ese instante cuando lo escuché y caminé hacia delante sin saber exactamente desde dónde procedía el sonido.

Empecé a correr cuando creí que cada vez lo escuchaba más cerca. El día empezaba a oscurecer, el atardecer estaba cayendo y en la zona arbolada en la que me adentré se hizo de noche al instante. Cuando la llamada se

cortó, me paré porque no sabía por dónde seguir mientras volvía a marcar otra vez.

Y lo vi, solté un jadeo de miedo al ver la silueta de su cuerpo tirado bocabajo sobre la hierba. Apreté la carrera hasta llegar a él y me dejé caer a su lado, mirando alrededor sin entender nada, buscando algo o a alguien, pero en ese instante no vi ni escuché nada que me diera a entender que no estábamos solos.

—Brian. —Lo giré despacio sin que me respondiera.

Los ojos se me nublaron de lágrimas al verlo con golpes en la cara, con una herida en la cabeza y con una ceja partida, lo que había provocado que su cara estuviera cubierta de sangre.

—Por favor. —Lloré moviéndolo un poco—. ¿Qué mierda ha pasado? Joder —dije desesperada sin que él reaccionara—. Brian, abre los ojos.

Así estuve durante varios minutos, cortando el silencio de donde estábamos solo con mi voz, hasta que sus parpados se movieron lentamente y le quité de ellos la sangre para que pudiera abrirlos y ver bien.

—Kora, vete —susurró.

—¿Qué dices? —negué varias veces— Vamos al coche. —Me incorporé tirando de él y agarrándolo como pude.

Al ser bastante más alto que yo y corpulento, me costó horrores manipular su cuerpo que todavía no reaccionaba.

—¿Puedes andar? ¿Qué ha pasado? ¡Por Dios!

—Creo que sí. Me han sacado a rastras de la gasolinera. Vete, déjame atrás yo estaré bien.

—Pero ¿quién? —dije con rabia y sin entender nada mientras empezaba a tirar de él.

Consiguió reaccionar, notaba que quería moverse más rápido, pero sus movimientos eran muy lentos y poco coordinados. Conforme avanzamos conseguí que fuera casi al trote, corriendo lo máximo que pudimos para salir de allí y ser visibles, agotando las pocas fuerzas de Brian. Mirando alrededor, temí que quien le había hecho eso estuviera observándonos desde algún ángulo.

Maldije por no llevar el arma encima y me tragué las lágrimas sin ver la salida de la puñetera arboleda.

—Peque, irás más rápida sin mí —susurró.

—Cállate —respondí con rabia por la situación—. No pienso dejarte, no sé ni para qué lo intentas. —Solté un bufido nervioso—. Joder, no sé si me he perdido —dije en alto, nerviosa, parándome un momento para intentar situarme porque no se veía más que árboles.

—Yo no puedo ayudarte, lo veo todo rojo y me cuesta respirar. —Soltó un quejido perdiendo las fuerzas y el conocimiento.

Se me escurrió de entre los brazos y no pude aguantar su peso, cayéndonos los dos. Tragué saliva… ¿ese era mi puto sueño? ¿Se estaba haciendo realidad ya? ¿Brian era el protagonista de él? Me pregunté sin poder parar de llorar observándolo. Me acababa de confirmar que veía todo rojo, que le costaba respirar… su pecho subía y bajaba desacompasado y la expresión que tenía, aunque tuviera los ojos cerrados en ese momento era de miedo, por la situación, por mí, por los dos… había hecho un sobreesfuerzo al querer huir conmigo.

No podía entender nada ¿quién le había hecho eso? ¿Por qué? Le palpé los pantalones para comprobar si tenía la cartera cayendo en la idea de que le habían robado. Pero cuando la cogí y la abrí, viendo todo el dinero dentro esa idea quedó descartada dejándome como estaba desde el principio.

El sonido de mi móvil me sobresaltó y lo cogí corriendo, comprobando que era Aroa.

—Aroa —respondí llorando.

—Kora ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

—Donde te he dicho en el mensaje, en la gasolinera, bueno en el bosque que hay al lado. Han atacado a Brian, no entiendo nada. —Hipé nerviosa.

—Joder, ¿se puede mover? ¿Cómo está? Salid cagando leches de ahí ¿me oyes? Kora, háblame.

—Hemos recorrido un poco de camino, pero se ha desplomado en el suelo otra vez antes de tu llamada. No sé si puedo cargar con él así, no reacciona. —Lloré más.

—Escúchame bien —dijo seria y tomando el control porque yo no podía reaccionar ni pensar por los nervios—. Hazlo como sea, pero muévete, no os quedéis parados, van a por ti.

—¿Qué? —Me dejé caer del todo en el suelo entendiendo menos aún— ¿Qué coño dices, Aroa?

—El caso nuevo ¿te acuerdas? —Después de decirle que sí continuó—. Llevo todo el puto día como las locas. Resulta que es en el que Dan estaba infiltrado, nos hemos cruzado en la investigación, lo único que nosotros lo hemos hecho casi para el remate final.

»Fue ayer, desarticulamos la organización a pesar de que variaron el lugar y la hora. Lo hicieron para no correr riesgos, aunque tenían a todos los infiltrados controlados desde el principio y se habían deshecho de ellos ya.

»Me he tirado toda la mañana hablando con Evan, me ha puesto al día. Ya sabemos quién es el topo, el que facilitó todos los datos internos, por eso sabían las identidades, incluyendo la de Dan.

»Gracias a Evan y a su equipo conseguimos pillarlos de infraganti e inesperadamente, sin que se lo esperaran.

Dan se encargó de dejar rastreadores por varios puntos clave y gracias a ello Evan y su equipo, junto a varios más incluyendo a los nuestros, fueron contra ellos y no dejaron títere con cabeza.

»Pero no todos cayeron, uno se escapó y por lo que me has dicho va a tomarse la venganza por su cuenta ¿me oyes?

—Pero —parpadeé varias veces interiorizando todo lo que había soltado de carrerilla—, no lo entiendo. ¿Por qué Brian? Y yo no he estado dentro del caso —dije desorientada sin poder centrarme.

—Han ido a por Brian para quitárselo de en medio, para llegar hasta ti. Saben de ti desde hace mucho cariño —dijo con la voz temblorosa—. Sabían que Dan era un infiltrado, ya te lo he dicho, y van a ir a donde más duele por haberlos jodido, aunque se piensen que él está muerto y no lo harán solo contigo.

»Es una suposición a la que hemos llegado hace poco, acabo de salir de la reunión, y tú acabas de confirmármelo. Tengo que hablar con Evan y ponerlo al tanto que bastante ha tenido el pobre.

»Todos nuestros compañeros en cuanto hemos salido de la reunión están poniéndose en contacto con los familiares de los agentes implicados en el caso, avisándolos para que tomen precauciones. Evan ya me contó lo que le pasó a Dan, pero ni con esas se quedaron conformes al haber visto desmantelada la organización.

»Muévete Kora, por todo lo que más quieras, mueve el puto culo. Estoy saliendo hacia allí.

—Aroa, mi sueño… por lo poco que me ha dicho Brian…

—Joder, cariño, sal de ahí ya, por favor. No me cuelgues. —Escuché cómo se subía a su coche.

—Necesito las dos manos para cargar a Brian —dije retirándome las lágrimas de los ojos con rabia para enfocar bien la mirada alrededor—. No llevo el arma.

—Mierda, pues bloquéalo y guárdatelo, pero no cortes la llamada. Ya imagino que no te la has llevado. —Soltó un quejido—. Haz lo que te he dicho, estoy en la carretera ya.

Siguiendo sus indicaciones me guardé el móvil bloqueado e hice un sobreesfuerzo para incorporar a Brian del suelo. Cuando lo conseguí, sintiéndome desfallecer, lo arrastré como pude buscando la salida. No sé cuánto caminamos, en realidad no fue mucho por no poder tirar de él como necesitaba, hasta que perdí el equilibrio tropezando con algo del suelo y al no tener las manos libres me fui de boca hacia él dándome un golpe fuerte en la cara con una piedra, pero sobre todo en la frente que se llevó la peor parte. Con un quejido ahogado, me llevé las manos a la cara cuando me incorporé mareada, palpándola al sentirla mojada. Fue ahí cuando todo llegó a mí con claridad, fue ahí cuando lo vi todo cubierto de rojo intentando enfocar la vista. Parpadeé varias veces limpiándome las manos llenas de sangre en el pantalón, tragando saliva mientras intentaba limpiarme los ojos. Ese sí que era mi sueño, no lo que le había pasado y sufrido Brian, fue el único pensamiento que pudo llegar a mi cabeza en ese instante con claridad, poniéndome más nerviosa mientras enfocaba la vista alrededor y empezaba a reconocer lo que no había podido hasta ese instante, después de muchos años.

Me giré hacia el cuerpo de Brian que había quedado tumbado a mi lado y me olvidé de mí. Lo incorporé otra vez como pude, con muy pocas fuerzas ya. No sabía si estaba yendo en la dirección contraria porque todo me estaba

superando. Tenía en contra todo porque a partir de ahí el mareo fue cada vez más fuerte y la sangre me impedía ver bien, haciéndome parpadear varias veces sintiendo como el líquido rojo se metía dentro de mis parpados. Me sentía tan desorientada y débil, hasta que escuché el sonido inconfundible de pisadas partiendo varias ramas y me activé como pude intentando avanzar más rápido sin preguntarme hacia a dónde iba, desesperada porque apenas podía con mi cuerpo y menos con Brian. Utilicé los árboles como refugio y apoyo, agradeciendo que apenas se veía, mientras sentía el miedo y el pánico apoderándose de mí y a mis lágrimas mezclarse con la sangre, poniéndolo todo más borroso. En un punto me paré, centrando la mirada alrededor, buscando algún lugar dónde pudiéramos pasar desapercibidos porque ya no podía seguir hacia delante, no podía llegar más lejos de lo que lo había hecho al sentir como mis brazos estaban llegando al límite de sus fuerzas y mi cuerpo no reaccionaba ni respondía como necesitaba.

superando. Tenía en contra todo porque a partir de ahí el mareo fue cada vez más fuerte y la sangre me impedía ver bien, haciéndome parpadear varias veces sintiendo como el líquido rojo se metía dentro de mis parpados. Me sentía tan desorientada y débil, hasta que escuché el sonido inconfundible de pisadas partiendo varias ramas y me activé como pude intentando avanzar más rápido sin preguntarme hacia a dónde iba, desesperada porque apenas podía con mi cuerpo y menos con Brian. Utilicé los árboles como refugio y apoyo, agradeciendo que apenas se veía, mientras sentía el miedo y el pánico apoderándose de mí y a mis lágrimas mezclarse con la sangre, poniéndolo todo más borroso. En un punto me paré, centrando la mirada alrededor, buscando algún lugar dónde pudiéramos pasar desapercibidos porque ya no podía seguir hacia delante, no podía llegar más lejos de lo que lo había hecho al sentir como mis brazos estaban llegando al límite de sus fuerzas y mi cuerpo no reaccionaba ni respondía como necesitaba.

Capítulo 27



Evan

—Hombre Evan, cuánto tiempo. —Me saludó el jefe de la comisaria de Kora y Aroa nada más abrir la puerta.

—Ya lo puedes decir —dije entrando en su despacho—. Tengo la vida muy ocupada —continué mirando alrededor mientras me ofrecía sentarme.

Lo que rehusé y me mantuve de pie.

—¿Qué te trae por aquí?

—Bueno, ayer cerramos una misión muy importante —dije caminando hacia una placa que tenía colgada en la pared.

—Lo sé, enhorabuena. —Me felicitó.

—Todavía no me la des. —Me giré sonriendo.

—Bueno, qué menos que por los resultados que habéis tenido y al haber puesto vuestras vidas en peligro. Una pena que no se sepa nada de Dan todavía —negó con la cabeza.

—Sí, imagino que te da mucha pena. —Di varios pasos hacia él.

—Claro hombre, sois muy queridos los dos. —Me miró extrañado.

—Lo que no te impidió enviarlo a una muerte segura desde el principio ¿verdad? Como al resto —Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué cojones estás diciendo? —Se levantó de golpe.

—¿Cuánto te has llevado por dejar morir a varios agentes en la misión para conseguir tu propósito? —solté con asco.

—Evan, no sé de qué…

—Hazte un favor y deja de hacer el papelón de tu vida. Te tengo pillado por los huevos desde hace unos días. Sabes que no soy de dejar nada al azar, hemos trabajado juntos alguna vez y eres consciente de cómo actúo. Cuando supe que las identidades de todos los infiltrados eran bien sabidas por la organización, solo tuve que atar cabos. Os investigué a todos los máximos cargos, sabiendo que era imposible que un policía normal pudiera facilitar tantos datos como sabían, porque no tendría acceso a ellos al no estar centralizado solo en una comisaría. Lo que terminó por confirmármelo fue una información muy jugosa que obtuvimos de un móvil en concreto. —Me apoyé en su mesa como si estuviera tranquilo.

—Te estás equivocando. —Tragó saliva.

—Sería la primera vez, fíjate, porque nunca lo hago. —Curvé los labios.

Mentira, claro que me equivocaba como cualquier ser humano, pero delante de ese desgraciado no iba a ceder.

En el momento en el que lo vi moverse hacia el cajón con la intención de coger el arma, me lancé sobre él por encima de la mesa, poniendo mi cuerpo sobre el suyo mientras le apretaba la cabeza contra ella.

—Eres un hijo de puta y las vas a pagar todas, una a una —escupí con rabia—. Me voy a encargar personalmente de que tengas los días contados, a ver si en la tumba puedes gastar todo el puto dinero manchado de sangre que tienes en la cuenta por haber traicionado a los tuyos. —Le levanté la cabeza y la dejé caer con fuerza. Sus quejido retumbaron en el despacho cuando su nariz empezó a sangrar.

La puerta se abrió de golpe dando paso a varios compañeros y a mi jefe, Esteban, el que me miró con tristeza por la situación, pero orgulloso por lo que vio. Me quité de encima de él cuando Esteban me lo pidió, diciéndome que a partir de ahí se encargaban ellos y salí fulminando con los ojos al exjefe de Kora y Aroa a partir de ese instante, porque si por mí fuera…

Os lo podéis imaginar, pero no tenía escapatoria y a donde iba a ir sería su sentencia final, de lo que me encargaría personalmente. Con lo cual dejé que todo siguiera su curso.

Me tomé un tiempo para tranquilizarme al salir. Cuando lo conseguí, localicé a Aroa ya que estaba en su comisaría y nos encerramos en una sala para hablar con calma del caso en el que había estado poco tiempo metida. Le conté la implicación de su jefe y se quedó a cuadros al escucharme sin digerir lo que le solté. Cuando nos despedimos me dirigí hacia el centro médico.

—Hola. —Saludé a Leroy nada más encontrármelo en el pasillo.

Acababa de entrar e iba directo a la sala para ver a Dan, el que seguía mejorando, pero aún no había abierto los ojos. Habían pasado cuatro días y habíamos empezado a ver cambios en él, lo que no me podía hacer más feliz y para sumarle a esa felicidad añadía que Kora llegaría por la tarde.

—¿Todo bien? —me preguntó preocupado.

Ello se debía a que en mi cara había constancia, con alguna magulladura, de que el día anterior habíamos estado muy entretenidos dándole fin a la misión por la que Dan estaba en una cama malherido.

Cuando lo tuvimos todo preparado esperamos el momento perfecto para interceptarlos y tirar por tierra y acabar con uno de los cargamentos más grandes e importantes que habían movido hasta ese momento, de ahí que lo eligiéramos para la traca final.

—¿Preparados? —hablé por el pinganillo a mi equipo en ese instante, a punto de atacar.

—En posición —respondieron uno a uno.

—Pues vamos a joderlos —solté con toda la rabia que llevaba acumulada.

Así cerramos la misión, acompañados y ayudados por la ventaja que nos dio la oscuridad de la noche con varios equipos respaldándonos. Neutralizamos el intercambio y a todos los que había allí.

Hubiéramos fallado si nos hubiéramos ceñido a los planes que habíamos hecho desde el principio por el seguimiento de Dan, ya que variaron de lugar y de hora para evitar lo que acabó por venírseles encima de igual manera. Pero lo que no pudieron prever, es que yo los tenía controlados sin ellos saberlo gracias a Dan, que se había cerciorado para que si algo salía mal pudiéramos pillarlos donde fuera. Y así había sido, les dimos caza siguiendo los rastreadores que Dan fue poniendo con el tiempo y sin que nadie se diera cuenta. Incluyendo al que puso en el coche de uno de los altos cargos, el que nos llevó directamente al máximo responsable de la organización y lo pillamos en su propia casa arrasando con todos los que se nos pusieron en el camino.

Sabíamos que alguno se nos había escapado, como por ejemplo por el que supimos la ubicación del máximo responsable al deshacerse del coche cuando llegó a sus oídos lo que había pasado.

Lo tenía en el punto de mira y llevábamos trabajando en ello desde que oficialmente la misión había quedado archivada con los mejores resultados.

—Sí, tuvieron lo que se merecían. —Curvé los labios—. Hoy he tenido el día liado, por eso llego más tarde —asintió.

—Ya veo —dijo fijándose en varios cortes que tenía en la mejilla—. Si tú estás así no quiero ni saber cómo

acabaron los otros —rio contagiándome.

—¿Cómo está? —le pregunté cuando llegamos a la puerta.

—Por esa no, hoy por esta —me sonrió caminando hacia la de Dan.

—¿Puedo? —Tragué saliva emocionado.

—Ha llegado el momento. —Me hizo un guiño abriéndola y me apretó el hombro dándome paso.

Me quedé mirando el cuerpo de Dan, ni escuché la puerta cerrarse mientras mis pies se movían solos hacia él, comprobando como sus ojos parpadeaban mirando hacia arriba.

—Tío. —Lo llamé emocionado al ponerme a su lado, agarrándole una mano.

xGiró la cabeza hacia mí despacio y parpadeó un poco más rápido, como si acabara de despertar y por su expresión lo di por hecho.

—Evan… —susurró con voz ronca.

—Joder, Dan, no sabes cómo me alegro de escucharte. —Me incliné y lo abracé dejando que varias lágrimas salieran de mis ojos, sintiendo sus brazos débiles rodearme.

—Pues sí que te has ablandado durante el tiempo que no he estado a tu lado —dijo curvando los labios refiriéndose a mis lágrimas y solté una carcajada.

—Ya me gustaría verte en mi lugar —negué divertido y feliz por tenerlo de vuelta.

Me pidió que lo pusiera al día y empecé a contarle cómo había ido todo, referente al trabajo porque la parte personal me la reservaba para otro momento. Estuvimos hablando del caso, incluyendo que su tapadera no lo fue en realidad, porque sabían perfectamente desde el principio quién era y esperaron el momento oportuno para quitárselo de en medio, lo que él supo cuando lo atacaron y fueron a por él. Terminé diciéndole que todo había acabado entre ayer y hoy. Su cara de sorpresa y de rabia por la implicación del jefe de Kora fue más que evidente, pillándolo por sorpresa. Le remarqué que al menos lo más gordo ya lo teníamos cerrado porque nos faltaba encontrar a la última pieza clave de la organización que se había escapado. Pero su expresión corporal… no, él no se quedó tranquilo ante mi explicación ni el resultado.

—¿Qué día es? ¿Cuánto tiempo he estado aquí? —Quiso saber desorientado.

—Cuatro días y casi final de semana —respondí serio.

—Joder —se quejó.

—No te muevas. —Lo agarré evitando que lo hiciera.

—Tengo que salir de aquí. —Me miró nervioso.

—¿Qué cojones dices? Estabas molido por dentro y acabas de despertar. Pensaba que te perdía y me dices en cuanto eres consciente que te largas, así, sin más. —Levanté una ceja.

—Kora está en peligro. —Tragó saliva.

—¿Qué mierda dices? —Me puse en tensión.

—Van a ir por ella, Evan —dijo mientras sus ojos se nublaban de lágrimas—. El hijo de puta que se ha escapado va a ir a darle caza, lo sé. Cuando pensaban que me estaban rematando, se jactaron de mí mientras reían, diciendo en alto que si algo salía mal en la operación ella estaría muerta, al igual que varios de los familiares de los demás que estaban como yo. Ayúdala, búscala… por favor.

Apreté la mandíbula y salí corriendo de allí confirmándoselo a gritos, sin tiempo que perder. Ni me paré cuando me encontré con Emma y Abbie por los pasillos, las que se quedaron extrañadas y preocupadas al ver mi expresión.

—¡¡Joder!! —solté un grito desesperado dando varios golpes al volante.

Arranqué y salí pitando mientras esperaba a que el Bluetooth se activara para marcar el teléfono de Brian. Cuando lo hice los tonos sonaron hasta que saltó el contestador lo que me hizo maldecir más. Estaba a punto de llamar a Kora cuando una llamada se activó en el manos libres, sin reconocerla.

—Evan. —Escuché la voz inconfundible de Aroa y de qué manera.

Nervios, miedo… una mezcla de ellos fue lo que me transmitió poniéndome más en alerta. Al final nos habíamos grabado los teléfonos porque gracias a mi jefe supe que ellos habían entrado también dentro de nuestra misión. Aunque lo hicieron mucho más tarde y casi al final de ella. Por lo que me extrañó que me llamara desde otro número.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde otro teléfono que tengo del trabajo —respondió nerviosa—. Estoy en el coche.

—¿Dónde está Kora? ¿Has hablado con ella? —Quise saber porque su reacción solo podía ser por ella y no por cualquier cosa insignificante.

—Sí, la tengo en línea en el mío personal.

—Vale —solté un pequeño suspiro al saber que estaba bien, lo que no me duró mucho—. ¿Y por qué cojones estás así?

—Han atacado a Brian, están en peligro —dijo con voz desesperada y ahogada por el llanto.

Me explicó rápido y nerviosa a la conclusión que había llegado con su equipo en una reunión de última hora y que se lo estaban notificándolo a todos los afectados. Lo que dio más peso y realidad a las palabras de Dan, teniéndolo más que claro por lo que acababa de decirme Aroa.

—¿Dónde están? —Apreté el volante con todas mis fuerzas mientras aminoraba la marcha esperando a saber la ubicación, para tomar una salida u otra, mientras hervía de rabia por dentro.

—Están huyendo. Por los alrededores de una gasolinera que está a una hora de aquí más o menos, te envío la ubicación.

—Joder, no podía ser más cerca, me cago en todo —solté con rabia—. Envíamela ya, voy para allí.

—Ahora mismo, tú llegarás antes que yo. Estoy de camino, pero acabo de quedarme pillada en un atasco. —Lloriqueó.

—No te preocupes, envíamela y haz lo que sea para que no cuelgue, ¿me oyes? —Después de su confirmación, aunque me puso más nervioso al decirme que le hablaba y no le respondía, colgué y esperé a que me llegara su mensaje.

El pitido sonó a los pocos segundos y con los datos en la pantalla del móvil cogí velocidad para desviarme hacia dónde me indicaba el GPS. Maldije durante todo el camino al ser una carretera de montaña, sorteando a los coches y llevando al límite al mío en los adelantamientos, a una velocidad de vértigo.

—Cameron —hablé sofocado en cuanto descolgó.

—¿Qué sucede? —Se preocupó al escucharme.

—Van a por los familiares de los agentes del caso, manda a que den apoyo a la comisaría de Aroa, lo están llevando desde allí. Han ido a por Kora, ya han atacado a su amigo. Te voy a pasar una ubicación, quiero que envíes un helicóptero médico cagando leches, no tendrá problema para aterrizar allí. Localiza el móvil de Kora y mándame la ubicación para poder seguirla y llegar hasta ella —le pedí rápido mientras me incorporaba en el carril y un camión me hacía ráfagas con las luces por la imprudencia que había hecho.

A la mierda todo, me dije apretando más el acelerador, desesperado porque el tiempo corría sin poder hacer nada para evitarlo. Y di gracias a que era ya de noche, porque de día hubiera sido mucho peor.

—Mierda, ahora mismo me pongo con todo. —Reaccionó al instante.

Esa fue nuestra conversación. Corté la llamada y le envié el enlace que había recibido de Aroa para que enviara el helicóptero hacia allí, aunque cuando supiera la ubicación de Kora sería más exacta la localización. Seguí a lo mío, concentrado en todo lo que tenía delante y alrededor, sin perder de vista nada porque necesitaba llegar como fuera hasta Kora.

Interminable se me hizo el puto recorrido. En cuanto vi a lo lejos la gasolinera iluminada solté un suspiro y empecé a aminorar. Una vez dentro dejé el coche en un lateral, apartado, y no perdí tiempo. Cogí otra arma que tenía en la guantera, aparte de la que llevaba encima, y salí corriendo directo hacia el bosque, tal y como me había dicho Aroa y siguiendo la localización del móvil de Kora que Cameron me había enviado.

Corrí todo lo que pude, atento a todos los sonidos mientras mi vista iba hacia el móvil comprobando la señal y hacia el frente sorteando todo lo que me encontraba a mi paso.

Cerca de su ubicación empecé a aminorar la marcha, hasta que me paré del todo resguardado detrás de un árbol, observando desde la distancia la situación. Apreté la mandíbula al ver a Kora de rodillas y tambaleándose, como si su cuerpo no le respondiera, mientras un tío la sujetaba del pelo, tirando con fuerza de él. Di por hecho que el cuerpo que estaba a su lado, tirado en el suelo, era el de Brian porque en la posición que estaba y sin iluminación no pude distinguirlo en ese instante.

Me giré respirando hondo, pensando en cómo deshacerme de los dos que había, porque Kora tenía a un segundo tío apuntándola con un arma, el que se había escapado y yo buscaba. El mismo que estaba a nada de cargarme y cerrar por completo la operación sin dejar ningún cabo suelto.

—Joder, piensa —susurré maldiciendo porque si disparaba a uno el otro podía actuar y conseguir lo que se proponía, aunque no viviera para contarlo.

Sin pensarlo mucho por no tener tiempo al no saber cuánto llevaban en esa situación y si el que la apuntaba estaba a punto de disparar, agarré una piedra grande del suelo y me impulsé cogiendo carrerilla, lanzándola hacia la otra punta, al frente, con todas mis fuerzas. Volví corriendo a resguardarme detrás del árbol y observé el instante en el que se giraron los dos mirando hacia la dirección dónde habían escuchado el ruido.

—Ve —dijo la voz del que apuntaba a Kora con el arma y estaba al mando, dirigiéndose al otro.

Después de unos segundos asintió y se perdió en la oscuridad, dejando a Kora sola delante del que la apuntaba. Al no tener al que le agarraba del pelo su cuerpo se fue al suelo, desmadejado. Apreté la mandíbula sin saber si estaba más herida de lo que intuí al verla de refilón, porque quedaban de lado. Me pareció ver sangre en su cara, pero hasta ahí pude deducir.

Maldije y caminé despacio y calculando los pasos que daba para darle caza al que se había alejado, con la tranquilidad de que el otro no dejaba de observar por dónde se había ido esperando a que regresara, pensándose que tenía todo el tiempo del mundo para apretar el gatillo y sabiendo que Kora no podía defenderse.

A la distancia suficiente para que si emitía algún sonido no se escuchara, esperé el momento oportuno en el que pasó cerca del árbol en el que yo estaba escondido, y me lancé hacia él, a su espalda, tapándole la boca mientras con un brazo hacia presión en su cuello. Después de forcejar unos segundos aflojé el agarre al escuchar el crac qu le quitó la vida y volví rápido sobre mis pasos, acercándome poco a poco a la posición del otro que seguía esperando, impacientándose por lo que pude observar al verlo moverse.

Y ese fue su error y suerte para mí, porque en el ángulo que estaba antes no podía dispararle sin temer por Kora, ya que estaba demasiado cerca de ella y hubiera podido salir herida. Kora volvía a estar de rodillas con la cabeza agachada hacia abajo y me posicioné, sin esperar más tiempo, descargando el arma sobre el cuerpo del último que quedaba de la jodida misión, justo en el instante en el que caminaba hacia ella.

Sus ojos se agrandaron cuando su cuerpo se desplazó hacia atrás, sorprendido mientras bajaba la mirada hacia su pecho, a donde le había disparado. Con rabia, empezando a caminar hacia él, volví a descargar el arma que esa vez impactó en su frente al haber levantado la mirada al escuchar el ruido que hacían mis pies.

Cayó desplomado en el suelo sin tener una oportunidad. Antes de que lo hiciera, yo ya estaba corriendo hacia Kora, a la que llegué en cuestión de segundos y me quedé de rodillas delante de ella, porque no se había movido. La miré sin tocarla, observando si su cuerpo estaba malherido y desvié la vista reconociendo a Brian que estaba inconsciente.

—Kora, soy Evan. Cariño, mírame. —Al ver que no reaccionaba a mi voz y ni se había dado cuenta de mi presencia, le levanté la cabeza con las manos.

Apreté la mandíbula al verle la cara cubierta por completo de sangre, con varias heridas siendo la más grave la de la frente. Tenía los ojos cerrados inundados por ella y se los limpié nervioso.

—Kora, háblame. Por favor —le rogué.

Lo único que obtuve fue un quejido y seguí el movimiento de sus manos que se fueron despacio hacia su espalda. Me levanté para no moverla y me puse detrás, mientras más miedo me recorrió por el cuerpo al ver una gran mancha de sangre en su chaqueta al iluminarla con el móvil. Se la levanté rápido, hasta dejar visible la piel y los ojos se me inundaron de lágrimas al ver una herida de bala en una zona complicada.

—Te vas a poner bien, no pueden tardar mucho los médicos —le hablé con voz ahogada sentándome en el suelo y arrastrando su cuerpo encima de mí.

Zarandeé a Brian para saber a qué atenerme y solté un suspiro de alivio al escuchar un ligero quejido. No abrió los ojos y se mantuvo en la misma posición, pero me aferré a la tranquilidad de que todavía respiraba, agarrándole de una mano por si podía sentir algo, para que supiera que no estaba solo sin saber qué más hacer. Tenía una herida bastante fea abierta en la cabeza por algún golpe fuerte y una ceja partida, si tenía algún daño más no lo supe ver porque la sangre impedía que lo distinguiera. Se habían ensañado con él. Cerré los ojos con fuerza, con toda la qu me quedaba rezando porque la ayuda llegara cuanto antes.

Me bloqueé, me quedé allí sentado junto a ellos mientras mecía el cuerpo inconsciente de Kora entre mis brazos, sin soltar a Brian. Me bloqueé de tal manera que perdí la noción del tiempo y no supe dónde me encontraba, hasta que unos gritos me hicieron parpadear varias veces, escuchando movimiento cerca.

No había llegado a tiempo, eso es lo que me repetí insistentemente en la cabeza. No había llegado a tiempo para salvarlos, una y otra vez el pensamiento me atormentaba bloqueándome más. Sentí cómo me quitaban de encima el calor del cuerpo de Kora y perdía su contacto, mientras escuchaba la voz de Cameron de fondo, lejana. Noté un apretón en el hombro y supe que procedía de él, de mi amigo y compañero, el que me estaba pidiendo sin hablar que volviera porque me había quedado en *shock*. Ahí fue cuando empecé a ser consciente y reaccioné de golpe, levantándome rápido para ayudar en la evacuación mientras un enfermero y dos médicos empezaban a atenderlos hasta que llegaran al hospital más cercano.

Escuché el grito ahogado de una mujer y me giré sabiendo perfectamente de quien era. Aroa se quedó a unos pasos de nosotros, con la cara desencajada, con las lágrimas cubriendo sus mejillas y en *shock* al ver cómo entre los sanitarios y varios de mi equipo que se habían traslado hasta allí, cogían a sus amigos y se alejaban con ellos corriendo.

Llegué hasta ella y la abracé, la que se mantuvo rígida sin moverse, hasta que reaccionó aferrándose a mí llorando desesperada.

En ese instante entendí realmente la sensación de miedo de Kora, entendí a lo que se enfrentaba en sus sueños y fui consciente de la oscuridad que la acechaba cada noche porque para mí, en ese momento, todo dejó de tener sentido cubriéndose de pánico y de la más absoluta oscuridad.

Zarandeé a Brian para saber a qué atenerme y solté un suspiro de alivio al escuchar un ligero quejido. No abrió los ojos y se mantuvo en la misma posición, pero me aferré a la tranquilidad de que todavía respiraba, agarrándole de una mano por si podía sentir algo, para que supiera que no estaba solo sin saber qué más hacer. Tenía una herida bastante fea abierta en la cabeza por algún golpe fuerte y una ceja partida, si tenía algún daño más no lo supe ver porque la sangre impedía que lo distinguiera. Se habían ensañado con él. Cerré los ojos con fuerza, con toda la que me quedaba rezando porque la ayuda llegara cuanto antes.

Me bloqueé, me quedé allí sentado junto a ellos mientras mecía el cuerpo inconsciente de Kora entre mis brazos, sin soltar a Brian. Me bloqueé de tal manera que perdí la noción del tiempo y no supe dónde me encontraba, hasta que unos gritos me hicieron parpadear varias veces, escuchando movimiento cerca.

No había llegado a tiempo, eso es lo que me repetí insistentemente en la cabeza. No había llegado a tiempo para salvarlos, una y otra vez el pensamiento me atormentaba bloqueándome más. Sentí cómo me quitaban de encima el calor del cuerpo de Kora y perdía su contacto, mientras escuchaba la voz de Cameron de fondo, lejana. Noté un apretón en el hombro y supe que procedía de él, de mi amigo y compañero, el que me estaba pidiendo sin hablar que volviera porque me había quedado en *shock*. Ahí fue cuando empecé a ser consciente y reaccioné de golpe, levantándome rápido para ayudar en la evacuación mientras un enfermero y dos médicos empezaban a atenderlos hasta que llegaran al hospital más cercano.

Escuché el grito ahogado de una mujer y me giré sabiendo perfectamente de quien era. Aroa se quedó a unos pasos de nosotros, con la cara desencajada, con las lágrimas cubriendo sus mejillas y en *shock* al ver cómo entre los sanitarios y varios de mi equipo que se habían traslado hasta allí, cogían a sus amigos y se alejaban con ellos corriendo.

Llegué hasta ella y la abracé, la que se mantuvo rígida sin moverse, hasta que reaccionó aferrándose a mí llorando desesperada.

En ese instante entendí realmente la sensación de miedo de Kora, entendí a lo que se enfrentaba en sus sueños y fui consciente de la oscuridad que la acechaba cada noche porque para mí, en ese momento, todo dejó de tener sentido cubriéndose de pánico y de la más absoluta oscuridad.

Epílogo



Evan

Ocho años más tarde…

Llega un punto en el transcurso de lo que vives que determina tu vida y la cambia para siempre. Para mí, el punto de inflexión fue el pensar que perdí a Kora entre los brazos aquella noche hacía ya muchos años.

Fue un golpe que me costó digerir e incluso una vez que abrió los ojos pasada más de una semana, en la cama del hospital, no conseguí quitarme el miedo, la incertidumbre y la ansiedad cada vez que volvía a cerrarlos. Demasiado duro y no fui el único que tuvo esa sensación porque todos recibimos de una manera u otra un impacto que cambió una parte importante de nuestras vidas, de nuestro interior.

Brian y Kora se aferraron a la vida a pesar de que los pronósticos eran muy graves, en el hospital en el que Leroy trabajaba a turnos. Fue él el que se encargó de atenderlos y de hacerse cargo de los dos desde el primer minuto por decisión propia, poniendo todo lo que pudo de su parte para salvarles la vida.

Cuando me quedé solo en el bosque con Aroa, al primero que llamé fue a él para informarle de la situación y para pedirle que me pasara con Dan, sabiendo que estaría desesperado. A mi amigo y hermano, porque así nos considerábamos entre nosotros, le conté lo más calmado que pude lo mismo, pero solo por encima, remarcándole sobre todo que me había encargado personalmente de matar a los culpables y que ya no quedaba ninguna amenaza por la que preocuparnos. No entré en muchos detalles en ese momento, solo en los que creí convenientes debido a que todavía su estado era grave. Fui contándole poco a poco, día a día, algún dato nuevo mientras me mantenía pendiente de sus recaídas porque lo pasó muy mal.

Leroy estuvo en primera fila ayudado por varios compañeros especialistas, lo que agradecí y me emocionó porque no me lo esperaba. Me fundí en un fuerte abrazo en cuanto lo vi, dejando salir toda la tensión que acumulaba y soportaba.

En el caso de Brian, las lesiones con las que entró en urgencias hicieron saltar todas las alarmas de los médicos al ser la cabeza la principal dañada al haber recibido varios impactos fuertes en ella. Tenía golpes y contusiones

repartidas por todo el cuerpo, pero ello no fue preocupante, no como la herida abierta del cráneo, la que nos dio una idea desde el principio de que sería su calvario. Y lo fue, porque los días fueron pasando, su cerebro fue inflándose cada vez más y el hematoma intracraneal con el que llegó en vez de ir desapareciendo se fue expandiendo. Cuando llevaba cuatro días luchando contra ello, tuvieron que intervenirlo de urgencia por la gravedad que reflejaron las pruebas. Nos temimos lo peor por ser una zona muy complicada, en la que un mínimo fallo milimétrico podía acabar con su vida. La operación, para tranquilidad de todos, salió bien después de interminables horas. Lo mantuvieron en la UCI durante muchos días, controlando su avance mientras permanecía sedado, desesperándonos porque no abría los ojos, aunque las nuevas pruebas fueran más favorables poco a poco. Hasta que los abrió, regresando a nosotros siendo él mismo porque nada vaticinaba que las repercusiones por las lesiones y por la operación consiguieran traerlo de vuelta intacto.

A pesar de que la situación de Brian no pintó bien desde el principio, porque fue evidente a la vista, para sorpresa de muchos la más delicada la vivió Kora al entrar en el quirófano casi al límite, lo que no supieron hasta que no la abrieron, viendo los daños internos que tenía. Cuando la intervinieron, Leroy salió a informarnos de su estado. Solo necesité mirar su expresión, sus ojos fijos puestos en mí, para saber que lo que nos iba a decir no era nada bueno. El pronóstico era muy grave, demasiado, y solo pudo decirnos que su cuerpo y sus órganos habían resistid a la operación y había superado la extracción de la bala porque no llegó a salir por sí sola de su cuerpo en el impacto, con el inconveniente de que había dañado varios órganos vitales y había pasado rozando al corazón, desgarrándolo, de lo que pude hacerme una idea cuando vi por mí mismo la posición de la herida aquella noche. El golpe de la cabeza tampoco les facilitó la tarea por la inflamación que le produjo. En un principio no supuso gran problema, pero conforme los días fueron pasando, estando en estado crítico debido a la lucha de su cuerpo, este colapsó y su vida pendió de un hilo, al que consiguió aferrarse y no soltarlo.

Como decía, fue un duro golpe para todos porque ellos se debatieron entre la vida y la muerte estando inconscientes, pero los que estuvimos al otro lado, los que vivimos con incertidumbre, pánico, dolor y ansiedad la situación, fuimos los únicos conscientes de la gravedad por la que tuvieron que pasar.

Durante ese tiempo convertimos el hospital en nuestra segunda casa, alternándonos para que en todo momento hubiera alguien lo más cerca posible de ellos, estando presentes desde la barrera porque nos tiramos varias semanas sin poder acercamos a ellos. Por mi parte, hacía vida allí, sin querer alejarme de las personas que eran vitales para mí.

Dan desesperado le pidió a Leroy el traslado al mismo hospital donde estaban, para sentirlos más cerca y no quedar tan apartado, ya que por su estado no podía moverse y estaba limitado. Ese día él abrió los ojos, pero Kora los cerró. Fue algo que no pudo soportar y su cuerpo reaccionó negativamente. Leroy actúo rápido para que no retrocediera lo que había avanzado, trasladándolo, mientras esperábamos día a día a tener noticias favorables del avance de Brian y Kora. De esa manera me fue más fácil estar todo el tiempo que pude junto a él, controlando su estado y evitando que se viniera abajo, a pesar de que yo interiormente, aunque no lo mostrara, cada día moría poi dentro un poco más.

Para tranquilidad de Dan y sobre todo de Leroy y mía, porque el estado de él en vez de avanzar hizo todo lo contrario, Brian y Kora se estabilizaron sin llegar a despertar, pero fue un gran avance en el que se incluyó Dan,

como si estuvieran sincronizados.

Nuestros compañeros y amigos, Cameron, Rayan, Leo e incluso Esteban, nuestro jefe, nos acompañaron en los peores días de nuestras vidas. Todos ellos acortaron distancias con Aroa y Martina, las que no se alejaron mucho del hospital. A Martina le pilló por sorpresa todo lo que sucedió y a pesar de que cuando recibió la noticia se desmayó por la impresión porque ni sabía lo de Dan, fue Aroa, la que vivió la tensión desde el principio, la que tuvo que ser atendida de urgencias debido a ello.

Llegados a este punto, en el que ya os hacéis una idea por lo que tuvimos que pasar todos, dejó a un lado la tristeza. Lo que os he contado sucedió durante los primeros meses, pero después, después la vida de todos volvió a dar un giro radical y para algunos inesperado, donde la alegría y la felicidad se hicieron muy presentes.

Que no todo fue malo. Como dicen… después de la tormenta siempre llega la calma y la nuestra podíamos dar gracias a que lo hizo cuando Kora y Brian se estabilizaron y abrieron los ojos, y Dan empezó a mejorar. Ese fue otro punto determinante en nuestras vidas porque a partir de ahí, muchas cosas cambiaron.

Vamos con las alegrías. Seguramente no os pille de sorpresa, pero por mi parte os voy a contar cómo se dieron las cosas hasta llegar al presente.

Empezaré por una parte importante de mí; Dan. Su recuperación fue progresiva en el instante en el que supo que Kora empezaba a mejorar. Fue como si su cuerpo antes de eso se negase y no le permitiera avanzar para curarse, hasta que ella también lo hiciera. No fue intencionado, pero en cuanto a sentimientos se refiere, y más, cuando existe una unión tan fuerte como tenían ellos dos, nadie puede controlar cuando la pena se apodera de uno sin dar opción a poder levantar cabeza. Eso es lo que le sucedió a él y por lo que yo estuve a punto de venirme abajo también, llegando al límite, al estar durante bastante tiempo pendiente de no perderlos a los dos. Un día, desesperado al ver que se negaba a todo y el desánimo podía con él, acudí a Martina. No me preguntéis por qué me decidí a hacerlo en el instante en el que lo hice, yo por aquel entonces no tenía ni idea de lo que sentía ella por él. Porque sí, como ya sabéis y si no, os lo acabo de desvelar, llevaba mucho tiempo enamorada de Dan, lo que supe por boca de Kora después. Simplemente necesité que alguien que no fuera yo se plantara delante de él e intentara cambiarle la perspectiva, hacerle reaccionar desde otro punto de vista. Y a la única que encontré en la sala de espera del hospital cuando fui en busca de ayuda fue a Martina que hacía poco que había sustituido a Aroa ¿Cosas del destino? Quién sabe. Martina no dudó en ponerse delante de él a leerle la cartilla, tanto se la leyó que acabó soltándole conmigo como testigo de que llevaba muchos años enamorada de él y que si le hacía soltar una sola lágrima más lo perseguiría hasta la saciedad. Dan estuvo medio ido cuando ella empezó a hablar, pero al soltar esa bomba su cabeza giró buscándola y sus ojos se quedaron fijos en los de ella, viéndola realmente en ese instante, por primera vez, como si anteriormente por ser una de las mejores amigas de Kora se hubiera negado esa opción. Desconcertado, necesitó varios días para salir del asombro, hasta que un día…

—Tío. —Escuché mi nombre en un susurro—. Evan, joder, despierta. —Me sobresalté al haberme quedado dormido a su lado en una silla.

—¿Qué pasa? —Me levanté extrañado, sin creerme la fuerza de su voz porque hasta ese instante siempre sonaba

débil y muchas veces, incluso se negaba a hablar, como si estuviera en un mundo paralelo atrapado.

—Tío —repitió—. ¿Tú lo oíste verdad? —Me miró impaciente.

—¿Oír el qué? ¿De quién? —Fruncí el gesto.

—Joder, que Martina me soltó que estaba enamorada de mí. —Se señaló.

Curvé los labios y por la expresión que vi reflejada en su cara supe que era un nuevo comienzo, un comienzo, primero, para que se hiciera con las fuerzas necesarias para recuperarse, las que había dejado a un lado sin ganas de nada. Ese fue el inicio de cómo dos personas que llevaban muchos años coincidiendo y conociéndose, estrecharon lazos y acortaron distancias. Hasta que Dan no salió del hospital, tiempo en el que Martina apenas se separó de él, no se declaró o, mejor dicho, la acorraló, a lo que ella no opuso ninguna resistencia, más bien se lanzó sobre él. Forjaron una relación que hoy en día les había recompensado con un hijo de cinco años, formando una familia feliz.

Aroa lo pasó realmente mal con la situación que vivimos, con la que tuve largas conversaciones e intimamos en lo que a amistad se refiere, dejando nacer una confianza que la situación favoreció. En una de esas conversaciones estábamos en la habitación de Brian, parados frente a la ventana. En un momento de bajón se sinceró conmigo y me confesó que lo amaba y que nadie lo sabía, ni siquiera Kora. Me comentó que por la unión que tenían los dos no quiso dar un paso ni hablar por si algo se estropeaba y salían mal parados, aparte de que ella pensaba que tanto Brian como Martina se gustaban, o incluso que se querían sin haber sido sinceros entre ellos. En ese instante estuve a punto a decirle que estaba muy equivocada porque yo ya había vivido la confesión de Martina hacia Dan, pero me callé, al menos hasta otro momento, al sentir que en ese instante lo que necesitaba era que la consolara. Y eso hice rodeándola con mis brazos mientras dejaba que el llanto de alguna manera vaciara la pena que sentía, porque por aquel entonces Brian no había abierto todavía los ojos. Cuál fue nuestra sorpresa, cuando aún la tenía abrazada, que la voz de Brian, más ronca de lo normal y débil, nos sobresaltó…

—Por lo que acabas de decir… ¿no se supone que tendrías que estar abrazándome a mí? No es por nada, pero yo soy el que está en una cama de hospital y ya que estamos… no me van los tríos, lo que quiero, lo quiero solo para mí. —Pegamos los dos un bote porque, aunque estuviéramos junto a él, realmente pensábamos que estábamos solos dada su situación.

Aroa se quedó cortada y avergonzada, sin darle prioridad y ser consciente de que Brian acababa de volver junto a nosotros después de mucho tiempo, y lo más importante, en perfecto estado. Yo, que no estaba en el mismo estado, como es obvio, sonreí de oreja a oreja emocionado al verlo con los ojos abiertos y hablando por fin. Miré de reojo a Aroa y viendo que estaba paralizada le di un pequeño empujón acercándola a la cama, lo que provocó que me mirara descolocada y más sonreí. Antes de irme y dejarlos solos, para darles la privacidad que necesitaban, me acerqué a Brian y lo abracé emocionado, diciéndole que me alegraba de tenerlo de vuelta y dándole las gracias por proteger todo lo que pudo a Kora, abrazo que me devolvió de la misma manera. Así fue, como dos personas que se amaban en silencio se convirtieron en inseparables y lo continuaban siendo. En cuanto Brian se recuperó se casaron sin querer desperdiciar más tiempo, en una boda que fue muy emotiva y en la que no

faltaron las risas porque eran tal para cual.

No puedo dejar de mencionar a Pedro, el vecino de Kora. Imposible no hacerlo cuando se convirtió en una pieza clave en nuestras vidas y con el que creamos una unión muy especial. Sin ser conscientes, porque el cariño que sentía Kora por él, siendo recíproco, siempre la llevaba a contar con él para todo, un día emocionado nos agradeció haberle regalado la familia y el cariño que le negó injustamente la suya. Sobra decir que se convirtió en otro abuelo más para los más pequeños, los que tenían pasión por él. Todos lo conocíamos de sobra, algunos tratándolo más o menos en la época que compartía bloque con Kora, pero en el fondo sabíamos de él, yo por Dan, Dan por Kora y lógicamente sus amigos también por ella. No había cumpleaños, celebración, fines de semana al azar… cualquier momento era bueno para que Kora le abriera la puerta de nuestra casa igual que todos los demás. Cuando ella puso su piso a la venta para irnos a vivir juntos, no lo dudó y se plantó decidida delante de la puerta de Pedro. En cuanto él abrió extrañado por su insistencia, ella solo le dijo que fuera haciendo las maletas porque había una casa muy mona y perfecta para él al lado de la que acabábamos de comprar nosotros y que, si ella se iba, él no se quedaría allí, que nunca más volvería a estar solo. Lo arrastró, sí, pero ya os digo que él se dejó arrastrar muy feliz porque la expresión se le iluminó en ese instante al haber pensado que volvía a quedarse solo.

Hasta ahí la vida de nuestros amigos y familiares, los que mejores cambios no pudieron vivir. ¿Y qué pasó con Kora y conmigo? Ahora entro en detalles de la que hoy día era la mujer de mi vida, con la que me casé seis meses después de salir del hospital, en cuanto estuvo totalmente recuperada. Bueno, siendo sincero, creo que lo fue desde que fui consciente de la mujer en la que empezó a convertirse. Sí, porque me enamoré de ella cuando yo había dejado la adolescencia y quién sabe si mucho tiempo antes y no fui consciente de ello por la edad que tenía, pensando que solo era amistad. Por aquel entonces no quise aceptar la barbaridad que era. Le llevaba seis años de diferencia y cuando mi corazón empezó a acelerarse ante su presencia, hice todo lo posible para negarme a ello. Su primer desplante, de la noche a la mañana, me pilló por sorpresa y me dolió como no os podéis imaginar porque no me esperé que reaccionara así, pero fue mi culpa porque intencionadamente, por esos mismos sentimientos que me atormentaban, me presenté un día importante para ella en su casa y en la de Dan, porque vivían juntos, de la mano de una chica que ni recuerdo el nombre porque para mí, solo fue un papel que representé para alejar a Kora de mí. Y lo logré. ¿Cuándo no lo he hecho con algo? No es por dármelas de nada, que de creído tenía bien poco, por no decir nada, pero todo lo que me empeñaba en conseguir lo acababa logrando y la reacción de una joven Kora fue una prueba más que evidente de ello. Lo que no voy a negar que me vino genial para intentar matar lo que sentía, entrando en guerras dialécticas con ella cada vez que cruzábamos la mirada. Lo único que me salió mal la jugada, porque cuanto más me enfrentaba a ella, más crecía el sentimiento en mi interior y más ganas de lanzarme sobre ella tenía y no precisamente para tirarnos cualquier cosa a la cabeza, lo que acabamos normalizando.

Cuando abrió los ojos en el hospital estaba a su lado, mirándola, uno de los tantos momentos en los que me perdía en su imagen. Me levanté de golpe emocionado, sin creérmelo. Le regalé todos los mimos y atenciones que pude. Y con tiempo de sobra para hablar con calma mientras se recuperaba los días posteriores, poco a poco nos fuimos sincerando, abriéndonos al otro mientras retrocedíamos en el tiempo. Al pasado, el que nos llevó al presente con ella en el hospital y el que esperamos en ese instante emocionados que continuara con el futuro que teníamos por delante.

El encuentro entre de Kora y Dan, al que llevé en una silla de ruedas a su habitación, fue muy emotivo y ninguno de los presentes, porque estuvimos todos sus amigos, pudimos evitar las lágrimas ante la escena que nos regalaron, donde la felicidad se palpó en el ambiente y a la que nos unimos haciendo una piña. Fue en ese instante en el que Kora le dejó claro a su primo que estábamos juntos porque sus amigos a esas alturas lo sabían de sobra y yo, me había reservado ese dato ante él porque Kora me había pedido que lo hiciéramos los dos cuando ella o Dan se pudieran mover. Y en cierta forma fue como me pidió, porque fue Dan el que fue a su habitación llevado por mí y debido a ello, por la emoción que sintió Kora al encontrarse con él, me cogió de la cara y me besó y no precisamente con un beso casto, no. Cuando se separó y fue consciente, sus mejillas se cubrieron de rojo sin saber dónde meterse porque su intención era hablarlo tranquilamente con Dan, no mostrárselo. Pero la reacción de él la hizo sonreír al instante y a mí mirarlo divertido mientras levantaba una ceja, cuando nos dijo que ya era hora, que al paso que íbamos pensaba que nos decidiríamos cuando ya lleváramos bastón y a él le faltara la dentadura.

Referente a nuestro trabajo seguíamos igual, la única variación fue que Kora por elección propia, en vez de trabajar interminables horas sin tener horario durante los días, empezó a llevarlos a rajatabla, saliendo mucho más temprano ya que teníamos una hija de seis años y un hijo de tres, los que llegaron para complementar nuestra felicidad. Esa rutina casi nunca variaba, exceptuando algunas situaciones en concreto en las que era inevitable y se requería de su presencia.

Por mi parte seguía a las órdenes de mi jefe, Esteban, junto a mis compañeros Dan, Cameron, Rayan y Leo, formando un equipo inseparable, dentro y fuera del trabajo. Tengo que decir que me ofrecieron ocupar el puesto del exjefe de Kora y Aroa, y, aunque la idea me tentó haciendo bromas con Kora de que podría abusar de mi poder sobre ella, rechacé esa opción porque no era de estar mucho tiempo detrás de una mesa y con el papeleo que conllevaba. Me gustaba moverme, estar en activo. Quizás algún día llegara el momento de poner freno y un punto y aparte, pero no se había dado el caso todavía.

Éramos felices entre nosotros y con la familia que habíamos creado, junto a la que nos acompañaba por el camino de la vida, nuestro amigos y familiares.

Jamás imaginé que el chico de dieciocho años, yo, que se acostumbró a mirar de reojo a la adolescente de doce, Kora, acabaría haciendo realidad su deseo, el que nació sin ser consciente él. Jamás hubiera imaginado que algo tan amargo por el sentimiento de culpabilidad que cargaba se convertiría en algo tan dulce con el paso de los años…

Y no puedo dejar de nombrar los sueños de Kora. Con ellos se inició todo y fue el motivo que provocó nuestro acercamiento, el que nos hizo acortar distancias de adultos y cambiar nuestro comportamiento, hasta dejarnos llevar por lo que realmente sentíamos los dos.

Sí, con los sueños se inició todo y con ellos se acaba, al menos esta parte y hasta dónde puedo contar, porque nos quedaba mucho camino por recorrer y lo haría de la mano de la mujer a la que amaba desde siempre.

Aunque nos costó asimilarlo dejó de soñar, al menos con la intensidad y la oscuridad a la que estaba acostumbrada. Como ella decía y a lo que siempre se aferró, era yo, mi presencia, mi voz, mi tacto… los que

impedían que todo se descontrolara, poniéndole freno a su situación.

Verdad o no, fue a lo que nos aferrarnos los dos porque nunca lo sabríamos al salir de nuestro control. Lo único que tuvimos claro es que desde que no nos separábamos durante las noches, los sueños dejaron de llegarle, pocas veces se habían dado desde que el más oscuro de ellos se hiciera realidad con ella como protagonista, y si lo habían hecho, había sido en pequeñas cosas cotidianas que incluso nos hacían reír cuando se daban.

La luz contra la oscuridad ganó… la alegría contra la tristeza y la desesperación venció…

impedían que todo se descontrolara, poniéndole freno a su situación.

Verdad o no, fue a lo que nos aferrarnos los dos porque nunca lo sabríamos al salir de nuestro control. Lo único que tuvimos claro es que desde que no nos separábamos durante las noches, los sueños dejaron de llegarle, pocas veces se habían dado desde que el más oscuro de ellos se hiciera realidad con ella como protagonista, y si lo habían hecho, había sido en pequeñas cosas cotidianas que incluso nos hacían reír cuando se daban.

La luz contra la oscuridad ganó… la alegría contra la tristeza y la desesperación venció…

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu